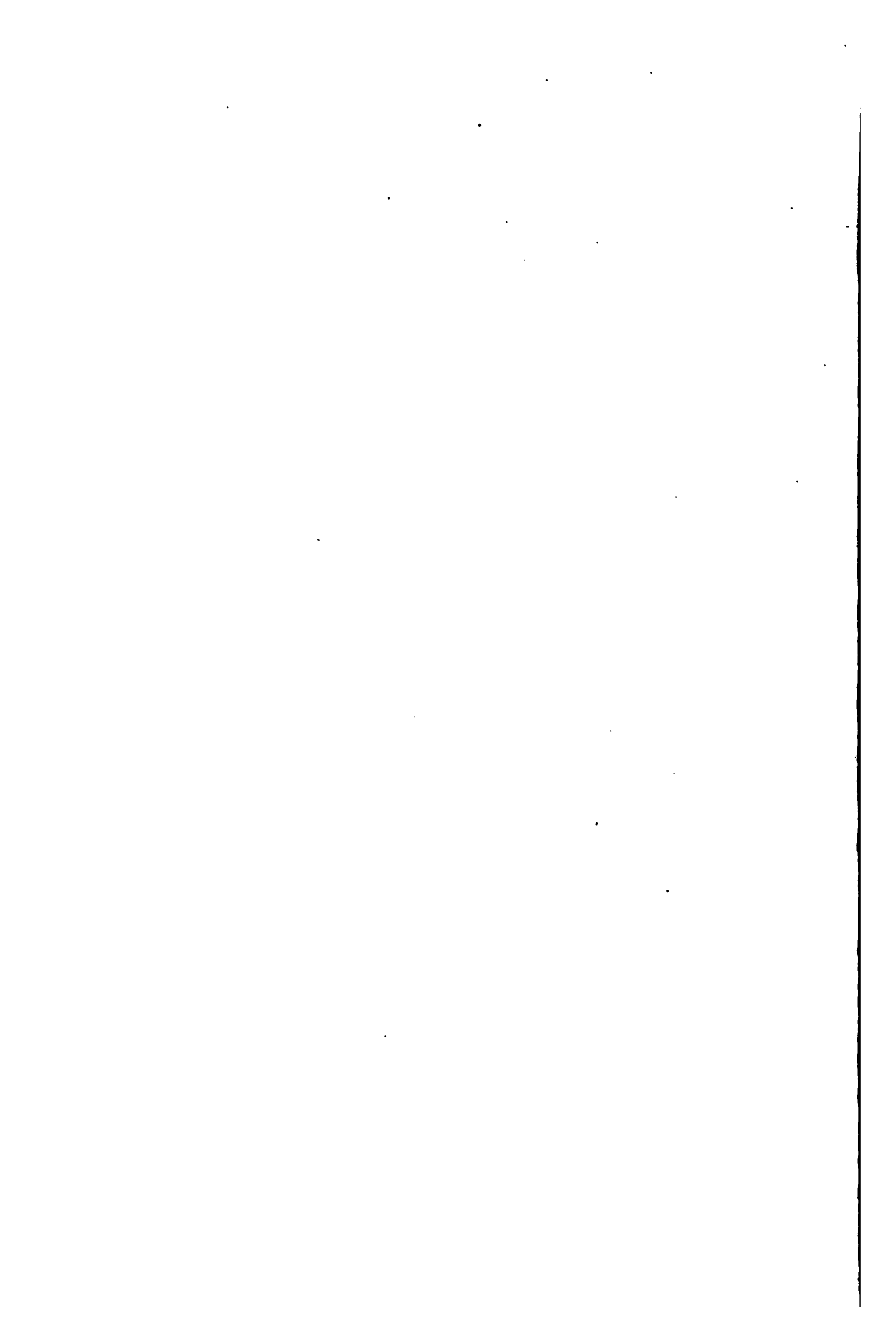




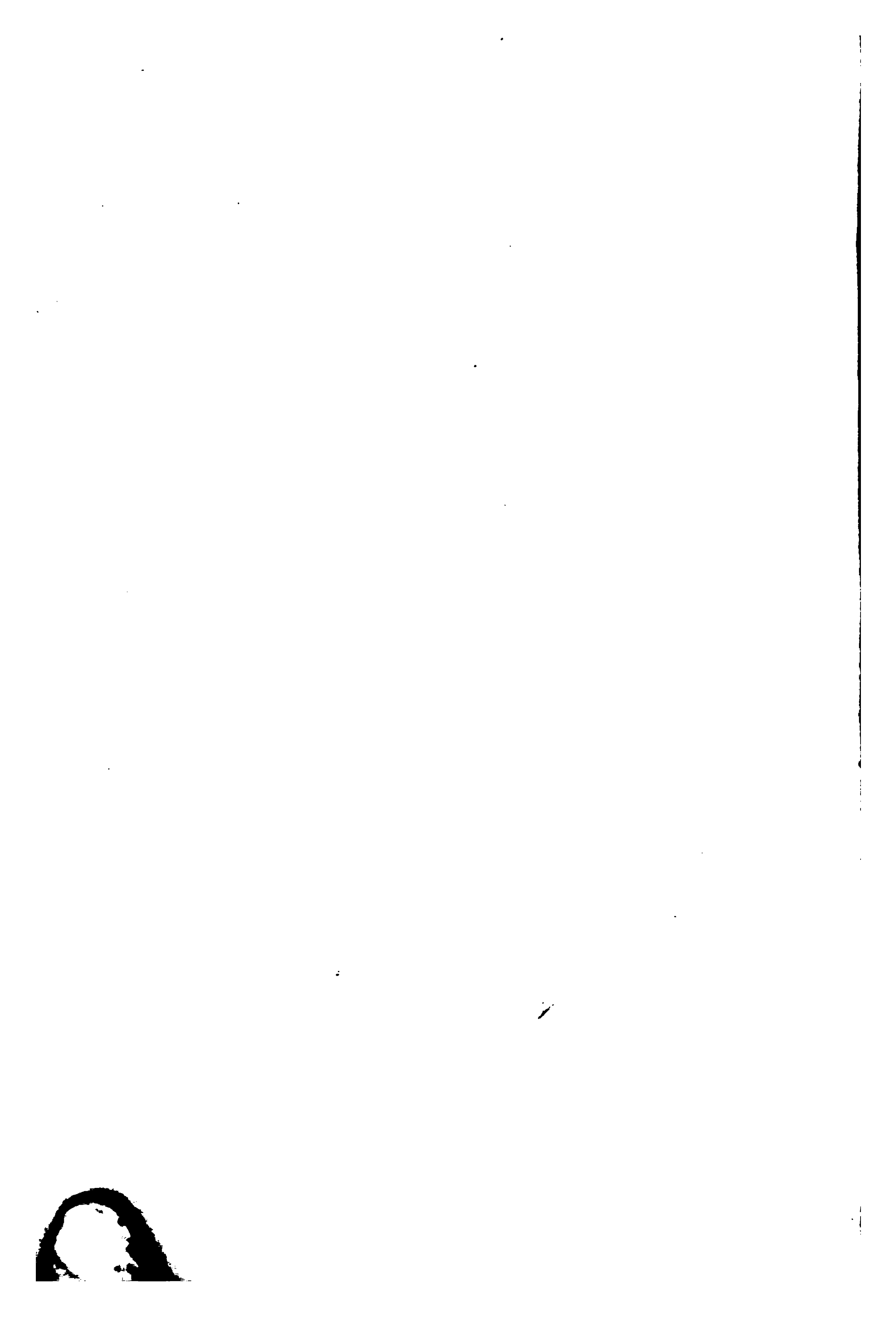
Barrios y Carrión

Sobre la historia de la guerra de Cuba.

Barcelona,
1888-1890.

SOBRE

LA HISTORIA DE LA GUERRA DE CUBA



PUBLICACIONES DE LA «REVISTA CIENTIFICO-MILITAR»

SOBRE

LA HISTORIA DE LA GUERRA DE CUBA

ALGUNAS CONSIDERACIONES

POR EL

Comandante de Ejército, Capitán de Estado Mayor

LEOPOLDO BARRIOS Y CARRIÓN

Jefe de Estado Mayor que ha sido

de la Comandancia general de la provincia de Puerto Príncipe

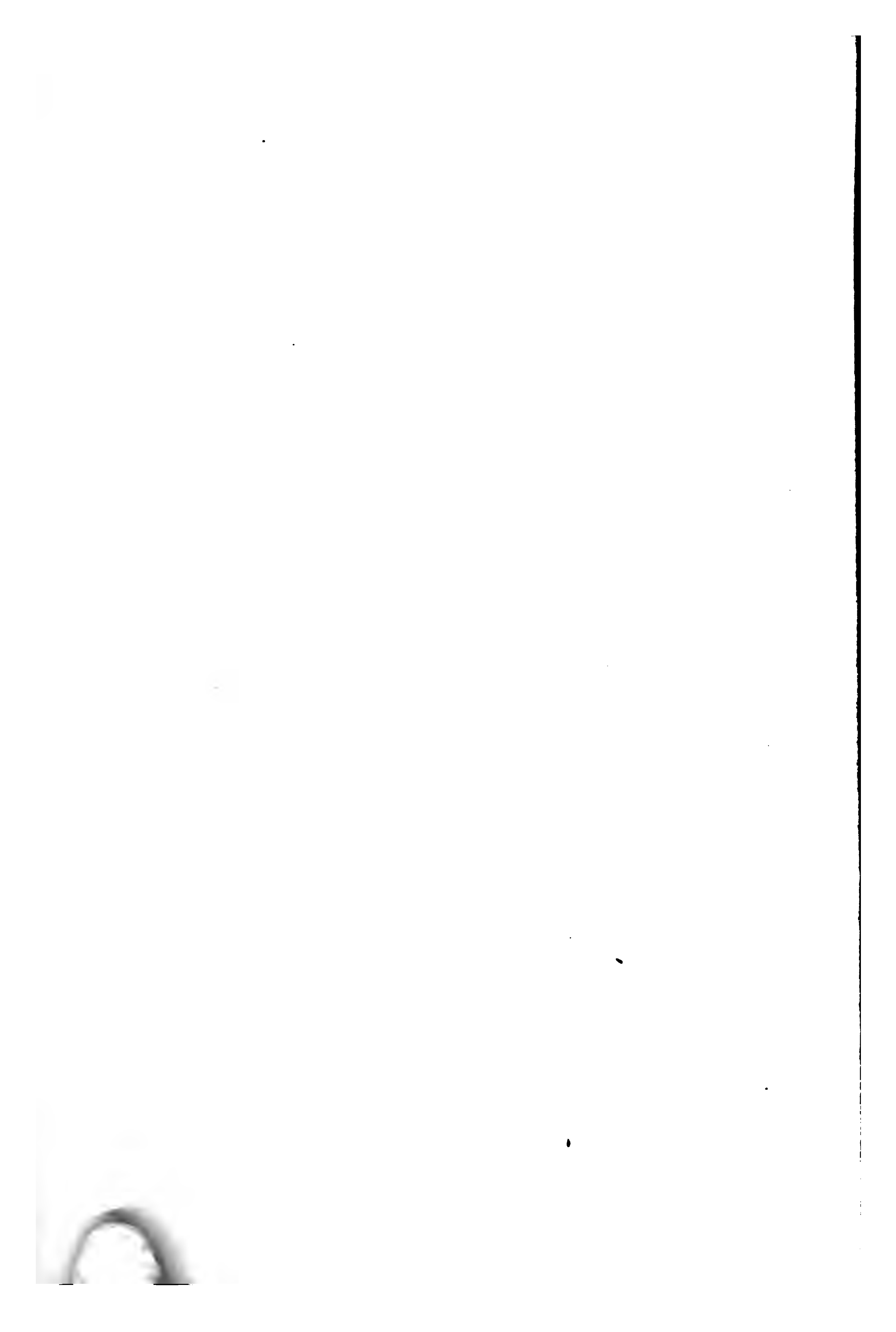


BARCELONA

Redacción y Administración de la REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR y BIBLIOTECA MILITAR

CALLE DE VALENCIA, 323, ENTRESUELO

1888-89-90





> Y ansí se dice que la experiencia es maestra de las cosas que enseña á los hombres por la memoria del pasado.
>
> *(Prólogo de la traducción de Thucídides)*
>
> DIEGO GRACIÁN

I

INTRODUCCIÓN

Dice el gran Thiers que la historia debe escribirse cuando creamos poseer la suficiente serenidad para no hacernos partícipes de las pasiones de sus actores; pero al mismo tiempo cuando éstos no han desaparecido aún de la tierra para poder aprovecharnos de su testimonio y conocimiento de los tiempos que fueron. No me atreveré á asegurar que con respecto á la guerra de Cuba hayamos alcanzado ya ese momento histórico; mas puedo decir que no debemos estar muy lejos de él. Veinte años hace de su comienzo y diez de su terminación; sino por completo, mucho se han calmado las pasiones, y de los hombres que desempeñaron principales papeles, algunos han comenzado á desaparecer como el conde de Valmaseda, y el general Portillo, otros cuentan una edad harto avanzada, como el marqués de la Habana, pudiendo apostarse que en un plazo de veinte ó treinta años irán descartándose igualmente todos los restantes. Si la historia de la guerra de Cuba es útil (y la afirmativa no puede ofrecer vacilación, será conveniente ir pensando en ella. Por desgracia, es empresa que sólo debe ser acometida por la iniciativa oficial, única que puede disponer de los múltiples elementos y la cantidad enorme de datos necesaria para la completa narración. No cabe dudar que algunos particulares poseen documentos preciosos, memorias y recuerdos utilísimos, pero siempre con referencia á un episodio ó un período determinado y relativamente reducido, siéndoles imposible reconstituir el conjunto de la historia, ni aun siquiera el de una de sus grandes épocas.

No es la primera vez, ni soy el único que me duelo de semejante estado de cosas. Viénenseme á la memoria los párrafos que la obra de un compañero mío (1) dedica al asunto, y los hallo tan ajustados á mi modo de sentir que no quiero privarme del gusto de reproducirlos.

---

(1) D. José Ignacio Chacón. *Guerras Irregulares*, dos tomos.—Madrid 1884.

«Pues bien, si tenemos que marchar algún día á la América, á la Oceanía, ó »al Africa, nuestras propas encontrarán países desconocidos, climas ardientes, »atmósferas envenenadas y enemigos fanáticos, que aunque no posean todos »nuestros medios de guerra, no por eso dejarán de ser temibles contrarios; ha»bremos de emprender campañas sólo conocidas de los combatientes de Cuba, »bien diversas realmente de las que se leen en nuestros libros de estudio y de »las que se han llevado á cabo en Europa á nuestra vista; preciso es, pues, »que nos hallemos perfectamente preparados é instruídos en la manera de »proceder.»

El mejor medio, casi diré el único, de acopiar, de poseer esa instrucción especial, esa destreza que tanto echa de menos el Sr. Chacón, es acudir al examen de los hechos análogos en aquellos teatros trascurridos; porque, como muy justamente dice Marselli: «Los principios de ciencia militar resultan de la historia, del examen de las campañas, que convirtiéndose luego en luz, nos sirve para explicar las sucesivas.» Véase, pues, si presenta para nosotros interés y urgencia el estudio de la campaña de Cuba, cuando reflexionemos que su índole genérica entraña modificaciones orgánicas, tácticas y logísticas. Esto quedará demostrado *á posteriori*, ó por lo menos he de procurar resulte del presente trabajo; mas no estará de sobra que ahora, á vuela pluma y como de pasada, lo indique someramente.

Modificaciones orgánicas de gran bulto son la existencia de las guerrillas montadas, su combinación y proporcionalidad con la fuerza de infantería, la indicación del batallón como unidad orgánica-tipo y casi exclusiva, las alteraciones en el vestuario, armamento y equipo, etc., etc.

Modificaciones logísticas que afectan á la manera de marchar, de campar, de explorar y de reconocerse.

Modificaciones tácticas que atañan, como es natural, al sistema y forma de combatir. Y no digo modificaciones estratégicas, mientras apliquemos la palabra sólo á las grandes operaciones militares, pero si la referimos á la concepción de ellas, sean grandes ó pequeñas, también habríamos de conceder que esta rama se presenta informada por alteraciones radicales. Admitido todo esto, vendrá resultando de absoluta necesidad, y de necesidad urgente é imprescindible, el estudio de aquella índole de guerra, y por ende el examen de la historia de aquella campaña, examen hecho con frialdad y sin apasionamientos, que si no pudiera intentarse hoy, á lo menos podrían prepararse los materiales para intentarlo en un plazo breve. Pero no hay necesidad de repetirlo, semejante empresa está reservada, y no puede dejar de estarlo, á la iniciativa oficial. Ya he dicho también que á los particulares sólo puede corresponderles la narración de hechos sueltos y períodos más ó menos largos, que puedan servir de componentes para el relato total. Otro buen servicio que debe acometerse sin la intervención oficial, sería el de un relato de conjunto que abarcase la narración completa, presentándola á modo de compendio ó de cánevas que más tarde habría que rellenar. Ninguna de las dos pretensiones tiene este trabajo; fáltanme datos para lo primero, y fáltanme también, aunque de distinta índole, para lo segundo. No están, sin embargo, ninguno de los dos fuera de mis aspiraciones: quizás, si el acogimiento que al presente trabajo se dispense, es tan benévolo cual yo deseo, y tal vez no merezco, quizá repito, ó sin quizá, seguramente, volveré á

la liza mejor pertrechado y emprenderé uno de los dos caminos, la narración de hechos parciales ó la reseña abreviada del total de la campaña. Por ahora, ya lo he dicho, mi objeto es más modesto, pero no deja de tener cierto parecido con esta última empresa. Trato de patentizar, como ya he anunciado, la índole peculiar, la especialísima importancia de la guerra de Cuba, y para ello es claro que á más de los necesarios antecedentes geográficos é históricos y orgánicos, habré de echar grandes ojeadas sobre los períodos de la campaña, deteniéndome en unos más que en otros, haciendo resaltar algunos hechos y detalles de más bulto que los caracterizan, y deduciendo, por último, las modalidades orgánicas tácticas y logísticas que sumariamente indiqué y otras varias de menor importancia que emanan de esas mismas.

Tal es el plan de este trabajo, de apariencia modesta, pero de trascendencia grande, si lograse yo colocarme á la altura de su importancia. No aspiro á tanto y habré de contentarme con que aquella llegue á transparentarse á través de mi diligencia y buen deseo.

II

BOSQUEJO GEOGRÁFICO-TOPOGRÁFICO

Aun cuando los relatos históricos que han de seguirse presenten una forma más ó menos compendiada y discontinua, no dejan de exigir la correspondiente reseña geográfica, pues el factor terreno es tan fundamental que no puede omitirse su conocimiento, siquiera no constituya como ahora sucede, el fondo del trabajo.

«La más hermosa tierra, que jamás vieron ojos humanos.» —decía Colón al dar cuenta del descubrimiento de la Isla de Cuba,—y efectivamente sus ventajas naturales son superiores á todo encarecimiento. Su situación (19° 49' á 23° 13' latitud N. y 70° 21' y 81° 14' longitud O. del meridiano de Madrid) en el centro del golfo Mejicano, es tan característica que desde luego se concibe, sea tenida y diputada como la necesaria llave de aquel. En magnitud es la mayor isla americana, salvo quizá la de Terranova, pudiendo valuarse su superficie en unos 118,000 kilómetros cuadrados, ó mejor 128,000, si le sumamos todas las pequeñas islas ó cayos anexos y adyacentes; ambas cantidades en numeros redondos. Como todas las antillas, es de formación terciaria-pliocena, y sus capas exteriores de aluvión, gozan de las excepcionales condiciones de feracidad propia de los países intertropicales. Aunque su clima es ardiente, compénsase esto con la natural ventaja de hallarse rodeada de mar, cuya vecindad como sabemos, dulcifica notablemente las temperaturas extremas. Aun más, en sus dos costas Norte y Sur nótase comprobada la ley climatológica de la exposición á los vientos S. O. resultando así, aquella última aun más cálida que la primera. Por otra parte, su forma largo-estrecha hace que las comarcas más interiores puedan considerarse como vecinas al Océano y disfrutando de las ventajas á que me acabo de referir. Son sus dimensiones aproximadas 1,592 kilómetros de largo

247 en su mayor anchura, (desde el cabo Lucrecia al de Cruz) (1) y 41 en la menor (desde el Mariel á Majana). Otra ventaja de su forma, consiste en la facilidad que presenta para servir sus comunicaciones por medio de la vía marítima y esto ha sido, á mi ver, el principal motivo que explica un punible abandono en sus comunicaciones interiores, pues la necesidad de estas no se hacía sentir teniéndolas cómoda y rápidamente servidas por sus costas, con tanta más razón cuanto que abundan en ellas hermosas bahías y fondeaderos, y los vecinos mares tranquilos y sosegados comunmente, facilitan mucho la navegación, aun sin disponer de los elementos actuales. Frente á todas esas ventajas presenta un inconveniente grave que ha sido el principal motivo del alejamiento de la emigración, y por ende del escaso número de sus habitantes; la existencia de la enfermedad endémica *fiebre amarilla* que hace algunos estragos (aunque no tantos como se cree) en los europeos. Unicamente así, puede explicarse, que mientras la pequeña Isla de Puerto-Rico, en idénticas condiciones políticas, históricas y naturales y siendo apenas un doceavo de la de Cuba, llega á contar 600,000 habitantes, ésta sólo tenga 1.500,000, cuando en rigor y quedando reducida la proporción pudiera tener hasta 6.000,000.

Por lo demás, la feracidad de su suelo y las restantes excelentes condiciones naturales, son otros tantos alicientes, que pudieron haber producido idénticos efectos que en la antilla hermana. Ciertamente que á ésta llega también el temido huésped de la *fiebre amarilla*, pero sólo bajo un aspecto epidémico y en plazos suficientemente largos, para que se sientan poco sus mortíferos efectos, mientras que en la Isla de Cuba, paga constamente su contribución anual de un tanto por ciento de víctimas, relativamente elevado.

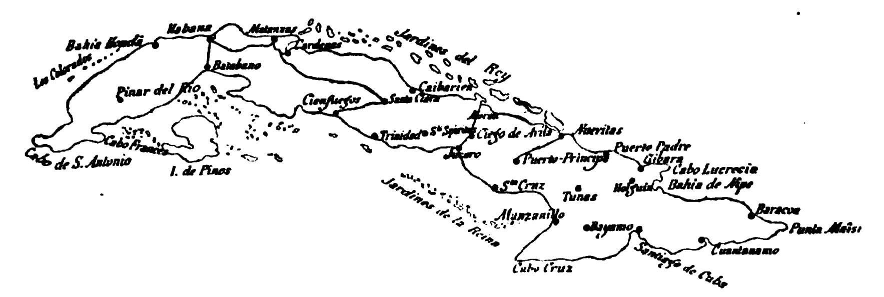
La naturaleza del suelo de la Isla nos hace deducir que no debemos encontrar en ella ningún trozo de costa verdaderamente roquiza y escarpada; playas bajas y arenosas; espacios pantanosos é inabordables y porciones más ó menos blandas socavadas de esteros y cubiertas de mangle, he aquí los tres aspectos casi únicos con los cuales se nos presenta el litoral cubano. Todo él cuajado de grandes bahías, puertos cómodos y desembarcaderos abundantísimos, contando con la vecindad, pocas veces interrumpida, de una continuada sucesión de islotes, llamados *cayos*, de la misma naturaleza geológica, que vienen á constituir así una zona de mares tranquilos y poco peligrosos, á no ser por los múltiples bajos que presentan. Semejante inconveniente lo salvan los grandes vapores saliéndose mar afuera, y en cambio, el pequeño comercio hecho con embarcaciones menores resulta en condiciones ventajosísimas, sin temer casi otro accidente que los anunciados y previstos ciclones anuales, en la época de ellos. Son estos generalmente, en los meses de setiembre y octubre y aun algunas veces en los últimos días de agosto ó primeros de noviembre. Es de sobra sabido que en la zona tropical apenas se notan las cuatro estaciones que consideramos en las templadas, pudiendo reducirse á dos que son, por cuanto se relaciona á Cuba situada en el hemisferio septentrional, estación cálida ó *verano* ó *estación de las aguas*, como allí se dice vulgarmente, desde mayo á octubre, durante la cual el calor es in-

(1) Sigo en esto á D. José María de la Torre que expresa debe tomarse así la máxima anchura, por las razones que declara allí mismo.—V. *Geografía de la Isla de Cuba*.



soportable, y las lluvias torrenciales, y estación de *invierno* ó *estación seca* desde noviembre á abril, con agradable temperatura y muy escasas lluvias.

Poco aficionado á la puntualización de los detalles geográficos, estimo siempre preferible el examen de un mapa, siquiera sea tan ligero como el que se acompaña.



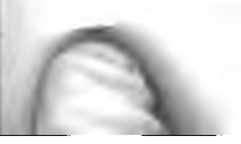
Echase de ver que los elementos vitales y las poblaciones de importancia se han acumulado en el litoral. Así tenemos la capital Habana, con 200,000 habitantes, y un magnífico puerto; Matanzas, con 30,000; Cárdenas 14,000 habitantes, Santiago de Cuba con 37,000 habitantes, Trinidad con 10,000 habitantes, Cienfuegos 10,000 habitantes, todas ellas poblaciones importantes y buenos puertos. Otras hay que aun siendo poblaciones de menor interés, le ofrecen grande, por constituir cabos de vías de comunicaciones, ó puertas de comercio á los territorios interiores; tales como Nuevitas unida por ferrocarril á Puerto-Príncipe (30,000 habitantes) capital de la provincia de su nombre, Caibarien que es el puerto de Remedios; Puerto-Padre, Gibara, Baracoa, Guantanamo y Manzanillo que desempeñaron notables papeles en las dos campañas y que los desempeñarán igualmente en las sucesivas por constituir puntos-bases de las operaciones hacia el interior, Morón y Júcaro extremos de la vía férrea militar, de la Trocha etc. En el interior sólo podríamos citar á más de Puerto-Príncipe ya mencionada, Pinar del Río (6,000 habitantes) y Santa Clara (10,000 habitantes) capitales de provincia y algunos puntos de gran relieve en la campaña, aunque poco importantes como poblaciones; á saber, Sancti-Spíritus, Tunas, Holguín, Bayamo etc., etc.

La divisoria general orográfica, corre á lo largo de la Isla, señalándose por grupos poco elevados y hasta disimulándose otras veces de tal suerte, que los principales núcleos orográficos parecen complacerse en hallarse fuera de la divisoria. Después del sistema de Guaniguanico, que inicia por Occidente la orografía cubana, me limitaré á consignar que el aspecto general de las comarcas centrales es el de grandes llanuras, excepto en las inmediaciones y cercanías de algunas cordilleras que cuentan cierta extensión y relativa importancia, como las sierras de Matahambre y los Jatibonicos, la de Cubitas y el sistema de Nájasa-Chorrillo y otras. En la comarca oriental hay más relieves y puede asegurarse que es la única parte verdaderamente quebrada y fragosa de la Isla. Entre todos sus grupos, ramales y derivaciones, ninguna tan característica como la Sierra Maestra, que cuenta las principales alturas de la Isla; el pico de Turquino, (2,530 m.) y el Ojo del Toro, (1,050 m.).

En cuanto á los ríos, son muy numerosos, pero todos ellos de corta extensión y muchos hasta intermitentes, pues en tiempo de la seca ó no traen caudal ó lo traen escasísimo. La mayor parte no presentan cuenca bien caracterizada y su vaguada viene socavándose en el terreno vegetal ó roquizo-calcáreo, dando lugar á barrancos de difícil paso por sus rápidos taludes ó por su naturaleza fangosa. Entre todos se distingue el Cauto que nace en la Sierra del Cobre, recorriendo un ancho valle bastante bien definido por la divisoria general y la Sierra Maestra, adoptando en su último trozo una dirección de este á oeste, es decir, paralela á aquella y siendo navegable desde Cauto Embarcadero. Su importancia como línea militar sería mayor en otra clase de luchas, pero apenas puede resaltar, tratándose de una guerra irregular como las dos campañas sostenidas en la Isla.

Para concluir la reseña geográfica, diremos que Cuba se divide en seis provincias civiles situadas á lo largo, á saber: Pinar del Río, Habana, Matanzas, Santa Clara, Puerto-Príncipe y Santiago de Cuba. Casi desde el tiempo de la conquista estuvo dividida la Isla en dos departamentos, el Oriental y el Occidental. En 1827 compartióse en tres: Oriental, Central y Occidental, y en abril de 1868, poco antes de estallar la guerra, se establecieron seis Comandancias generales: Vuelta Abajo (Pinar del Río); Habana, Matanzas, Villas, (Villa Clara); Puerto-Príncipe y Oriente, (Santiago de Cuba). Esta división ha sido, como se comprende, la que sirvió de base para la actual, en provincias. La insurrección abarcó el territorio de las tres orientales, que es más de la mitad del de la Isla, y muy raras veces llegó á haber partidillas en las otras. He procurado por lo mismo detallar algo más en aquellas marcando sus divisiones en cuanto puede hacerse, pero aunque esos límites sirvieron en general de base, su reparto y distribución en los territorios de operaciones, estuvo sufriendo constante alteración, sujetándose á las necesidades de la campaña y á las fuerzas y elementos de que se disponía en cada caso.

Por lo que toca á vías de comunicación, distinguiremos primeramente la parte comprendida entre la Habana y Santa Clara. Cuenta ésta con una red ferroviaria bastante completa; aunque apenas cabe decir que hay carreteras, es cabalmente donde existen algunos trozos, y como además es de las porciones más estrechas de la Isla, pudiendo suplirse en mucho los transportes con la vía marítima, hay razón para concluir, que está en bastante buena situación con respecto á ese particular. En cambio, el resto del territorio se halla en condiciones de deficiencia muy lamentables. En la pequeña porción Occidental, sólo vemos el ferrocarril de Pinar del Río, y en la Oriental, que abarca más de la mitad de la Isla, cabalmente por la parte más ancha y por donde se enseñoreó la insurrección, sólo hay cortos trayectos como el ferrocarril de la Trocha, el de Nuevitas á Puerto-Príncipe y el pequeñísimo del Cobre. No hay carreteras, y los caminos, completamente naturales, yacen en el más completo abandono. Unase á esto las condiciones del suelo de la Isla y se concebirá cuánto complicó el problema militar esta falta absoluta de vías de comunicación. Puede afirmarse, que más de cuatro descalabros no obedecieron á otra causa, pero la enseñanza no parece haber aprovechado mucho, cuando nada se ha hecho, y si se propende á algo es á crear ferrocarriles y no carreteras, siendo así que éstas son las vías de comunicación por excelencia, tanto desde el punto de vista militar como general.



Demos ahora una idea general de los principales aspectos topográficos de la Isla, lo que, unido á la deficiencia de caminos, á la índole de las corrientes de agua, la naturaleza de su suelo, y en suma todas las demás circunstancias examinadas, completa los precisos é indispensables datos sobre el factor *terreno*.

Ya hemos dicho que en la parte Occidental y Central de la Isla abunda poco el terreno ondulado: inmensas llanuras casi completamente horizontales interrumpidas rara vez por cerros aislados ó grupos de ellos, constituyen el aspecto general de estas comarcas. En la parte Oriental ya no sucede así; el terreno preséntase movido, quebrado y fragoso y con alturas bastante respetables; pero de todas maneras, y cualquiera que sea la configuración del relieve, hay dos fisonomías principales que deben señalarse: el bosque ó monte firme con todos los caracteres de la exuberante vegetación tropical, y la sabana, llanura relativamente estéril, cubierta de yerba pequeña y cuajada de las distintas variedades de palmas ó de árboles poco apreciables. Además, como principales fisonomías de cultivo, existen los potreros y los cañaverales. Veamos ahora las condiciones de ventajas é inconvenientes de cada uno.

Para aquellos que no los conozcan, es difícil presentar una imágen de los bosques tropicales. Principalmente los caracteriza, á más de la abundancia de árboles, la multiplicidad de bejucos, plantas trepadoras y parásitas, así como la maleza ó manigua espesa que suele cubrir el suelo, adquiriendo gran desarrollo y elevación á medida que el verdadero monte firme es más claro y menos elevado. Resulta por lo tanto que, á menos de estar abierta con antelación trocha ó camino, es imposible transitar por un monte de la Isla (y adoptamos la calificación de monte porque así se los designa en el país), sin ir constantemente abriéndose paso con el machete por lo menos, y si lo tratan de atravesar carros, con el hacha. Semejantes condiciones entrañan facilidades para la defensa, que no tengo para qué hacer resaltar, y dificultades para el ataque, que guardan proporción con aquellas. Si además se tiene en cuenta que el monte no es en Cuba un accidente aislado y más ó menos excepcional, sino que, por el contrario, constituye la regla, lo corriente, el aspecto general y sólo interrumpido á trechos por las fincas de cultivo y las sabanas, se comprenderá sin esfuerzo el carácter especialísimo que semejante modo de ser impuso, é impondrá siempre, á la guerra de Cuba.

Las sabanas son inmensos espacios llanos horizontales, y como antes anuncié, *relativamente* estériles, quiero decir con esto, que las más de las veces sus tierras, reputadas como incapaces de cultivo, son muy susceptibles de producción y quizá en mejores condiciones que muchas de nuestros climas. Generalmente las sabanas están salpicadas de palmas (guanos como allí dicen) de las clases más comunes, así como de peralejo y otros árboles insignificantes. Su suelo se halla cubierto de yerba natural, que á veces llega á tomar grandes proporciones. Por rarísima excepción se encuentra alguna sabana completamente estéril y arenosa; yo al menos puedo asegurar, que tan sólo en las vecindades de las costas las he visto que puedan acercarse á lo que aquí entendemos por esterilidad. La sabana se prestaría muchísimo al desarrollo y combinación de las maniobras regulares si no fuese por la vecindad del monte ó manigua, que nunca falta. Puede afirmarse que no hay ninguna que conserve el aspecto hasta el límite del

horizonte; por grandes que sean sus dimensiones, percíbese siempre el cordón de monte y manigua que la envuelve y los cayos (1) salteados en su extensión. Esas posiciones de monte son las que importa tomar y asegurar, porque la sabana sólo constituye, como hemos indicado antes, una excepción, un accidente que frecuentemente hay que abandonar.

A esos dos tipos puede reducirse el aspecto topográfico de Cuba, aparte de los cultivos y de los prados artificiales. Estos últimos ofrecen también una fisonomía especial y muy importante por lo que abundan. Los potreros comenzaron á sembrarse principalmente con las dos clases de yerba *guinea* y *parana*, llegando á propagarse esta última sobre todo, en términos tales, que hoy pueden considerarse como pastos naturales. Son ambas de extraordinaria elevación y desarrollo hasta tal punto, que pueden ocultar por completo un hombre á caballo. En cierta época del año, en la seca, se queman, porque las cenizas sirven de abono á la tierra y es quizá el único medio de desembarazarse de sus restos. Entonces esas praderas toman el aspecto y condiciones de las sabanas; pero cuando están frescas y crecidas, los potreros, sin llegar á constituir un obstáculo tan poderoso como el monte, ofrecen alguna mayor protección que la llanura descubierta, pues como acabo de decir, alcanzan á ocultar los movimientos individuales, aunque no las grandes masas de tropa, principalmente si están concentradas.

Los cañaverales pueden confundirse á primera vista con grandes sembrados de maiz muy desarrollados, y demasiado se comprende que serán susceptibles de desempeñar análogo papel que los potreros, pero es claro, también, que abundan menos que éstos.

Los maizales, huertas, (estancias) platanales, etc., etc., no se presentaran sino como excepción, constituyendo alguna posición suelta ó algún detalle de ella. Siendo fácil formarse idea de su índole é importancia militar, no merece que nos detengamos á especificarla.

Otro tanto diremos de los terrenos pantanosos (siguaneas tembladeras) de los roquizos, siempre de caliza, de las costas y de los ríos y arroyos, de cuyos principales caracteres ya he procurado dar una ligera idea.

III

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

No seamos de los que censuran sistemáticamente nuestra política colonial. Sin presumir que se halle exenta de defectos ¡qué obra humanana no los tiene! creo que los españoles hemos sido los colonizadores por excelencia, y tenemos títulos indisputables de ello.

El Sr. Perojo, en el discurso pronunciado en el Congreso colonial de Amsterdam, sesión de 20 de octubre, decía: « España, señores, es entre todas las na-

(1) Por analogía con lo que dijimos en la costa, llámanse cayos de monte, los grupos de éste que salpican las grandes sabanas.



» ciones coloniales la sola, la única que tuvo conciencia desde los primeros al-
» bores de su colonización en América del altísimo fin que debía cumplir.»

No copiaré los acertadísimos argumentos que expone el Sr. Perojo, así como las citas de sabios colonistas extranjeros que evocaba para dar fuerza á sus asertos, pero he querido comenzar sentando esto por lo mismo que no pretendo tampoco que nos hallemos completamente inocentes en el pecado original de la guerra de Cuba. Sí; no estamos completamente inocentes de culpa, pero hubo mucho de la frase que empleó, tratando de asuntos parecidos, un ilustre ministro de Ultramar *quid fata voluerunt.*

Descubierta la Isla por Cristóbal Colón en su primer viaje, y vuelta á visitar en el segundo y tercero, fué reconocida más detenidamente por Sebastián de Ocampo, y definitivamente conquistada por D. Diego Velázquez, en los tiempos en que ejerció el cargo de virrey de las Indias Occidentales D. Diego, el hijo del Almirante. Al principio la capitalidad de la Isla estaba en Santiago de Cuba, mas no tardó mucho en trasladarse á la Habana, ya porque comenzara á adquirir esta ciudad mayor incremento, ya también porque entonces era más favorable la posición de su puerto, cercano á Méjico, que de hecho representaba el papel de metrópoli general de nuestros dominios americanos. La Habana era, pues, el puerto de escala de las naves que desde Veracruz llevaban á España los famosos *situados*, así como de las que hacían el viaje inverso.

Durante muchos años la Isla de Cuba tiene una vida poco interesante; abandonada por los gobiernos de la Península que debían fijar su atención en comarcas más extensas y dignas de ella; acometida constantemente por la piratería que se había desarrollado en los mares á consecuencia del impulso que recibiera la navegación con los descubrimientos del Nuevo Mundo, y que veían en sus recientes é indefensas ciudades presa fácil á su rapacidad, puede reducirse su historia á atrevidos ataques como el de Sores en 1555; terribles amenazas como la de Drake en 1585; cruentos sacrificios como los del filibustero L'Ollonois en 1667, ó aventuradas incursiones como las de Morgan y Gramont en 1668 y 1679.

Comienza Cuba á presentar relieve histórico en el año 1762, que envuelta España en el desastroso Pacto de Familia, vióse la Habana acometida por la escuadra inglesa regida por Sir Jorge Pocoock, y conduciendo las fuerzas mandadas por el conde de Albermale. Apoderados los ingleses sucesivamente de Cogimar, Guanabacoa y la Chorrera, fué impremeditamente abandonada la Cabaña, y desde tan excelentes posiciones comenzó el asedio contra el Morro y la plaza. Bravamente combatieron los cubanos, demostrando que corría sangre española por sus venas. El 30 de julio sucumbió el castillo del Morro, tomado por asalto, costándonos la vida de su gobernador el bizarro D. Luis de Velasco, y de más de 2,000 hombres, entre soldados y milicianos, muchos que voluntariamente pagaron con su vida el empeño de pelear al lado de aquel valiente castellano. Una vez caído el Morro, la plaza no tardó en rendirse, capitulando el 11 de agosto su gobernador D. Pedro Prado y Portocarrero. A la ocupación de la Habana siguieron la de Matanzas, el Mariel y alguno que otro punto, pero no sólo distaba mucho de caer la Isla por completo en poder de los ingleses, sino que por el contrario, sus naturales se apercibieron para oponer una enérgica y tenaz resistencia, y debemos notar aquí que por aquel entonces no se sospecha-

ba la distinción entre peninsulares é insulares, confundiéndose todos en un mismo sentimiento y en una idéntica aspiración.

La paz de Fontainebleau tenía como una de sus cláusulas principales la recuperación de Cuba, que fué entregada fielmente al nuevo capitán general conde de Ricla. Pero el pasado contratiempo hizo fijar la atención de la Metrópoli en la perla de las Antillas. Puesta de manifiesto la relativa escasez y deficiencia de los elementos defensivos, emprendióse su reposición y reorganización, encomendándoselas al conde de O'Relly. Mas no sólo el ramo militar salió ganando en el anterior conflicto. De sobra son conocidas las trabas económicas que desde el descubrimiento pesaban sobre la vida comercial de nuestras posesiones americanas.

«Los ingleses—dice un historiador de este episodio (1)—que no llevaron á la Isla pensamiento exclusivo y dominante, durante los ocho meses de su mando en Cuba permitieron la importación de todos los artículos de comercio: con este sistema, en lugar de perder el país bajo la dominación inglesa, ganó muchísimo.» El aumento que presentó la riqueza de la Isla hubo de abrir los ojos á los economistas españoles é hizo que se aflojaran bastante las trabas comerciales y que se mirase con atención y cuidado la hacienda insular, nombrándose, al efecto, el primer Intendente. Fué este D. Manuel Altarriba, funcionario laborioso, á quien se debe, sin duda, el encauzamiento y organización de las importantes funciones administrativas. Por desdicha, ese cuidado en la elección del personal superior no existía siempre, y tras de empleados más ó menos acertados solían enviarse otros que estaban en completo desacuerdo de principios y procedimientos. La segunda etapa económica de la Isla hállase representada brillantemente en D. José Pablo Valiente, nombrado el año 1792. Duró hasta 1799, y Cuba le es deudora de las principales fuentes de su engrandecimiento. Mas tarde, en 1817, hay otro de felice recordación en el país, D. Alejandro Ramírez, que falleció en su cargo en 1821. Otros varios podríamos citar como Arango y Martínez Pinillos, que demuestran, y esto es lo que nos hemos propuesto al efectuar esta rápida incursión, que el ramo de Hacienda y comercio no estuvo tan descuidado como se quiere suponer, y no obedecen á errores suyos las causas que fueron trabajando la enemiga entre insulares y metropolitanos. Defectos, húbolos sin disputa, y tal vez convirtiéndose algunos desaciertos en malestar latente, fueron parte, en unión de otras concausas, á preparar tan sensible estado de ánimos; pero ni á semejantes orígenes, ni á los otros por sí solos cabe culparlos.

Ya he dicho que el desastre de 1762 atrajo las miradas del Gobierno supremo, y mejor escogido el personal de gobernadores, viéronse algunos como don Antonio Bucarelly, el marqués de la Torre y el de Somemelos, cuyos períodos de mando cada uno por su estilo, produjeron beneficios á la Isla.

La funesta semilla de la escisión á que nos hemos referido antes, quieren algunos historiadores hacerla remontar al auxilio más ó menos político que prestamos á las colonias inglesas sublevadas contra su metrópoli. Creo igualmente que esto es exagerar las cosas. Proclamada la independencia de los Es-

(1) El Sr. Bachiller y Morales,—Cuba—*Monografía histórica*,—Habana, 1883.



tados de la Unión y constituídos en nación independiente, bien claro resalta el auxilio y fomento que luego han prestado á todos los movimientos, contribuyendo mucho á estos; pero si esta acción ó influencia posterior creemos que ha sido indudable, en cambio al ejemplo primitivo y dadas las condiciones sociológicas de la Isla, no debe asignársele tanta trascendencia. Algo parecido podríamos decir del alcance que pretenden atribuir á los elementos que la emigración haitiana aportó á la Isla en 1805.

Lo que sí puede considerarse como génesis de las aspiraciones de independencia, son los movimientos iniciados por nuestros estados del continente en 1809 y 1810. La deposición del virrey Iturrigaray, las sediciones de Caracas y Santa Fe de Bogotá, la intentona reprimida de Montevideo, el levantamiento del cura Hidalgo etc., etc., fueron sucesos de fatal ejemplo en la Isla, y máxime si se tiene en cuenta que ya no estaba en el estado de prístina ignorancia que al mediar el siglo anterior. La Isla poseía su universidad, aun cuando reducida á estrechos límites; en 1793 se había fundado la Real Sociedad Patriótica de la Habana, que comenzó á publicar el «Papel periódico de la Havana» (1) y á este se siguieron, andando el tiempo, otros diversos periódicos no sensatos y morigerados como aquél, sino desenvueltos y procaces, usando y aun abusando de la libertad de imprenta, algo prematuramente concedida. No sólo estas libertades sino otras varias, más ó menos convertidas en licencias, y la distinción que ya había comenzado entre peninsulares ó españoles y criollos, fueron los precedentes primeros, cuyas sucesivas y posteriores manifestaciones no tardaron en hacerse notar.

No obstante, por aquel entonces, no tenían estos síntomas grave importancia. He aquí como el insigne historiador de Cuba D. Jacobo de la Pezuela da cuenta en frase concisa del estado general de ánimos en la Isla.

«Espíritus díscolos é inquietos se abrigaban también en ella deseosos de novedades y trastornos, más en número muy corto, para que entre el voto general de los propietarios y comerciantes afectos á la bandera española, se oyesen sus murmullos: arredrábales también el aspecto de trescientos mil habitantes de color, y el ejemplo, aun palpitante, de tantos y tan sangrientos horrores perpetrados en la cercanía de Santo Domingo.»

Quizás una continuada política de acierto y habilidad, de tonos expansivos y liberales y de actos de energía cuando fueran del caso, hubiera ahogado los gérmenes que empezaban á incubarse, pero esto era muy difícil, dada la constante mudanza de los gobernadores y la poca importancia y atención que éstos consagraban á su cargo. No queremos ofender á las personalidades que lo desempeñaron, entre las cuales hay las tan eximias como D. Leopoldo O'Donell ó D. Francisco Serrano, más es lo cierto que esos mismos, que en la Península y encumbrados en las grandes alturas del poder ganaron fama de hombres de estado y acertados gobernantes, miraban su estancia en la Isla de Cuba como época transitoria y tal vez de escasa redundancia, en su fama y reputación. En semejantes condiciones fueron desarrollándose y agravándose las semillas que habían de fructificar tan amargamente en la década del 60 al 70.

(1) Conservo la ortografía de la época.

El autor de «Las insurrecciones en Cuba,» D. Justo Zaragoza, divide la historia contemporánea de la Isla en tres épocas: la de *educación política* de fines del siglo pasado hasta la reacción de 1814; de *propaganda* desde 1814 hasta la calaverada del general Lorenzo en Santiago en 1836; y de *rebelión* más ó menos latente y constante que él supone existir desde la última fecha hasta aquella en que escribía (1872).

Este último concepto peca algún tanto del pesimismo en que se inspira la citada obra, pero por lo demás no están mal definidas las fases que denotan como iban evolucionando las ideas insurreccionales. Hubo, y ya lo hemos hecho notar, un período si no de educación política, de *preparación* ó de *contagio*, otro segundo período de *desarrollo*, de *incubación*, durante el cual trascienden las sociedades secretas y otras mil manifestaciones de propaganda y otro, por último, de *manifestación*, de *exteriorización*, que se prolonga hasta el momento del estallido de 1868.

La reacción del año 1814, no podía traer para Cuba los rencores y perjuicios que en la Península, y hasta no vacilaremos en decir que fué beneficiosa, dado que la constitución de 1812 con relación á Cuba, y según confiesa el historiador cubano, Guiteras, que puede citarse como testigo de mayor excepción, «era demasiado democrática para los tiempos aquellos.» No disgustó pues al país la represión de la licencia, que en eso se había convertido la libertad de imprenta, con la de otras novedades sin llegar á arraigar verdaderamente. Es más, según afirma otro de los escritores antes citados, allá por los años de 1812 y 1813 eran decididos y fanáticos partidarios de Fernando VII, los prohombres tales como Betancourts, Agüeros, Socarras, Varonas, Loinaz y Mirandas, cuyos hijos y nietos buscaron más tarde la muerte en las filas de la insurrección. No obstante las ideas iban germinando y abriéndose camino. Esto pudo verse patentizado cuando el segundo período constitucional de 1820 al 23, observando cuanto pululaban las sociedades secretas de anilleros, comuneros, carbonarios, soles, cadena, masones del rito de España, masones del rito de York y otras mil denominaciones más ó menos fantásticas y extravagantes. Producto de éstas fué la conspiración llamada de los Soles de Bolíves (1) sorprendida en tiempo del capitán general D. Francisco Dionisio, Virrey (1823); la descubierta en 1826 en Puerto Príncipe, cuyos dos principales caudillos Agüero y Sánchez, sufrieron la última pena, y la del Aguila negra en 1829, que extendía sus raíces por los departamentos central y oriental.

El tercer período, antes marcado, comienza en el mando del general Tacón. No era éste un gobernante en el amplio sentido de la palabra, y si bien reunía condiciones de energía y carácter bastantes superiores y con ellas pudo alcanzar poderosos resultados en algunos asuntos, en cambió faltóle tino en otros. Eran tales, por ejemplo, la facilidad con que decretaba extrañamientos ó destierros sin suficientes motivos para ello y constituyendo pasos impolíticos, como el del Marqués de Casa-Calvo y el del distinguido publicista D. José Antonio Saco; la inconsiderada preferencia que dió á ciertos elementos peninsulares, rodeándose

(1) Esta conspiración era bastante extensa, como que sólo encausados resultaron unos 605, teniendo, además, ramificaciones en diferentes puntos de la Isla. A pesar de todo, Vives, hombre humano, prefirió que se fugasen los cabezas á tener que derramar sangre.



casi exclusivamente de ellos, y alejando á los criollos que de buena fe aun estaban á nuestro lado, haciéndose así más profunda y completa la línea divisoria; la falta de cumplimiento en que dejó algunas disposiciones emanadas del Gobierno supremo, que inspiradas en móviles liberales no se compaginaban bien con sus aficiones retrógradas y autoritarias; y por último, sus desavenencias con el conde de Villanueva, intendente á la sazón y hombre de gran prestigio y de eminentes servicios, que un gobernador debía reconocer y estimular.

Sin culpa de Tacón, no fué pequeño desacierto el acuerdo tomado por las Cortes en 1836, para que los diputados cubanos no pudieran sentarse en el Parlamento, porque según decía la Comisión respectiva del Congreso, «no »siendo posible aplicar la Constitución que se adoptase para la Península é islas »adyacentes á las provincias ultramarinas de América y Asia, fueran éstas regi»das y administradas por leyes especiales, y, en su consecuencia, no tomaran »asiento en las Cortes los diputados por las expresadas provincias.» Impolítica resolución que ocasionó grave descontento sin producir ventaja alguna, y lo que es más, sin que pueda justificarse lógicamente. He dicho que la Constitución de 1812 era en la época en que se adoptó demasiado ancha, y valga la frase, para Cuba; mas la situación liberal de 1836, no debe considerarse así, si atendemos al rápido adelanto intelectual de la Isla, y á la educación política de sus naturales, que habían adelantado mucho con el inevitable contacto y vecindad de pueblos, como los Estados de la Unión y las repúblicas hispano-americanas, las cuales, aun cuando entregadas á grandes disturbios anárquicos, presentaban una iniciación completamente democrática. Era, además, la primera vez que se excluía á los pueblos americanos del goce de un derecho, cuyos perjuicios no podemos comprender, ya que si se estimaba que la Constitución debía ser modificada en algunos puntos antes de adaptarse á las colonias americanas, eso mismo pudo acordarse y realizarse con el concurso y asistencia de sus diputados, pero de ninguna manera expulsarlos fuera del recinto de la representación nacional y poniéndolos en parangón con las colonias de Asia, de las cuales tanto se diferenciaban en cultura y en situación histórico-política.

Como quiera que sea, esa medida y las preferencias del general Tacón, acabaron de dividir el campo, fomentando á las claras el antagonismo entre insulares y peninsulares, que anteriormente no tenía fundamento serio en que apoyarse.

No fué, por consiguiente, muy agradable la herencia que les cupo al general Valdés, al general O'Donell, al conde de Alcoy, al general Concha, al general Pezuela, al general Serrano y á los generales Dulce y Lersundi, en cuya segunda época estalló el movimiento de Yara.

Este es, pues, el tercer período de la historia moderna de Cuba, y si no puede considerarse de completa rebelión, como la llama el autor que antes citamos, por lo menos es evidente que durante su trascurso no cesaban de fulgurar los relámpagos precursores de la tormenta. Tales fueron los trabajos secretos del cónsul Turnbull en tiempo de Valdés; los sucesos del café de Escauriaza (batalla de Puncha leche) y la conspiración de Plácido en tiempo de O'Donell; la propaganda de Lugareño y la primera expedición de López en tiempo del conde de Alcoy; el levantamiento de Agüero en el Camagüey y de Armenteros en Trinidad, así como la segunda intentona de López, durante el primer mando del ge-

neral Concha; la célebre cuestión Pintó en el segundo; la significación política que se le dió al entierro de D. José de la Luz en tiempo del general Serrano; el vuelo que tomaron las aspiraciones reformistas durante la primera época de Dulce, y por fin, las dos agitadas épocas del general Lersundi con el intermedio breve de Manzano, incrementados en mil detalles significativos y antecedentes importantes que no dejaban lugar á dudas.

No trataremos de dilucidar si en las aspiraciones reformistas de los cubanos existía su parte razonable, y así debía ser por cuanto se les dió oído y se nombró la comisión informativa de 1865; si las tendencias de anexión é independencia representaban el deseo de los más ó el de los menos, bien que estos últimos hallaron medio de apoyarse en el criterio reformista bastante extendido; si correspondía, por lo tanto, emplear una política de templanza y atracción como las de Serrano y Dulce, ó de energía y hostilidad como la de Lersundi; lo positivo, ó indudable, lo que nos importa hacer constar es que los síntomas premonitorios eran bastante pronunciados para que el general D. Francisco Lersundi pudiese claramente prever el conflicto, debiendo estar apercibido para ello. No obstante, por más que nos duela censurar habremos de confesarlo, aquel gobernante no llegó á percatarse de la gravedad de las circunstancias, y los sucesos le encontraron en el más completo estado de imprevisión y abandono, como luego hemos de observar.

IV

LIGERA IDEA SOBRE LA ORGANIZACIÓN MILITAR Y POLÍTICA DE LA INSURRECCIÓN

La precisión de no entretenernos demasiado en asuntos secundarios, nos prohibió en el capítulo anterior demostrar, siquiera no fuese muy profundamente, cuantas raíces y cuan dilatadas iba echando la idea separatista. Sus juntas centrales y directoras residían comunmente en los Estados Unidos, alentadas cuando no protegidas abiertamente por el Gobierno de la Unión, que adoptó puntos de vista nada correctos; sus expediciones fraguábanse y navegaban bajo el amparo del estrellado pabellón; y en una palabra, esa cauta república si bien nunca se comprometió de una manera abierta, esquivando el declararles beligerantes y el conceder cotización á valores fiduciarios por ellos emitidos, nunca cesó de atizar el fuego, antes de estallar la contienda, durante su transcurso, y después de terminada.

Sin caer en la vulgaridad de relacionar el movimiento separatista cubano con los revolucionarios de septiembre, y sin que pueda dudarse que la incubación de la conjura estaba de antemano preparada, no vacilaré tampoco en afirmar, que el grito de Yara fué impremeditado, ó cuando menos anticipado. Lo da á entender así: primeramente la significación de quien lo inició, pues si Carlos Manuel de Céspedes, colocóse con su atrevimiento desde luego en primera línea, y en ella comenzó á figurar, ni lo estaba antes, ni tenía condiciones y elementos para ello; en segundo lugar el sitio, manera y forma en que estalló el alzamiento,

imprimiéndosele un carácter especial de algarada; y en tercero y último lugar, llega á sospecharse si noticiosos del movimiento de septiembre en la Península, no significó el de Yava un apresuramiento propio para arrastrar y comprometer en la insurrección armada á todos aquellos que, débiles é irresolutos, se hubieran aquietado ante la promesa de reformas que el Gobierno liberal iba á hacer efectivas muy en breve. Y que no vamos muy descaminados al asegurar esto último, lo prueba el hecho de que algunos de las partidas trataron de presentarse so capa de reclamar simplemente reformas. Aun más; hubo elementos de buena fe, un tanto comprometidos en el campo insurrecto, que pretendieron dominar el movimiento al aproximarse la realización de las promesas reformistas del Gobierno de septiembre; é hiciéronse gestiones en este sentido en noviembre de 1868, y más adelante, cuando llegó el general Villate á Puerto-Príncipe, bien que en ambas ocasiones no podían dar fruto, porque los sucesos habían tomado impensado vuelo y no era posible atajar su desarrollo.

Convengamos, pues, en que el alzamiento de Céspedes constituyó por su parte un atrevido deseo de anticiparse, poniéndose á la cabeza, arrastrando y precipitando á los irresolutos y neutralizando el buen efecto que hubieran producido en la parte sana de la insurrección, las mejoras liberales que el Gobierno de la Metrópoli iba desde luego á plantear.

Conócese el primer acto del levantamiento con el nombre del *grito de Yara*, pequeño poblado cercano al ingenio Demajagua. Fué en éste último donde reunió Céspedes á sus treinta y siete secuaces, marchando en seguida al pueblecillo indicado y echando á volar allí su primera proclama que caracterizó el levantamiento, produciendo, como ya hemos dicho, general sorpresa hasta en las logias y juntas donde se fraguaba. Por lo demás, este carácter de adelanto y atrevimiento, es propio de todas esas empresas; la conflagración surge cuando encuentra una personalidad bastante osada para darle vida, y las probabilidades de que prospere ó no, dependen de los materiales que hubiese hacinados.

Fuerza es convenir, que esta vez era fácil profetizar la propagación del incendio, por más que otra cosa quisiera figurarse el optimismo de nuestras autoridades, pues ocho días después, el 18 de septiembre, cuando el ataque-toma de Bayamo, eran ya 3,000 los insurgentes, si hemos de creer á un historiador de aquellos primeros sucesos (1).

Generalizóse el movimiento por las jurisdicciones de Bayamo, Tunas, Holguín y Puerto-Príncipe y viéronse en breve *marcharse al monte*, como allí se decía, bandadas de jóvenes y aun familias enteras, casi como pudieran haberse ido á pasar unos días al campo; desprovistos en absoluto del convencimiento y seriedad que el asunto por su alcance reclamaba.

En los primeros tiempos, fuera de la partida que dió el grito, y de alguna otra muy contada, no existieron verdaderos núcleos combatientes y hasta diríamos más, apenas existieron combatientes, pues no cabe darle ese nombre á los grupos informes de individuos armados con el clásico machete, con revólver no todos, y muy pocos con rifle ó carabina; pero á impulsos del entusiasmo inicial, de la unanimidad de sentimientos y mayormente de ese espíritu guerreador inna-

(1) D. Vicente García Verdugo, autor del libro *Cuba contra España*.

to en toda la raza española, comenzó á surgir la obra de su rudimentaria organización militar.

Como acontece en todo levantamiento anormal, los que alzaron las primeras partidas, erigiéronse en jefes de ellas, repartiendo á su placer los grados subalternos. Céspedes se erigió á sí mismo en capitán general y á su lado, así como en el Camagüey y en las Tunas, pulularon los generales de división, brigadieres, mayores generales, coroneles, etc., etc.

Otra circunstancia de las guerras irregulares consiste en que esas partidas, apenas se arriesgan nunca á salir del territorio en el cual se levantaron y donde comunmente operan, observándose que cuando no lo hacen así, se exponen á sufrir un descalabro. Dicho requisito cumplióse muy rigurosamente en la contienda cubana; pero también acaeció aquí lo que era natural; estas partidas circunscritas á una zona pequeña, cuando se vieron poco inquietadas por el enemigo, engrosando sin cesar ensancharon el radio de sus algaradas, y llegaron á semejar verdaderos batallones más ó menos informes, y aun á combinarse por jurisdicciones á las cuales se les dieron pomposos nombres de brigadas y comandancias generales, á imitación de las nuestras que se les oponían.

Es muy difícil determinar con exactitud las proporciones en que combinaron la infantería y caballería. En las regiones Centrales y de las Villas, de terreno sumamente llano, no sólo abunda el ganado caballar sino que en realidad constituye el medio de locomoción, en términos tales, que puede asegurarse sería muy raro el *guajiro*, ranchero ó sitiero que no poseyese uno ó varios caballejos de pobre aspecto, pero sufridos y resistentes y muy adecuados para soportar las fatigas y los ardores del clima. Parte por esa abundancia, parte por la relativa bondad del ganado, y parte también por una aptitud congénita, los habitantes de esos territorios, especialmente del Camagüey, son todos ellos jinetes y jinetes no despreciables. Dedúcese así, cuan fácil les fué organizar, si no verdadera caballería, en la exacta acepción de la palabra, al menos una infantería montada, que permitiese aliar las condiciones del peón con la celeridad de trasporte y marcha, elemento principal del jinete (1). Estará de más hacer notar que dicha caballería embrionaria á medida que fué regularizándose, se halló en condiciones de dar cargas, siempre á discreción, pero con cierta normalidad y resistencia. Resultó, pues, que en las jurisdicciones donde el terreno era absolutamente llano, donde existía abundancia de caballos y de jinetes, predominó la fuerza montada, mientras que en aquellos que eran más quebrados y agrestes y también donde el contingente de la dotación de los ingenios proporcionaba exceso de peones, hubo menos jinetes, los cuales llegaron hasta á escasear. Por eso, digo, que es casi imposible marcar una proporcionalidad, término medio entre la infantería y la caballería, por más que existieron desde el principio ambas armas, si designamos con el último nombre la infantería montada ó caballería irregular de que veníamos hablando. Respecto á artillería, aunque al-

(1) No es esta la ocasión de discutir la conveniencia y utililidad que en cierta clase de guerra puede ofrecer una infantería montada análoga á ésta. El hoy general Hamley muéstrase muy partidario de ella, dióles á los ingleses un excelente resultado en Egipto y Sudán y la he visto recientemente preconizada por A. Ordax en sus estudios, *La Guerra*, que publicó *La Revista de España*.

canzaron á tener algunas piezas aisladas, no ofreciéndoles ventajas apreciables y sí grande embarazo por su especial sistema de guerra, las abandonaron muy luego, y el escaso personal destinado á su servicio, repartióse en las otras dos armas.

Los servicios administrativos estuvieron siempre en un estado muy rudimentario. Las tropas apenas recibían sueldo, y el dinero que circulaba era casi todo en billetes emitidos por la República de Cuba, y en su consecuencia, dicho se está que no tenían valor alguno fuera de sus campamentos y poblados. Sabido es cuanto se simplifica el problema de vestuario en aquellos climas; entre lo poco que podían procurar á los insurrectos sus partidarios en las poblaciones y algunas pequeñas remesas contratadas en los Estados Unidos, por los Comités y Juntas allí establecidos, pudo considerarse satisfecha esa necesidad. También de los Estados Unidos recibieron todo el armamento y municiones. Para atender á la recomposición de aquel, y á la fabricación de pólvora, organizaron en sus campamentos y poblados más estables, fraguas de campaña, como así mismo talleres de monturas de calzado y correajes, objetos cuyas primeras materias era fácil procurarse por la abundancia de pieles del país, bien que su curtido deja algo que desear. Por último, la manutención durante los primeros años no ofreció dificultad alguna. La superabundancia del ganado proporcionaba cuanta carne se quería, recurso del cual también disfrutaron nuestras tropas. Aquel suelo feraz que produce tanta variedad de substanciosos tubérculos (*ñame*, *yuca*, *boniato*, *malanga*, etc.), tantas abundantes cosechas de otros productos vegetales (*frijoles*, *maiz*, *cebollas*, etc., etc.), tanta riquísima profusión de frutas, todo ello recogido en las siembras y en las fincas abandonadas por sus dueños y ocupadas más ó menos temporalmente por los insurrectos, completaban por entero el problema de la alimentación, sin producir quebranto alguno en esta difícil rama administrativa. Es mucha verdad que no siempre sucedió así; que trascurridos algunos años el ganado, desatendido y perseguido, comenzó á escasear, y los cultivos destruídos incesantemente por nuestras tropas con objeto de quitar recursos al enemigo, fueron disminuyendo, y en los últimos tiempos apenas podían contar con ellos. He aquí, también, porqué en esas épocas padecieron verdaderas necesidades, y no fueron ellas ciertamente las que menos contribuyeron á terminar la guerra, pudiendo asegurarse que en el caso de reproducirse una lucha en análogas condiciones, dicho resorte no se deberá despreciar ni echarse en olvido.

Hemos manifestado que familias y grupos enteros de ellas se lanzaron al campo, y como la historia no debe disimular la verdad, debemos confesar que en algunas jurisdicciones como el Camagüey, Bayamo y las Tunas, casi todas las familias de arraigo en el país, adoptaron aquel partido ó emigraron al extranjero, constituyendo en los Estados Unidos y en las repúblicas hispano-americanas, juntas y sucursales que ayudaron mucho al mantenimiento de la guerra. Con esto resolvieron dos problemas igualmente interesantes: extender su acción é influencia en el extranjero dándole gran autoridad, pues, los representantes del movimiento no eran ya como antes (y como lo son actualmente) aventureros políticos, sino verdaderos prohombres respetables que daban seriedad á la empresa; aglomerar en el campo y fuera de la legalidad, una masa de población civil, también en condiciones de respetabilidad y capaces de constituirse como se constituyeron, en un núcleo gubernamental, porque es una ver-

dad inconcusa que ciertas insurrecciones no pueden llevarse á feliz término sin contar con los elementos conservadores del país. Así la existencia de éstos, les permitió simular una Cámara, un Gobierno, una Constitución, y en una palabra, un organismo político, para el cual contaban con materiales suficientes, bien que muy imperfectos.

Daré algunas ideas de este organismo político. Es difícil averiguar si la mente de los primeros organizadores de la República de Cuba prefirió el sistema federal al unitario: el ejemplo de los Estados Unidos que ha constituído constante modelo para todas las naciones americanas, nos inclina á lo primero; pero como uno de los defectos del sistema federal consiste en la falta de cohesión, en la diversificación de la acción gubernamental, y en resumen, en la falta de unidad, tan necesaria en momentos supremos, es claro que la realidad se impuso, y los organismos político-militares de la naciente república adoptaron el segundo carácter.

Por de pronto, los notables ó el puñado de notables reunido en Guaimaro, (que como veremos, cayó en su poder á poco del alzamiento), constituyéronse en Cámara de Representantes, atribuyéndose unos poderes que naturalmente no tenían en forma regular. Allí, y en abril del 69 promulgaron una Constitución en 29 artículos, que ya confesaban en el último, había de ser enmendada y modificada posteriormente. En dicha Constitución figuraban como poderes públicos el legislativo, la Cámara única, y el ejecutivo, el presidente nombrado por ella. Podía, este último, ser acusado ante aquella, así como cualquier otro de sus miembros, y como además se reservaban el nombramiento del general en jefe, venía á resultar una oligarquía, imposible de llevar á la práctica si se hubiera ensayado en condiciones pacíficas y regulares. Establecieron sus correspondientes ministerios y ministros, pero es evidente que esos cargos, así como los gobernadores civiles ó políticos, resultaban fantásticos, mientras las conquistas de la lucha armada no les permitieran disponer de alguna porción de territorio, con varios centros de población, y elementos que pudieran servir de base á una acción política normal. Puede decirse que sólo tenían importancia y significación los cargos de presidente y general en jefe que, á las veces, estuvieron reunidos en un mismo individuo, como quiera que ambos dependían del nombramiento de la Cámara. Por lo demás la Constitución consagraba todas las libertades y derechos de rúbrica: libertad de imprenta, de cultos, de asociación, etc., etc., se declaraban libres á todos los habitantes, lo que era consecuencia de un decreto anterior, fecha 26 de febrero, que había abolido la esclavitud; se decretaba la independencia del poder judicial, la incompatibilidad del cargo de representante con cualquiera otro; y la división política del país como ahora vamos á ver.

Teniendo muy en cuenta el territorio donde se enseñoreaban, y por lo tanto, que si á occidente de la Isla, quedaban comarcas importantes, ellos apenas lograron extender allí la acción de algunas pequeñas partidas, dividieron la República en cuatro Estados: Occidente, Las Villas, Camagüey y Oriente. Cada uno de estos debería enviar igual número de diputados á la Cámara, y aunque ignoramos si se verificó puntualmente, es lo más probable que no. Los gobernadores civiles ó jefes políticos de esos Estados existieron alguna vez nominalmente; pero nunca podrían desarrollar su gestión subordinados como se encontraban á las exigencias de las operaciones y oscurecidos ante los caudillos militares, que



tenían por precisión que ejercer funciones gubernativas, ni más ni menos que acontecía en el opuesto campo. En cambio y por esta misma razón, las autoridades civiles más subalternas, quedaban bajo la dependencia de los jefes militares, ante cuya inspección y protección ejercían sus cargos, prestándoles utilísimos servicios. Llamábanse estas tales autoridades, prefectos y sub-prefectos, y, por regla general, eran individuos no combatientes, pero con la obligación de proporcionar toda clase de auxilios á las tropas que operaban en sus jurisdicciones respectivas, y espiar y enterarse de los movimientos del enemigo, pasando á nuestros ojos por inofensivos sitieros. Estas obligaciones eran las más principalmente interesantes desde el punto de vista militar, pues sus funciones administrativas, referentes al registro civil, casamientos, cobranza de impuestos, etc., solamente lograron hacerlas efectivas en muy pocos casos, absorto como se hallaba el interés total en el éxito de la lucha armada.

El panorama orgánico, que ligeramente acabamos de esbozar, sólo obtuvo su desarrollo en el Camagüey y Holguín-Tunas, durante los últimos meses de 1868 y en todo el año de 1869; en Oriente se retrasó algo y más aun en las Villas, donde sucedió, que al imprimir vigor á nuestras operaciones, apenas habían comenzado á establecer la normalidad orgánica que hemos apúntado. Esto fué indudablemente, la causa original de la supremacía que desde luego obtuvimos en esa comarca y que conservamos con alternativas ligeras durante toda la guerra.

Veamos ahora como se desarrollaron los primeros sucesos, que fueron los más decisivos y característicos.

V

PRIMEROS SUCESOS DE LA CAMPAÑA

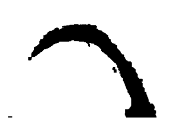
En los «antecedentes históricos» he procurado poner de manifiesto la evolución, el proceso, los precedentes del movimiento insurreccional del 68. No sé si habré conseguido, cual era mi deseo, hacer resaltar con perfiles salientes el rápido crecimiento de las tendencias separatistas, así como la gravedad que iban presentando en aumento progresivo las intentonas y conjuras que precedieron á la guerra; pero aun cuando no lo haya logrado, aun cuando el cuadro resulte desmañado y flojo por la impericia del pintor, creo difícil de explicar el exagerado optimismo, la desmesurada confianza y el desapercibimiento completo del general Lersundi al estallar la insurrección de Yara.

No quiero, ya lo dicho antes, entrometerme en dilucidar, si las reformas políticas eran una verdadera necesidad ó sólo podían considerarse como superflua gollería, pero es el caso que al darse oídos por el Gobierno á las pretensiones reformistas, al nombrarse con toda urgencia la Junta de información en 1866, se reconocía implícitamente su razonable fundamento y se adquiría el compromiso tácito de satisfacer aspiraciones legítimas. La esterilidad de aquellos proyectos, el ningún resultado positivo que produjo la información, fueron parte muy principal á que aumentase el número de los descontentos, y todos aquellos que de

buena fe contemplaron defraudadas sus esperanzas, claro es que habían de sumarse con los francamente separatistas, cuyos trabajos proseguían sin cesar en el extranjero y en las sociedades secretas y logias masónicas de la Isla. Nada de esto debía ignorar el general Lersundi ¿cómo no se sintió alarmado al encargarse del gobierno superior de Cuba y encontrarse tan gran deficiencia de medios militares, cual ahora hemos de notar? ¿Cómo llegó á adormecerse en completa confianza hasta el extremo de considerar terminada la intentona en el parte publicado con fecha 18 de octubre en la *Gaceta de la Habana*, es decir, el día mismo en que los insurrectos se apoderaron de Bayamo? Ni es fácil entenderlo, ni explicarlo; porque aparte de que no pueden ponerse en duda las condiciones de inteligencia y lealtad del general Lersundi, no se acierta tampoco á vislumbrar algún motivo suficientemente poderoso para apartar su mente de la realidad de las circunstancias. Al par que publicaba las anteriores tranquilizadoras noticias, telegrafiaba en análogo sentido al Gobierno Provisional, y es evidente que le cabe su parte de complicidad en la poca consideración militar que aquel atribuyó al movimiento; dividiéndola con Dulce, que pretendió apagar por medio de componendas políticas una conflagración ya demasiado adelantada.

El año de 1868, constaba el ejército de la Isla de 8 regimientos de infantería de línea, 4 batallones de cazadores, 2 regimientos de caballería, 2 batallones de artillería de á pie y 1 de montaña, 1 de ingenieros, 1 tercio de guardia civil y las milicias disciplinadas en cuadro. Sumaban en el papel unos 20,000 hombres; pero aunque esa cifra figurase en presupuesto, la lentitud é insuficiencia con que se envían los reemplazos á la Isla, las muchas bajas que produce la enfermedad endémica, el crecido número de rebajados y destinos que tenían los cuerpos, redujo el total de tal modo, que al resonar el grito de Yara, sólo podían estimarse en unos 8 ó 10,000 los combatientes. Surge de nuevo la pregunta: ¿Cómo el general Lersundi contempló sin recelo esa cifra mínima ante la inminencia del movimiento? Habremos de quedarnos como antes, sin respuesta. Pero hay más, á estas tropas escasas, faltábanles en absoluto elementos y condiciones para la lucha que iba á emprenderse. El soldado y el oficial no tenían práctica alguna de los campos de la Isla, práctica indispensablemente necesaria dada su especial topografía: ignoraban, pues, la manera de contrarrestar los obstáculos que aquella proporciona, al par que la utilización de los abundantes elementos naturales que ofrece. El vestuario no respondía á las necesidades de la vida de campaña (funesta manía de que aun no hemos sabido curarnos); algo de eso le sucedía al armamento, pues aun existía caballería armada con lanzas (1) pronto se echó de ver la escasez de fusiles, y los infantes estaban armados con bayoneta y desprovistos del machete, instrumento más bien que arma, pero completamente indispensable en el campo de la Isla. Excusado es decir que respecto á ambulancias, depósitos de raciones y de municiones, elementos de trasporte, etc., nos encontrábamos como quien dice en la infancia del arte, y salvo el contar con mejor base y más recursos que nuestros enemigos, tuvimos que ir creando, improvisando y organizando esos factores ni más ni menos que ellos. Nótase todavía una imperfección que resaltaba entonces más en el orden mili-

(1) Más adelante probaré la inconveniencia de semejante arma en Cuba, así como otras varias particularidades que ahora no hacemos más que apuntar.



tar que en el civil: las autoridades y personas que desempeñaban puestos de alguna importancia, no estaban muy cuidadosamente escogidas, y se ofreció el caso que cita el brigadier Castellano en su obra *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba*, de ser sumariado por infidente un funcionario militar que desempeñaba un destino de confianza en Puerto Príncipe.

Ya hemos dicho que en la noche del 9 de octubre se reunieron en el ingenio Demajagua los treinta y siete iniciadores del movimiento. Al amanecer del 10, en el inmediato pueblecillo de Yara, lanzó su primera proclama Carlos Manuel de Céspedes, intentando dirigirse en seguida hacia Manzanillo. Pero allí había llegado ya la noticia; la gente afecta á la insurrección, no estaba en mayoría ó si lo estaba no disponía de elementos bastantes para imponerse á la minoría, y, por otra parte, Céspedes sólo contaba un puñado de hombres, así es que cambió de designio, retornando prontamente á Yara. Mientras tanto el teniente gobernador de Bayamo, noticioso de la novedad, había hecho salir una pequeña fuerza de infantería con algunos caballos, y al regresar los insurrectos, chocaron con ellos en Yara, donde aconteció por tanto el primer hecho de armas que inauguraba una lucha tan sangrienta y tenaz. No estará de más repetir que esas tropas se hallaban muy distantes de poder desempeñar su cometido. Ya lo hemos dicho, ni el oficial ni el soldado tenían costumbre de operar en los campos de la Isla, ni vestuario adecuado, ni armamento completo, ni depósito de raciones, ni ambulancias, ni condiciones, en fin, para haber proseguido la persecución y derrota de los insurgentes; de manera que pronto hubieron de volverse á Bayamo, dejando extender el incendio insurreccional. Y no tardó este en propagarse rápidamente: el día 13, cuando se presentaron ante las Tunas, no eran ya un puñado de hombres, y hacia el 15 ó 16, podían considerarse en plena insurrección las jurisdicciones de Holguín, Tunas, Bayamo y Jiguani.

La intentona de las Tunas fué rechazada por la firme actitud de sus vecinos, ayudados y amparados por una escasa guarnición; pero en cambio, seis días después, esto es, el 18, reunidos los insurrectos en número de 3,000, consiguieron entrar en Bayamo, merced seguramente á las múltiples inteligencias con muchos de sus habitantes. La guarnición no era muy numerosa ciertamente, 120 hombres y 25 caballos, más si se tiene en cuenta el estado embrionario de la partida enemiga, su falta de armas, de disciplina, de costumbre del fuego y hasta de dotes en los que ejercían el mando, hay lugar á sospechar que, una actitud enérgica y atrevida por parte del teniente gobernador, hubiera tal vez bastado á impedir el suceso. Todo cuanto hizo fué encerrarse en el cuartel, procurando atrincherarse y tentar una defensa que ya resultaba imposible. Efectivamente, careciendo de toda clase de vituallas, el día 22 se vió obligado á rendirse á discreción. Ocioso es pintar la significación é importancia que tuvo para el movimiento, la toma de Bayamo: él fué, por decirlo así, su consagración, creándose allí una base de operaciones, en la cual se centralizaron éstas por el pronto. Se comenzó la publicación de un periódico, especie de boletín de la guerra, que continuó tirándose durante toda ella, con algunas intermitencias, y variando naturalmente de asiento. Cayeron en su poder armas y municiones, y en resumen, se elevó la empresa de la categoría de una simple intentona á la de una insurrección seria y respetable, arrastrando á los dudosos vacilantes y propagándose rápidamente el fuego por los departamentos Oriental y Central.

Veamos cómo se apreciaron estos sucesos por nuestros gobernantes. El general Lersundi, al trasmitir al Gobierno las primeras noticias, calificaba el suceso de *ridícula calaverada;* el 12, al publicar en la *Gaceta de la Habana* las noticias oficiales de los graves acontecimientos de la Península, afectaba ignorar las turbulencias de la Isla, y el 18, publicaba en el periódico oficial un boletín, en el que se presentaba la intentona como fracasada y casi en la agonía, ¡cabalmente el día de la entrada de Bayamo! Conocido este desastre, por mucho que fuera el optimismo del capitán general, comprendió que urgía adoptar alguna medida enérgica, y dictó un decreto, el 20 de octubre, creando comisiones militares para entender en los delitos de sedición y rebelión, lo cual equivalía á declarar en estado de guerra todas las comarcas levantadas. Sin embargo, aun no se había percatado bien claramente de lo que él llamaba calaverada, y el Gobierno de Madrid, antes que enviar refuerzos pensaba en plantear reformas, para las cuales ya era sin duda un poco tarde.

Las tropas con que se contaba en la Isla eran, según vimos, absolutamente insuficientes, no ya para operar sino para guarnecer; y como quiera que la embestida de Bayamo hacía preciso improvisar fuerzas de importancia que se le opusiesen, el capitán general organizó una columna de 800 hombres, que puso á las órdenes del general Villate, y promovió la creación de cuerpos de voluntarios, á los que pudiera encargarse de la custodia de las poblaciones, disponiendo así de las fuerzas del ejército para operar. No tardaremos en comprender el ventajoso resultado de tal medida, que hasta hoy día está resolviendo el problema de ejército de segunda línea, pero que no bastaba por sí sola á satisfacer las múltiples necesidades que iban imponiendo la gravedad de los sucesos.

Por otra parte, el general Lersundi tenía puesto todo su conato en abandonar un mando que no quería ejercer como representante del Gobierno revolucionario, pues sabida era su adhesión á doña Isabel, y si fué bastante descuidado é iluso para dejarse sorprender en la fecha del levantamiento con exigua fuerza sin haber gestionado el envío de reemplazos que habían de cubrir la cifra consignada en presupuesto, no puede ahora pretenderse, que cual otro Deucalión hiciera brotar hombres de las piedras é impusiese á las operaciones el carácter de actividad y decisión que hubieran tenido á existir aquellos en abundancia. No, el general Lersundi, fué indudablemente apático antes del grito de Yara y optimista en los primeros días, pero después hizo cuanto estuvo en su mano, incluso sacrificándose á continuar algún tiempo, prestando sus servicios al Gobierno de la revolución. Este también sufrió su correspondiente engaño; lleno de buen deseo y espíritu liberal, alucinado por los reformistas cubanos residentes en Madrid, que de buena fé deseaban evitar á su patria los días de sangre y desolación que se preparaban, sospechando tal vez que la política un tanto retrógrada de Lersundi pudiera ser causa ocasional del alzamiento, y últimamente, sin conocer su verdadera trascendencia y ramificaciones, porque Lersundi persistía en destituirle de gravedad, no tiene nada de extraño que atendiese con preferencia á designar un gobernador de simpáticos y liberales antecedentes para los cubanos, y á conceder á estos el goce de los derechos en demanda de los cuales peleaban, mejor que á enviar hombres, dinero y recursos, tan necesarios para sostener, mejor dicho, para emprender la lucha.

Porque hay que confesarlo; no era ya tiempo de conferenciar ni negociar,



había transcurrido ese momento, único en todas las conflagraciones, á partir del cual, la tolerancia se interpreta como temor y la concesión como debilidad. Los mismo elementos de buena fe que pudieran existir en uno y otro bando, iban á convencerse pronto de la inutilidad de sus esfuerzos, y efectuado el deslinde de los campos, tomarían puesto de combatientes, ya en una, ya en otra fila.

Como se vió luego comprobado, el nervio de la insurrección, los elementos conservadores de la ensayada república, eran los camagüeyanos, y sus prohombres sintiéronse sorprendidos y disgustados del arranque de Céspedes. Parte por esto, parte también porque hubiese algunos de buena fe, que al contemplar el advenimiento de las ideas liberales creyesen posible como sus corresponsales de la Península, llegar al logro de sus deseos, sin atravesar el período desolador que se inauguraba, es lo cierto, que aun después de haber aparecido las primeras partidas se intentaron arreglos, atracciones y apaciguamientos, con sobra de buena intención, pero siempre con tan poca fortuna, que puede asegurarse que á cada paso que se daba en ese sentido se engrosaban las filas enemigas.

El comandante general del centro, brigadier Mena, pecaba en opuesto sentido que el capitán general, y desde los primeros instantes comprendió que no se trataba de una calaverada; sin embargo, conociendo también la deficiencia de sus medios de acción, redújose á una pasividad absoluta, y fuera de la pequeña columnita que envió á las Tunas, no hizo otra cosa que encerrarse en la capital del departamento, atrincherándose en el convento de la Merced, el cual puso en estado de defensa, concediendo así á las masas insurrectas un valor material que estaban muy lejos de poseer. Alentados con ello, no tardaron en cortar el ferrocarril de Nuevitas é intentaron bloquear á Puerto-Príncipe, como lo verificaron más adelante.

Dueños de Bayamo, los insurrectos dirigieron nuevas tentativas á las Tunas que, defendida por la columna Machín, enviada por el brigadier Mena que ya había tenido algún choque con ellos, supo rechazarlos de nuevo. Otra partida se aproximó y entró en Manatí, poblado indefenso, en el cual cometieron los excesos propios de partidas sin disciplina, abandonándolo después de incendiado; y por último, la mayor parte de su fuerza en número de 2,000, atacaron á Holguín, pensando sin duda hallar otra Bayamo. Hubo de salirles mal la cuenta, porque el teniente gobernador, aunque sólo contaba con 100 hombres, se previno á la defensa, y con la ayuda de algunos vecinos y la cooperación de las autoridades civiles, pudo sostenerse por espacio de treinta y cinco días en la casa fuerte que sirvió de reducto. Entre tanto las partidas del Camagüey atacaron y se apoderaron el día 5 de noviembre del pueblo de Guaimaro, el cual fué por entonces su cuartel general y centro principal de operaciones, porque desde luego comprendían que no habían de poder conservar á Bayamo. En suma, al mediar el mes de noviembre, la insurrección se había enseñoreado de los departamentos central y oriental, apoderándose de los pueblos de Bayamo y Guaimaro, incendiando á Manatí, bloqueando á Puerto-Príncipe, cortando el ferrocarril de Nuevitas, acercándose á Santiago de Cuba, destruyendo el ferrocarril de Cobre, y produciendo incesantes interrupciones telegráficas é infinitos daños y vejaciones en las fincas y pequeños poblados, accidente natural tratándose de esta clase de guerra y aun de las más regulares y metódicas.

A todo esto el capitán general y los comandantes generales hallábanse re-

ducidos á la impotencia. Fuera de algunas pequeñas columnitas, como la citada de Machín, que habían partido del Príncipe, de Santiago y aun de Bayamo y Manzanillo, y que sostuvieron algunos encuentros, pero que sólo podían considerarse como alfilerazos, no había más columna que merezca tenerse en cuenta que la constituída por las fuerzas al mando del general Villate, por lo cual hemos aplazado la reseña de sus operaciones. El general Lersundi apremiaba la urgencia de su relevo, ganoso de dejar un puesto que sólo sinsabores podía proporcionarle, y medio convencido ya de la importancia de la contienda, encarecía la necesidad de refuerzos. Mientras tanto, y aprovechando el entusiasmo de los elementos del comercio que se ofrecieron á alistar hasta 2,000 movilizados, así como el rápido vuelo que tomaba el alistamiento de voluntarios, pudo el capitán general enviar dos batallones al Departamento Oriental, y más tarde, á principios de diciembre, otro más que, desembarcando en Gibara se dirigió contra Holguín rechazando á las huestes enemigas, y libertando á sus heroicos defensores.

Digamos ahora algo de las operaciones del general Villate. Embarcadas sus fuerzas en Batabanó llegó por la costa sur á Manzanillo, recibiendo al llegar la noticia de la rendición de las fuerzas de Bayamo y resultando inútil el primer objeto de su expedición. Acaso en otros momentos hubiera debido embestir á Bayamo con resolución, seguro de compensar su inferioridad númerica con las condiciones orgánicas y de disciplina que poseía, pero en aquel entonces no hay que olvidar que el enemigo á más de su inmensa superioridad estaba muy crecido; y, sobre todo, que las tropas nuestras venían de la Habana directamente sin costumbre de operar, faltas de hábitos guerreros, y hasta sin conocer la topografía del país y sin hallarse connaturalizadas con él. En cualquiera otra fecha que hubiera hecho lo que ahora vamos á referir, no vacilaríamos en censurarle; mas en esta única y especial ocasión hallamos muy acertado lo que resolvió. Fué el caso, que teniendo muy en cuenta las anteriores circunstancias y muy presente la situación de Puerto Príncipe, asediada más ó menos imperfectamente por los insurrectos, resolvió reembarcarse para ir á Vertientes, encaminándose después á la capital del Departamento del Centro. Estas primeras marchas servirían para adiestrar á las tropas, y no tenían el inconveniente de la que había de efectuarse de Manzanillo á Bayamo, porque ni estaban aquí las partidas tan crecidas y compactas como en aquellas jurisdicciones, ni al final de la operación íbamos á chocar contra un enemigo numeroso y posesionado de una ciudad tras de la cual pudiera defenderse. Además, ofrecía la ventaja de levantar el espíritu público de estas comarcas y de las tropas que la guarnecían, algo decaído por las excesivas precauciones de defensa que tomara el brigadier Mena. La columna llegó, pues, sin obstáculo alguno al Príncipe, entrando en la ciudad el 19 de noviembre. Animado el conde de Valmaseda de los más conciliadores propósitos, y coincidiendo con la circular del ministro de Ultramar, que vió la luz por aquellos días, y en la cual se prometían de un modo explícito las reformas, publicó el general una proclama harto benévola é indulgente, pretendiendo seducir con razones y consejos á los que se encontraban fuera de la legalidad. Ya lo he dicho ¡era tarde! Toda la influencia, todas las simpatías de que gozaba el general en el Camagüey, donde había ejercido el mando, no bastaban ya á contener el torrente. Quizá, su influjo mayor seguramente que el de Mena, habría obtenido al iniciarse el desfile algunos resulta-



dos; pero en los momentos en que llegó, cuando la contienda tenía ya más de un mes de existencia, debieron naufragar como naufragaron todos sus buenos deseos y política suave. Era ya en vano: el palenque está abierto, se ha partido el campo y sólo resta luchar. El 26 de noviembre, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, emprendió la marcha hacia Nuevitas, dejando como antes bloqueado á Puerto-Príncipe, que no tardó en notar la escasez de artículos de primera necesidad, así en comestibles como en ropa, calzado, etc., etc.

La columna emprendió la jornada por la vía férrea, que estaba cortada según antes dijimos. El día 28, tercero de la marcha, y al llegar á los montes de Bonilla donde se hallaban emboscados como unos 400 enemigos, rompieron estos un vivo fuego, causándonos bastantes pérdidas. Desde aquel día el enemigo no cesó de tirotear á la columna, que avanzó así difícilmente los días 29, 30, 31 y 1.° de diciembre, llegando el día 2 á San Miguel de Nuevitas donde acampó. Aunque no pudieran considerarse completamente aguerridas las tropas del Conde, por lo menos ya se habían batido, habían marchado, é iban conociendo el campo de la Isla y la manera de combatir de los insurrectos. Podía intentarse ya la empresa de la recuperación de Bayamo, pero antes convenía gestionar el refuerzo de la columna, muy debilitada por las bajas y penalidades naturales. Recabó el envío de dos batallones y llegó á reunir unos 2,000 hombres, con los cuales y después de dejar guarnecida á Nuevitas, emprendió la marcha para las Tunas y Bayamo.

«Esta marcha de más de cincuenta leguas,—dice el brigadier Castellanos,—sin encontrar en su trayecto más punto de apoyo que las Tunas, por un territorio que era muy poco conocido entonces, con casi todas las fuerzas que tenía la insurrección, dispuestas á oponerse al movimiento de nuestras tropas, tuvo mucho mérito, y es digna por todos conceptos de consignarse como una de las brillantes páginas de la historia de la guerra civil de Cuba.»

El enemigo, oponiéndose constantemente á nuestro avance con sus fuegos, con trincheras y con obstáculos de todo género, el largo convoy que seguía á la columna conduciendo los víveres y municiones; la conducción de los heridos, y otras mil y mil dificultades dichosamente vencidas, avaloran la operación y dan á conocer la idoneidad del caudillo, con tanta más razón cuanto que las tropas eran bisoñas y los mismos jefes y oficiales no tenían la costumbre, que luego adquirieron, de salvar todas esas dificultades.

En las Tunas unióse al general el coronel Loño con dos batallones, y juntos riñeron la acción del Salado, llegando al Cauto, cuyo paso ejecutó mediante una maniobra siempre nueva y siempre de fructuosos resultados. Bien atrincherados defendían los cubanos á Cauto el paso, y comprendiendo Valmaseda cuán difícil le sería forzarlo por aquel punto, simuló enérgicamente un ataque, mientras que con el grueso de la fuerza se trasladaba á Cauto Embarcadero, por donde pasó el río, á viva fuerza también, mas con notable ventaja por haberse reunido el mayor golpe de enemigos allí donde primero amenazó. Después de esta victoria, y convencidos los insurrectos que á pesar de su ventaja númerica, pues reunían 6,000 ó 7,000 hombres, no podían resistir á la columna española, hicieron salir de Bayamo las mujeres y niños y la incendiaron, abandonándola después; de manera, que el Conde, sólo se apoderó el día 17 de enero de 1869 de un montón de humeantes ruinas.

Vale la pena esta operación, después del encomio que de ella he hecho, de ser examinada en algunos detalles logísticos y tácticos. En esas marchas constituíase la vanguardia con soldados escogidos, lo cual está justificado por la especial aptitud que se necesita en aquella conformación topográfica, é impone, como consecuencia, la necesidad de ser poco numerosa. En dicha vanguardia llevábase muy escasa fuerza por el centro del camino; la mayor parte dividida en dos flanqueos, se internaba á derecha é izquierda en el bosque, de tal manera, que pudiese batir y asegurar el paso del cuerpo de la columna. Entre la de éste y la vanguardia, marchaban dos piezas de montaña que hacían fuego al frente ó á los flancos, siempre que la existencia de trincheras ú obras defensivas lo presumía necesario. El grueso de la columna no podía ir á mucha distancia de las fuerzas exploradoras, siempre por el constante motivo de la vegetación, que permitiendo á los enemigos recobrar prontamente y á mansalva las posiciones de que había sido arrojado, vendrían á hacer inútil el servicio á la vanguardia. No nos es posible, por ahora, fijar cifra para dicha distancia, porque era muy variable, dependiendo de la clase de accidente que se atravesaba, y hasta de mil circunstancias atmosféricas, pero basta consignar que era siempre menor que las que se recomiendan y se usan en las descubiertas comarcas europeas. Necesitaba también este cuerpo central de la columna, uno ó dos flanqueos más ó menos nutridos, sobre todo protegiendo la parte donde iba la impedimenta. A su salida, constaba ésta de suficiente número de carretas, pero bien pronto echó de ver el general cuanto embarazaban su marcha, y cuán preferibles son en Cuba, atendiendo á la rapidez de la marcha, los convoyes á lomo, por más que resulten más extensos; así es que abandonó todas cuantas pudo reemplazar con ese otro medio de trasporte. Detrás de la impedimenta y á corta distancia de ella, la retaguardia adoptaba una disposición análoga á la que hemos visto en la vanguardia; es decir, poca fuerza en el camino y nutridos flanqueos que impidieran acercarse al enemigo y hostilizar la columna. También, por que da la norma ó sistema general usado por los insurrectos, debemos hacer observar que no puede decirse ofrecieran combate, sino que iniciando el fuego en todas y cada una de las posiciones hacia la vanguardia, sosteníanlo allí débilmente ante el firme avance de los nuestros, para correrse por los flancos hasta la retaguardia. Como esta acción era constante, y no puede presumirse que llevaran fuerza suficiente para mantener nuestra columna envuelta por el circuito de sus tiradores, fácilmente se entiende como efectuaban esa maniobra, trasportando con rapidez sus guerrillas ó fuerzas montadas á que los puntos en que pretendían ser más decisivos. Estos movimientos resultan favorecidos por la vegetación, frondosísima y nunca interrumpida de aquellos climas; pero lo importante es mantener las masas enemigas que nos hostilizan, lo bastantemente alejadas de los núcleos centrales y agrupaciones, sean de hombres, animales ó material, y esto sólo puede conseguirse con flanqueos bien dispuestos, que no deben tampoco ser muy prodigados en atención á lo que cansan y agotan á las tropas. Ahora se comprenderán las dificultades que presupone una marcha en semejantes condiciones ejecutada, y se comprenderán los retrasos que representa, la energía que consume, las jornadas que invierte, significando cada una un combate con invisible enemigo; y en resolución, el tesoro de inteligencia, valor, constancia y virtudes militares que requiere en el jefe, en el oficial, y en el soldado.

Ya se inferirá que no voy á continuar la narración con la amplitud que hasta aquí; lo uno porque carezco de datos, que no puedo procurarme, alejado como me hallo de las fuentes donde deben buscarse; lo otro porque no ha sido mi intención proceder á historiar la guerra, empresa titánica, que no debe estar reservada para mi pobre pluma y mi escaso valer. Voy, pues, y para acabar este capítulo, á hablar de la llegada del nuevo capitán general, de sus propósitos é intenciones y de como la guerra se normalizaba, si puede decirse así, ofreciendo un desarrollo extenso y pavoroso en lo venidero.

El 4 de enero había desembarcado en la Habana, el general Dulce, lleno de excelentes intenciones y provisto de medidas liberales, como la libertad de imprenta, la división electoral y una amplia y generosa amnistía. Aun pensaba, sin duda, el Gobierno Supremo, y por ende su delegado el Capitán General, que podía contenerse el desbordado río de la insurrección, con ofertas liberales y perdones indulgentes. Gran culpa le cabe en estas ilusiones al general dimisionario, no porque fuera partidario de semejantes procederes de templanza, sino porque estuvo obstinado en considerar el alzamiento como cosa insignificante y ya casi dominado; bajo esas impresiones, procedía el Gobierno de Madrid y venía el nuevo capitán general. Sólo así se comprende que desde el mes de noviembre se limitara á enviar en diferentes expediciones, algunos centenares de reemplazos que en junto no sumaban 2,900 á 3,000 hombres, consumidos apenas iban llegando en reponer las bajas de heridos y enfermos, estas últimas, sobre todo, que habían presentado aumento considerable.

Con tan exiguo refuerzo á la altura que habían alcanzado las cosas, era imposible organizar ni impulsar las operaciones de una manera eficaz. En el departamento de Oriente á más de la columna del general Villate, que permanecía en Bayamo, consagrado á remediar, en lo posible, los desmanes de los insurgentes y á colocarlo en condiciones de resistir, si se le ofrecía nueva embestida, apenas podrían disponer de algunas otras fracciones de escasa fuerza, insuficientes para tener á raya al enemigo. Así es, que se atrevió á atacar é incendiar á Mayari, á Jiguaní, á Baire y á otros pueblecillos de menos importancia. También inauguró un sistema de destrucción de fincas, que á la larga debería serles á ellos más fatal que á nosotros. En el Centro continuaban en poder de los republicanos, no sólo Guaimaro del cual hicieron cuartel general en reemplazo de Bayamo, sino Cascorro, Sibanicú y otros más insignificantes. La capital seguía rigorosamente bloqueada, y aunque en fin de diciembre verificó una tentativa el batallón movilizado del Orden, al mando del teniente coronel Acosta, dirigiéndose desde Ciego de Avila sobre el Príncipe, batiendo á los insurrectos en el Consuelo, (7 leguas de la ciudad), y entrando en ella el 21 de diciembre; no considerándose con bastante fuerza para recomponer y guarnecer la vía férrea que era lo importante, se vió en la precisión de regresar al punto de partida, volviendo á dejar á Puerto-Príncipe, tan incomunicado como antes.

Para completar el cuadro, en los comienzos de febrero, levantáronse las Villas, y aunque comenzaron á llegar de España más nutridos refuerzos y los generales Letona, Buceta y Peláez, como quiera que todos esos elementos fueron absorbidos por esa nueva necesidad, no se tocaron las ventajas. Sin embargo, el aglomerar la fuerza y los generales en las Villas no merece censura, sino muy al contrario, puede asegurarse, que esta acción rápida fué la que consiguió prote-

ger á esos territorios, evitando en ellos que en lo sucesivo pudiera la insurrección tomar los vuelos y el alcance que en los otros; mas no es por esto menos cierto que mientras tanto se abandonaba el Centro y Oriente, dando lugar á que el enemigo se creciera y organizara á su antojo, cometiendo mil desmanes, y haciéndose aguerrido en muchas pequeñas empresas que no era posible evitar.

Lo más notable de este período es la marcha del nuevo comandante general del Príncipe brigadier Lesca, que desembarcó á viva fuerza en la Guanaja (15 febrero) y desde allí se encaminó á Puerto-Príncipe, atravesando la Sierra de Cubitas, por uno de sus más difíciles pasos. Prestándose á una enorme resistencia hubo de costarnos 136 hombres de pérdida, á pesar de que los insurrectos poco habituados á defender esta clase de posiciones, no obtuvieron todo el partido que debían. Nunca he podido explicarme la operación y el tránsito de la Sierra de Cubitas. Llegó el general Lesca á Nuevitas con dos batallones, medio escuadrón de caballería y dos piezas; abrigando el decidido propósito de restablecer las comunicaciones con el Príncipe, tomando así posesión de su destino. Aun cuando la línea férrea estuviese destruída é interceptada en varios puntos; todos cuantos conocemos aquella comarca, sabemos que si podía presentar obstáculos capaces de impedir en absoluto la marcha de los trenes, nunca alcanzarían á detener una columna respetable, como era la que llevaba el brigadier Lesca. Además, aun existía otro camino, el antiguo camino real de Nuevitas al Príncipe, que no presentaría las dificultades de la línea férrea, por más que no se hallara exento de posiciones defensivas, cual sucedería con todos los que de una manera ó de otra atravesaran las líneas insurrectas que envolvían al Príncipe. Todavía más; si no me es infiel la memoria, saliendo del pueblo de San Miguel de Nuevitas, existen por lo menos dos caminos, que rodeando más ó menos alcanzan el de Sibanicú, y si bien en ellos se aventuraba el riesgo de tener que arrebatar á los insurrectos, ese poblado ó el de Cascorro, siquiera las bajas que obtuviéramos con tal combate significarían un resultado positivo, les tomaríamos uno de sus principales centros, levantaríamos nuestra moral y convenceríamos al enemigo de que en sus campamentos y poblados, sólo se mantenían por nuestra tolerancia. Por el contrario, la sangre derramada en Cubitas, resultó completamente infructuosa y ni siquiera pudo jactarse Lesca de haber deshecho el bloqueo, toda vez que no restablecida la línea férrea continuaba la incomunicación. Sin embargo, los refuerzos permitieron varias operaciones como la acción de Tunas, y las tres expediciones que realizó á Santa Cruz el coronel Goyeneche (1), (28 de febrero, 18 marzo y 2 de abril).

En el extremo Oriente, el comandante general, general Latorre había conseguido limpiar de enemigos las cercanías de Cuba y hasta poner algunas fincas en reconstrucción; y en las jurisdicciones de Bayamo y Holguín, el conde de Valmaseda trabajaba sin descanso, aunque encerrado en los estrechos límites que le marcaban la escasez completa de elementos combatientes. Hacia principios de abril, en que recibía algunos refuerzos, activó más sus operaciones, y puede asegurarse que desde entonces, donde se presentaba la insurrección más potente era en el departamento Central.

(1) Hoy teniente general y capitán general de Castilla la Nueva.

Mientras esto ocurría en los campos de la lucha, se preparaba en la Habana un terrible acontecimiento. El general Dulce, débil unas veces, irresoluto otras, demasiado rigoroso y arbitrario en ocasiones, y sobre todo no queriendo abandonar sus primeros proyectos de inteligencia con los rebeldes, se había enajenado todas las simpatías: de los separatistas, porque (no me cansaré de repetirlo) para negociar, era ó demasiado tarde, si se pretendía atajar la lucha ya comenzada, ó demasiado temprano, si se juzgaba que les hubiera invadido tan pronto el cansancio, que diez años después trajo por esos mismos medios la conclusión de la lucha; de los españoles porque exagerado el espíritu patrio, dirigido á las veces por quien carecía de la mesura y grandeza de ánimo que las circunstancias exigían, pretendían que la autoridad adoptase una actitud violenta, extremando sus medidas de rigor y quizá ejerciendo represalias, que nunca son admisibles por parte de un gobierno regular. Demasiado sabían por otro lado, que la creación de los voluntarios que pertenecían casi todos al partido español exaltado, y que constituían la guarnición de la Habana, supeditaba la autoridad á sus exigencias, y no tuvieron escrúpulo en imponérsele más de una vez, acabando por dar el vergonzoso espectáculo de una deposición semejante á la de Iturrigaray en Méjico. Gustoso he reconocido antes los méritos y servicios que ha prestado y prestará la institución de los voluntarios de Cuba, pero eso no empece para infligirles tremenda censura, por ese acto de indisciplina, efectuado en tan especiales circunstancias. Cierto estoy que entre todos los que tomaron parte en aquellos desgraciados acontecimientos, no habrá uno seguramente que en el fondo de su conciencia se atreva á declarar *traidor* al general Dulce. Iluso, poco conocedor del estado del país, excesivamente benévolo con los laborantes, fuélo sin duda alguna, ¿pero acaso todos esos defectos reunidos pueden justificar tan irregular medida, máxime cuando ya había hecho renuncia del puesto, cuando ya estaba nombrado su sucesor, cuando ya se sabía públicamente en la Isla, y cuando ya todo se reducía á esperar un corto número de días? El acto de los voluntarios no tiene disculpa alguna, y nos hizo mucho daño ante el concepto de las extranjeras naciones y ante el ánimo de los insurrectos, que vieron con júbilo aparecer en nosotros la indisciplina que á ellos les minaba. No obstante, como toda desgracia, presenta aquella su faz de compensación. El escándalo del 1.° de junio, sirvió para que el gobierno de Madrid se percatase bien de la gravedad de la Isla, y para que el sucesor de Dulce, general Caballero de Rodas se embarcase bajo una impresión totalmente diferente de aquel, y por lo tanto más conforme con la realidad. Sirvió, en fin, para que la Metrópoli comprendiera la necesidad de hacer heroicos esfuerzos en hombres y en dinero si queríamos conservar nuestro más bello florón américano.

VI

OJEADA GENERAL HASTA EL AÑO 1876

No hay necesidad de insistir en la deficiencia de elementos que patentizó el conflicto insurreccional: ya nos refiramos al número ridículamente exiguo del personal, ya á la carencia casi absoluta del material, ya á los múltiples proble-

mas orgánicos que dependen de la combinación de ambos. Uno de los detalles que más resaltaron, fué el desconocimiento geográfico-topográfico del país. Así, por ejemplo; vimos el absurdo paso de la columna Lesca, al través de la sierra de Cubitas. Hállase esta sierra situada al norte de la divisoria general, fuera de ella por completo, y aunque tiene bastante desarrollo, con todo, siempre resalta aisladamente en la gran llanura camagüeyana; de tal manera, que para ir de Nuevitas al Príncipe no hay necesidad alguna de atravesarla, y existen, como citamos, varios caminos que quedan á mucha distancia de ella. Aun desembarcando en la Guanaja puede, mediante un rodeo, ser evitada; bien envolviéndola hacia la extremidad occidental, por las lomas de la Estrella ó la sierra de Banao, á trueque de dar demasiado desarrollo al movimiento; ya por la parte oriental, hacia las lomas de Camaján y Yaguajay muy cerca de la línea férrea, lo cual sería probablemente más acertado. Por más que no sea preciso multiplicar las demostraciones, citaré como ejemplo, la comunicación mantenida entre Puerto-Príncipe y Santa Cruz, por el camino real, donde se establecieron las poblaciones de Contramaestre y La Larga. Este camino extiéndese inmediato á la margen izquierda del Najasa, cortando todos los afluentes que bajan de las sierras del Chorrillo, Nasara y Guaicanamar, en sus últimos tercios, presentando por consecuencia, numerosos y difíciles pasos. Sememejantes inconvenientes no existen en el camino que iba por la orilla derecha, llamado camino de Matehuelo, el cual no supone mayor desarrollo, recorre un terreno más alto, bastante seco y en muchas mejores condiciones.

En debida imparcialidad debo reconocer también que el aspecto general del paisaje se prestaba poco á tomar puntos de referencia fijos, y de aquí la dificultad de orientarse en una comarca determinada, á no ser llevando ya algún tiempo en ella. Resultó, por lo tanto, que las fuerzas operadoras necesitaban, más que en otro país alguno, la asistencia constante de guías ó prácticos, como allí se llamaron, sin los cuales no podían apenas dar un paso desde que trasponían el lindero de las poblaciones. Estos prácticos eran *guagiros* ú hombres del campo, unas veces blancos, otras de color, que más ó menos establemente se tomaban al servicio de las tropas. La necesidad de ellos llegó á ser tan imperiosa é imprescindible, que de una manera reglamentaria hubo de asignárseles á los cuerpos y columnas uno ó varios prácticos de primera, segunda y tercera clase, los cuales se diferenciaban sólo en el sueldo, y cuyos haberes se satisfacían por los gastos extraordinarios de la campaña.

Ya hemos visto antes que en la mitad oriental de la Isla apenas existen caminos, y los pocos que hay, llamados reales, son caminos naturales sin ninguna clase de firme ni obras de fábrica. Esta situación de las cosas dificultaba notablemente las operaciones, pero en cambio la negación de buenas vías proporcionaba una pequeña ventaja, y era que no había que preocuparse por su existencia, y contando con un buen práctico, puede casi decirse que marchando *á rumbo*, según la frase del país, por todas partes era camino. Esta necesidad de marchar con harta frecuencia campo-atraviesa llevaba consigo otra; la de seguir, descubrir y adivinar los rastros ó huellas del enemigo que se perseguía ó que se buscaba. El hallazgo y la prosecución de un rastro, las deducciones que de su atento examen se desprendían y la exigencia de que los prácticos, los guerrilleros y todos los oficiales y soldados en general, supieran seguirlos, buscarlos y no per-



derlos, fué pronto una idoneidad que se impuso como de lo más urgente. He hablado de los guerrilleros, y es claro que tratándose de una lucha irregular, puede apostarse que la mayoría, si no todas sus peripecias, se desarrollaron con el carácter de guerra de guerrillas... En tal concepto todos los soldados eran guerrilleros; mas el nombre de guerrilleros en la campaña de Cuba denotaba aquellos grupos de soldados escogidos que mostrando una aptitud especial, prestaban á las columnas servicios también especiales, comparables generalmente con los que la caballería divisionaria moderna presta á las grandes unidades. Quiero decir, que como esta arma en su moderno empleo, servían de manos, de antenas á las columnas que operaban, poniéndose por medio de ellas en contacto con el enemigo, ocultando su presencia ó sus movimientos, á virtud de una algarada, atrayendo su atención por distinto lado del que se pensaba operar, y sirviendo de correos y enlace constante entre las columnas ó entre los poblados que ocupaban nuestras tropas.

Todas estas particularidades y otras muchas que omito, no surgieron todas de una manera clara en los primeros meses de insurrección, que acabamos de relatar; pero empezaron á notarse algunas y en breve se dibujaron claramente todas, imprimiendo un sello característico á la faz orgánica y logística de las operaciones, y dando origen á la tan decantada *especialidad* de aquella clase de guerra, arma terrible que se esgrimió contra muchos, unas veces, razonablemente, y otras, para sostener alguna insensatez ó alguna práctica rutinaria.

Por esa razón he querido hacerlas resaltar ahora antes de continuar nuestro relato, toda vez que en la necesidad de no proseguir una detallada ilación como hasta aquí, sería difícil que en la ojeada general que vamos á echar apareciesen suficientemente estos relieves de circunstancias, sino los hacía notar *á priori*. Ya he dicho también que hubo muchos pormenores notables á más de los mencionados, pero puede asegurarse que estos fueron los que más inmediatamente informaron la modalidad de la contienda.

Examinemos también la constitución estratégica de la campaña. La Habana fué de hecho nuestra base de operaciones. En comunicación relativamente rápida con la Península, sin estar empeñados en ninguna guerra marítima, nos encontrábamos en las mejores condiciones apetecibles por ese lado, supuesto que la gran distancia era imposible de evitar. Como la insurrección tenía su teatro en la parte de la Isla huérfana de caminos, claro es que nuestras segundas bases de operaciones habían de ser las costas, en rápida y directa comunicación con la Habana, siempre por la vía marítima, por la cual teníamos completa superioridad, pues á pesar de nuestra escasez de elementos navales, puestos en parangón con los de la República incipiente, que se reducían á algún barco pequeño ó cuando más, algún mediano vapor, á duras penas fletado, es claro que ni cabía admitir la posibilidad de resistencia. Resultaban así los puertos de la costa, Nuevitas, Gibara, Guantánamo, Santiago, Manzanillo, Trinidad, etc. etc., siendo los puntos importantes de las bases, al abrigo de los golpes de mano, con tal que contasen con una guarnición enérgica y con dos ó tres fuertes defensivos bien situados. Las líneas de comunicación de estos puntos con la Habana, hallábanse completamente aseguradas y servidas, quedándonos ahora como verdadero problema el avance al interior. Si en este sólo hubiesen existido pueblecillos poco importantes, de esos que pueden abandonarse sin inconveniente cuando se juz-

gue oportuno, porque su ocupación ó pérdida no tiene significación política, el problema se simplificaba notablemente, pero no acontecía así. Aunque según vimos en el capítulo II, las principales y más populosas poblaciones de la Isla se han formado en las costas, existen en el interior unas cuantas que adoptaban esa significancia política á que me he referido. Tales eran Bayamo, Holguín, Tunas, Puerto-Príncipe, Ciego de Avila y Sanctí-Spíritus. De todas ellas la verdaderamente notable era Puerto-Príncipe, y por eso la hemos visto, sufrir más que ninguna otra una situación de asedio casi insostenible á la larga. De aquí pues, surgió la necesidad de mantener libre y protegida su línea de comunicación con Nuevitas, que no era otra que la vía férrea, cuya rehabilitación se llevó á feliz y breve término, siendo ya comandante general, Lesca, en combinación con el general Letona, que se había situado en Nuevitas como jefe de operaciones. Reconstruída la línea y apoyada en Nuevitas y Puerto-Príncipe, venía á constituir una tercera base de operaciones, que se reforzó más tarde con los poblados de Minas y Altagracia. Esta base de operaciones que sirvió á la vez de línea era muy difícil de conservar, pero era incomparable, para no reproducir en el Príncipe las condiciones por las que había acabado de atravesar, las cuales podrían tal vez dar por resultado su pérdida; enorme y decisivo suceso para descrédito nuestro y en favor de la no reconocida República de Cuba, que conquistaría con ello su beligerancia (1). De una manera análoga, veremos surgir por exigencias de las campañas de las Villas, la base de tercer orden, de la Trocha, con sus dos extremos apoyados en Morón y Jucaro y su centro en Ciego de Avila. Las líneas de comunicación que ligaban á Bayamo con Manzanillo, Holguín con Gibara, etc., tuvieron una misión completamente análoga, sólo que no existiendo en ellas una vía regular, de antemano construída (pues hasta la carretera de Gibara ha sido posterior á la guerra), no pudieron constituirse de una manera tan permanente como las dos que he citado, ni los insurrectos hacerlas blanco de sus agresiones á lo menos con la persistencia que á aquellas. Desde estas terceras bases ó centros de operaciones, había que partir para organizar y fundamentar la guerra de ocupación, única capaz de contrarrestar las opuestas operaciones guerrillerescas de una contienda irregular.

El sucesor del general Dulce, venía bajo auspicios totalmente distintos de los que le habían cabido á aquel. Comenzaba á convencerse el Gobierno de Madrid de la seriedad del movimiento; aquello no era una calaverada, ni siquiera una algarada; tenía más raíces, más trascendencia, más extensión de lo que dieron á entender los sucesivos informes de los dos capitanes generales Lersundi y Dulce. Este último había tenido que renunciar á su política reformista, suspendiendo la libertad de imprenta y todas las demás medidas con las que creyó poder contentar á los separatistas, cuando ya era demasiado tarde; la política que debía seguirse por el pronto, estaba bien clara y definida; política enérgica, política de represión, política de guerra ante un país insurreccionado, sin rencores, ni represalias; pero con firmeza, sin desmayos y sin concesiones imprudentes que pudieran traducirse como debilidad. Esto mismo obligaba á

(1) Los Estados Unidos habían prometido reconocerla tan luego como tuviesen bien asegurada en su poder una de las poblaciones importantes de la Isla.

apoyarse exclusivamente en el elemento español, y por ende, en los voluntarios, bien que procurando templar sus exageraciones y su saña, algunas veces intempestiva. Dejando á un lado, porque no es pertinente á nuestro objeto, la comparación de las dotes que adornaban á los dos generales Dulce y Caballero de Rodas, no cabe duda, que las condiciones en que encontró el cargo el segundo, eran más definidas, más resueltas y en una palabra, preferibles á las del primero. Sobre todo la cuestión de recursos, en hombres, en material y en dinero, iba á permitirle impulsar las operaciones como no se había hecho hasta allí. Principalmente en el departamento Oriental, por donde operaba con el celo y actividad del que ya hemos visto muestras, el conde de Valmaseda, puede decirse que al cumplirse el año del alzamiento, la insurreción estaba ya completamente agonizante y había recibido tan rudos y reiterados golpes que difícilmente se repuso. En las Villas, como se habían reunido desde el principio más fuerzas y elementos, como las comunicaciones con la Habana podían servirse por la costa norte y el sur, existiendo además algo de red ferro-viaria que facilitaba considerablemente las comunicaciones, llegóse á conseguir que las partidas no tomaran vuelo, y aunque los incendios y destrucción de fincas no pudieron del todo evitarse, mantúvose la insurrección en el mismo estado de disgregación y pequeñez con que comenzó. Donde verdaderamente había hecho progresos y donde residía el nervio militar del movimiento era en el Camagüey ó departamento del Centro. Este territorio se había tenido en un relativo olvido, pero en los comienzos de 1870, cuando se daba por pacificado el departamento Oriental, el general Caballero de Rodas, agolpó en la comandancia general del Príncipe 16 batallones, y trasladándose el mismo allí, con intento de dirigir las operaciones, realizó una fructífera campaña de tres meses, en términos tales, que cuando regresó á la Habana, había sufrido la insurrección una acometida briosa.

En la imposibilidad de detallar estas operaciones, así como las anteriores del Conde, en Oriente, voy á indicar sumariamente las líneas generales de su procedimiento. Y lo he anunciado antes, como toda guerra irregular, la guerra de Cuba no se decide por medio de maniobras estratégicas más ó menos bellas y atrevidas; ni acciones muy mortíferas, ni movimientos envolventes, ni posiciones geográficas á los flancos ó á retaguardia, ni bases de operaciones paralelas ó perpendiculares, pueden tornar la faz de los acontecimientos llevándonos al triunfo de una manera completa y rápida ó considerándonos irremisiblemente perdidos. Así vimos que la toma de Bayamo, apenas les dió otra cosa que valor moral, ó importancia política al movimiento, y la recuperación por nuestra parte, nos devolvía esa misma importancia, pero sin que ni uno ni otro accidente tuvieran marcada influencia militar en el giro de los sucesos. Otro tanto podemos decir de la impugnación de Holguín, del paso de la sierra de Cubitas, y más adelante de los desastres de Palo-Seco, las Guasimas y Jimaguayú. Ninguno de esos, acertó por sí solo á imprimir determinado carácter favorable ó adverso á las operaciones, y en cambio los períodos que marcaron su auge ó su decadencia, distínguense ó por una inacción ó escasez de fuerzas en nuestro bando, ó por una organización metódica en la ocupación militar, que nos permitía operar con orden y constancia al *menudeo*, si se me consiente la expresión. Voy á explicarme en seguida. Acabamos de ver que las costas constituían nuestra base de operaciones secundarias, pues en sus puertos tenían que afluir los elementos

de toda clase que luego habían de repartirse en el interior. Vimos también que la existencia de grandes poblaciones que venían á ser meros centros puestos en comunicación con las costas, formaban líneas y bases á un tiempo, que á toda costa nos interesaba conservar. Pero esto no bastaba; tratándose de comarcas tan despobladas como la moderna provincia de Puerto-Príncipe (1), que con una extensión superficial de 20,000 kilómetros cuadrados (2) sólo cuenta cinco pueblos de más de 1,000 habitantes, dicho se está, que las partidas enemigas campaban por su respeto, como bien les parecía y una, dos ó tres expediciones no servían ni para contenerlas, ni para intimidarlas: Puerto-Príncipe alejado 20 leguas de Santa Cruz y 30 ó 32 de Morón y de Ciego de Avila, no podía desempeñar el papel de centro único, por más que siempre fuera el centro principal; era preciso escalonar, multiplicar en tan grandes espacios los centros de operaciones; unas veces aprovechando los pequeños poblados que ya existían, otras improvisándolos con los abundosos recursos de aquel fértil país. Constituídos estos centros secundarios, dotados de algunos indispensables elementos, como enfermería, depósito de raciones, casa-fuerte ó blokaus, etc., encontrábanse en condiciones de bastarse á sí mismos por algún tiempo, resistiendo al enemigo si eran atacados, acosándole á su vez, con las fuerzas que de ellos dependían, cansándole, persiguiéndole y rindiéndole moralmente, única manera de conseguir el triunfo en esta clase de luchas. No hay que acordarse en ellas, ya lo sabemos, del frente ni de la retaguardia, de las posiciones de flanco ni de los movimientos envolventes; el enemigo favorecido singularmente por la topografía del país se concentra y se disemina á voluntad, aparece y desaparece donde le conviene, y en una palabra se multiplica como si poseyeran cada una de sus exíguas fracciones el don de ubicuidad. Por eso, esta especie de guerras, han de hacerse ante todo metodizando las operaciones, inquietando al enemigo, no permitiéndole reconstituirse, ni concentrarse, no dejándole un momento de sosiego, y en cambio contando nuestras tropas con suficientes centros de recursos, y con territorios asignados respectivamente á las fuerzas, realizándose así, como tengo dicho, una ocupación militar activa, en la cual la victoria corresponde más bien á la tenacidad, que á los choques decisivos. Semejante ocupación activa, presupone desde luego superioridad de fuerzas, lo que por otra parte es una exigencia natural de toda guerra de semejante índole, incluso la guerra de montaña que nos es más conocida en Europa. Las dificultades de tal organización de operaciones, se hallan en razón inversa de la abundancia de elementos y fuerzas de que puede disponerse, y por eso se han encomiado los resultados que obtuvo el general conde de Valmaseda en el departamento de Oriente, desde que comenzó el alzamiento hasta fines del 70, en cuya época pudiéramos decir que estaba casi sojuzgada la insurrección, y no hubiera subsistido mucho á haberse seguido iguales procedimientos é idénticos resultados en los demás territorios. Pero ya indicamos también que el Camagüey se había abandonado, y debe considerarse que hasta los primeros meses de 1871 no se convirtió hacia él la atención del Capitán general. Poco después de la fructuosa campaña de

(1) Suelo tomar esta como ejemplo, por serme la más conocida, pero no tiene diferencias grandes con las otras.

(2) Este es un cálculo aproximado, y, como se comprende, en cifra redonda.



tres meses que llevó á cabo en el Centro el general Caballero de Rodas, abandonó el mando de la Isla sucediéndole el ya teniente general conde de Valmaseda. Desarrollábanse por estos meses los más decisivos resultados en contra de la insurrección. Apagada en Oriente, moribunda en las Villas, y rudamente atacada en el Centro, habíase pensado en evitar la contingencia de que las partidas camagüeyanas invadieran los territorios de Occidente, principalmente las Villas, donde como sabemos nunca llegó á alcanzar tanta gravedad. Para esto se había emprendido la construcción de la línea de la Trocha, cuya utilidad fué discutida desde entonces hasta que terminó la guerra. No voy á reproducir la controversia; como línea de defensa continua, ya sabemos que estas han perdido hoy su valor; como obstáculo que impidiera el tránsito de las pequeñas agrupaciones de una guerra irregular, resultaría también pueril ilusión; ahora bien, como línea férrea defendida por un cordón de fuertes, capaz de poner en rápida comunicación los tres puntos principales Jucaro, Ciego de Avila y Morón, constituyendo una base de operaciones, de esos tres depósitos ligados, capaces de prestarse protección, y pudiendo por tanto apoyarse en ellos para dirigir é impulsar las operaciones, ya hacia el Camagüey, ya hacia las Villas, así no sólo fué útil, sino que prestó incalculables servicios y contribuyó, sin género de duda, á que las partidas camagüeyanas que intentaron y verificaron su pase á las Villas, pudieran ser perseguidas inmediatamente, no sólo porque se tuvo pronto noticia del tránsito, que sin la línea de la Trocha no se hubiera tenido, sino también porque podía disponerse de los elementos acumulados en esta base de operaciones.

El bienio 71 y 72 fué sin disputa el más favorable para nuestra causa en Cuba. Valmaseda al encargarse del mando de la Isla no desmintió su reconocida actividad, saliendo constantemente para las Villas, para el Camagüey y para Oriente; continuó impulsando las operaciones de un modo tal que puede asegurarse que cuando cesó en el mando, á mediados de 1872 (11 de julio); la insurrección estaba vencida y se necesitaban muy pocos esfuerzos más para aniquilarla en absoluto. Por desgracia, aunque pocos, necesitábanse esos esfuerzos, y la Península comenzaba á atravesar un período luctuoso. La abdicación del rey Amadeo, la proclamación de la república, el incremento del carlismo, los excesos demagógicos y las sublevaciones cantonales, no dejaban tiempo á pensar, que allá, al otro lado de los mares, el último resto de nuestros dominios americanos, debatíase presa de la más tenaz insurrección separatista. Tales circunstancias explican suficientemente, á mi juicio, la esterilidad de los sucesivos mandos de Ceballos, Pieltain y Jovellar. La organización impuesta por el conde de Valmaseda, la creación de centros, de zonas y la simultaneidad de operaciones, eran sólo posibles mientras se recibieran incesantes refuerzos, capaces de compensar los claros que la campaña con sus heridos y con su paludismo, y la enfermedad endémica producían en nuestras filas. Faltando ese contingente, había de suceder lo que sucedió. El deseo de mantener en pie todos los poblados, hizo disminuir las fuerzas destinadas á operar, desconociéndose así la virtualidad del sistema, que no consiste en tener muchos puntos guarnecidos, sino en tener bien pertrechados aquellos puramente necesarios para el apoyo y refresco de las tropas que persiguen y acosan al enemigo. Había, además, otra disminución poderosa, que consistió en la guarnición de la Trocha del Oeste y la que después se comenzó con el nombre de la Trocha del Este, para aislar al

6

Camagüey del Oriente. Semejante línea no tenía en su abono ninguna de las razones que á la otra asistían; porque si bien las partidas del departamento Oriental habían vuelto á levantar la cabeza, luego de la marcha de Valmaseda, hasta el extremo de permitirse atacar en 1873 poblados importantes como Jiguaní, Baire, etc., conociendo la situación desolada en que se hallaban todas las comarcas limítrofes del departamento Central, no había para que poner un gran conato en impedir el tránsito de unas á otras. Ni aun siquiera había de servir para constituir, como en la Trocha del Oeste, una base secundaria de operaciones, porque sus extremidades iban á apoyarse en puntos desprovistos de importancia, como San Miguel y la Zanja, y su centro en Guaimaro, pueblo que había estado como sabemos en poder de los insurrectos y podía volver á caer fácilmente por su insignificancia y escasas defensas.

Disminuidas así hasta lo increíble las fuerzas que buscasen y persiguieran al enemigo; multiplicadas innecesariamente las guarniciones, porque como hemos dicho, creyóse que la guerra consistía en una ocupación pasiva; dióse al enemigo lugar y acomodo suficiente para tranquilizarse, reponerse del anterior período, reorganizarse y concentrarse, adquiriendo un incremento que nunca se le había conocido, llegando á presentarnos masas combatientes harto considerables, y no ya desprovistas de instrucción, como las de los primeros días de la campaña, sino verdaderamente aguerridas y tan disciplinadas como era posible. Atrevióse á todo, y los ataques á Nuevitas, á Santa Cruz, á Manzanillo y á la Zanja, con más el revés de Palo-Seco, nos obligaron á redoblar la fuerza de nuestras columnas y el efectivo de nuestras guarniciones. Ni aun esto bastaba ya á contener los progresos del enemigo; favorecido además por hábiles caudillos que siempre surgen en esta clase de guerra, sostuvo las acciones más formales que se han reñido en la campaña, como fueron las de la Sacra, Naranjo y las Guasimas. No cuestionaré ahora si estas podían reputarse como derrotas ó como victorias; mientras el enemigo se conservase entero y con su moral levantada, podíamos considerar estéril la sangre derramada, toda vez que en estas operaciones no íbamos en busca de ningún objetivo material, y el objetivo ideal consistía en desmoralizar al enemigo.

A pesar de las terribles preocupaciones que absorbían al Gobierno, no pudo este dejar de comprender la gravedad de los sucesos, y designó al general Concha marqués de la Habana, para encargarse de la Capitanía general y mando en jefe del ejército de la Isla. Háse pretendido por algunos, que el marqués de la Habana se comprometió á desempeñar el mando de Cuba sin recibir refuerzos, y en su Memoria sobre la guerra de la Isla de Cuba, durante la época de su mando (1), lo niega aquel terminantemente. En realidad no parece presumible que un hombre tan experto é inteligente como el general Concha, llegase á pensar en la posibilidad, no digo de acabar, pero ni de mantener la guerra sin el inmediato envío de refuerzos. Como la crítica situación de la Península hacía imposible enviárselos prontos y abundantes, tal vez el general Concha, en alas de su patriotismo, se arriesgara á ofrecer el ensayo de un compás de espera, aprove-

(1) Memoria sobre la guerra de la Isla de Cuba desde abril de 1874 hasta marzo de 1875, por el capitán general marqués de la Habana.—Madrid 1877.



chando los pocos medios que en esa cuestión presenta el país, á saber: voluntarios, milicias y bomberos, pero no podemos creer que pasasen de aquí sus promesas, ni que renunciase al envío posterior de respetables contingentes.

Llegado á Cuba á raíz del desastre de las Guasimas, el mayor que sufrimos en toda la guerra, aun hubo de parecerle demasiado lo ofrecido, y no es dudoso que empezaría á reclamar las tropas, cuyo envío, en honor de la verdad, tornábase más y más urgente.

El año de 1874, ofrecía la guerra su máxima intensidad por parte del enemigo. Reuníase éste en masas de 2 y 3000 hombres, é intentaba operaciones serias como la expedición á las Villas, llevada á cumplido término por el cabecilla Máximo Gómez. El general Concha había comenzado por dedicar su preferente atención al departamento del Centro, á consecuencia de la mala impresión que le produjeron los últimos descalabros, y más aun de las complicaciones que se le presentaron con la dimisión del general Portillo. Reemplazado este último por el general Figueroa, y reforzadas en cuanto era posible las tropas que cubrían el Camagüey, trató, como he dicho, de organizar gruesas columnas y contrarrestar los progresos militares de los insurrectos; pero muy en breve hubo de divertir su atención ante el peligro que, como hemos indicado, amenazaba á las Villas, territorio que importaba mucho conservar, sino enteramente incólume, menos castigado que los demás, de la misma manera que se había conservado hasta aquel día. La campaña de los primeros meses de 1875, tuvo desde entonces por objeto concentrar el mayor número de fuerzas sobre los insurrectos expedicionarios, consiguiendo efectivamente alcanzarlos y vencerlos distintas veces, de modo que en realidad la operación tan decantada por los insurrectos debilitó notablemente sus fuerzas en el departamento Central, y no consiguió el resultado que se proponían en las Villas. Reforzóse bastante la guarnición de la Trocha, y cuando el general conde de Valmaseda se encargaba en marzo del 75 del mando de la Isla, hallaba grandemente aminorada la crítica gravedad del año anterior. Sin duda que no se había dominado la rebelión, ni era posible que lo consiguiera con lo que se regateaban los refuerzos de todas clases, así de hombres como material y dinero; pero de todas maneras ese general era muy capaz de mantener la lucha en tal situación de equilibrio, sin permitir que la contienda tomase vuelos, mientras que la atención del gobierno de D. Alfonso XII se dirigía preferentemente á extinguir la guerra carlista de la Península. Tal fué realmente el primer cuidado de don Antonio Cánovas del Castillo y acordes estuvieron con semejantes propósitos los felices resultados obtenidos. Podemos pues considerar, los mandos de Valmaseda y Jovellar, que lo relevó en 1876, como un verdadero entreacto, durante el cual no podía esperarse un resultado decisivo; porque á la altura que habían llegado las cosas, necesitábase también un esfuerzo máximo, y este no podía hacerse mientras estuvieran gastándose todas las energías condensadas alrededor de nuestras provincias del norte de la Península.

Terminada aquella lucha fratricida, tocábale el turno á la de Cuba, y casi por idénticas razones que señalamos en el capítulo anterior, vamos á referir algo más detenidamente ese último período. Resultará, pues, nuestra ojeada comprendida entre esos dos relatos, que constituyen un doloroso paréntesis, durante el cual descuidamos efectivamente la lucha, pues si circunstancias políticas más

bonancibles nos hubiesen permitido fijar la atención en la grande Antilla, es más que probable que la insurrección no llegara á alcanzar diez años de vida ni tales alientos como contaba en sus finales años.

PERÍODO DEL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS

VII

Llegaba el general Martínez Campos con la poderosa base de sus conocimientos en la índole de aquella guerra, de la topografía general del país y hasta de la manera peculiar de operar, contando además con el concurso de inteligentes generales y jefes, y con un contingente de 20,000 hombres, organizados en 20 batallones, refuerzos tales como nunca se habían enviado. No trato con decir esto, de regatear el indiscutible mérito que le cabe al general Campos. Tiénelo, y muy grande, y es tan cierto, que esas consideraciones no lo aminoran, cuanto que espontáneamente acabo de declarar que la lucha había alcanzado ya un carácter de gravedad, y que no podía soñarse en acabarla por la fuerza de las armas, sin aumentar en número considerable las tropas combatientes. Lo único que pretendo dar á entender, es, que sin ese aumento, era imposible terminar la guerra, y con él fué mérito grande el conseguirlo. La situación anómala que se creó con la coexistencia del general Jovellar como capitán general y el general Campos como general en jefe, tampoco proporcionó dificultad ninguna; antes, al contrario, afanóse aquel por coadyuvar al éxito de las operaciones, prestándole su concurso con entera buena fe y abnegación.

No me pesa repetirlo una vez más, la guerra de Cuba, como todas las guerras irregulares constituye una campaña de operaciones parciales, pequeñas y continuas, en la cual hay que vencer al enemigo, emprendiendo su mismo sistema; esto es, dividiéndose y multiplicándose, pero manteniendo siempre en todas las fracciones superioridad numérica. Aun cuando los esfuerzos llegaban sin interrupción, bien comprendía el general, que obrando simultáneamente en todos los territorios, no alcanzaríamos resultados. Por esa razón, teniendo en cuenta que las Villas era la comarca menos arruinada por el alzamiento, que comenzaba en aquel entonces (noviembre de 1876) la época de la zafra, la cual importaba salvar, bien que no fuera tan abundante como en los tiempos de opulencia, que su vecindad con las provincias occidentales hacía necesario tranquilizarla con premura, y últimamente, que como ya hemos visto, la insurrección nunca llegó á tomar allí el desarrollo ni el vuelo que alcanzó en el Centro y Oriente, dispuso el general en jefe que en estos últimos departamentos se guardase una situación puramente defensiva, aun cuando fueron reforzados, porque lo necesitaban, y concentró todo su empeño en el territorio de las Villas, contando desde la línea de la Trocha hasta la del río Hanabana.

No tengo á la mano su estado de fuerza exacto, pero muy bien podemos evaluarlo, sin temor á grandes errores en unos 50 á 60,000 hombres. He aquí la distribución primera que les asignó. En el departamento Oriental, la división de Santiago de Cuba (general Saenz de Tejada) con tres brigadas (brigadieres Barges, Galbis y Menduiña), y la brigada independiente de Holguín y Tunas (bri-

gadier Valera.) En el Centro sólo dejó una brigada (brigadier Esponda). En la Trocha otra brigada (brigadier Rodríguez Arias). A partir de ésta existían: la división de Remedios (general Morales de los Ríos) compuesta de dos brigadas (brigadieres Lasso y Jaquetot) la división de Sancti-Spíritus (general Cortijo), de otras dos (Quesada y Polavieja), la brigada independiente de Trinidad (brigadier Armiñán) la división de Santa Clara (general Cassola), con cuatro brigadas (brigadieres Bonanza, Boniche, Dabán y Camino), y, finalmente, la brigada de reserva, situada en la margen derecha del Hanabana (brigadier Rodríguez de Rivera).

Hubo en realidad que precipitar el comienzo de las operaciones, abriéndolas el día 1.° de diciembre ante la urgencia de la zafra, que iba á empezar. Así es que sin haber organizado por completo la guerra, ni completado el avituallamiento de las poblaciones que debían servir de base, ni la constitución de los poblados centros de batallón, regimiento y brigada, ni la creación de almacenes y hospitales, y, en una palabra, la improvisación de toda clase de elementos, un tanto descuidados, á pesar de que en ellos consiste la esencia de esta clase de guerra, las fuerzas empezaron á moverse con desusada actividad y con íntimo y recíproco enlace. El último período que acabamos de atravesar había quebrantado nuestra moral, hasta el punto de estimarse como escasa la fuerza de un batallón para formar una columna, y esto no lo diría por mí mismo, si no lo viese consignado en el folleto que relata las operaciones del General (1). Las primeras operaciones mostraron la posibilidad de emplear dichas columnas. El enemigo, constantemente inquietado, empezó á desconcertarse, y pudo, mientras tanto, darse término á la organización de los centros de operaciones y á la división y y subdivisión en zonas, así como á los demás detalles á que antes nos hemos referido.

Abreviando pues: el general Campos lograba comunicar su actividad á todos, y los resultados no se hacían esperar. A mediados de enero de 1677 era ya factible operar por batallones enteros; en los primeros dias de febrero se emplearon sin inconveniente, columnas de compañía; y para finalizar, en el mes de marzo, la debilidad y descontento del enemigo eran tales, que ya patrullaban grupos de 15 ó 20 hombres. A partir de este momento, pudo considerarse obtenido el objetivo principal de la campaña de las Villas, la zafra estaba para terminar y los insurrectos encontrábanse reducidos á la impotencia, aunque no pudiera asegurarse que la comarca se hallara completamente limpia de partidas enemigas. Mas para tener á raya éstas é impedir que adquiriesen nuevo incremento, no eran necesarias las fuerzas notablemente aumentadas que antes existían. Llegaba el momento de dirigirlas sobre los territorios del lado de allá de la Trocha. Quizá no hubiera estado de sobra continuar las operaciones en las Villas, aun dos ó tres meses, para dejar aquellas limpias de enemigos, y quizás también lo pensaba así el general, si hemos de creer á la reseña antes citada; pero alguna satisfacción había que conceder á la opinión, y ésta se impacientaba no percatándose bien de las dificultades de la campaña.

(1) *El general Martínez Campos en Cuba.*—Reseña de la última campaña, por T. O.—Madrid, 1878.

Dispúsose el avance, dando una nueva distribución á las fuerzas. La Comandancia general de Santiago de Cuba quedó compuesta como antes de tres brigadas; pero con una notable reducción de territorio, pues sólo comprendía las jurisdicciones de Guantánamo, Mayari y Cuba (general Saenz de Tejada; brigadieres Barges, Galbis y Polavieja). La brigada de Holguín y Tunas se convirtió en división con dos brigadas respectivamente en Holguín y en Tunas (general Morales de los Ríos, brigadieres Dabán y Valera). Con el territorio segregado á la división de Cuba, fórmose otra división de dos brigadas en Bayamo y Manzanillo (general Cortijo, brigadieres Quesada y Menduiña). De esta manera resultaban aumentadas las fuerzas de Oriente en tres brigadas. La Comandancia general del Centro ó Puerto-Príncipe organizóse en una división compuesta de cuatro brigadas (general Cassola, brigadieres Lasso, Esponda, Bonanza y Pando). La importancia que iba á tener la línea de la Trocha por lo mucho que interesaba precaver una nueva invasión del enemigo en las Villas, mantuvo organizada en la propia forma que hasta allí la brigada de la Trocha (brigadier Rodríguez Arias). En las Villas sólo quedó una división de tres brigadas correspondientes, á Sancti-Spíritus, Santa Clara y Cienfuegos; (general Armiñán, brigadieres Ayuso, Camino y Boniche). Por último, la brigada de reserva se situó en Matanzas, haciéndose cargo de aquella Comandancia general el brigadier Rodríguez de Rivera. Aun cuando esta organización sufrió algunas alteraciones, sobre todo en la parte personal, puede, sin embargo, estimarse en sus líneas generales, como la que subsistió ya hasta el fin de la guerra.

Puntualizar menudamente las operaciones que se siguieron, no tendría objeto útil, por más que pretenda consagrar mayor atención á este período. Insistir en los métodos generales que esta campaña impone, lo considero innecesario. La constitución de una base de operaciones, no se hace sentir en estas guerras menos que en las otras, con la única diferencia de no encontrarse aglomerada en una faja de terreno, sino diseminada, diluida, digámoslo así, en toda la extensión del territorio sublevado, obedeciendo á la índole de esta campaña irregular, en la cual el enemigo hállase al frente, al flanco y á retaguardia. No basta, no, que el centro de la Comandancla general se encuentre provista de todos los elementos necesarios para emprender una temporada de operaciones; necesítase también que los centros de brigada, de regimiento y de batallón, posean en menor, pero en relativa escala, víveres, municiones, algún vestuario y utensilio, enfermerías, y en una palabra, elementos suficientes para que su existencia diaria ó semanal no dependa del centro inmediato superior. No por esta independencia deben descuidarse las comunicaciones con ese centro, que á su vez debe mantenerlas con el inmediato, ó en último resultado con la costa; y por ende con la Habana. Además, á cada fracción, brigada ó batallón y hasta compañía, debe asignársele una porción determinada de territorio, que en lo posible, ha de estar uniformemente repartida alrededor del susodicho poblado ó campamento que ejerce la capitalidad. En el Camagüey hubo más lugar á preparar toda esta organización, porque el tiempo no apremiaba tanto como en las Villas; pudo atenderse también á los trasportes por medio de carretas y de acémilas, y á las comunicaciones de campaña, correos y telégrafos. He dicho en el Camagüey, porque si bien es verdad que el proyecto general á que obedecía la organización explicada, consistía en impulsar simultáneamente las operaciones, en el resto

del territorio las circunstancias tenían que imponer, como impusieron, el escalonamiento de la pacificación del Centro.

Las fuerzas que hemos marcado, bajo las órdenes del general Cassola, se distribuyeron en esta disposición: A la 1.ª brigada encomendáronsele las operaciones en la que se llamaba zona central de Puerto-Príncipe: constaba de cuatro batallones de infantería, un regimiento de caballería, una sección de artillería de montaña y una guerrilla suelta. Ocupaba la 2.ª brigada los partidos de Caunao y San Jerónimo, y tenía idénticas fuerzas que la anterior, más una compañía de ingenieros y otra de trasportes. La 3.ª brigada tenía á su cargo los territorios de Santa Cruz y Najasa, contando de menos la compañía de ingenieros. Por último, la 4.ª brigada comprendía los partidos de Guaimaro y San Miguel, con igual composición. Una media brigada especial estaba encargada de la custodia de la línea férrea, á la cual iba anexa la guarnición de Nuevitas, y no hay para que reiterar la importancia de semejante cometido.

El enemigo hallábase aquí tan crecido que las operaciones hubieron de comenzarse por columnas de dos batallones y un escuadrón, disminuyéndose sucesivamente á medida que aquel decaía, lo cual no tardó en suceder, efecto de las circunstancias especiales en que ellos mismos habían colocado el país. No debe olvidarse la situación en que éste se encontraba. Como vimos al principio, habíase constituído allí el principal asiento y cabeza de la insurrección; su copiosa riqueza agrícola se hallaba en aquellos momentos completamente destruída sin que pudiera contarse una sola finca en explotación (1). Sus abundantes ganados se habían ido agotando y llegaron hasta á escasear. Las construcciones de mampostería todas habían desaparecido ó se hallaban completamente derruídas. Los pueblecillos pequeños ó poblados, como allí se llaman, destruyéronse cuando no satisfacía su existencia á una consideración militar nuestra, é idéntica suerte les cupo á los caminos. En semejante estado de desolación, la guerra se continuaba por una especie de fatalismo auxiliado por la esplendidez del clima. En efecto, los insurrectos habían llegado á improvisar una existencia campestre sólo concebible en aquellos países. Si no existían fincas ni habitaciones, podían fácilmente improvisarse pequeñas estancias, que en dos ó tres meses se hallaban en estado de producción y construirse verdaderos poblados de casas ó bohíos levantadas con recursos de momento (yaguas, tablas de palma y techos de guano). Como en los últimos tiempos tuvimos que adoptar una situación semidefensiva, consiguieron acomodarse á aquella existencia casi pastoril, en la cual tenían cubiertas sus primeras necesidades, y si alguna faltaba ó se la proporcionaron fácilmente los desembarcos de expediciones ó aprendieron á prescindir de ella. Tengo testimonios fehacientes de lo que digo, pues me lo han confirmado muchas veces personas y familias que tomaron parte en aquellos sucesos. La marina persiguió valientemente los desembarcos y logró hacer abortar muchos, pero no todos, y aun cuando les faltase ése medio de comunicación con el extranjero, siempre contaban con la infidencia y el auxilio que se les prestaba desde las poblaciones más importantes.

(1) Refiérome naturalmente á grandes fincas; estancias pequeñas y potreros insignificantes nada suponían en un país como aquel.

Desgraciadamente para ellos, todo cambió en abril de 1877, cuando el avance del ejército permitió activar y simultanear las operaciones. Los mismos testimonios á que acabo de referirme, añadían que la tranquilidad y el sosiego hasta entonces disfrutado, cesó en absoluto, tornándose insoportable aquella vida de constante agitación y continuado peligro. Nuestras operaciones consistían principalmente en explorar sin descanso hasta los más recónditos parajes, á los grupos de enemigos que no estaban dispuestos para el combate, bien por su escaso número, bien por formar un núcleo de familias con mujeres y niños, no les quedaba más recurso que caer en poder de nuestras tropas ó emprender la fuga. Tan continuadas huídas llegaron á producir escasez, no de lo superfluo, sino hasta de lo más necesario, llegando á conducirles á una situación tan precaria y miserable que... (¡horror causará á cuantos conozcan ese privilegiado país!) sufrieron *hambre* y toda clase de privaciones. Por otra parte, el General en Jefe había inaugurado nueva política desde su llegada. La guerra venía adoptando un carácter de crueldad que suele ser frecuente en esta clase de contiendas, pero que debe evitarse cuidadosamente por los gobiernos regulares. Algunos desaciertos en ambos bandos y algunas medidas de rigor, no siempre muy justificadas por nuestra parte, produjeron una situación tirante que importaba desvanecer, si queríamos ir francamente á la deseada paz. No se le ocultó esto al general Campos, y fué su preferente cuidado, desde que se iniciaron las primeras operaciones en las Villas.

En el Camagüey esa política estaba destinada á darnos aún mejores frutos. Ya he indicado algo de las condiciones de carácter de sus moradores; con la altivez castellana que han heredado de nosotros conservan también por motivo igual todos nuestros principales rasgos; la nobleza, la generosidad, la abnegación y la fortaleza. Nuestra nueva política no podía menos de sernos provechosa; el devolver mal por bien, que siempre que no pueda atribuirse á debilidad, proporciona excelentes resultados, diólos una vez más, y como la pintura terrible que de las tropas y jefes peninsulares habían llegado á forjarse, no se compadecía bien con lo que numerosos casos prácticos iban arrojando, la idea de poner término á sus miserias con una paz honrosa, entróse en sus voluntades, no por el infame portillo de la indigna venta, sino por la ancha portalada del mutuo convencimiento en la inutilidad de su tarea sangrienta y de las simpatías personales que los nuestros recolectaban.

La tentativa hecha en el mes de septiembre por Varona, Bello, Santisteban y Rivero, guiados por el práctico Castellanos, tuvo para éstos un resultado funesto. Bello y Satisteban, coroneles de las filas insurrectas, habían propuesto á nuestro general Cortijo una tentiva de avenencia que éste aceptó, uniéndoseles Varona, personaje civil de influencia, que había promovido idénticas gestiones ante Bonanza. Acompañados además del alférez Rivero, y guiados, como he dicho, por Castellanos y provistos de salvo-conductos, presentáronse ante el generalísimo Máximo Gómez y el Presidente, á la sazón D. Tomás Estrada. Las circunstancias eran críticas y tal vez creyeron necesario un ejemplar rigor rayano en crueldad; ello es, que sujetos á un consejo de guerra verbal, fueron condenados á muerte todos menos Rivero, ahorcándose inmediatamente á Varona y Castellanos y aplazándose la ejecución de Bello y Satisteban, porque jefes ambos y jefes influyentes en las tropas, se llegó á abrigar el natural recelo de que

no lo consintieran. Mas, ¿qué importaba tan exagerado alarde de severidad? Aunque lo hubieran repetido de poco hubiera aprovechado, que cuando las muchedumbres se hacen dueñas de una idea ó de una tendencia, es en vano oponerles los diques de la voluntad personal.

Lo más curioso es que el presidente Estrada que tomó parte activa en la condenación de Varona, asegúrase que estaba de acuerdo con él. Si hubiera sido así, no tardó mucho en expiar su acción, pues un mes más tarde quedó prisionero nuestro, bien que persistiendo en nuestra política humanitaria contentóse el general en jefe en enviarlo á la Península. La Cámara de Cuba eligió para reemplazarle á Vicente García, general de la jurisdicción de las Tunas; pero todo esto eran sólo relámpagos de una luz que se apaga.

La situación iba haciéndose más y más crítica para las masas insurrectas, cuando se inició, en diciembre de 1877, la comisión del Sr. Duque de Estrada, quien se presentó al brigadier Bonanza manifestando que muchos jefes insurrectos, entonces en completo estado de dispersión, deseaban ponerse de acuerdo acerca de proposiciones de paz, á la cual todos se inclinaban, solicitando primero una suspensión de hostilidades; y segundo el señalamiento de una zona neutral donde pudieran libremente reunirse.

No es este el momento ni lugar apropiado para escatimar los límites que podían darse á la concesión; pero no deben echarse en olvido las impaciencias de la opinión pública que alguna presión ejerce en determinados momentos. Además, persuadidos de que la paz venía, de que procedían los insurrectos de buena fe, no existían motivos que aconsejaran dificultar el común concierto en el campo enemigo. Diremos más, si las proposiciones pacíficas que después se hicieron hubieran venido parcialmente, quizás hubiesen parecido menos rigorosas y menos garantizadas que presentadas como fueron, por la mayoría de los jefes reunidos en el Chorrillo. Esta conferencia preliminar verificóse el día 7 de febrero, que no menos de mes y medio se necesitó para los preliminares y para reunir y concertar las opiniones de los jefes republicanos. La suspensión de hostilidades no había sido completa por nuestra parte y las operaciones se habían continuado, aprovechando la estación seca, por manera que en las filas enemigas cundía el desaliento y las proposiciones se multiplicaron, aunque la que tuvo siempre más seriedad y más condiciones de prevalecer fué la del Camagüey.

En resolución, el día 10 de febrero quedó ajustado el convenio del Zanjón en la finca de este nombre y con las condiciones que en sustancia vamos á decir: Por la 1.ª se prometían á la isla de Cuba las libertades políticas de que disfrutaba la de Puerto-Rico. Por la 2.ª se otorgaba indulto, perdón y libertad, todo de acuerdo con la política seguida en este último período. Por la 3.ª se declaraban libres los esclavos que se hallaban en las filas insurrectas. Por la 4.ª se declaraban libres del servicio de las armas todos los capitulados. Las cuatro siguientes, 5.ª, 6.ª, 7.ª y 8.ª, se referían á las facilidades necesarias para hacer efectiva esta capitulación con las demás fuerzas, considerando estas condiciones comunes para todos los que quisieran aceptarlas.

A partir de este instante la paz fué un hecho; sin embargo, las capitulaciones tenían que ser sucesivas y no simultáneas. El 29 de febrero entraban en Puerto-Príncipe, una vez sometidas casi todas las partidas del Camagüey. En las Villas y en Holguín se hicieron también casi todas las presentaciones en febre-

ro, continuando en marzo, seguidas por las de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní, y disolviéndose la junta republicana de Nueva-York.

Quedaban en armas la gente de Vicente García, á quien sólo el despecho se explica pudiera retraer aún, pues había tomado parte en todas las negociaciones; y en la jurisdicción de Cuba, Antonio Maceo, que siempre estuvo francamente en desacuerdo con los negociadores de la paz, ¿peró que significaba ya? ¿acaso el despecho de uno y la obstinación del otro podía esperarse que galvanizaran el yerto cadáver de la insurrección? Delirio era pensarlo, y, no obstante, algo así pretendió el último de los cabecillas citados por el aislamiento absoluto en que mantuvo á sus tropas, y por el poco acogimiento que prestó á las nobles ofertas del general Campos, el cual lleno de nobilísimo deseo habíase partido del Príncipe con objeto de conferenciar personalmente y de su propia boca ofrecerle las condiciones aceptadas por los demás caudillos insurrectos. Después de algunas vacilaciones Maceo y Vicente García negáronse á aceptar las bases del Zanjón y el 26 de marzo se abrieron nuevamente las operaciones en Oriente; pero á pesar de las precauciones adoptadas por aquellos para que la desmoralización no cundiese, ésta se propagaba con rapidez; las presentaciones sueltas menudeaban, y el día 9 de marzo la efectuó el mismo Antonio Maceo, embarcándose para Jamaica. Esta reducción más parecida á una fuga, agotó las últimas ilusiones de los cabecillas Limbano Sánchez, Guillermón, José Maceo, Quintín, Bandera y otros que fueron rindiéndose en todo el trascurso del mes de mayo. Por último, en los primeros días de junio Vicente García, con los restos de las Tunas, efectuó la sumisión de los suyos, embarcándose para Venezuela.

El día 9 de junio dióse por pacificada la Isla y terminada la guerra, y aquí encajaría muy bien un juicio crítico de esta última etapa de la campaña y de su final coronamiento, si las condiciones especiales de este trabajo no lo vedasen.

VIII

ALGUNOS COMBATES NOTABLES

Hasta ahora la índole de nuestras ojeadas generales nos ha hecho fijar la atención preferentemente en las fases orgánica y logística, prescindiendo casi por completo del aspecto táctico. Las modificaciones que informaron á este último fueron muy numerosas é importantes, y nada disculparía su omisión aun teniendo presente la brevedad de este trabajo. Importa, pues, consignar á grandes rasgos algunas acciones que ofrecieron el transcurso más circunstanciado de la guerra. No ocultaré mi contrariedad: en este, como en otros puntos, me faltan datos y habré de prescindir de mucho de lo que quisiera examinar; pero nada ganaría tampoco con la dilación, pues no teniendo esperanza de aumentar mis noticias por ahora, habré de contentarme con exponer cuanto he logrado reunir.

En los primeros choques, claro es que los insurrectos habían de ofrecer patente muestra de su falta absoluta de instrucción táctica y de su escasez de armamento y municiones. Limitáronse, pues, á hacer una descarga y emprender la

fuga, desparramándose para reunirse y concentrarse en un punto determinado de antemano. Tal procedimiento, favorecido por la topografía especial del país, llegó á convertirse en sistema, y aunque luego consiguieron elevar el nivel de su



táctica, hubo constantemente partidas pequeñas y grupos de ellas que continuaron empleando la misma maniobra, susceptible de proporcionarles resultados poco significativos, pero seguros. Conviene no echar en olvido las condiciones geográfico-topográficas que hemos señalado: imaginémonos una columna marchando por una de las interminables llanuras que forman la parte central de la Isla; llevando á la derecha ó á la izquierda ó tal vez á ambos protegidos sus flancos y más

ó menos alejado el inextricable monte, donde á mansalva y con toda comodidad se ha emboscado el grupo insurrecto. De repente suenan ocho, diez, doce, veinte tiros, no hacen falta más, y caen al suelo la mitad ó la cuarta parte de ese número, ó sólo dos ó tres hombres. Prodúcese ese primer movimiento de vacilación imposible de evitar, porque es hijo del temor de lo desconocido. El buen espíritu que anima á las tropas se sobrepone en seguida y se adoptan las disposiciones de combate... Pero ya no hay enemigos que combatir; han huído, han desaparecido por modo misterioso é incógnito como aparecieron, ó mejor dicho, como hicieron sentir su presencia. Resumen: una hora de jornada perdida, dos, tres, cuatro ó seis heridos, y el desconsuelo que produce la impotencia. Cierto que en cuanto nuestras columnas comenzaron á percatarse de semejante procedimiento pusieron el mayor cuidado en los flanqueos, y con buenos flanqueos son casi imposibles sorpresas como las que he pintado; pero no adquirieron tan pronto la pericia necesaria, y aun con ella, si podían evitarse los efectos materiales de las pérdidas, porque obligado el enemigo á alejar su emboscada ante la presencia de las tropas flanqueantes, sus disparos no era fácil que llegasen á producirnos mucho mal, nunca pudimos sustraernos por completo del desasosiego que ocasiona la lucha contra un enemigo impalpable é invisible.

El bosquejo que he trazado sirve de prototipo á todas las acciones de los primeros meses: tal fué, por ejemplo, el encuentro de Bonilla, sostenido por el general Villate sobre la línea férrea de Nuevitas. Ya he indicado que el 26 de noviembre salió este general de Príncipe con intento de recomponer y habilitar la vía férrea; llevaba por ella, en la parte hasta entonces utilizable, un furgón que trasportaba víveres, municiones y equipajes. Al llegar á la altura de los montes de Bonilla, una imprevista descarga casi á quemarropa nos produjo 10 muertos y 30 heridos. Llenas de excelente ardor nuestras tropas se lanzaron rápidamente contra el enemigo; mas era en vano, éste se había evaporado instantáneamente, y los 50 caballos y el escaso número de armas y municiones que dejó en nuestro poder no alcanzaban á compensar las 40 bajas producidas. En los días siguientes continuaron con el mismo sistema, y aunque no volvieron á hacernos tantas bajas seguidas, la verdad es que el día 1.° de diciembre, al llegar á San Miguel, la fuerza moral de nuestros soldados iba un tanto quebrantada, presintiendo acaso la magnitud de la empresa que se inauguraba.

Otro de los ejemplos que demuestran notablemente la escasa potencia defensiva de las masas insurrectas, fué la resistencia del paso de la sierra de Cubitas. Ya he dicho cuán inútiles fueron las dificultades que se tropezaron, refiriéndose á un tránsito que pudo perfectamente evitarse. Es notorio que el paso de la sierra resultó completamente gratuito, y hasta diré perjudicial, demostrando nuestra ignorancia y nuestro completo desconocimiento geográfico del país; pero admitido el paso por la sierra, la potencia del sitio elegido era tal, que apenas se concibe cómo no nos presentó mayor resistencia. Componíase nuestra columna de dos batallones (Rey y Unión), dos secciones de caballería, dos piezas de montaña y una compañía de ingenieros. Por parte de los insurrectos, si hemos de creer á documentos oficiales suyos, había 1,600 á 1,800 hombres. Conocido el avance de nuestras fuerzas por el cañoneo y toma de la Guanaja, que se verificó el día 14 de febrero, es claro que tuvieron espacio de tiempo muy bastante para adoptar todas cuantas disposiciones defensivas hubiesen querido, haciendo la po-

sición completamente inexpugnable. A las once de la mañana del día 23 avistó la columna el desfiladero. Venía distribuída en dos partes: una vanguardia bajo las órdenes directas del brigadier Lesca, compuesta del batallón de la Unión y la artillería, y una retaguardia mandada por el coronel Pasarón, que constaba del batallón del Rey y la caballería. El enemigo rompió el fuego desde el monte y desde las trincheras marcadas en el croquis. Nuestros jefes comprendieron la necesidad de apoderarse, ante todo, de aquéllas, cuanto más que el camino estaba interceptado por sucesivos obstáculos de talas de árboles. El desarrollo de la acción no ofreció nada de notable, porque desconociendo los nuestros el terreno en absoluto, se limitaron á emplear la primitiva maniobra de atacar de frente y por esfuerzos sucesivos.

A las fuerzas de vanguardia se unieron pronto las de Pasarón y merced á los brillantes sacrificios de unas y otras, al cabo de seis horas, quedábamos dueños del paso, aunque contando 21 muertos y 105 heridos, cantidad enorme si se tiene en cuenta que el total de la columna apenas alcanzaba á 1,500 hombres. Pero aun así y todo, debíamos felicitarnos, puesto que el enemigo elevándose á 1,600 hombres en posiciones que se hacen inatacables con 500, pudo habernos detenido varios días, habernos causado enormes pérdidas y quizá habernos obligado á retroceder, engendrando un efecto moral desastroso en nuestros soldados. Con la inculpación anterior no quiero decir que las masas insurrectas carecieron de valor; muy al contrario, descendiente nuestro legítimo, el cubano es valiente y arrojado hasta llegar en ocasiones á la temeridad, pero á tropas improvisadas como aquellas, habrá de faltarles siempre la necesaria consistencia y nos valió semejante defecto para contrabalancear en los primeros tiempos nuestra ignorancia supina acerca de todas las particularidades y detalles topográficos del país.

Otro ejemplo de combate defensivo sostenido por las fuerzas cubanas, aunque siendo diferente tipo, es el que cita el brigadier Castellanos en su obrita tantas veces mencionada. Casi un año después de la defensa de Cubitas, el 1.º de enero de 1870, marchaba por el camino de Guaimaro á Cascorro una columna española fuerte de 1,500 hombres, bajo las órdenes del brigadier Pueyo (1). El costado izquierdo del camino iba apoyado en espeso monte, é internadas en él, marchaban las fuerzas flanqueantes como á unos 15 ó 20 metros. Por la otra parte mostrábase más despejado el terreno, desarrollándose un potrero, cuya cerca corría paralela al camino; é inmediato á ella caminaba el flanqueo correspondiente poco alejado también como se comprenderá. Al llegar á la finca denominada *Minas de Juan Rodríguez*, se percibió una trinchera-empalizada en forma de tenaza que tenía su vértice en el camino, alcanzando sus lados una longitud de 700 á 800 metros cada uno, y hallándose guarnecida por unos 1,000 hombres. Roto el fuego por el enemigo, nuestro flanqueo izquierdo se salió impremeditadamente del bosque, y, uniéndose á la vanguardia, arrojóse en la formación de columna de á cuatro contra el enemigo. Armado éste de fusiles de tiro rápido y protegido por su atrincheramiento, no hay que decir cuan imposible era ese ataque. Del cuerpo de la columna fueron llegando sucesivos refuer-

(1) Dominicano, que luego llegó á general y ejerció el mando en varios departamentos.

zos que se obstinaban en ese rutinario procedimiento de formación concentrada, el cual, á pesar del valor desplegado, había de resultar necesariamente infructuoso. Al fin se empezó á comprender que sólo por un movimiento envolvente se lograría apoderarse del paso; pero lo que al comienzo hubiera sido fácil, venía tornándose asaz dificultoso por la generalización de la lucha y el amontonamiento de las fuerzas. No obstante, hiciéronse algunos esfuerzos, y por último, reuniendo una masa más intacta de 200 á 300 hombres y efectuando un largo rodeo, viéronse cogidos de flanco y retaguardia los insurrectos, cediéndonos el campo *incontinenti*. La victoria daba ganas de parodiar una célebre frase; nos costaba 300 bajas el apoderarnos de una mala empalizada y mientras tanto, los adversarios apenas habían sufrido 6 ú 8. La perturbación que nos produjo tan considerable numero de heridos que no era posible abandonar y las dificultades de todo género que fueron añadiéndose con una forzosa detención, con la lentidad de la marcha y con la tenacidad del fuego enemigo, convirtieron este contratiempo en una verdadera catástrofe, y la columna llegó á Nuevitas para donde se retiró en un estado, sobre toda ponderación, lamentable. Por lo demás, el enemigo no había ganado mucha cohesión defensiva, pues en cuanto se pronunció el ataque flanqueante decisivo, abandonó el campo, á pesar de contar con fuerzas bastantes para rechazarlo: sin embargo, debemos confesar dos cosas; primera, que su intento no era tanto sostenerse, como causarnos gran número de bajas, teniendo ellos las menos posibles y consiguiendo así embarazar y detener nuestra marcha, como lo lograron; segundo, que la posición no era comparable á la que tuvieron en Cubitas, y por consiguiente, puede afirmarse que en justa proporcionalidad ejercieron mucha más resistencia. Por nuestra parte se evidenció que en un año nada habíamos adelantado, y si bien es verdad, que tan rudo escarmiento produjo saludable enmienda, ésta no fué tan completa ni tan general como hubiera podido desearse, efecto de la extrema divisibilidad que constituye uno de los rasgos característicos de aquella campaña. Quéjase mucho el coronel García Navarro en su trabajo, «La guerra y las instituciones militares en Cuba» (1), de ese divorcio tan completo en procedimientos tácticos en organización y en todo, que existía, dice, de columna á columna, de brigada á brigada, y de división á división; pero sin que yo trate de atenuar ó disculpar semejante estado de cosas, me es forzoso manifestar que la índole de la guerra impone desde luego esa exagerada autonomía en los mandos, aun en los más pequeños; y la poca estabilidad de las autoridades superiores, fué parte muy principal para que no pudiera ejercerse con éxito la acción unificadora que á ellas competía. Digo, pues, que á nuestra costa aprendimos cuanto importaba flanquear bien las columnas y no atacar de frente al descubierto, sino por movimientos envolventes, aprovechándonos á nuestra vez de lo que constituía la fuerza principal del cubano insurrecto, la vegetación exuberante, monte, manigua ó potrero.

No quisiera parecer atrevido, pero tengo para mí que toda la especialidad táctica de la guerra de Cuba, está fundada en esto sólo: es decir, en tomar como principal auxiliar los elementos del terreno. Siempre que nuestros soldados, bus-

(1) Publicado en la *Revista Militar Española*, tomo XI, núm. 11 y siguientes.

cando la franqueza en el ataque, trataban de retar combate en los espacios descubiertos, sabanas, potreros poco crecidos ó cualesquiera otros de distinta clase, encontramos una derrota; el enemigo sabía que su fortaleza estaba en el monte y la manigua y no la abandonaba ó si lo hacía, era momentáneamente para acogerse á ella muy luego. Recuérdense las reglas que previenen todos los tratados militares sobre el combate en los bosques; añádase la impenetrabilidad y espesura de los que ofrecen las comarcas tórridas; repárese en la excepción que constituye este caso en nuestras guerras, y se tendrá la explicación del por qué nos fué tan difícil adquirir una práctica que, después de todo, se reduce á aplicar á semejante hipótesis anormal, aquí convertida en normal y corriente, los preceptos tácticos del arte de la guerra. Sin necesidad de recurrir á la enseñanza de aquellos sucesos, sabemos que el ataque de frente y al descubierto ha de dar escasos resultados contra posiciones medianamente fuertes; lo difícil, sin embargo, es desechar en un momento crítico el campo franco que ofrece una sabana despejada para introducirse en el laberinto de un monte, buscando el rodeo cauteloso que habrá de producirnos la victoria, sin duda, pero que exige en todos los momentos de su ejecución tanta disciplina en la tropa, tanta experiencia en el jefe y tanto espíritu en el oficial. Desplegar en el bosque, dar frente á un flanco á retaguardia, maniobrar, en fin, ¡qué digo maniobrar! marchar simplemente, es mucho más difícil de lo que parece en teoría ó en teoría referente á los bosques europeos. Todo militar sabe cuánto interesa la economía en el consumo de municiones y cuánto deben sentirse las gastadas inútilmente; es empresa victoriosa contener al soldado para que no dispare con exceso: consíguese, no obstante, con una vigilancia exquisita de las clases y mediante una instrucción esmeradísima; pero trasportemos la escena á un bosque donde aquella vigilancia no puede hacerse efectiva, donde cada individuo obra independientemente tendiendo á aislarse de su vecino y compañero, y resultará imposible de reprimir ese abuso del fuego. No serán muchos los oficiales que hayan podido jactarse de mantener á sus tropas en un límite de disparos, y estoy seguro, en cambio, de que no habrá ninguno que ponga en tela de juicio el aserto de un jefe experimentado en aquella guerra, que asegura que á más de 40 metros de distancia las cuatro quintas partes de las balas quedan clavadas en los árboles, y, por lo tanto, son disparos inútiles. ¡Cuántas veces sucedió esto! ¡Cuántas veces tras algunas horas de nutrido fuego apenas percibimos resultados apreciables! Otro inconveniente tiene el exceso de disparos en el monte, y es que siendo más penosas las limitadas evoluciones que se efectúan y exigiendo más sangre fría, todo cuanto contribuya á arrebatarle ésta al soldado, perjudica al éxito táctico. Resulta, en conclusión, que el combate en los bosques ocasiona infinidad de dificultades, motiva la exagerada dispersión y casi imposibilita la disciplina del fuego. Ahora bien; á pesar de todos estos peligros, el combate en los bosques se imponía: constituía, como he dicho diferentes veces, la regla; había que aceptarlo con preferencia siempre, pues hasta las mismas veces que el enemigo nos retó en espacios descubiertos sólo lo hacía con intención de atraernos, adoptando luego sus posiciones de antemano estudiadas. Precísabase, pues, empeñar el combate en los bosques, ejercitarse en él y practicarlo de manera que los inconvenientes antes explicados se aminoraran en cuanto fuese posible, y una cruel experiencia nos hizo aproximarnos bastante á ese *desideratum*.

Nuestros soldados y nuestros oficiales llegaron á familiarizarse con la topografía del país; andábamos en los bosques y evolucionábamos con relativa soltura; perseguíamos y nos retirábamos con tanta rapidez como los insurrectos y no nos dejábamos engañar por sus emboscadas, sus amagos de ataque, sus disparos aislados y sus falsos rastros. Nuestros flanqueos, marchando á suficiente distancia de la columna y reconociendo el bosque, sirvieron realmente de red protectora á la marcha de las columnas, evitando, en más de una ocasión, que fuesen sorprendidas y desordenadas: en una palabra, á costa de tiempo y de desastres, llegamos á adquir la aptitud táctica de esta clase de guerra, que intuitivamente poseían, desde el principio, los hijos del país. Desgraciadamente, si nosotros avanzábamos en el camino de nuestra instrucción, ellos hacían también sus progresos aunque en otro sentido. Ya no eran las masas desorganizadas que en los primeros tiempos; bajo el régimen militar continuado y la presión de las circunstancias alcanzaron la cohesión que les faltaba, el espíritu militar de toda tropa que cuenta hechos de armas más ó menos brillantes, pero decisivos y característicos; la vanagloria y altivez propia de su carácter heredado del nuestro, contribuyó mucho á semejante resultado y lo completó totalmente; por manera que mientras nosotros llegamos á conquistar su idoneidad nativa, ellos fueron adquiriendo nuestra artificiosa preparación y organización. Las condiciones volvían á encontrarse niveladas y así lo veremos en los años de 1873 y 74, de los cuales voy á entresacar algunos otros hechos de armas.

Mencionemos como primero, en orden cronológico, el desastre de Palo Seco. Era el mes de diciembre de 1873. Por la jurisdicción de Puerto Príncipe, operaba entre otras una columnita mandada por el teniente coronel Vilches, compuesta de 300 á 400 infantes que constituían un batallón y 150 guerrilleros montados.

Servían éstos de vanguardia y confiaba en ellos la fuerza de á pie, que marchaba muy inmediata, no queriendo privarse de su compañía protectora. Un grupo de 50 insurrectos mostróse al llegar á un espacio despejado, provocando la carga de nuestros guerrilleros, que éstos efectuaron en orden disperso. La fuerza del batallón, que venía á la desfilada de á dos, única forma consentida por aquellos caminos, encallejonados generalmente entre el monte ó las fincas, al ver avanzar demasiado á la vanguardia, aligeró considerablemente el paso, con objeto de no perder su contacto, pero no adoptó disposiciones algunas para sostener el combate, limitándose á conservar la misma disposición desfilada que tenía. La provocación insurrecta era una simple añagaza, que emplearon con harta frecuencia y que raras veces dejó de producirles resultados; arrastrados nuestros jinetes por los ardores de la persecución, cayeron pronto en medio del núcleo principal del enemigo, el cual, desembocando de improviso, les cargó tan inopinadamente, que no pudieron menos de volver grupas. Revueltos vencedores y vencidos, perseguidos y perseguidores, no tardaron en venir sobre la inerme fuerza de á pie, quienes al principio, ni se daban cuenta exacta de la cosa, pues era difícil distinguir en aquel amontonamiento amigos ó adversarios. El batallón fué completamente acuchillado, sucumbiendo dignamente entre los primeros, los jefes y la mayor parte de los oficiales: los guerrilleros, que no interrumpieron ya su fuga, lograron acogerse, con algunos fugitivos, al fuerte de Palo Seco, pretendiendo entablar la resistencia, pero faltos de víveres y municiones,

quebrantada su moral y estrechados por el enemigo, sólo resistieron algunas horas.

Nótase en este empeño, atrevimiento ofensivo y algún espíritu de que antes carecían los insurrectos. Ya no se limitan á hacer unas descargas y huir; al contrario, provocan, atraen y cuando nuestras tropas avanzan llenas de bélico ardor, salen osadamente á su encuentro, y por medio de un contraataque atrevido obtienen la victoria, arrollando no sólo á las fuerzas de vanguardia, sino al cuerpo de la columna. Por nuestra parte hubo varias faltas: en primer lugar, el avance impremeditado de los guerrilleros cuando podía preverse la estratagema enemiga; en segundo, el desacierto enorme de no adoptar las fuerzas á pie disposición alguna de combate, apresurando, además, el paso para ligarse á los jinetes; desaciertos ambos, que fueron causa suficiente para verse envueltos en la confusa retirada de nuestros jinetes y sus perseguidores. Si la infantería se hubiera limitado á adoptar alguna disposición, desplegándose por lo menos en orden disperso á derecha izquierda, veamos lo que hubiera acontecido al llegar el furioso aluvión de jinetes. No pudo reconocerse en el primer momento si eran amigos ó enemigos, cabalmente porque no dejaron adelantar prudencialmente á la vanguardia, pues de no haber procedido así, hubieran tenido bastante tiempo para llegar á percatarse del giro de los sucesos; entonces, adoptando formaciones contra caballería, hubiéranla recibido en grupos más ó menos informes, y ya que no quisiesen hacer fuego, para no herir á los propios, ofrecían la resistencia y cohesión precisa para no ser arrollados; la caballería enemiga, que venía también en orden disperso y sin ninguna solidez, veríase obligada á volver grupas ó á permanecer por completo dentro de la zona eficaz de fuegos de los infantes, quienes al cabo concluirían por recobrar la victoria ó cuando menos por evitar el desastre.

Veamos otro ejemplo de combate iniciado en circunstancias semejantes, pero cuyo resultado no se convirtió en derrota, merced á la aplicación de procedimientos más acertados. Nos referimos á la acción de la Sacra, acaecida en noviembre de 1874, que se desarrolló en los potreros de esa finca, y que ofrece también muestra de la influencia táctica de semejante accidente, cuando por estar la yerba muy crecida puede presentar su máximo valor. Las fuerzas nuestras, al mando del brigadier Báscones, consistían en dos batallones, más tres compañías de infantería, una sección de caballería, 150 guerrilleros y 2 piezas de montaña. La caballería y la guerrilla cubrían el servicio de vanguardia, los batallones formaban el grueso, llevando entre ambos las dos piezas, custodiadas directamente por las tres compañías; el servicio de flanqueo iba un tanto descuidado. La precisión de marchar á la desfilada de á dos por aquellos caminos tan especiales, alargaba demasiado la columna, añadiéndose á esto el mayor espacio ocupado por las acémilas del batallón y las piezas, por manera que el desarrollo total resultaba excesivo; pero este es un inconveniente que no puede sortearse y con el cual hay siempre que contar en los problemas logísticos y tácticos que allí se resuelvan; por lo menos mientras las condiciones de sus vías de comunicación no varíen radicalmente.

Lo mismo que en Palo Seco, un grupo de 40 jinetes comenzó la provocación, consiguiendo que nuestras guerrillas y caballería se obstinasen demasiado en perseguirlos, y conduciéndolos al paraje donde se hallaba emboscado el grue-

so de las fuerzas montadas enemigas. La reacción ofensiva de éstas no pudo menos de tener éxito, aunque no tan contundente como en Palo Seco. Las fuerzas españolas, en vez de desbandarse, se replegaron en dirección á una alturita que les ofrecía medio de rehacerse y aguardar á la infantería ya próxima al teatro del suceso. Efectivamente, el jefe de la columna al contemplar el imprudente alejamiento de la vanguardia, comprendió la necesidad de marchar en su auxilio: dividió la fuerza en tres escalones; el batallón de retaguardia, que debía permanecer custodiando la impedimenta, ó en caso de avanzar, efectuarlo con la necesaria parsimonia; las tres compañías con las piezas, que al mismo paso y en la misma forma que iban, continuaron su avance para intervenir con fruto en el combate; y el otro batallón, que acelerando el paso, oyendo y presumiendo la crisis de nuestra caballería y guerrillas, llegó á tiempo de sostener éstas, desplegando en orden de combate y rechazando al enemigo, el cual hubo de contentarse por entonces con proseguir el fuego lentamente, distrayendo el frente de nuestras tropas con el intento que vamos á ver. No olvidemos que la acción se desarrolla en un potrero, cuyas altas yerbas ocultan suficientemente un hombre á caballo, y recordemos también que el grupo de compañías que avanza con las piezas no lleva flanqueos. Con la intuición rápida de los hijos del país, comprenden perfectamente los cubanos todo el partido que puede sacarse de nuestras faltas, y mientras el primer batallón se entretenía, como hemos dicho, y no osaba abandonar á nuestra caballería, la de ellos supo correrse haciendo un rodeo, oculta por las yerbas del potrero, viniendo á caer de improviso sobre el flanco de las fuerzas que escoltaban las piezas. Agrupáronse nuestros infantes en torno de éstas, y dieron tiempo á que pudieran desmontarse, emplazarse y romper el fuego; pero ¡qué importaba esto! ni podía resultar eficaz á pesar de la relativamente corta distancia á que se rompiera, ni se había evitado el primer efecto de la sorpresa y las numerosas bajas que con ella nos causaron. El segundo batallón, contemplando generalizado el combate, acudía en auxilio de las piezas, y el enemigo, en todas partes contenido, decidióse á suspender el fuego y abandonar el campo. Pero aunque ni uno ni otro bando pudiera atribuirse la victoria, es lo cierto que nosotros contábamos 100 hombres de pérdidas entre muertos y heridos, mientras ellos sólo tenían 20. Por lo demás, este hecho de armas produjo un efecto moral lamentable, no sólo por la inmensa desproporción de las bajas respectivas, sino por el extraviado camino en que indujo á los procedimientos tácticos. Efectivameute, apegada la opinión de las añejas costumbres del orden cerrado y del empleo de las masas napoleónicas, santificada su eficacia contra la acción de la caballería enemiga que no tenía todavía bastante virtud impulsiva para destruir á viva fuerza un obstáculo que ofreciera solidez, llegóse á sentar como artículo de fe que mientras las tropas, recurriendo á disposiciones regulares y cerradas conservasen la serenidad y disciplina en medio de los ataques inesperados de los cubanos, podíamos considerarnos al abrigo de destrozos como el de Palo Seco. Pero al querer recurrir á esas formaciones regulares, claro es que prescindimos del orden abierto, y conservando como he dicho las preocupaciones añejas, resucitamos los cuadros, las columnas nutridas, los escalones, y en una palabra, todos los elementos de la táctica antigua, incompatibles hoy con el moderno armamento. La inconveniencia de tales sistemas no tardó en aparecer; esas formaciones concentradas, die-

ron al enemigo el medio de fijar sus fuegos y hacerlos aprovechables en grado máximo, de modo que la conveniente disciplina, que obligaba á adoptar tranquilamente disposiciones destinadas á precaver un acuchillamiento, ponía nuestras tropas en disposición de recoger sus certeros disparos, y por un motivo ó por otro el resultado venía siendo idéntico. Aun tardamos algo en convencernos de la supremacía del orden abierto, y de que la serenidad y sosiego indispensable en medio de la sorpresa, debían servirnos, no para adoptar disposiciones que se parecieran al orden cerrado, sino para inspirarse en el disperso, el cual ya había hecho su aparación en Europa, quedando consagrado por la práctica de la campaña de 1870.

Presentaremos otro tipo de combate en un potrero, con el choque Naranjo-Mojacasabe, en febrero de 1874. El primero de esos nombres, era el de un potrero en donde comenzó la acción. Rodeado de bosque, como todos ellos. El camino que traían nuestras fuerzas desembocaba, encajonado también entre monte, quedando á nuestra derecha y hacia el frente, un palmar que representó importante papel táctico en la acción. Nuestras fuerzas eran relativamente numerosas, pues llevábamos 6 batallones, 3 escuadrones, 4 piezas y 350 guerrilleros; en suma unos 3,000 hombres, regidos por el brigadier Báscones, el mismo que mandaba en la Sacra. La infantería enemiga hallábase apoyada en la linde del bosque y medio oculta por él; la caballería, por el contrario, avanzaba hasta el centro del potrero, provocándonos, amenazando con cargas al frente y á los flancos, y ejecutando todas las maniobras de que era tan pródiga, conservando cierto orden irregular, pero alardeando la especial agilidad que poseían sus jinetes. Determinada la presencia del enemigo, nuestras fuerzas desplegaron en el terreno despejado del potrero, adoptando un orden escalonado, con los batallones alternados en columna y en cuadro, las piezas en los intervalos, la caballería á los flancos y la impedimenta á retaguardia custodiada por un batallón y las guerrillas. Ya hemos indicado el proceder de la caballería enemiga, en el cual favorecíanle mucho las altas yerbas del potrero, que le permitían más ó menos ocultamente, llegar hasta muy cerca de nuestros soldados en sus amagos de carga. Nuestras piezas habían roto el fuego contra el lindero del bosque que mantenía su infantería, pero bien se comprende que en tales momomentos sus disparos dirigidos contra tropas dispersas, protegidas por los árboles y cambiando á cada momento de situación, no habían de ser de gran provecho. Nuestra infantería haciendo fuego de hileras, rechazó los ataques de la enemiga, pero como ésta nunca tuvo intención de llevarlos á fondo, no puede esto estimarse como un triunfo efectivo. En cambio, á nuestra numerosa fuerza montada apenas se le dió empleo; es verdad que por grupos pequeños intentó varias cargas; pero ni ensayamos un efecto numeroso y decisivo, dada la superioridad que poseíamos, ni siquiera imitamos la conducta del enemigo, utilizando á nuestra vez la protección que nos ofrecían el monte y el potrero. La más notable de las cargas fué dada contra un grupo enemigo, que se acogió al palmar de la derecha al principio citado. Parapetada en él su infantería, y no siendo accesible para nuestra caballería, hubo de sufrir ésta un vivísimo fuego á corta distancia que la obligó á volver grupas, siendo cargada á su vez por la caballería de ellos, la cual consiguió alcanzar y acuchillar algunos de los jinetes españoles. Llevábamos ya cuatro horas de fuego sin resultados decisivos,

cuando un incidente grave vino á complicar la situación. Ya he indicado que en la estación seca, las grandes yerbas de los potreros se queman, y esto es no sólo una costumbre, sino una necesidad impuesta por la precisión de desembarazarse de tanta cantidad de yerba, que llega á ponerse en un estado de resecación fácilmente inflamable. Es difícil formarse idea del espectáculo imponente de un potrero ardiendo, y vale más antes que ser sorprendido con la catástrofe adelantarse á ella adoptando las debidas precauciones; pero esto que debe hacerse y se hace en tiempos normales, no habrá que decir cuan descuidado estaba. Resultó, pues, que la yerba del potrero muy desarrollada y muy seca, hubo de prenderse con algunos tacos de fusil y pronto se corrió el fuego, quedando separados ambos bandos por una barrera flamígera. Soplaba la brisa con alguna violencia, el incendio se propagaba con rapidez hacia nuestro lado, y nos vimos en la precisión de retroceder, por lo menos hasta un pequeño arroyo, que nos sirvió de guarda-raya y tras del cual nos situamos. Este incidente interrumpió la lucha en aquel día, y aun cuando el siguiente se reprodujo hallándose ya la columna en marcha y en el potrero de Mojacarabe, rechazamos por el frente los ataques formando el círculo las compañías, y así mismo logramos repeler los envolventes por los flancos; de manera que ya no tuvimos nuevas y desagradables consecuencias. No obstante la desproporción de pérdidas continuaba, y mientras las filas españolas llegaron á contar 300 bajas, los cubanos tuvieron escasamente 100.

Bien se ve, que en este combate no demostramos ser discípulos de la experiencia. La infantería desplegada en la parte más descubierta y adoptando formaciones concentradas, para que pudiera el enemigo aprovechar todos sus disparos, la artillería rompiendo el fuego contra el monte y sin tener, por lo tanto, verdaderos grupos contra quienes disparar, y la caballería mantenida en reserva casi todo el combate, sin saber aprovecharnos de la supremacía con que contábamos, cuando el terreno tanto se prestaba á su acción, explican muy razonablemente, á mi entender, la terrible desproporción de bajas. Las circunstancias de posición pudieron ser las mismas; si ellos tenían bosques, nosotros también, y si las altas yerbas del potrero protegían sus movimientos y evoluciones, igualmente se hubieran prestado á encubrir los nuestros; sin embargo, permanecimos durante toda la contienda á su merced, y en realidad, circunstancias puramente fortuitas fueron las que la finalizaron. Desde luego que nos sobraba cohesión y disciplina bastante para resistir á sus acometidas, pero ¿bastaba esto? ¿conseguimos con ello la victoria? El rutinarismo histórico nos llevaba á los cuadros, á las líneas de batalla, al fuego de hileras y al desaprovechamiento del terreno. Dígaseme ahora si no tengo razón al pretender que la guerra en Cuba no es tan especial, no es tan distinta y tan exclusiva como por algunos se ha supuesto, y que sus principios tácticos generales obedecen á las teorías modernas, informadas por las circunstancias concurrentes en la mayoría de los casos. Dígaseme si sería posible en las condiciones de las armas actuales, sostener un choque, prescindiendo del apoyo táctico del terreno, recurriendo á formaciones proscritas hoy dentro de la zona de fuego, y despreciando el apoyo y enlace natural de las armas. En semejantes condiciones, no ya en Cuba, sino en el centro de la culta Europa, hubiéramos cosechado una derrota. No hay, no, lo repetiré, diferencia esencial en los principios científicos que han planteado las condiciones

de la guerra moderna, lo que puede haber es diferente aplicación, según la contingencia de momento, terreno, índole del choque, etc., etc.

Prescindiré del encuentro de Jimaguayú, porque á más de no demostrar ningún cambio esencial en los aspectos tácticos que venimos examinando, no fué tan notable como la acción que vamos á referir, la más importante de toda la guerra ó por lo menos en la que figuró más fuerza por ambos lados.

Ya he dicho antes que por esos años la insurrección se hallaba en su apogeo, mientras nosotros no podíamos hacer los esfuerzos necesarios para contrarrestarla. En el mando militar del Camagüey Máximo Gómez había sucedido á Ignacio Agramonte, cuya pérdida lloraron los insurrectos, porque fué en realidad de verdad, el Jefe militar más inteligente que habían tenido. Sin que trate de rebajar á Máximo Gómez, tengo motivos para creer que no llegaba á la altura de su predecesor. Consistía su principal empeño en reunir grandes masas y obtener resultados más brillantes y decisivos, tendiendo, si cabe decirlo, á *regularizar* la campaña. Esto era un error, y bien lo demostró luego el desarrollo de los sucesos, porque esas clases de guerras, en que los factores principales, los apoyos, los elementos, hállanse constituídos por el terreno, por el fanatismo político, por la especialidad de la lucha, en suma, por el carácter irregular de las operaciones, pierde todas sus ventajas desde el momento en que empiezan aquellas á tomar un aspecto más normal y decisivo, y á menos que se hubiera obtenido una supremacía grande, que permitiera plantear el problema sobre nuevas bases, el esfuerzo regularizador se traduciría comunmente en un retroceso. Sin embargo, es también inevitable esa aspiración, y se necesita en los hombres directores de una contienda de esta índole, una inteligencia muy clara y un juicio muy seguro para no dejarse arrastrar por semejante tendencia. Repárese, efectivamente, que la guerra irregular, es como álguien ha dicho, una guerra de alfilerazos, donde el resultado es muy lento, es muy poco perceptible, y á ella se recurre únicamente porque lo impone la debilidad y falta de organización. A medida que esta se mejora, que el bando sublevado ó iniciador, el bando que inauguró la lucha recurriendo al elemento irregular, vase fortaleciendo, vase perfeccionando en su organismo militar, siente la necesidad de conseguir resultados más resolventes, y recurre ó intenta recurrir á la regularización de la guerra. Lo general ya lo he anunciado, es que semejante recurso sea prematuro, determinando un retroceso marcado, que vuelve á colocar la lucha en sus anteriores condiciones.

Esta digresión me la ha sugerido el estado de la guerra en los años de 1873 y 74; porque ya he dicho, que fué cuando se reunieron los cubanos en mayores masas, llegando á contar en los combates que referiré, unos 1,500 á 2,000 hombres. Por nuestra parte nos vimos obligados á elevar la fuerza de las columnas, y eso distaba de constituir una ventaja.

No hacía mucho que se había encargado del mando del Departamente Central el general Portillo, que venía precedido de bastante reputación, y á fines de febrero organizó una fuerte columna, compuesta de 6 batallones, 5 escuadrones, 3 guerrillas y 4 piezas; en total unos 3,000 hombres, pues hay que tener presente, cuán mermadas estaban las unidades, dándose el caso de algún batallón, que apenas contaba 250 combatientes. Esta columna, cuyo mando tenía el brigadier Armiñan, fué la que sostuvo el día 3 de marzo el encuentro de Jimaguayú, y después de esto salía el día 13 de las Yeguas, pernoctando en el Divorcio. Continuó

su proyectado camino el 14, y el 15 á las nueve de la mañana, avistó la finca de las Guasimas, donde se desarrolló el drama. Con la desesperante uniformidad del paisaje cubano, poco tendríamos que decir del teatro táctico; un amplio potrero circuído completamente por el monte, y atravesado por un arroyo fangoso, como casi todos los de la isla: he aquí todo.

La columna traía una disposición de marcha parecida á la que se ha explicado en otras ocasiones: un batallón con 100 guerrilleros en vanguardia; el cuerpo de la columna lo constituían 2 batallones, 2 piezas, 2 escuadrones, 200 guerrilleros, otros 2 batallones y la impedimenta; la retaguardia, que merecía tanta atención como la vanguardia, pues igualmente en una y en otra debe temerse la presencia del enemigo, la formaba otro batallón, 3 escuadrones, 2 piezas y 200 guerrilleros. El servicio de flanqueos iba servido por fuerzas de infantería de los batallones que constituían cada fracción de la columna. Un poco antes del potrero de las Guasimas existía una sabana que permitía el acceso de la caballería, aun cuando no fuese muy descubierta. En ella y según la táctica tantas veces empleada, aparecieron unos jinetes insurrectos en número de 40 á 50, que desafiando á los nuestros, motivaron una carga de los dos escuadrones de vanguardia, mas los guerrilleros, reforzados hasta el número de 300, arrastrados en la persecución, cual siempre sucedía, hubieron de introducirse en un *callejón de monte* (1), donde se hallaba, como era fácil inferir, la emboscada de infantería. Comprendiendo nuestros jinetes que su única salvación consistía en la velocidad, sufrieron estoicamente las descargas enemigas, qne les ocasionaron grandes pérdidas, y continuando al aire de carga, no tardaron en desembocar al potrero, dirigiéndose hacia la izquierda, donde, al parecer, se encontraba el enemigo. Cabalmente por este sitio atravesaba el riachuelo que mencioné, y el cual sólo podía cruzarse merced á una represa no muy ancha, que constituía, pues, un verdadero desfiladero, en el sentido táctico de la palabra. Si además tenemos en cuenta que semejante paso quedaba lo suficientemente próximo al monte para permanecer bajo sus fuegos, comprenderemos, sin género alguno de esfuerzo, la confusión que se produjo. Los guerrilleros se desorganizaron, volviendo grupas algunos y otros reuniéndose á las fuerzas de caballería. De éstas pasó un escuadrón á la desfilada, y divisando un grupo enemigo, como de 300 caballos, se dirigió á él, trabándose un encarnizado combate: el otro escuadrón, que marchaba algo más á retaguardia, pasó también seguidamente, volando en auxilio de sus compañeros. La refriega terminó con la derrota de los cubanos; pero ya es sabido que la caballería no tiene condiciones de resistencia, y máxime hallándose bajo el fuego enemigo, así es que hubieron de retirarse, siempre bajo la acción del mismo, dejando sobre el campo más de la mitad de su fuerza.

Todo lo que he relatado puede considerarse como el prólogo. Veamos ahora el resto de la acción, y para su más clara inteligencia me ha parecido conveniente bosquejar el adjunto diseño, que, aun cuando no es exacto, contribuye á formar idea de las disposiciones tácticas.

---

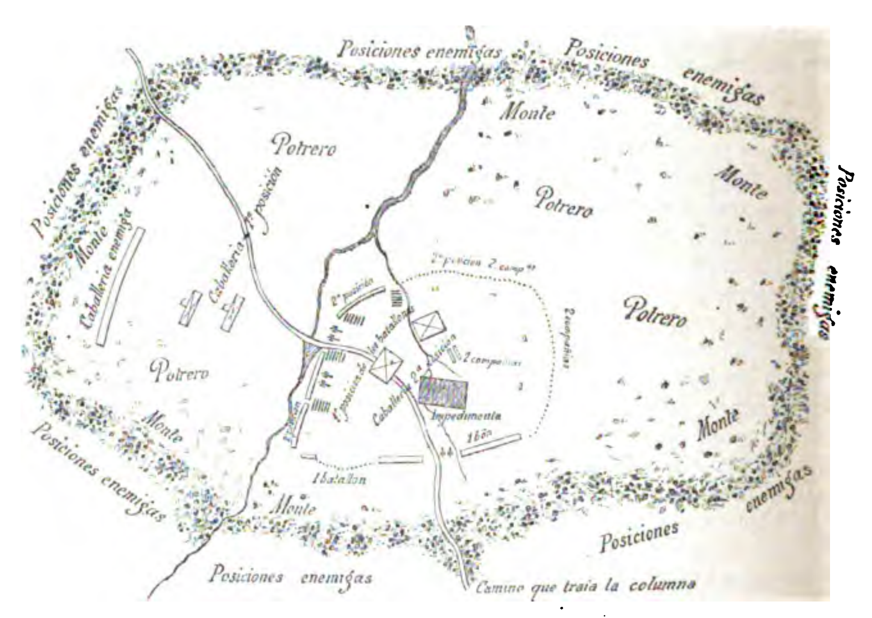
(1) Empleo este término gráfico porque es el que da más exacta idea de semejante detalle del terreno y su inteligencia, tras de lo que se ha dicho, no podrá ofrecer dificultad al lector, aun cuando desconozca aquellos países.

La infantería de la columna había seguido á la caballería, apresurándose á ganar el potrero y sufriendo mientras tanto un fuego nutrido que le causó unas 60 bajas. Llegados que fueron al potrero y recogidos los heridos, se verificó el despliegue en esta forma. Los tres primeros batallones formaron en línea de columnas de batallón, con el frente hacia el arroyo; es decir, hacia la izquierda conforme se desembocaba; en los dos intervalos que dejaban las columnas de batallón se colocaron las piezas; otro batallón fué á situarse en el costado derecho del nuevo frente, formando martillo; y el resto de la fuerza aun estaba llegando, cuando el fuego vivísimo de los enemigos obligó á adoptar algunas nuevas disposiciones. Las dos columnas de batallón del centro é izquierda, comprendiendo que no podían continuar en aquella disposición, desplegaron en línea sobre su propio terreno. La columna de la derecha, variando ligeramente hacia ese costado, desplegó también en línea, y el batallón que hemos visto situarse sobre el flanco derecho, adoptó una formación en orden abierto, que era, sin duda, la más oportuna, estableciendo dos compañías en guerrilla, con el mismo frente que tenía, pero en su prolongación; otras dos al flanco derecho de las desplegadas también en guerrilla, y formando con ellas ángulo recto; y las otras dos restantes, haciendo de reserva general tras un pequeño repliegue del terreno. Las tropas que aun venían marchando, acosadas por un vivísimo fuego, y á las veces por la inmediata presencia del enemigo, á medida que llegaban daban frente al costado más amenazado ó á retaguardia, y constituían así un cordón que fué cerrando los dos extremos de la línea poligonal mencionada, de manera que resultó, á modo de un gran cuadrado, ó mejor dicho, polígono irregular formado por la fuerza de infantería, en medio del cual quedó la caballería, la artillería y la impedimenta.

El enemigo, protegido por el monte, nos aniquilaba por todos lados con sus fuegos, llegando algunas veces á mostrar rasgos de increíble atrevimiento. Refiere el brigadier Castellanos que hubo momentos en que la caballería enemiga avanzó al paso, formando un espeso cordón de tiradores hasta medio tiro de fusil, si bien como era de esperar, fué completamente rechazada. Este primer período crítico duró tres horas; al cabo de ellas disminuyó bastante el fuego, y para asegurar nuestra posición, dióse orden de que cada batallón, en su respectivo frente, se fortificara por medio de trincheras-empalizadas.

Aun cuando aminorado, no se había suspendido el fuego ni puede decirse que se suspendió en los días que duró tan crítica situación. Esta era tal, que sólo tropas españolas sabrían sobrellevarla, y bien puede asegurarse, que lo que siguió raya en los límites de la epopeya. Entre las diferentes peripecias de aquel día, contábamos ya unas 400 bajas, de ellas 300 heridos, en números redondos. Puede apostarse en cambio, que el enemigo apenas alcanzaría la cifra total de 100, y no se olvide que su fuerza no pasaba de 2,000 hombres; pero aun cuando hubieren tenido más bajas, no por eso podría presumirse mejorada nuestra situación. Los 300 heridos nos impedían el más leve intento de romper aquel círculo de fuego. Obsérvese, en efecto, el cúmulo de circunstancias que lo prohibían. No se trataba de una llanura completamente despejada, en la cual pudiera romperse á voluntad por cualquiera dirección. No ocupábamos un nudo central de caminos, que permitiéndonos amagar en dos ó en tres sentidos, nos consintiese escapar por otro determinado de antemano. Encerrados en un círculo

fatal de bosque espesísimo, sólo podríamos romper internándonos en él por medio de los callejones ó trochas, cuyos flancos serían ocupados pronto por el enemigo, abrasándonos materialmente con sus fuegos. Es verdad, que con una acertada disposición de fuerzas, con flanqueos y reconocimientos, aun podríamos intentar esa acometida; pero no se olviden los 300 heridos, que llevados en camilla, cada uno por cuatro hombres y á la desfilada, consumirían mucha fuerza y representaban un tristísimo convoy, al cual le era imposible completamente pasar, ya por su extrema longitud, ya también porque efecto de esa circunstancia, no contábamos con suficientes tropas para protegerlo. En cuanto á abandonar los heridos á la humanidad del vencedor, no era posible; aun estábamos muy lejos de la época en que el general Campos humanizó la guerra, usando un pro-



ceder tan generoso con los enemigos, que les obligó á pagarnos en idéntica moneda. Por el contrario, excitadas las pasiones, enconados los ánimos, muchos jefes nuestros, y la mayor parte de los de ellos, no tenían reparo en llegar á la crueldad, procediendo cual si echasen en olvido las más vulgares reglas de civilización y derecho de gentes. Disculpa tienen los cabecillas insurrectos, que al cabo, es carácter propio de todas las guerras irregulares tratar de imponerse por el terror, queriendo hacer de ese sentimiento innoble un elemento que por otro lado les falta; pero las tropas regulares no deben nunca rebajarse hasta el extremo de imitar semejante conducta, y máxime cuando se trata de adversarios que por su cultura estaban en condiciones de apreciar nuestra nobleza de proceder. Pero me extravío en inútil digresión; conste, pues, que no podía correrse la contingencia de abandonar los heridos, y en resolución, la empresa de romper el círculo enemigo, si bien era posible para unos cuantos individuos, para una tropa relativamente poco numerosa (como luego veremos que lo hizo la caballería) era

absolutamente impracticable para el total de la columna, mientras no se aumentasen sus fuerzas. En la noche de aquel triste día 15, hubo, pues, de convenirse en la necesidad de avisar al Comandante general, reclamando su auxilio, y de permanecer mientras llegaba en aquella especial situación de bloqueo, resistiendo mientras los víveres y las fuerzas físicas lo permitieran. Para obtener lo primero, envióse una pareja de guerrilleros; pero aun contando con la fidelidad de éstos ¿podrían desempeñar su cometido? En medio del constante tiroteo que persistía, ¿podía adivinarse acaso si los intrépidos exploradores sucumbirían en su empresa? Tan espantosa inquietud obligaba á adoptar otra medida, y la caballería se ofreció á romper el cerco (que así es menester llamarle) y llevar al Príncipe la noticia *siquiera quedase uno* (1). Trescientos caballos emprendieron el movimiento, y con la proverbial intrepidez de nuestras tropas lograron realizar la empresa. Ya en Puerto-Príncipe habían recibido el primer parte, y á toda prisa trató el comandante general de improvisar una columna, cuyo mando dió al brigadier Báscones. Puede decirse que en la capital no había ningún cuerpo entero de que disponer, y así, sólo recogiendo destacamentos distintos, fracciones sueltas, enfermos, y en una palabra, agotando los recursos, fué como pudieron reunirse cerca de 2,000 hombres.

No será fácil imaginarse, mientras esto ocurría, la situación de ánimo de las otras fuerzas. Cualquiera podría presumir, que inquietas y amilanadas llegaron á pensar en la rendición ¡Cuán equivocado juicio! ni un instante se desmintió su buen espíritu; acorraladas tras de la trinchera, sin poder salir de su circuito, á no ser inmediatamente víctimas de los fusiles del enemigo, teniendo que moverse aun dentro de ellas, con infinitas precauciones, porque el terreno que ocupaban los insurrectos nos dominaba, dificultándose hasta las más sencillas operaciones, todavía encontraban acomodo y momentos para entonar canciones, de que tan pródigo es nuestro soldado, constituyendo en él, algo así como una individualidad aparte entre todos los de otros pueblos. El número de muertos era tan crecido, el espacio tan pequeño y la dificultad de enterramiento tan grande, que fué forzoso recurrir al sistema de quemar los cadáveres. En los dos extremos del arroyuelo que atravesaba nuestro campo, se formaron dos grandes piras, la una destinada á los hombres y la otra á los caballos, y desgraciadamente no les faltó su fúnebre alimento en los cuatro días que duró aquella épica batalla. Digo épica batalla, porque los disparos enemigos apenas concedían tregua y hasta los que trataban de cumplir el triste deber de conducir los cadáveres á la hoguera, solían ser víctimas de sus balas. Lo repito, es imposible formarse idea de aquella crítica situación, y es imposible que ninguna tropa de ningún ejército la haya atravesado más espantosa. Nada puede dar idea de la fortaleza de alma que desplegaron todos; el brigadier, los jefes, los oficiales y la tropa. Así en cruel incertidumbre trascurrieron el día 16, el 17 y por fin el 18, en el cual llegó la columna de socorro.

Preparada ésta como ya he dicho al través de mil dificultades el día 16, púsose en marcha el 17 y al llegar al potrero Cachaza, tuvo un tiroteo antes de acampar. Los insurrectos bien presintieron que desde el Príncipe se habían de hacer es-

(1) *La cuestión de Cuba.*—Memoria político-militar.—Madrid, 1878.

fuerzos por enviar tropas á las Guasimas, y como su posición les permitía entretener á los sitiados con un sencillo y constante tiroteo, claro es que habían de poner todo su conato en combatir á la columna auxiliadora é impedirla que llegase á dar la mano á las tropas de Armiñan. Escalonáronse, pues, en distintas posiciones y en las direcciones donde probablemente debía esperarse el paso de las fuerzas que procedieran de la capital. Ya he dicho que en Cachaza sufrieron aquellas un primer fuego; puestas en marcha el 18 al amanecer, no tardaron en llegar á Jimaguayú donde también había combatido la columna de las Guasimas. Allí les esperaba un gran golpe de enemigos decididamente resueltos á impedir el avance. Empleando su táctica de siempre, al llegar nuestra vanguardia á un claro, rompieron el fuego hacia nuestra derecha y cuando nuestras tropas iban corriéndose por los montes de este flanco, nos atacó vigorosamente por el frente y el otro flanco. En resumen, como habitualmente ocurría, nos vimos cargados por diferentes puntos desde las posiciones del bosque que contorneaba la sabana, pero nuestra columna, aunque formada por restos hetereogéneos, estaba animada del mejor espíritu; sabíamos bien que constituíamos la única esperanza de la brigada Amiñan, que destruído este auxilio no había absolutamente en Puerto-Príncipe tropas para formar una nueva columna, que reducidas á esos términos las fuerzas de las Guasimas, hubieran sucumbido agotadas sus resistencias y acuchillados tal vez por los cubanos si no capitulaban antes, que de cualquiera de los dos modos el hecho adquiria una resonancia inmensa y una trascendencia indiscutible; en suma, que jugábamos una carta decisiva. El empeño duró tres horas y al cabo de ellas vióse obligado el enemigo á ceder el campo. Pudo proseguirse la marcha y poco antes de divisarse la posición sitiada, todavía intentaron los cubanos cerrar el paso á las fuerzas españolas; pero el mismo ruido de las descargas, los disparos de cañón que intencionadamente se hicieron y los toques de corneta, sirvieron de señales á aquellos y uniendo sus esfuerzos á los de las tropas de socorro, muy pronto pudieron darse la mano las brigadas Armiñan y Báscones.

Poco me detendré ya en lo que queda por referir. Aunque nuestros heridos se habían aumentado en 150, era proporcionalmente mayor el aumento de fuerzas de que se podía disponer para conducirlos y protegerlos. Además, el éxito obtenido por la columna de socorro, levantaba considerablemente el arrojo de las tropas y no hubiera habido empresa de que no se juzgasen capaces. Inversamente, la moral del enemigo estaba muy quebrantada, al contemplar que no había podido evitar la unión de las dos columnas y por ende la salvación de la primera.

Emprendióse, pues, la retirada al siguiente, y aunque continuó la columna siendo hostigada, llegaron nuestras tropas sin novedad notable al campamento de la Caridad de Arteaga, desde donde se enviaron los heridos al Principe.

No me detendré en las consecuencias que pueden deducirse de este hecho de armas. No se había modificado mucho el estado de las cosas: continuábamos apegados á las formaciones concentradas y á los despliegues en línea sin atrevernos á adoptar de una manera franca y resuelta el orden abierto. Esto da la razón del crecido número de bajas que los contrarios muy, á su sabor, nos hicieron el primer día, y quizá también de la forzosa detención de la columna. Y es tan exacto esto, cuanto que en ese mismo primer día pudo observarse la despro-

porción enorme de bajas entre el batallón que desplegó en orden abierto y los que se mantuvieron más ó menos concentrados (1).

A pesar de todo, nuestra consistencia, nuestro espíritu y nuestra disciplina eran muy superiores á los de los cubanos. Mal parados quedaron éstos, y bien demostrada su impotencia para obrar en grandes masas, pues todo hacía presumir que el triunfo coronaría sus esfuerzos, á lo menos nunca pudieron apetecer tan favorables contingencias.

Esta fué también, la acción más respetable como he dicho al principio y la que marca el apogeo de la insurrección. Después, todas fueron muy inferiores; y en la última etapa, organizada la guerra por el general Martínez Campos en la forma que explicamos, prontamente se redujeron á pequeños choques de los constantes reconocimientos.

Sólo por tributar un recuerdo, consignaré la célebre defensa del batallón de San Quintín en el Departamento Oriental el 6 de febrero de 1878. Mucha semejanza tiene este hecho, que valió al cuerpo la corbata de San Fernando, con la acción que acabo de referir. Al fin de una marcha de tres días, agotadas casi las raciones, se encontró la columna sorprendida por las descargas enemigas que denunciaban su presencia en fuerte número. Efectivamente, el cabecilla Maceo trataba de obtener un triunfo que levantase algo el mal estado de ánimo de los insurrectos próximos, como ya sabemos, á deponer las armas. El jefe de la columna española, hoy brigadier Sanz Pastor, no tardó en comprender cuanta importancia tenía el choque que iba á empeñarse; repuestos nuestros soldados de la primera sorpresa, resistieron bravamente á la acometida del enemigo, que por todos lados los envolvió, y apoderándose de una altura inmediata se hicieron fuertes en ella comenzando una épica resistencia. Como en las Guasimas era preciso reclamar el auxilio de otras columnas ó destacamentos. Un corneta del batallón se ofreció voluntario para avisar al destacamento más inmediato, que resultaba ser el de Caoba. La noche fué horrible, y trascurrió sin interrumpirse el fuego; el día, más horrible, vino á alumbrar un lamentable cuadro de 25 muertos y 70 heridos, el enemigo intimaba la rendición, comprendiendo cuanto le interesaba precipitarla; más también el jefe español se había percatado de cuanto importaba prolongar la resistencia; y así, llegaron á una segunda noche más terrible aun que la anterior. El tercer día parecía la situación poco menos que insostenible y podía preverse nuestro agotamiento, cuando los toques de las cornetas anunciaron la proximidad del batallón de Chiclana que acudiendo al socorro, merced al aviso del fiel corneta, pudo evitar un desastre que tanta resonancia hubiera tenido en aquellos momentos.

Otras muchas acciones podía haber citado, porque esto es tarea larga, pero me parece que bastan las consignadas, para que puedan servirnos de datos al sentar más adelante las deducciones tácticas. Sería, por lo tanto, dar á este capítulo una extensión desmesurada é innecesaria, sin añadir apenas nada á las consecuencias recogidas.

---

(1) Vease «Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba» pág. 113, en la obra tantas veces citada del hoy Brigadier Castellanos.

IX

SEGUNDA INSURRECCIÓN

La pacificación de las Villas y la del departamento Oriental, como ya he dicho no quedó asentada sobre tan sólidas bases como la del Camagüey. En aquéllas el país no estaba en general tan trabajado y agobiado; y, por consecuencia, la necesidad de la paz no se impuso tan irresistiblemente. En el departamento de Oriente ya hemos visto á los principales cabecillas negarse á aceptar el convenio del Zanjón: más tarde forzados por las circunstancias; esto es, por el aumento de fuerzas que se dirigieron contra ellos y por el relativo aislamiento en que quedaron, puede decirse que se sometieron á despecho suyo y quizás haciendo reservas mentales. Con esos datos, fácil era prever que en cuanto las fuerzas de la ocupación militar disminuyesen, en cuanto encontraran una favorable coyuntura, en cuanto pudiesen considerarse desligados de sus compromisos con los antiguos directores de la contienda, volverían á lanzarse al campo, ya contasen con su aquiescencia más ó menos pasiva, ya con su completa reprobación. Había, además, un factor poderoso á que atender, que por si solo da la clave de esta diferencia en las opiniones. Al paso que en Puerto-Príncipe la población de color era relativamente escasa y no podía tomarse en cuenta por su falta de cultura, en Santiago de Cuba existían un crecido número de individuos de color, procedentes de la emigración de Santo Domingo y Haití, que poseían una ilustración superior en mucho á la de sus compañeros de la Isla, lo cual les colocaba en condiciones de mantener aspiraciones propias, sustrayéndose de la tutela en que los habían tenido los elementos conservadores de la pasada insurrección, que eran naturalmente de raza blanca. El problema iba á presentar así nueva faz, porque las aspiraciones de los negros y mulatos no pueden mancomunarse con las de los blancos, cualesquiera que éstas sean. Dibujábase, según esto, en el horizonte, una transformación de la contienda separatista en lucha de razas, que podría ofrecer, como resultado más ó menos remoto, la unión de los peninsulares é insulares, ya que así lo han de requerir los intereses homólogos de ambos.

El Camagüey era la comarca que más franca y noblemente había hecho la paz, y era, por consiguiente, la que se encontraba en mejores condiciones para fundarla y vigorizarla. Avínole bien que el gobernador elegido (1) no tardó en darse completa cuenta de los términos en que se iba á desarrollar el problema, y echando mano á una política templada y benigna, de tonos expansivos y de ancha base, logró garantizar y afianzar la paz, hasta un extremo tal que cuando abandonó el gobierno, un año más tarde, pudo considerar asegurada su obra. No quiero envolver con esto ninguna clase de censura para los que rigieron las provincias limítrofes. En Santa Clara, ya lo he dicho, el país menos quebrantado no presentaba tan buena ocasión para intentar análogos procedimientos; tampoco era fácil recurrir á los opuestos, porque los términos del problema

(1) El hoy teniente general D. Camilo Polavieja.

no aparecían tan claramente delineados y era arriesgado inclinarse demasiadamente á un extremo peligroso. En Santiago de Cuba ya era más perceptible la cuestión, y quizás hubo un poco, sino de abandono, de excesiva confianza. Como quiera que sea, no dejaríamos de encontrar disculpas, y, en último resultado, siendo la indolencia un vicio ingénito en nuestro carácter, antes que atreverse á censurarlo hay que decir, repitiendo la frase del Evangelio: «Aquel que esté limpio que arroje la primera piedra.»

Dígolo esto al tanto de que trasladado el general Polavieja, en junio de 1878, á Santiago, no tardó en percatarse de la inminencia del peligro. Después de girar una extensa visita al territorio de su nuevo gobierno, daba cuenta al capitán general de que había deducido le amenazaba el alzamiento general para fines de mes (agosto), como efectivamente estalló.

En esta segunda insurrección no me es posible, como tampoco en la primera, detallar mucho los sucesos. Duró el movimiento diez meses próximamente, y se limitó también á la mitad oriental de la Isla. La provincia de Santiago de Cuba fué la iniciadora y donde resistió más. Las Villas secundaron tres meses más tarde y, como ya he manifestado, su alteración suponía enorme gravedad política; pero el capitán general realizó una corta campaña de resultados tan fructíferos que bien puede decirse que, aun cuando no quedó completamente apagada la tea de la rebelión, ya sólo pudo despedir pálidos y fugaces resplandores. Por último, Puerto-Príncipe se mantuvo tranquila y sosegada en general, si bien fué invadida frecuentemente por partidas que salvaban las fronteras de las limítrofes.

Con las vehementes sospechas que concibió el general Polavieja, bien hubiese deseado plantear una serie de medidas de apercibimiento; pero no podía consertirlo el entonces capitán general Blanco, continuador de la política del general Martínez Campos, á la cual no se ajustaban las medidas coercitivas, ínterin no estuviesen plenamente justificadas por una actitud hostil. Es dudoso, además, que tales procedimientos hubiesen alcanzado á contener el alzamiento, y si es verdad que prendiendo á los principales caudillos quedaba desprovisto aquel de importancia, en cambio, perdíamos también la fuerza moral que proporciona el respeto á la fe pactada y la deferencia que existe entre el agresor y el provocado. Como quiera que fuese, en virtud de estas razones ó de otras análogas, el capitán general negóse á adoptar procedimientos preventivos, prefiriendo aguardar á la colisión armada.

Lo que sí deberemos consignar, es que los informes y noticias recogidas por el general Polavieja, eran absolutamente ciertos y que, efectivamente, tal y como él lo anunció, el 24 de agosto prodújose el levantamiento en Holguín, poniéndose á la cabeza Belisario Peralta; el 26 inicióse en la jurisdicción de Santiago de Cuba; á mediados de septiembre acaeció la sublevación y ataque de Mayari; el 25 de este propio mes se alzaba Limbano Sánchez con 800 hombres en Baracoa; durante los primeros días de octubre se levantaron varios poblados pequeños, pero importantes, de los territorios de Manzanillo y Jiguani, en una palabra, hacia el 10 de octubre, podía estimarse el número de insurrectos en unas 5,400 á 5,900 personas y de ellas 3,000 á 3,200 combatientes.

El movimiento, como se ve, tenía excepcional importancia, pero no estábamos por fortuna en los aciagos días que siguieron al grito de Yara. El capi-

tán general se apresuró á trasladarse al territorio de la lucha, y considerando las dificultades militares que ofrecía el mando de la totalidad, la dividió en dos comandancias generales divisionarias; comandancia general de Holguín y Tunas, cuyo mando dió al general Valera; y comandancia general de Cuba (Santiago de) la cual quedó encomendada al general Polavieja, así como el mando civil que no podía dividirse. Ambos generales eran prácticos en esa clase de guerra, contaban con soldados, oficiales y jefes que tenían la experiencia de la anterior campaña, y aun cuando los recursos de material no los tuviésemos á la altura de abundancia que debiera apetecerse, es indudable que comparados con los del año 1868 aparecían harto abundosos. Verdad es también, que los soldados insurrectos poseían igualmente su parte de experiencia é instrucción militar, deducida de la pasada guerra, pero ellos no podían excusarse de atravesar el período embrionario y desorganizador que marca la primera etapa en todo movimiento de este género, y nosotros estábamos decididos á no darles tregua alguna que les permitiese completar sus elementos constitutivos. Importaba, pues, anticiparnos, no consentirle que avanzase y perfeccionase su organización, acosándole, persiguiéndole, estrechándole y no dándole un punto de reposo. Esto es lo que maravillosamente supieron hacer nuestros generales, en tales términos, que el jefe del movimiento en Holguín, y quizás también el jefe más caracterizado de este período, Belisario Peralta, alternativamente perseguido por las fuerzas de Valera y Polavieja, según pasaba de una orilla á otra del Cauto, no acertando á encontrar momento de sosiego, se vió obligado á presentarse el 21 de diciembre, equivaliendo esto, en realidad, á una rendición de armas.

Este suceso produjo saludables efectos en la opinión pública y bastante desastrosos en las filas insurrectas, por el prestigio que el mencionado caudillo reunía como iniciador que era del levantamiento. Además, hizo posible segregar del mando militar de Cuba las circunscripciones de Bayamo, Manzanillo y Jiguani que, constituyendo una brigada, pasaron á pertenecer á la comandancia general de Holguín y Tunas, quedando así la otra división con menos territorio donde, al paso que resultaban aumentadas las fuerzas, era factible concentrar la atención multiplicando las operaciones ofensivas.

Antes de continuar el relato en la provincia Oriental, echemos una ojeada á los sucesos de las Villas, porque á lo menos en su parte táctica fueron quizás de lo más notable de la campaña. Según antes indiqué, el capitán general se había trasladado á Cuba y allí se encontraba á fines de noviembre, cuando se recibieron las primeras noticias de la rebelión en las Villas. Al frente de ella se pusieron el titulado general Carrillo y Pancho Giménez. Preparado ó no el movimiento habíase propagado con espantable intensidad; la columna de voluntarios de Camajuani fué batida por los insurgentes, otro tanto le aconteció al batallón cazadores de Baza, y los elementos conservadores de la provincia que tenían sus fincas próximas á empezar la zafra, sintieron un pánico, tal vez superior á lo que sucedía; pero que de todas maneras traía aparejadas notables complicaciones políticas y económicas. No se le ocultaron éstas al capitán general, y bien comprendió que podía fiar á la pericia de sus tenientes las operaciones de Cuba, mientras que urgía su presentación en las Villas, siquiera fuese sólo para llevar alguna tranquilidad al ánimo alterado de los habitantes leales.

No vaciló, pues, y se trasladó á las Villas, desembarcando en Tunas de Yara, y llegando á Sancti-Spíritus el día 21 de noviembre, recibiendo numerosas comisiones de las poblaciones de Remedios, Cienfuegos, Sagua, etc., que venían á traducirle y exponerle el sobresalto general del país.

Entre otras medidas que adoptó el general Blanco, se contaba la organización de dos columnas exclusivamente destinadas á la persecución de la partida Carrillo, penetrado como lo estaba de la importancia que aquella revestía. Escogió cuidadosamente los jefes, designando al coronel García Navarro (1) y teniente coronel Macías. Como de esas dos fuerzas, la primera fué la que halló y batió primeramente al enemigo, voy á consagrarla atención preferente. Componíase de 40 caballos de voluntarios de Camajuani, 40 caballos de la escolta del general en jefe mandados por el comandante Brandeis y el batallón cazadores de Simancas, á las órdenes del comandante Rincón. La columna salió de Placetas el 24 de noviembre, acampando en San José, y el 25 en Pedro Barba. Las confidencias y noticias, anunciaban la inmediación del enemigo. Deseando el coronel García Navarro encontrarle en el terreno despejado de que á la sazón podíamos disponer, levantó el campo á la una de la madrugada y marchó rápidamente en busca de aquel, con los 30 caballos, ordenando á las fuerzas de infantería que aguardasen los primeros albores del día, marchando entonces en su seguimiento según el rastro y forzando la marcha caso de oir fuego.

No tardaron en realizarse sus previsiones; al llegar á las lomas del Jobosi al amanecer del 26, divisaron exploradores enemigos que simulaban acercarse á los nuestros. Como el terreno despejado permitía la amplia estiración de la caballería, nuestro jefe dispuso la fuerza en columna por secciones, situando en vanguardia su fuerza de Camajuani y detrás la escolta, y continuando su avance con este frente y prestos á rechazar al enemigo y lanzarse sobre él. Unos 30 ó 40 jinetes insurrectos decidiéronse á cargar, pero la primera sección de la columna los cargó á su vez, obligándoles á retirarse, aunque sin empeñarse demasiado en su persecución. Apenas un cuarto de hora tardaron en aparecer de nuevo, aumentados hasta unos 50 caballos. Nuevo intento de carga y nuevo movimiento de las dos primeras secciones nuestras, seguido de otro retroceso de ellos. Si tenemos presente la táctica inveterada de los insurrectos, era evidente que nos acercábamos á un núcleo mayor de fuerza, y así se realizó efectivamente. Al trasponer una pequeña loma, apareció la partida de Carrillo entera, lanzándose al galope contra los nuestros. Era el momento indicado para un choque de dos caballerías, el coronel Navarro mandó atar las carabinas, sacar los machetes y presumiendo que las dos primeras secciones estarían algo quebrantadas por los esfuerzos anteriores, mandó cargar á las dos de retaguardia, más frescas y más enteras. Arrastrados los voluntarios por el movimiento de éstas, y más que todo electrizados con su ejemplo, uniéronse á ellas, y los 80 jinetes nuestros cayeron como un alud sobre el enemigo. No contaba éste seguramente con el denuedo que animaba á los nuestros. Su conocido recurso de llamar la atención mediante grupos pequeños y producir el desorden consiguiente, arrastrando

(1) D. José García Navarro, comandante de estado mayor. Aun cuando á su modestia repugne la cita, es deber mío el hacerlo.

á nuestras tropas á una impremeditada persecución, y cargarlas en ese estado de dispersión con el núcleo reunido de las suyas, les salió fallido esta vez; el choque se verificó en las condiciones normales, y la victoria debía pertenecer á las tropas regulares y más disciplinadas; 23 muertos, más del doble de prisioneros, 70 caballos, armas, municiones, etc., etc., fueron los trofeos de la victoria. Carrillo escapó á uña de caballo, seis de sus hermanos quedaron sobre el campo, se rescataron los negros que días antes se habían llevado, y en una palabra, la insurrección de las Villas recibió al nacer un golpe de muerte. Por nuestra parte, las pérdidas fueron tan insignificantes, que se redujeron á unos cuantos heridos. La

Monte. Monte.

Partida Carrillo.

Caballería de Camajuaní.

Caballería de la Escolta.

fuerza de infantería de Simancas, que tan luego como oyó el fuego forzó el paso, logró reunirse en breve al resto de la columna. Aun cuando la acción había terminado, la vecindad del bosque ó monte que apenas distaba más de 100 metros, hubiera imposibilitado la persecución sin el concurso de la infantería. Dividiósela en pequeños grupos, que recibieron orden de practicar minuciosos reconocimientos complementando así la victoria obtenida.

Me he detenido algo en esta operación, no sólo porque es de las más características de la segunda campaña, desde el punto de vista táctico, sino porque demuestra los resultados que en aquella guerra como en todas se pueden obtener de la acertada utilización del terreno, de la discreta combinación de las armas, y en fin, de la aplicación de los principios del arte de la guerra adaptados al medio en que ésta se desarrolla. El procedimiento táctico de los insu-

rrectos es el mismo que en las Guásimas, que en Naranjo, y que en Palo Seco; el valor y el espíritu de nuestras tropas no podía presentar gran diferencia; la práctica en este sistema de guerra y las disposiciones del jefe y algo quizá de ese factor desconocido y contingente que sólo aparece en los últimos momentos, bastaron á producir una victoria brillante con los mismos elementos que se habían cosechado derrotas, ó por lo menos combates indecisos.

Volvamos la vista á Cuba. Aquella división, se había compartido en cuatro brigadas, que tenían respectivamente sus centros en Baracoa, Guantánamo, Alto Songo y Mayari-Abajo. El general Polavieja, experto conocedor de aquella guerra, comprendió claramente cuanto importaba organizar los elementos que allí sustituyen á la base de operaciones. No necesito repetir, lo que sobre esto he dicho, ni adelantar lo que aun me queda por decir. Se procedió á una estudiada división en zonas, á crear y organizar los centros de éstas, dotándolos de suficientes recursos, esencialmente en lo referente á raciones, enfermerías y transportes.

Bien abastecidas y apoyadas, las tropas comenzaron á operar con tanto vigor, que los dos cabecillas principales Guillermón y Maceo fueron derrotados diferentes veces. No debe olvidarse, que en esta clase de guerra los descalabros del insurrecto apenas tienen importancia: mas con tan halagueños comienzos, continuáronse las operaciones ardorosamente, dándose batidas generales y simultáneas en todas las zonas, hasta tal punto, que el enemigo comenzó á desmoralizarse, abundando las presentaciones de individuos aislados, de pequeños grupos y de algunos cabecillas menos notables, pudiendo decirse que en el mes de marzo de 1880, la insurrección se encontraba en un período decadente. A principios de abril la guerra, según frases del mismo general Polavieja, *no era ya de combates, sino de quitar recursos al enemigo.*

Veamos mientras tanto lo que ocurría en las otras comarcas. En Holguín la presentación de Belisario Peralta, había constituído un golpe terrible para el alzamiento. Otro de los cabecillas más notables había pasado á la provincia de Puerto-Príncipe, con objeto de arrastrarla en el movimiento, pero ya he dicho que la paz se había hecho en ésta, con más sólidas bases, y además, la acertada política de los comandantes generales había acabado de afirmarla. El país rechazaba la guerra, y Goyo Benítez no encontró el apoyo que necesitaba. Perseguido tenazmente por las varias columnas que contra él se lanzaron, tuvo que internarse en los montes de Najasa, y aunque su inextricable espesura logró ocultarle algún tiempo, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, regresó á la jurisdicción de Holguín donde sucumbió después á manos de los nuestros.

No en vano se decía por los hombres más conspicuos de la Isla, que la provincia de Puerto-Príncipe, era la gran trocha moral de esta segunda insurreción. Hemos visto que la tentativa de Goyo Benítez, se estrelló ante la sensatez y cordura de los Puerto-principeños ó camagüeyanos. Es evidente que si ese cabecilla hubiese logrado arrastrar al país, si hubiese logrado darse la mano con los de las Villas, el movimiento hubiera adquirido extraordinaria gravedad. Las mismas partidas de las Villas, lo intentaron invadiendo la parte occidental de la provincia; pero allí, como en el lado oriental, no encontraron eco alguno. Y bien lo necesitaban, porqué no pudieron nunca levantar el vuelo después del golpe que antes referí con todo detalle, y puede decirse, que no recobraron su primi-

tiva pujanza, manteniéndose pocó más ó menos en un estado cada vez más decadente.

El comandante general de Cuba no descansaba un momento en Santiago. Trasladándose sin cesar á Guantánamo, á Palma Soriano y á Songo, impulsaba las operaciones y procuraba hermanar esta exigencia, con la de mantener custodiada la propiedad rural, pues que siendo aquí muy considerable, no podía abandonarse, sin peligro de enagenar simpatías á nuestra causa.

Así las cosas, y cuando ya parecía próximo á apagarse el movimiento, cuando el descubrimiento y castigo de una respetable conjura en Mayari, parecía presagiar la pacificación, la Junta cubana de Nueva-York, tentó un supremo esfuerzo, y Calixto Garcia desembarcó en las costas de la Isla con 20 hombres. ¡Exigua fuerza en verdad! pero el prestigio de aquel jefe, entre las filas enemigas era tanto, que reverdecieron todas sus esperanzas. No obstante, sólo eran llamaradas últimas de una luz que se apaga. En junio se habían entregado los dos cabecillas que antes mencioné, Guillermón y Maceo, y como Calixto Garcia pasó al territorio de Holguín donde más tarde cayó también en nuestro poder, sólo quedó en armas la parte de Bayamo donde aun se agitaba Limborio Sanchez. No tardó también en confesarse vencido, presentándose y pudiendo considerarse como la última palabra de la guerra. Quedó la campaña mejor dominada en las jurisdicciones orientales que la anterior, pues palpablemente reconocieron su impotencia los sublevados, y además se marcó muy distintamente la preponderancia de la raza de color, despertándose los recelos del elemento blanco.

Todavía se significó más esto, cuando el descubrimiento de la conspiración de la Liga Antillana fraguada por el elemento de color con un alcance y con una gravedad, como seguramente no la han presentado ninguna otra de las conspiraciones. El castigo y aborto de esa conjura será siempre uno de los más preciados títulos de habilidad y gobierno del general Polavieja, y aun cuando no desprovisto de interés para nuestro objeto, nunca hasta el punto de que nos detengamos en ella, bastándonos haberla consignado.

X

DEDUCCIONES TÁCTICAS

Muchas veces se ha dicho que la organización es función de la táctica, y aun cuando no sea ésta la única variable de que depende, no cabe negársele una influencia decisiva. En tal concepto, si tenemos en cuenta que la índole de las presentes deducciones ha de constituir una especie de síntesis, por medio de la cual iremos escalando hasta los principios orgánicos fundamentales, compréndese muy bien que deberé comenzar por las deducciones tácticas, pasando luego á las logísticas y estratégicas para colegir de todas ellas las orgánicas.

Es empresa muy vasta presentar un cuadro de las modificaciones tácticas, que arroja el desarrollo de las dos campañas de Cuba. El que acertase á escribirlo y consiguiese condensar en breve espacio, las reglas y preceptos que deben servir de norma al oficial y al jefe en las operaciones futuras de la Isla, podría lison-

gearse de haber prestado un verdadero servicio á los ejércitos de aquellos países. No puedo yo pretender tanto; ni me considero poseedor de las suficientes aptitudes y condiciones para llevar á cabo esa empresa, ni es este el lugar adecuado para ello. Un corto capítulo de una obra, más corta aún, proporcionalmente á su objeto, no consiente otra cosa que algunos rasgos típicos, los cuales sirvan para trazar la silueta táctica de la guerra irregular antillana. Empleo esta última frase, porque adopta cierto carácter de generalidad muy conveniente, toda vez que las enseñanzas de la práctica no deben limitarse á un caso idéntico al de las dos campañas anteriores, sino á todos aquellos que acaezcan en parecidas y análogas condiciones.

Veamos desde luego, la clase de elementos que informaron modificaciones, ó por mejor decir, aspectos particulares tácticos.

Primero: la topografía del terreno. Se recordará lo que manifesté en el cap. II, al hacer el bosquejo geográfico-topográfico de la Isla. Las alturas despejadas, que pudieran semejar algo á las que encontramos en otros países, dando origen á empeñados combates por conseguir su posesión, raras veces se hallaron en condiciones de desempeñar idéntico papel. Cuando existían, ó se alzaban en medio de una extensa llanura sin presuponer dominación eficaz sobre ningún otro accidente, ó se hallaban tan cubiertas de espeso bosque y manigua que este detalle se llevaba tras de sí la mayor importancia. Lo más característico era cabalmente eso, el bosque, cuyo combate excepcional, al que apenas se presta atención en nuestros libros europeos, constituía allí la regla constante; pero el bosque, ó monte, como se dice en el país, con tanta frondosidad y espesura que resultan multiplicadas sus dificultades tácticas. Las comarcas centrales son llanas en su mayor parte; pero las orientales, ó sea la provincia de Santiago de Cuba, así como algunas porciones de las Villas, presentando el terreno quebrado, complicaban notablemente el problema, pues, como acabo de indicar, la existencia del bosque continuaba asumiendo grande interés, incrementándose además con la fragosidad del suelo. Resultaba, pues, en esa clase de comarcas, que era difícil, casi imposible, dar empleo á la caballería. En las otras, es decir, en las que ofrecían grandes llanadas, cuando éstas se presentaban descubiertas, podía emplearse favorablemente aquella arma, pero no se crea que siempre, pues los potreros, palmares y cañaverales son otros tantos elementos del terreno que protegían ó servían de obstáculo, según sus condiciones, modificando bastante el franco papel de las fuerzas montadas. La despoblación del país y la naturaleza de su clima hacía perder importancia al combate de los lugares habitados que tanto relieve presenta en Europa. Sobre que abundaban poco, y á las veces se daba el caso de recorrerse leguas enteras sin tropezar con una vivienda humana, no había grande interés en colocarse bajo techado, porque la temperatura nocturna, aun en la estación invernal, permite prescindir de semejante precaución; así es que las fincas, estancias y bohios aislados, no tenían generalmente otro valor que el de los recursos de avituallamiento que pudieran encerrar. Los caminos, casi todos naturales, detestables en época de aguas, no podían adquirir importancia táctica por más que logísticamente la tuviesen. Las corrientes de agua, en cambio, disfrutábanla muy grande, porque si bien hay pocas que lleven constantemente un caudal digno de constituir obstáculo en cualquiera estación, con todo se prestan á la defensa de los vados y puntos de paso más ó menos precisos, contan-

do siempre con el factor de la vegetación exuberante que las bordea. La naturaleza del terreno hacía poco fácil la obtención del tepe, y eso condujo á preferir las fortificaciones de madera, esto es, de estacadas gruesas, así como los blokaus ó casas fuertes. Por último, las costas solían ser fácilmente abordables por la parte del mar, pero no siempre accesibles desde la tierra, por la existencia de una faja de terreno pantanoso y anegadizo, que no permitía los libres movimientos de las tropas, y que tenía en algunas partes hasta dos ó tres leguas de anchura; de manera que la defensa táctica desde el interior resultaba materialmente imposibilitada. He aquí, enumerados á la ligera, los pormenores topográficos, que pueden imprimir caracteres genuinos á las funciones tácticas donde intervengan.

Segundo: la clase de guerra que se hizo. Diferentes veces he dicho que las campañas de Cuba pertenecieron á la clase de guerras irregulares. Me permito creer más; es á saber, que la guerra en Cuba, si ha de sostenerse con éxito, es indispensable que lleve en sí cierto sello de irregularidad. La contienda separatista, dejando aparte la influencia del medio en que se desarrollaba, surgió con un carácter esencialmente irregular, y aunque pudiera acontecer que en lo futuro nos encontrásemos ante la eventualidad de una campaña sostenida en el suelo cubano contra fuerzas regulares, debe presumirse que entonces acontecería algo de lo que empezó á suceder en el año 1874, cuando las fuerzas cubanas, ya reunidas en grandes masas, riñeron batallas tan importantes como las de las Guasimas; la idiosincrasia de la guerra de Cuba llegaría á desvirtuarse, y uno de los adversarios adquiriría pronto preponderancia sobre el otro, el cual, como sucede siempre, volvería á acogerse á la lucha irregular. No me ocuparé pues en semejante comienzo, porque lo verdaderamente característico es el otro aspecto, que es, después de todo, el que se apoya en la naturaleza misma de las cosas. Debe pensarse, por lo tanto, con preferencia en el tipo irregular, en las operaciones de pequeña cuantía, en los frecuentes reconocimientos, en algaradas, en las constantes patrullas, en las sorpresas, emboscadas y estratagemas, y, en una palabra, en un tejido de operaciones guerrillerescas, para las cuales somos idóneos, cualquiera que sea la clase de terreno y de circunstancias.

Tercero: la índole de nuestro adversario. Parece á primera vista, que este factor vendría envuelto implícitamente en el anterior, porque el carácter del levantamiento general del país lleva consigo la condición de lucha irregular; mas no tardaremos en percatarnos, que era para nosotros mucho más temible que cualquiera de los demás ejemplos de otras naciones. Guerra irregular era la de los franceses en el Tonkín y en Túnez, las campañas de los ingleses en la India, en el Afghanistán y en el Tranwal; pero en todos esos casos y en muchos que pudiésemos continuar citando, los adversarios del ejército organizado, no sólo estaban desprovistos de la necesaria normalidad y disciplina, sino que eran inferiores en civilización y en cultura, por manera que existía una gran superioridad de inteligencia, entrando como factor componente en favor de aquel. El insurrecto cubano, por el contrario, á todas las ventajas que le proporcionaba la índole de la guerra irregular, añadía el sumando de igualdad de inteligencia y de ilustración que sus adversarios. Ya se comprende que en el elemento de color esclavo existía cierto rebajamiento; pero los blancos, que aun no contando con gran preponderancia numérica, habían de tenerla efec-

tiva, la parte más escogida de la raza blanca, que constituyó, como era natural, el nervio y los resortes directrices del alzamiento, hallábase á nuestra misma altura y les era fácil relativamente, adquirir instrucción militar, destreza científica en la guerra, perfección orgánica, y en suma todo ese factor psíquico que depende del desarrollo cerebral de sus mantenedores. Resultó, por consecuencia, que si al principio la sostuvieron con la inexperiencia y timidez de bandadas de insurgentes, no tardaron en aprender muchos principios del arte militar, poniendo á contribución sus ingénitas aptitudes, y sacando todo el partido posible de los elementos naturales que poseían. Así, pronto llegaron á utilizar la potencia defensiva que les ofrecían las selvas de aquellas zonas; á utilizar la disposición de excelentes jinetes que tienen los habitantes de las comarcas centrales, creando una verdadera caballería, que supieron emplear con acierto; á perfeccionar mil detalles orgánicos, uniformando su armamento y reglamentando bastante ciertos servicios; en suma, no puede compararse el cubano que en fin del 68 *se fué al monte* (frase del país) con el insurrecto veterano de 1873, 74, 75 y 76. Esta es observación que hay que tenerla muy presente, porque nos hallábamos desprovistos de la fuerza moral consiguiente á esa superioridad de cultura que tanto papel ha representado en otras guerras, según antes he hecho recordar; y si bien nosotros poseemos casos idénticos, como son las dos campañas carlistas de la Península, no hay que olvidar que en éstas á medida que se normalizó la constitución orgánica de su ejército, la guerra se iba convirtiendo en regular, salvo su carácter de guerra de montaña, hasta el extremo de haberse efectuado en ella muchas operaciones tácticas y estratégicas propias de unas regulares, tomando parte, por uno y otro lado, no ya grupos más ó menos informes, sino verdaderas brigadas, divisiones y cuerpos de ejército, que operaban, se movían y batían con arreglo á los principios ordinarios de arte. Nada parecido á esto acaeció en la campaña de Cuba, salvo un corto período, hacia 1874, cuando las Guasimas, donde se concentraron en mayores masas, pretendiendo obtener efectos más decisivos, en toda la campaña se conservó el carácter de lucha irregular contra un enemigo subdivido, cuya impalpabilidad hacía muy difícil la victoria.

Infiérese claramente que de las tres causas modificadoras, que hemos señalado, la primera es la más esencial y determinante. Ella por sí sola alcanza á imprimir genuino aspecto á la guerra; y aun cuando las otras dos lleguen á intervenir bastante en nuestras deducciones, puede afirmarse que las originadas por aquella, presentan un carácter de generalidad que nos habría de permitir aplicarlas á casos más variables, mientras que las desprendidas de las últimas sólo pueden utilizarse en la reproducción de sucesos análogos ó muy parecidos. Más claro: las modificaciones que provengan puramente del aspecto topográfico del país han de ser aplicables á cualquier clase de guerra sostenida en nuestras Antillas, ó en países semejantes á ellas por su topografía, pero las deducciones que obedezcan á las otras dos causas de modificación, no son aprovechables más que en los casos en que se reproduzcan aquellas ú otras muy semejantes.

Para poder exponer con cierto orden las deducciones tácticas, mis lectores me permitirán, que las vaya agrupando con arreglo á la división y escalonamiento que establecen los tratados didácticos, única manera de desarrollarlas todas, arreglándolas á su relativa importancia.

Infantería. El principal elemento de combate de la infantería es, hoy por hoy, el fuego. Aquí como allí, el efecto del fusil reside exclusivamente en el fuego, y sólo por excepción, en la bayoneta. Hablando el señor Chacón en su obra *Guerras irregulares*, de los combates en las campañas de esa clase, y especialmente de las que se han realizado contra hordas salvajes, aconseja que el fuego se rompa á mucha menor distancia de la que marcan los reglamentos europeos. Es cierto que la guerra de que tratamos no debe suponerse en tales condiciones porque, como he dicho antes, teníamos en frente un enemigo inteligente y diestro, pero no puede menos de reconocerse que aun con eso y con todo, las distancias útiles de fuego tienen que sufrir notables reducciones. Nuestro reglamento actual marca los 1,200 metros como tipo de alcance, en el cual puede empezar á usarse el fuego que llama *á grandes distancias*, por tiradores escogidos. Continúase éste hasta los 600 metros, y es evidente que no se presentaron muchas ocasiones en la guerra de Cuba de utilizarlo. La abundancia del bosque y la falta de terreno despejado harán poco eficaz el fuego en dicha zona; y como habrá de producir un despilfarro de municiones, vale más proscribirlo en términos generales. En un paisaje en que el horizonte visible circundado por grandes masas de vegetación, apenas alcanza muchas veces á dilatarse más allá de los 600 metros, considero perjudicial comenzar la ruptura del fuego á mayor distancia, aun cuando no se me oculta que pueden existir ocasiones completamente excepcionales que lo requieran. Únicamente en las grandes sabanas puede dilatarse la vista más allá del promedio fijado, pero bien se comprende que el enemigo no aparece en la parte descubierta; por el contrario, se guarece en el bosque, absolutamente impenetrable á esa distancia, sin que notemos indicio alguno que permita fijar la precisión de nuestros disparos; de modo que estos resultarán completamente infructuosos. No puedo menos de estimar, por consiguiente, que en la guerra de Cuba deben tomarse los 800 ó 600 metros como límite máximo del fuego á grandes distancias. Aun con esas cifras presenta gran inseguridad y tórnanse muy eventuales sus efectos, corriéndose el riesgo de un despilfarro inútil de municiones. No se crea por esto que voy á parecer poco partidario del fuego y entusiasta preconizador del arma blanca. Muy al contrario, ya dije al principio que considero al fuego como principal y casi único elemento de combate de la infantería, pero las reducciones que indico vienen impuestas principalmente por el aspecto topográfico del país. Por la misma razón, y habiendo determinado como límite los 600 metros, podemos fijar la zona de los disparos hechos por tiradores aislados desde esa distancia, hasta unos 500 ó 400 metros. A partir de esta última cifra, la acción del fusil entra en sus condiciones habituales, favorecidas grandemente por la protección que le prestan el monte y los demás detalles topográficos ya enumerados.

La frecuencia del combate en los bosques, que constituyen, según varias veces he manifestado, la regla general de la acción táctica en la guerra de Cuba, me obliga á dedicarle una atención particular. Varias veces me he permitido afirmar cuan errados andaban los que han pretendido que el desarrollo de la campaña cubana se sustrae por completo de las reglas que informan al arte militar moderno, y, en muchos asuntos como en éste, pretenderé demostrar lo contrario. Declaro y confieso que la tal guerra es especial y característica, porque

forma su tejido principal aquello que en los libros y en los casos normales sólo se considera como excepciones; pero no son menos ciertas las reglas y preceptos que para estas mismas se consignan.—Y puesto que hoy están en boga los autores alemanes, veamos lo que dice un táctico de esa nación, Meckel, hablando del combate en los bosques... «el punto capital del combate en los bosques es la posesión de la linde.» Y en efecto, dígaseme por cuantos han combatido en Cuba, si los momentos verdaderamente temibles no eran aquellos en que nuestras tropas se encontraban en un espacio despejado, mientras que el enemigo posesionado del lindero del bosque, más ó menos cercano, tenía el medio de fijar sus tiros, cosa que nos era muy difícil á nosotros. Desde el instante en que llegábamos á poner el pie en el interior del monte, los soldados de aquel, presintiendo intuitivamente los principios tácticos, se retiraban y no trataban de sostener una tenaz resistencia en el interior; pero, si lo intentaban, quedábamos en condiciones iguales á las suyas. Así pues, cuando el enemigo, guarecido entre el bosque, comenzaba el fuego contra nuestras tropas al descubierto en una sabana ó potrero, lo urgente era ganar á nuestra vez el bosque; mas esto no puede conseguirse de nna manera rápida y atrevida, sino por medio de grandes saltos sucesivos, á los que se prestaba con facilidad las condiciones de un potrero frondoso, ó de una sabana salpicada de pequeños cayos de manigua. Otras veces, desembocando la columna por un camino más ó menos estrecho, pero teniendo apoyados uno ó ambos flancos en el monte, que sin solución de continuidad se extendía circundando el espacio descubierto (sabana ó potrero) podía hacerse el avance, corriéndose por aquel, sin dejar de llamar la atención, hacia la desembocadura del camino, mediante un grupo de tiradores convenientemente situados. De cualquier modo, compréndese que la primera exigencia de los combates, en Cuba como en Europa, consiste en adoptar, en cuanto se inicia, una formación dispersa: pues si las circunstancias nos han llevado á soportar el fuego enemigo en un espacio descubierto, mientras nuestro adversario se halla emboscado, dicho se está que la primera precaución que deberemos tomar, para neutralizar en lo posible sus ventajas, es disponernos en una formación abierta, flexible y poco densa, que permita el aprovechamiento de los detalles protectores del terreno y consienta gran movilidad, es decir, en la formación de combate más ó menos reglamentaria. Cuando lleguemos á alcanzar el monte, por cualquier de los medios especificados, es inútil repetir que en él no pueden ensayarse formaciones compactas ni lineales y hácese cada vez más irremediable la formación dispersa, bien que los oficiales y clases procuren, en lo posible, conservar cierta unión y contacto entre los grupos. «El combate en el interior del bosque,—continúa diciendo el táctico antes citado,—adopta un carácter móvil é incierto y no tiene el carácter encarnizado del combate en el interior de localidades». Esta es indudablemente, la caracterización especial de ese combate, y en ella residen sus múltiples inconvenientes. Como el fuego resulta muy poco eficaz (1), lo más interesante es conservar la disciplina del nuestro, economizando en cuanto fuese posible las

(1) Ya he citado en capítulos anteriores la opinión de un jefe de esta guerra (el brigadier Castellanos) el cual asegura que á 30 metros, el 80 por 100 de los proyectiles quedan clavados en los árboles.

municiones; pero esto es cabalmente lo que tropieza con más escollos, porque en los bosques, en general, y en los de la Isla en particular, los grupos de tiradores, y hasta el tirador aislado, recobran cierta autonomía individual, que no puede evitarse, sustrayéndose de la acción directiva de los oficiales y clases; y esto se comprende que no es invención mía, sino consecuencia precisa del inextricable tejido vegetal de maniguas y bejucos, que tapizan y se intercalan entre los grandes troncos, ya de por sí bastante espesos.

Resultado de todo esto, es una disgregación en los elementos combatientes, que tiende á desorganizarlos, y de aquí, la resistencia natural que muchos jefes presentaban á sostener el empeño táctico en los bosques, prefiriendo salirse á las sabanas, donde si bien encontraban más bajas, tenían las tropas en la mano, y podían ejercer sobre ellas una eficaz acción directiva. Semejante aspiración es muy natural y no debe censurarse, porque sirve de contrapeso á la exageración de algunos, que prematuramente precipitaban á las tropas en el monte, desparramándolas con exceso demasiado pronto, y exponiéndose á un desastre; pero si este último extremo puede acarrear una derrota, también puede recolectarse idéntico fruto por el opuesto procedimiento. Para neutralizarlo deben adoptarse en los espacios descubiertos, formaciones dispersas, huyendo cuidadosamente de las concentradas y normales. Además, no debe echarse en olvido, que la última etapa del combate será siempre la conquista del monte, pues el enemigo raras veces saldrá á luchar al espacio despejado, prefiriendo, como es lógico, hacer fuego á mansalva, bien protegido como lo está. Es claro también, que el último empuje decisivo, no puede llevarse á efecto, sino cuando el enemigo, algo quebrantado, empieza á cejar, y como los fuegos nuestros serán poco sensibles, y los suyos tienen más medios de producir efecto en nuestras masas, surgen de aquí dos necesidades; una, para contrarrestar la última causa indicada, que consiste en disponerse desde luego en orden de combate, según vengo repitiendo; y otra, en desbordar los flancos del enemigo, enviando fracciones que atravesando el monte, ó mejor dicho, corriéndose por él, entablen una lucha tal vez decisiva, porque es casi seguro que cuando se contemple envuelto y rebasado, iniciará un movimiento de retroceso. Ese tal movimiento debe ser aprovechado por las tropas sostenedoras del combate al frente, ejecutando una impulsión final muy enérgica y decisiva, la cual se verá ordinariamente coronada con la victoria.

Ya hemos dicho que el empeño en el interior del monte ofrece serias dificultades. No son estas insuperables del todo, pero es muy difícil consignar reglas concretas. El eminente Rustow, en su obra sobre *Guerras en pequeño*, como dicen los franceses (1), trata largamente de los combates en los bosques; mas los preceptos que allí desarrolla son poco aplicables á las selvas de los trópicos. Indicada ya la naturaleza exuberante de éstos, y la multiplicidad de obstáculos que ofrecen, compréndese la imposibilidad de especificar procedimientos. Disciplina, valor, sangre fría, habilidad y conocimiento del país, serenidad suficiente para no aturdirse ante el múltiple ruido de las descargas, en la seguridad de que su efecto útil es muy escaso dentro del monte, no perder el contacto y la pro–

(1) *La Petite guerre.*—Traducción de Sawin de Larclause.

tección mutua, que se deben unas fracciones á otras, unos grupos á otros, y unos individuos á otros, tender á la unidad de acción, evitando sustraerse de la vigilancia del jefe ú oficial que ejerza el mando, y por último, gran economía en los disparos. Tales son los principales fundamentos de un éxito feliz. Para ello son necesarias tropas veteranas ó muy instruídas, oficiales idóneos, formados en la escuela de la guerra, ó cuando menos adiestrados en una inteligente práctica, y jefes que á estas aptitudes añadan las morales, tan indispensables en el ejercicio del mando como en el combate.

Cuando examinemos la combinación de las diversas armas, procuraré presentar el bosquejo-tipo de los combates de aquella guerra, los cuales real y efectivamente, parecíanse mucho unos á otros. No obstante, sin adelantar ideas ni involucrar conceptos, puede decirse que el procedimento táctico de los cubanos reducíase á una ofensiva-defensiva. Empezaban llamando la atención por una simulada ofensiva, atrayéndonos con ella al sitio elegido de antemano, donde se encontraba el grueso de sus tropas, protegidas por el monte. Allí, la impetuosa arremetida de los nuestros, veíase detenida por un recrudecimiento del fuego enemigo, que producía la situación á que nos veníamos refiriendo; positivamente defensiva por parte de ellos, ofensiva espectante por parte nuestra, pero insostenible á la larga. Si tratábamos de retirarnos ó retroceder, nuevo amago ofensivo que nos forzaba á dar la cara, entablando el combate con ardimiento, ó quedando derrotados y maltrechos. Forzados á luchar en desventajosas condiciones, sobreponíase nuestro denuedo á ellas, y llegábamos á conquistar el lindero del monte, ó conseguíamos rebasar las alas de la posición, de modo que le obligábamos á su vez á retirarse. Esta victoria solía habernos costado muy cara, y por consecuencia, el enemigo al parecer vencido, se retiraba jactándose del triunfo, que en efecto, casi le correspondía; pues mientras él quedaba entero y con escasas pérdidas, nos dejaba á nosotros vencedores, tan completamente quebrantados y llenos de bajas, que no podíamos continuar nuestra operación.

Si por acaso nuestra retirada primera ó segunda, llegaba á convertirse en fuga, entonces el enemigo, adivinando más bien que conociendo los principios tácticos, se arrojaba al arma blanca sobre nuestras tropas fugitivas, y las acuchillaba sin piedad. Si los nuestros, por desparramarse impremeditadamente antes de tiempo, llegaban á presentarle coyuntura favorable para una reacción ofensiva, no dejaba de tentarla, produciéndose desastrosos efectos; porque los soldados dispersos, si estaban faltos de espíritu y de cohesión, se dejaban machetear inermes y poseídos de pánico.

Estas últimas suposiciones nos llevan á estudiar el arma blanca conveniente en Cuba. La bayoneta que usamos en Europa no alcanza el laurel de la victoria por su propio impulso, sino mediante la preparación de un certero fuego. Pocas veces se llega á un combate cuerpo á cuerpo y puede, por lo tanto, decirse, que la acción de la bayoneta es menos efectiva que moral. Sin embargo, hay que conceder, que la bayoneta es arma suficiente para mantener con eficacia el choque de algunos momentos. En tales condiciones presentada no puede el machete competir con ella, á pesar de la aureola que conquistó. Es más, el machete corto, único que debe usar la infantería, no es un arma en la verdadera extensión de la palabra, sino un útil, un instrumento incomparable en el campo de

Cuba. Sobre esto he de volver, y por tal razón no debo detenerme ahora, pero basta concluir que en el concepto de arma táctica, el machete no debe prevalecer sobre la bayoneta. Ahora bien, supuesto que con esta última, pocas veces se llega á hacer efectivo el combate cuerpo á cuerpo, ni en Europa ni en Cuba, supuesto que del machete no debe prescindir el soldado que opera en aquel país, y supuesto que allí más que en ninguna otra parte, nos interesa aligerar el peso, concretándonos á una de las dos armas, no debemos vacilar en decidirnos por el último. Los macheteos, que tanto ruido hicieron, se verificaron siempre contra tropas en dispersión, casi en fuga, volviendo la espalda y sin intento de defensa; de otro modo, no hubiera producido sus destrozadores efectos; mas eso basta para alcanzar el fin táctico y si ellos lo conseguían, no hay motivo á sospechar, que nosotros en análogas condiciones, no hubiéramos logrado lo propio. En resumen, la discusión entre la bayoneta y el machete puede reducirse á estos sencillos términos. Aquella es un arma, éste es más bien un útil, un instrumento; como arma, pues, aquella debe preferirse; pero en la precisión de elegir entre ambas, porque no se debe recargar al soldado con el peso de las dos, se impone resueltamente el segundo, ya que de todas maneras la eficacia del choque no depende del arma que se emplea en su momento táctico, sino de la preparación anterior por medio del fuego. Bien preparado el choque, podríamos ir á él, incluso sin arma blanca, cuanto más con una como el machete, que produce efectos desastrosos, sabiéndolo manejar algo.

Hasta ahora nos hemos referido principalmente á la acción ofensiva de la infantería, porque, según he manifestado, dominaba en el proceder táctico de los insurrectos la defensiva, y sólo por excepción ó muy accidentalmente tomaban la ofensiva. Cabe preguntar en seguida, por qué nosotros no poníamos en planta igual sistema. Algunas veces lo intentamos y con bastante fruto; se tendieron emboscadas, se fraguaron sorpresas, y se proyectaron y realizaron estratagemas; pero repárese que en una contienda de ese género, la ventaja de iniciativa reside en aquel de los dos contrincantes que conoce el país y se halla en mejor disposición para adoptarlo á sus medios y recursos. En esta clase de guerras, ya es sabido que el natural es el que las imprime carácter; es el dueño de la situación, digámoslo así, y la mayor parte de las veces combate dónde quiere, cómo quiere y cuándo quiere. Las condiciones logísticas de la campaña, nos impedían muchas veces recurrir á sus procedimientos, y en general la esencia estratégica, eminentemente ofensiva por nuestra parte, no nos consentía desarrollar procedimientos defensivos, táctica esquivada siempre por ellos.

En resolución; la defensiva nuestra se redujo á la resistencia aislada de casas fuertes ó blockaus, y entre ellas, ningún ejemplo más palpable de la tenacidad castellana que el de la torre de Colón. Verdaderos fuertes, en el amplio sentido de la palabra, apenas existieron. Para trincheras, reductos y obras sueltas, son preferibles, en aquel país, las estacadas á los parapetos de tierras. Varias razones existen en pro de ello: con la abundancia de madera, la construcción de una estacada puede aventajar en rapidez al movimiento de tierras; éstas, efecto de la continua humedad de la atmósfera, y de su calidad excelente desde el punto de vista productor, no se prestan bien á las construcciones de esa clase; cúbrense rápidamente de manigua, que introduciendo sus fuertes raíces por todas partes, destruye los revestimientos, cual-

quiera que sea su calidad. Además, la existencia de los fosos es perjudicial, porque llenándose de agua estancada, se convierten en un semillero de paludismo sobre los muchos que ya existen. Vale más, sin disputa, formar las trincheras con estacadas, y á lo más una pequeña banqueta, con tanta más razón, cuanto que pueden elegirse con comodidad troncos suficientemente gruesos para obtener de ellos eficaz protección.

La defensa, que de estas trincheras hacía el enemigo, se mantenía cumplidamente, mientras los ataques se dirigían de frente, como sucedió en las Minas de Juan Rodríguez; mas en el momento que contemplaban envueltos sus flancos, dejaban de resistir, cual aconteció en el ejemplo citado. Después de todo, esto era también lo que ocurría con las lindes de los bosques, á las cuales se asemejaban por entero.

Los fuertes pequeños ó blokaus, son fácilmente improvisables con elementos del país y por eso se les dió tanta preferencia. Por lo demás, allí, como en todas partes, es perjudicial que el soldado se habitúe á batirse encerrado y cubierto; su moral se quebranta y los perjuicios que al fin se deducen son mayores que las ventajas. Quizás por eso, el período de mayor auge en la insurrección y de mayor decadencia nuestra, lo marcan los años de 1873 y 74, cabalmente cuando los destacamentos llegaron á exagerarse demasiado, creyendo erróneamente, sin duda, que la guerra no consistía en operar sino en guarnecer.

En cuanto al ataque y defensa de los lugares habitados, de los ríos y de otros obstáculos, no existen diferencias considerables con los preceptos que sienta el arte militar europeo, y como constituyen allí casos particulares más ó menos frecuentes, no valen la pena de que me detenga en ello.

Antes de concluir el examen deductivo táctico de la infantería, voy á ocuparme algo en un asunto, que pertenece realmente á la organización y allí lo trataremos más extensamente, pero que conviene dejar apuntado aquí, en la parte que le atañe. La índole compleja y difícil de la acción combatiente ¿hace precisa la existencia de una tropa escogida, tiradores ó guerrilleros, especialmente apta y adiestrada? Circunscribiéndonos al empeño táctico, aunque no huelga del todo poseer un puñado de hombres de condiciones sobresalientes, podemos decir que *no*. Lo interesante es que todos tengan la instrucción práctica adecuada al país, que estén tan aguerridos como sea posible; esto es, que todos sean guerrilleros. Operando con tropas bisoñas, de cuya idoneidad y espíritu no tengamos pruebas, que desconozcan el paisaje, el clima, y, en una palabra, que se encuentren en las condiciones de los reemplazos recién llegados de la Península, es claro que puede servirnos de mucho, un núcleo en disposición de subvenir á muchas necesidades, que los soldados nuevos no pueden llenar. Bajo el concepto logístico, veremos ponerse aún más de relieve esta necesidad diversificada en múltiples aspectos; por ahora no insistiré en ella.

Daré por terminadas las deducciones sobre la infantería, estudiada aisladamente; esto es, sin tener en cuenta su combinación ú oposición con las demás armas; y para que nos vayan sirviendo de bases en la exposición sucesiva de las restantes, es conveniente reducirlas á las siguientes condiciones:

1.ª *Reducción del límite máximo de la zona de fuegos á grandes distancias, pudiendo cuando más llevarse á 600 ú 800 metros.*

2.° *Adopción en las primeras líneas de formaciones dispersas sea cualquiera la clase de terreno.*

3.° *Generalización del caso excepcional del combate en los bosques, y por ende importancia que tiene el apoderarse pronto del lindero, y necesidad de que las tropas estén familiarizadas con su espesura y con el combate en su interior.*

4.° *Reemplazo de la bayoneta por el machete que, si no reune tan buenas condiciones como arma, es instrumento imprescindible, y no conviene dotar de ambos al soldado.*

Caballería. En el prólogo ó advertencia que precede en la última edición, *De la guerra en Africa* por el general Yusuf, asegura el Sr. general Armiñán, que la guerra que ahí se describe, es muy parecida á la de Cuba. Algunos puntos de contacto tiene sin duda, como perteneciente á la especie de campañas irregulares; sin embargo, la semejanza no es tan completa que puedan aceptarse todos los principios que determina el libro aplicándolos desde luego á la guerra de Cuba.

Pues bien, comenzando á tratar de la caballería, dice así: «El modo de emplear la caballería en Africa no es igual que en Europa» y aun cuando la moderna misión de la caballería es bien distinta de la que entonces se aceptaba, todavía podemos repetir, que el modo de emplear la caballería en Cuba, no es igual que en Europa. Tres elementos de acción, posee allí esta arma, la carga, el combate á pie y la exploración. Este último será tratado con las deducciones logísticas, por referirse principalmente á esa clase de operaciones, quedándonos sólo y por ahora con las dos primeras.

La carga tiene dos procedimientos generales; en línea y á discreción. En nuestros combates regulares y metódicos, concíbese la utilidad del primero en la mayoría de los casos, pero refiriéndonos á la guerra de Cuba, y supuesto el carácter especial de instabilidad de sus combates, fácilmente comprenderemos que el segundo procedimiento debe ser preferido en tesis general. Oigamos al señor Chacón, expresándose sobre este punto:

«Las cargas deben efectuarse á discreción, pues no existiendo líneas ni cuadros el efecto moral causado por multitud de jinetes que ocupan gran espacio y que avanzan individualmente, es mucho mayor que el que ocasiona una masa compacta.» No hubiera podido expresar mejor mi concepto, y es evidente que eso en la guerra de Cuba, puede todavía adicionarse con las dificultades topográficas, que impedirían el avance compacto de las grandes líneas.

No obstante, es notorio, que la extremada dispersión, puede caer también en un extremo perjudicial, por lo cual, la tropa ha de estar habituada á no perder el contacto y no salirse fuera de la esfera de mando de sus oficiales. Aun cuando el aire vivo de la carga sólo se presta á un irresistible impulso, sin embargo, debe procederse á ella con cierta malicia y cautela, observando la precaución de no emprender el tránsito de ríos, pantanos ú otros pasos difíciles, á no ser que circunstancias muy apremiantes nos obliguen á ello. Esto mismo recomienda el autor antes citado; y es evidente que en las Guasimas, el enorme número de bajas que tuvo la caballería, debióse al forzado paso del arroyo. Así como el callejón de montes no admite otra posibilidad para el arma, que un paso rápido, con objeto de ganar el raso, el tránsito de un arroyo ó espacio pantanoso coloca á la fuerza en una disposición desfilada, exponiéndola á la desor-

ganización al concluir el paso. Si en el ejemplo citado la caballería se hubiese detenido sin cruzar el arroyo, y, por lo tanto, sin caer en la añagaza de los insurrectos, hubiéranse economizado las bajas que tuvieron, sin ningún resultado práctico; porque si es verdad que por fin lograron rechazar á la caballería enemiga, no es menos cierto que semejante incidente, en los comienzos de la acción, no podía ser, ni fué decisivo, y, en su consecuencia, no alcanzó á variar la faz de los sucesos. La caballería insurrecta, nunca ó casi nunca, nos cargó en formación concentrada sino en dispersión, ó cuando más en grupos informes, y esto es todavía otra razón que aconsejaría el orden disperso en nuestras cargas.

Como segundo elemento táctico de la caballería, hemos citado el combate á pie. Esto se halla reconocido hoy en nuestro reglamento y en los extranjeros; pero en unos y en otros, figura solamente como excepción, como casual y contingente. En Cuba á una caballería que se encuentre á la altura de su misión, se le ofrecerán tantas ocasiones de batirse á pie, como á caballo. La ligereza del caballo, muchas veces, sólo constituye un medio de transporte; en llegando al monte, á un terreno enmaniguado ó pantanoso, la caballería genuinamente cubana, debe poseer la destreza bastante para echar rápidamente pie á tierra y obrar como verdadera infantería de arma corta.

Si se ofrece momento de utilizar el caballo, montan y dan la carga. Este doble papel de infante y jinete habrán de hacerlo con tanta frecuencia, que no vacilaríamos en denominarlos dragones. Como esta es una de las especialidades más notables de aquella campaña, no puedo menos de insistir en ello, porque parecerá cuando menos extraño, el haber desenterrado la idea de los antiguos dragones, hoy casi olvidados.

El brigadier Castellanos, en su obra tantas veces mencionada, especifica las aptitudes que debe representar la caballería en Cuba, y la designa cabalmente con ese nombre de *dragones montados*, asimilándolos á las tropas de esa clase que aconseja el hoy general Hamley, en su obra *Las operaciones en la guerra*. El comandante Chacón, pide también esa aptitud desarrollada del combate pie á tierra, y en suma, no faltarán numerosos autores, que tratándose de campañas de esta clase, se inclinen decididamente á dichos dragones, bien con ese nombre, bien con el de *infantería montada*. Este último lo considero una antinomia y por eso no me he valido de él: una infantería que posee arma de fuego corta y caballo, que lo usa siempre y que está en disposición y aptitud de servirse de él, y lanzarse á la carga sobre el enemigo, no es otra cosa que una verdadera caballería. Pero aun sostengo más, dada la necesidad de fomentar esa doble aptitud y lo imprescindible que resulta, en el empleo táctico de la caballería, sostengo que esa índole debe ser general en todas las tropas del arma y no peculiar de unas pocas. En el capítulo siguiente, al tratar de los servicios de seguridad y exploración, así como en este mismo, cuando hable de la combinación de las armas, insistiré en este punto y haré lo posible por presentarlo más y más confirmado; pero sin necesidad de adelantar ideas, compréndese muy bien, que serán infinitos los casos en que una fuerza de caballería haya de bastarse á sí propia, desempeñando los dos distintos papeles de infantes y jinetes.

La razón del porque en la práctica existieron en Cuba, separadamente, caballería regular y guerrillas montadas, no debe buscarse en la correspondencia á dos capacidades distintas. Digámoslo francamente, nuestra caballería anterior

á la guerra, calcada en los moldes de la vieja Europa, no respondía, ni podía responder á los múltiples cometidos de las operaciones cubanas. Sin duda que cargaban bien, y en línea, que era acaso más de lo que se necesitaba, pero ya vemos que no se reduce á eso su papel táctico, y en cuanto al logístico y estratégico, aun hemos de contemplarle con mayores exigencias. Producto de la necesidad que se imponía, fueron los pequeños grupos de caballería irregular, que surgieron con el nombre de guerrillas montadas, organizándose muy luego y regularizándose poco á poco. Es difícil romper de pronto los lazos de la tradición, y así, hubo jefes que no tuvieron abnegación para ello y conservaron los viejos moldes; otros por el contrario, aceptaron la reforma y convirtieron de hecho sus regimientos en verdaderas guerrillas montadas, cuanto más que tenían la disciplina y cohesión que podía faltarles á las otras. Aunque estas consideraciones parecen salirse algo de nuestro presente objeto, son precisas para fundar luego las deducciones orgánicas; pero prescindiendo de ellas, y dejando á un lado distintas denominaciones que poco significan, no podrá menos de concedérseme que las aptitudes tácticas de la caballería en Cuba deben ser tal como quedan manifestadas.

Para finalizar con ella sólo nos falta decir, que además del arma de fuego corta, llámese tercerola ó carabina, necesitan un arma blanca. ¿Cuál sea esta? Tenemos nuevamente planteada la cuestión que encontramos en la infantería, y no diferirán mucho los razonamientos. El sable es incontestablemente mejor arma que el machete; pero el machete es necesario en el campo de Cuba. Para el guajiro (hombre de campo), el machete es un útil al tiempo que un arma; con él se cortan troncos gruesos, se afilan estacas ó se monda una fruta; es á la vez hacha, cuchillo y navaja, y lo repetimos, el soldado lo necesita por tan irremediable manera que una tropa falta de ellos, apenas puede marchar y acampar, según luego veremos. No hay disyuntiva, el jinete necesita el machete como el peón ó más que el peón, y sólo podemos escoger, entre cargarle con el sable y machete, ó darle este último únicamente. Pero aquí la duplicidad del arma no tiene apenas defensa, porque desde luego, el machete aun cuando no tan perfecto como el sable, es al cabo una arma de corte, la cual, con una longitud suficiente, puede suplir á aquel. Este fué cabalmente el partido que adoptó la caballería insurrecta, y muchas de nuestras guerrillas, eligieron un machete algo más largo que el del infante y adecuado para herir desde el caballo, es decir, para cortes, ya que no estocadas. Se llegó aún á ponerles á algunos cazoleta y quedó convertido en un arma, hibrida si se quiere, pero la cual resolvía bastante bien el problema táctico; si algunos inconvenientes conservaba, no es ahora el momento de hacerlos notar.

Voy á resumir las deducciones tácticas de la caballería y no puedo menos de parodiar las palabras del general Yusuf, «el papel de la caballería en Cuba, no es idéntico al que tiene en la Península.» A pesar de la transformación que esa arma ha sufrido, no podremos afirmar resueltamente en Europa, que la carga á discreción sea preferible siempre á la carga en línea, ni menos que el combata á pie, represente el 50 por 100 de sus empeños tácticos, cual sucede allí.

Concretemos pues, como antes hicimos, á las deducciones tácticas de la caballería.

1.ª *Adopción como tipo general en la carga, del orden abierto ó forrajeadores, bien que evitando una exagerada dispersión.*

2.ª *Empleo frecuente del combate á pie, convirtiéndose de hecho en una especie de dragones.*

3.ª *Reemplazo de la bayoneta por el machete más largo que el del infante para convertirlo en una arma eficaz.*

Artillería. Contestando el mariscal Bugeaud á sus oficiales, que le argüían la medida de embarcar toda la artillería, hubo de decirles: «¡Qué! ¿No podremos nosotros combatir sin cañones contra los árabes que no los poseen, cuando tenemos tres ventajas inmensas sobre ellos, la organización, la disciplina y la táctica?» Hasta cierto punto puede decirse algo parecido en la campaña de Cuba. Allí, aunque los insurrectos cubanos poseyeron al principio algunas piezas, pronto las abandonaron, convencidos de que el embarazo de su transporte les ocasionaba un perjuicio mucho mayor que el efecto útil alcanzado por ellas; allí también, por consiguiente, luchábamos y luchamos los 10 años de la guerra contra el cubano, sin piezas, llevándole de ventaja la organización, la disciplina y la táctica; y allí también ha habido algunos jefes de columna que, con diferencia de frases, se expresaban como el duque de Isly. No obstante, esas opiniones extremas, suelen ser extraviadas y lo son en este caso. La artillería, en la guerra de Cuba, no dispone de una esfera de servicios tan amplia como en Europa, pero no cabe dudar de que los prestó y los hubiera prestado cada día más.

En un país en que se marcha siempre rodeado á mayor ó menor distancia por una espesa cortina de follaje, en que la vista sólo excepcionalmente puede alcanzar un horizonte de más de 600 á 800 metros, fácil nos será colegir cuán poco debe contarse con el empleo del fuego á mayor distancia, aun tratándose de fuegos curvos, cuando adivinemos la existencia de nuestro adversario guarecido tras una espesura, cuya profundidad no podemos calcular ni aproximadamente siquiera. Infiérese, por lo tanto, aunque parezca anomalía, que el empleo más eficaz de la artillería lo encontramos frecuentemente á las distancias antes citadas, y todavía más cortas, sirviéndonos para rechazar cargas de caballería ó quizás atrevidos movimientos de avance de masas de infantería. No niego que á las veces puedan hallarse posiciones de cierta elevación y relativamente despejadas, donde la artillería represente un papel análogo al que hace aquí; pero todo artillero que haya hecho algún tiempo la campaña de Cuba, no podrá menos de convenir conmigo que, en poquísimas condiciones, por no decir nunca, llegó á reñirse una acción donde concurrieran tan favorables condiciones de emplazamiento. Como que los cubanos, comprendiendo intuitivamente las ventajas tácticas que el terreno les ofreciera, nunca renunciaron á ellas, y procuraban cuidadosamente no empeñarse sino allí donde las disfrutasen con desventaja para nosotros. En resumen: á la artillería, en Cuba, se le ofrecieron muchas más ocasiones de hacer fuego á cortas distancias y con bote de metralla ó shrapnel, que con granadas, y por esa razón, la dotación de municiones debe guardar distinta proporcionalidad que en la Península. Aun haciendo fuego contra las posiciones enemigas, en el lindero de un monte, siempre serán más útiles las dos primeras clases de proyectiles que las últimas, y, en su consecuencia, la dotación de aquellas debe ser superior á la otra.

Empleada la artillería en esa forma, es claro que no hay que buscar piezas de máximo alcance y de calibre relativamente respetable, sino de fácil trans-

porte, pues es la única condición embarazosa, dados los detestables caminos de la Isla. Ya dijimos que en la mitad oriental de ésta no existen carreteras; los caminos son naturales y carecen de firme; muchas veces el monte ó las cercas de las fincas los estrechan, constituyendo lo que allí llaman *callejones:* en la época de las lluvias, el suelo blando y fangoso, presenta pasos verdaderamente intransitables; los ríos y arroyos, por rarísima excepción tienen puentes; se pasan por vado, que, aun siendo asequibles para hombres y caballos, son absolutamente impracticables para cualquier vehículo que no sea una carreta tirada por bueyes... Todas estas dificultades y otras muchas de menor bulto, que no mencionamos, dan á entender fácilmente, que la artillería montada no debemos usarla ni aun en las comarcas llanas, pues todos estos inconvenientes existen en ellas y prescindiendo de la fragosidad que presentan las más orientales.

Así, pues, las piezas que en Cuba pueden utilizarse, con verdadera ventaja, son los cañones de montaña, cuanto más ligeros mejor; y acaso las ametralladoras, las cuales van alcanzando hoy un grado de perfección que no tenían cuando se ensayaron.

He aquí, en términos concretos, las deducciones tácticas referentes á la artillería:

1.ª *Escasez de las ocasiones del tiro á larga distancia y más frecuente utilidad del tiro cercano con metralla y shrapnel. Como consecuencia, alteración de la dotación de municiones, abundando más las de las últimas clases.*

2.ª *Necesidad de renunciar casi en absoluto á las piezas largas y rodadas, ateniéndose sólo y aun en las comarcas centrales á los cañoncitos de montaña y á las ametralladoras.*

He prescindido de la artillería defensora de las costas, así como de las piezas de grueso ó mediano calibre montadas en obras de cierta importancia, porque es fácil inferir que esas no encuentran grandes variaciones en sus medios de acción, mientras que lo importante era discurrir acerca de la artillería, como elemento táctico móvil acompañando á la infantería y caballería de las columnas.

Combinación de las armas. De las deducciones y principios que hemos planteado no sería difícil colegir las reglas aplicables á la combinación y oposición de las armas; pero no parece natural omitirlas, aunque el lector pudiera hacerlo por sí, porque ellas son las interesantemente prácticas, y las otras sólo constituyen los diversos antecedentes que nos habrán de servir para llegar á establecerlas.

La infantería para combatir contra caballería, ya sabemos que debe recurrir al fuego, adoptando formaciones más condensadas que las que usaba en los momentos anteriores del combate. Pero no quiero aludir con esto á los cuadros; sobre que están hoy completamente desechados, en la guerra de Cuba no podrían tampoco defenderse. Su inconveniente principal consiste, en que el tiempo que se gasta en adoptar la formación, por rápida que ésta sea, se pierde en el fuego, elemento principal para rechazar el avance de la caballería; ahora bien, en Cuba ya lo hemos visto, el fuego no puede romperse á mucha distancia, y cuanto más tiempo se pierda resultará más disminuído y en cantidad considerable el número de disparos. Por otra parte, como esas formaciones concentradas tenían como objeto principal contrarrestar el factor masa de la caballe-

ría se van abandonando, toda vez que no son necesarias, desde el momento que la rapidez y abundancia del fuego no permiten á los jinetes realizar verdaderamente el choque. En las últimas campañas europeas, frecuentemente se han visto batallones en línea, que con sólo el efecto del fuego, han rechazado las cargas de caballería, y en la guerra de Cuba no faltan ejemplos de lo mismo. Uno de ellos tomaré de un jefe acreditado de aquella campaña. El año 1877, mandaba uno de los batallones del regimiento de la *Reina*, el hoy brigadier Castellanos, á la sazón teniente coronel. Tenía esa fuerza su zona de operaciones en el partido del Caunao, y efectuando una marcha el 21 de mayo, al llegar á la finca San Jacinto, vióse acometido casi de repente por ochenta jinetes enemigos. La compañía de vanguardia, muy debilitada, como todas lo estaban, sólo tendría unos cincuenta hombres, desplegó inmediatamente en una especie de guerrilla sin intervalos, es decir, casi en una fila y haciendo fuego nutrido y avanzando por saltos de 15 á 20 metros, logró rechazar á los insurrectos, sin que tuviera casi que ayudarla el resto de la columna. Podría citar otro caso de haberse rechazado una carga en línea, en la acción de Mojacasabe (después del Naranjo) y aun otros muchos ejemplos que abundan, pero no trato de amontonar más, porque no son ciertamente necesarios para aceptar una verdad tan reconocida con el armamento actual. Ahora bien, estando las tropas en formación dispersa no es fácil constituir rápidamente la línea, ya fuese en una fila ó en dos, y nuestro reglamento táctico actual indica muy cuerdamente el partido que debe tomarse. La agrupación irregular pero pronta, por pelotones, escuadras ó secciones, resuelve satisfactoriamente el problema. No se ha dado el caso, ni se dará seguramente, de una caballería que acuchille ó destroce á una fuerza de infantería en esa formación, con buen espíritu y abundantes municiones. Por eso dije, y no me cansaré de repetirlo, que importa mucho no caer en la exageración del orden abierto, y debe cuidarse de mantener la disciplina de las tropas, para que el soldado no tienda á independientizarse. Un potrero, por ejemplo, se presta mucho, si no á la protección tan absoluta del monte, á cubrir completamente los movimientos individuales, y eso aun cuando las yerbas no alcancen su máximo desarrollo; el avance en tiradores se hará de una manera sumamente cómoda y eficaz; pero si el soldado, la clase y el oficial, no cuidan de mantener cierto contacto entre los individuos de una misma fracción, si la autonomía individual de que gozan les lleva á aislarse por entero, no curándose para nada de sus vecinos, el ataque súbito de caballería puede encontrarlos tan dispersos, que se haga difícil la agrupación. Entonces ¡desgraciados los infantes aislados que caigan al alcance de los sables de los jinetes! Esto es tanto más de temerse, cuanto que, insiguiendo en la hipótesis sentada, la misma protección con que contamos para la tropa de infantería, proporcionará medio á la caballería del adversario para mantenerse oculta pie á tierra, montando rápidamente en el momento oportuno de lanzarse á la carga, esto es, cuando sospechen que la excesiva dispersión enemiga les ofrece coyuntura favorable. Todo cuanto venimos diciendo, refiérese principalmente, al supuesto de encontrarse los infantes en un espacio despejado de árboles, sabana, potrero, estancia, etc., porque si ocupan el monte más ó menos claro, ó un palmar algo espeso, claro es, que no tiene que temer nada de la carga de los caballos. Por eso su principal cuidado táctico defensivo,

consistirá en ganar esos obstáculos, que la garantizan la seguridad, y en ello deberá poner todo su conato.

Me he detenido un tanto en examinar la oposición entre la infantería y la caballería, porque cuando hicimos las deducciones tácticas de la primera, como no habíamos tratado de la segunda, hube de limitarme á considerar el combate de infantes contra infantes. No nos sucedió lo mismo cuando examinamos las deducciones sobre la caballería, porque siéndonos conocidas ya las de la otra arma, pudimos tenerlas en cuenta, y por esa razón muy poco ó nada me queda que decir. Los medios de acción de la caballería contra infantería son dos; el fuego y la carga. Respecto al primero ya dijimos que en esta clase de guerra es harto frecuente. Los jinetes pie á tierra y batiéndose como infantes, deben seguir las propias reglas de conducta que esos, teniendo presente que cuentan además con el recurso de sus caballos, los cuales les permitirán tal vez ejecutar una reacción ofensiva, procediendo ya como fuerza montada. Por lo tanto, una fuerza de caballería que sostiene un combate pie á tierra, se encuentra en condiciones análogas á la combinación de las dos armas, que no tardaremos en estudiar. Cuanto á la carga, sus dos principales condiciones son: la oportunidad y la desconfianza del terreno. La primera está á cargo del jefe principal de la caballería, que allí como aquí, debe gozar cierta prudente autonomía, porque el momento de lanzarse á la carga es muy crítico, y las más de las veces casi único. Respecto al segundo punto, debe cuidarse, no sólo del terreno donde comienza la carga, sino de aquel á donde pretende arrastrarnos el enemigo. Parecerá pesadez insistir en esto, pero tiene en aquellos países capitalísima importancia. Conocida nos es la naturaleza del suelo y la táctica que desarrollaron los cubanos, procurando siempre llevarnos al paraje por ellos elegido. Era tan acertado esto, que debe imitarse por nosotros cuantas veces lo permitan las circunstancias, porque el factor terreno ejerce una decisiva influencia. A las veces, un espacio cenagoso algo más trabajado por las lluvias últimas, no ofrecerá aspecto peligroso á primera vista, é internados en él los caballos, tardarán pocos pasos en quedar completamente atascados, sirviendo de blancos fijos á un enemigo situado en las inmediaciones. Otras veces, los matorrales ó maniguas, que permitieron, hasta cierto momento, el avance de los caballos, empiezan á espesarse en términos, que alcanzan á detenerlos ó á hacerlos caer, surtiendo igual efecto que el anterior obstáculo. El palmar cuando es muy claro, por ejemplo, cuando es un guanal en una sabana, puede permitir el tránsito y aun la carga de los caballos, pero se corre el peligro de que en algún paraje se estrechen demasiado los intervalos de los árboles é inutilicen el movimiento. Un callejón de monte ó constituído por dos cercas, una represa, un paso de arroyo, haciendo el efecto de desfiladeros tácticos, pueden poner á las tropas que cargan á merced de los defensores emboscados, como sucedió en las Guasimas. Por eso debe recomendarse la mayor cautela compatible con la impetuosidad de la carga, el conocimiento previo del terreno, y el empleo de los exploradores que previene nuestro reglamento actual de caballería.

En cuanto á la artillería, nada añadiremos á lo dicho, pues que partimos del supuesto de haber examinado las otras dos armas, y por consecuencia hablamos ya del combate contra ellas. Sólo haremos observar aquí, que á esa arma no puede competerle en Cuba el papel de iniciadora de los combates, como su-

cede en Europa, en razón á la diferencia de su empleo y eficacia. Podrá ocurrir que convenga poner en acción las piezas desde el principio del encuentro, y no deberán por cierto economizarse, pero eso no debe constituir una regla general de procedimiento, por muchísimas razones que no hay necesidad de repetir, y entre ellas muy principalmente por la pequeñez de las columnas, que no consienten, como sabemos, dar un desarrollo muy amplio á los combates.

Tratemos ahora de la combinación de las armas en las columnas. Y digo en las columnas, aun cuando esto pueda parecer una intromisión en las deducciones orgánicas, porque obedeciendo aquellas, como único fundamento, á la finalidad táctica, es claro que al buscar las combinaciones más útiles de las armas, impondremos esa composición forzada á las columnas.

Olvidémonos por un momento de las combinaciones viables en Europa, porque pudiera acontecer que algunas de ellas no fueran susceptibles de utilizarse en Cuba, y á la inversa, que alguna de las no empleadas aquí resultasen acertadas en la guerra irregular objeto de nuestro estudio.

La infantería puede combinarse con la caballería, constituyendo pequeñas columnas muy adecuadas para aquella clase de guerra. No parece lógico reunir cantidades de infantería muy pequeñas como de una ó dos compañías con artillería. En llegando á un batallón ó más, puede admitirse, pero en las comarcas centrales, teniendo presente la naturaleza de su suelo, nunca deberemos verificar esa mezcla sin acompañarla de alguna fracción de caballería, en cuyo caso ya será una combinación ternaria. En la parte oriental donde no puede operarse con caballería, sería más admisible que á un batallón ó dos, se le unieran unas cuantas piezas; pero dado el nuevo inconveniente de la fragosidad que se aumenta á los que de por sí ofrece el país, se comprende sin esfuerzo que los embarazos proporcionados por las piezas, habrían de ser muy superiores á las ventajas que nos suministren. Así pues, aun cuando alguna vez precise acogerse á esa combinación, por circunstacias más ó menos extraordinarias, no debemos contarla como usual y corriente.

La caballería, tomada como base y unida á la infantería, tiene allí los mismos inconvenientes que expresan todos los tratados del arte militar europeo. La caballería con artillería que es una de las más convenientes en el estado actual del arte, no procede allí y vamos á indicar porque. Supone esta combinación la existencia de gruesos cuerpos de caballería, á lo menos de una brigada, á quien se le asigna una batería, y ya se comprende que semejantes cuerpos no tienen razón de ser en una campaña cuyas operaciones se han verificado y se verificarán ordinariamente por columnas pequeñas; pero aun cuando no fuese así, aun cuando se presentase el caso de combinar proporcionalmente cantidades de una y otra arma, por ejemplo, un regimiento de caballería con 2 ó 3 piezas, todavía nos lo vedan las restantes condiciones del país; porque las dichas baterías, si no han de perjudicar á la ligereza de los cuerpos montados, han de ser precisamente de á caballo, y ya vimos que únicamente las de montaña pueden ofrecer útil empleo, y sólo esas pueden transitar por los detestables caminos de la mitad oriental de la Isla.

Cuanto á la artillería, ni aquí ni allí, puede servir de base á una combinación, á no ser en el caso de una simple traslación ó trasporte; mas esta no es hipótesis táctica y debemos prescindir de ella.

La combinación ternaria más razonable, es la que lleva por base infantería, con porciones variables de caballería y artillería, siendo, por consiguiente, la única que debe presuponerse.

En resumen: atendiendo á la finalidad táctica única y suficiente razón para componer las columnas operantes, pueden ser éstas en la guerra de Cuba, de infantería sola, de caballería sola, de infantería con caballería, y de infantería con caballería y artillería.

Dejando las dos primeras porque, ya hemos hablado de la acción de cada arma considerada por separado, vamos á la tercera: los principales motivos de la existencia de ésta corresponden al orden logístico, y, por tanto, si nos detuviéramos demasiado en ellos invadiríamos el terreno del capítulo siguiente. No será, sin embargo, sin justificar su existencia citando las frases de un veterano general de aquella campaña (1), en uno de sus escritos oficiales... «Es hoy una verdad,— dice,—que toda fracción de tropa que ha de bastarse á sí propia debe llevar consigo una fuerza montada para exploraciones, seguridad, correos y otros servicios propios de los ejércitos, siempre que el terreno lo permita, y en tal concepto, considerando al batallón como la unidad que generalmente opera aislada, se reconoce la necesidad de crearle una fuerza montada afecta á él...»

Los precedentes razonamientos tendían, según se comprende, á demostrar la juiciosa existencia de las guerrillas montadas de batallon, y eso no era otra cosa, que estatuir de una manera permanente, la combinación de infantería con caballería. Véase hasta que punto había sancionado y prejuzgado la práctica continuada de la guerra, las columnas mixtas de infantería con alguna fuerza de caballería. Cual debe ser la proporción de ésta, no lo investigaremos ahora, porque depende de otras varias consideraciones logísticas y estratégicas y aun orgánicas; pero bástanos dejar consignada su frecuentísima existencia para que pasemos ya á indicar su desenvolvimiento táctico.

Lo más común será que la fracción de caballería esté prestando su servicio peculiar de seguridad y exploración, y, en tal hipótesis, encontrará la primera al enemigo, ya sea que éste aguarde pasivamente nuestro avance, ya sea que atrevidamente salga á nuestro encuentro, ya que venga á buscarnos á nuestro campo. En cualquiera de los tres casos incumben á la caballería los deberes generales de una vanguardia. Después de poner sobre aviso á la tropa que protege, empieza á sostener el combate, procurando siempre no dejarse llevar de un inmoderado ardimiento, el cual le dará seguramente malos resultados, á no ser que sólo se tratase de una algarada sin consecuencias, cosa difícil de conocer. En efecto, si al avance poco meditado de la caballería sigue el de columna, forzando el paso para no perder su contacto, sufrirá el desorden consiguiente á una marcha demasiado acelerada, la tropa no irá en condiciones de combatir, y al llegar al sitio donde aguarda el enemigo, más ó menos emboscado á la espera, nos hallaremos en las condiciones que motivaron el desastre de Palo Seco, siendo muy probable que recojamos el mismo fruto que allí. Si, por el contrario, el núcleo de la columna deja que la fracción de caballería, aprovechando su elemento de ligereza, se aleja inmoderamente, ésta corre el peligro de verse corta-

(1) Don Ramón Menduiña, mariscal de campo, hoy en la escala de reserva.

da y envuelta, como en la Sacra. Además, como el resto de la columna no se resignará á abandonarla, intentará recomponer la solución de continuidad que se ha establecido, para lo cual necesitará al cabo y al fin redoblar el paso, y siempre tendremos el inconveniente de no llegar las tropas en favorables condiciones para constituir un orden de combate sólido y disciplinado. Todos estos razonamientos son, como se comprende, independientes del sitio por donde el choque se inicie, sea el frente, el flanco, ó la retaguardia; pero parece que nos referimos al primero porque, indudablemente, las otras dos partes yendo bien cubiertas por el servicio de seguridad, no es probable que sean los sitios donde se trabe un verdadero combate; sin embargo, bueno es tener en cuenta que en semejante especie de guerra, debe temerse la presencia del enemigo por todos lados. De cualquier modo, aconsejamos á la caballería no caer en el extremo de la timidez, antes bien acentuar su carácter de osadía y atrevimiento, aunque no debe olvidar ninguna de las prevenciones que deducimos sobre la necesaria malicia y difidencia, y, además, debe tener muy presente, que el mutuo apoyo que exigen los demás elementos de la columna, la prohiben adelantarse demasiado, abusando de la velocidad que posee, pues tal abuso proporcionaría los resultados funestos que hemos visto ú otros equivalentes. Estas primeras escaramuzas sujetas á semejantes condiciones, son quizás la parte más difícil del combate, y de ellas depende en mucho el giro táctico de los acontecimientos. Ninguna regla concreta puede darse; todo depende de la pericia del jefe que va encargado de ellos. A las veces, el terreno y la demostración enemiga consentirán dos ó tres amagos de carga sin ser llevados á fondo, ó, por lo menos, sin ser arrastrados á los sitios donde desea el enemigo; pero es preciso gran cautela en los movimientos de retroceso de las fracciones que han de cargar. El volver la espalda, especialmente, expone mucho y no puede ensayarse sino con tropas bastante disciplinadas y maniobreras. Si la demostración enemiga no consistió en algaradas de caballería, sino en algunas descargas de los peones enemigos, ó bien si conducidos por los caballos del adversario han ido á caer los nuestros próximos al pasaje donde ellos desean y han roto el fuego, por consiguiente, exígese del jefe mayor serenidad y sangre fría. En la mayor parte de las ocasiones convendrá contener la impetuosidad de los suyos. Guarecido el enemigo en el monte, finca ó en otro obstáculo poderoso nada sería menos cuerdo que tratar de cargarlo allí; los caballos no podrían avanzar á los pocos pasos y sus tiradores nos sacrificarían á mansalva. Raro será que no encontremos, á poca distancia de donde estamos alguna protección de esas que tanto abundan allí, y, en ganándola, á su amparo, puede apearse parte ó toda la fuerza, ó emplear la infantería que iba en vanguardia (que algunas veces se le da, sobre todo si la columna es fuerte), trabando con el enemigo lo que llaman los franceses un *combat traînant.* Es casi seguro que no conviniéndole esto al enemigo intentará otra provocación ó avance, generalmente con su fuerza montada, proporcionándonos nueva ocasión de emplear la nuestra como tal; bien sea porque la dejamos toda ó alguna fracción preparada para semejante efecto, bien sea montando rápidamente toda ó parte de la que se apeó y lanzándose irresistiblemente contra el enemigo que no esperara semejante denuedo. En momentos tales es cuando debe hacerse verdadero derroche de valor, porque puede ser muy fructuoso; pero si el fuego de la primera ó de las siguientes algaradas del adversario comenzó tras un bosque,

palmar ú otro obstáculo; si el terreno es intransitable para los caballos; si el enemigo continúa invisible, los alardes de valor irreflexivo y provocador sólo nos proporcionarán desastres. Iniciado el fuego, por ejemplo, en lo que allí llaman un callejón de monte sería una locura responder con cargas de caballería hacia el bosque; pero constituirá, en cambio, un partido cuerdo apearse como he dicho para internarse por él y sostener el empeño en las condiciones de infantes y en situación análoga á la suya. Esta última hipótesis es poco probable, haciéndose bien el servicio de exploración ó flanqueos.

Suponiendo que la caballería entretiene al enemigo y no se deja engañar por él, nos encontraremos en condiciones de elegir, entre ciertos límites posibles, el terreno de nuestro despliegue, en lugar de ser conducidos al sitio que á aquel le acomodaba. Si las condiciones y circunstancias del momento nos hacen preferir uno en terreno despejado, debemos sin vacilación formar la primera línea de combate en orden abierto, nunca en orden concentrado, ó lineal, que dará al enemigo el medio de fijar mejor sus disparos. Ya lo he dicho, sería muy rarísimo que falte el monte, la manigua ó el potrero, dentro de la zona eficaz del fuego, y seguramente, dichas posiciones estarán ocupadas por el enemigo, así como, palmares, cañaverales, estancias, etc. etc., constituyendo unos y otras las líneas y puntos que importa tomar. Si estamos batiéndonos á la defensiva seremos á nuestra vez los que habremos ocupado tales posiciones, y no hay que hacer notar como se prestan á la defensa. No se debería desplegar toda la fuerza en primera línea, sino que por el contrario, se habría de constituir una segunda y acaso una tercera, cuando existiesen más tropas y acomodo conveniente en el terreno. Veremos, sin embargo, que esta última sólo existe por excepción. Una y otra podrán adoptar formaciones más concentradas, procurando en cambio, resguardarse con los detalles protectores de importancia, y eso con tanto más motivo, cuanto que la distancia entre las líneas, debe sufrir una respetable reducción en las cifras consignadas por nuestro reglamento. Diferentes razones lo aconsejan, pero la fundamental es como siempre el aspecto topográfico. Imaginémonos dos batallones que forman, el uno la primera línea, y el otro la segunda y tercera, ó la segunda sola. El batallón desplegado en primera línea, suponiéndole nutrido, ocuparía con arreglo á nuestro reglamento vigente (1) un espacio de 240 metros de frente por 500 de profundidad. Ya esta misma dimensión sería exagerada, pero nada he dicho cuando tratamos de la infantería, porque el reglamento concede facultad de alterar las distancias parciales, de línea de tiradores al sostén, de éste á las reservas parciales, y de éstas á las de batallón, acomodándose ante todo á la índole del terreno. Pues bien, á la profundidad del batallón en orden de combate, hay que añadir los 300 á 350 metros que se cuentan hasta la segunda línea, y prescindiendo por ahora de la tercera, nos ocupan las tropas un espacio demasido grande, que probablemente no resultará todo él descubierto, correspondiéndole á esa segunda línea, y, con más razón á la tercera, situarse en lo interior del monte, quizá en lo más intrincado, ó aun cuando así no sea, en un sitio en que se halle fuera del alcance visual de la primera línea, muy distante del perímetro exterior, y desde el cual no puede

(1) Párrafo 666, regla 4.ª *Instrucción de batallón.*

llegarse rápidamente á él por las dificultades que ofrecen los bosques de Cuba, resultando así multiplicada la distancia para sus efectos tácticos. Aun concediendo que las dos ó tres líneas de combate, pudieran desarrollarse en un espacio despejado, no convendría mantener las distancias reglamentarias y vamos á verlo. No suponiendo la ausencia total de vegetación que circunda más ó menos alejada á este espacio, comprenderemos que ese detalle se prestará á los movimientos envolventes del enemigo. Esta es una contingencia con la cual debemos siempre contar, porque es harto frecuente en tales clases de guerra. El enemigo, que como múchas veces he dicho, no tiene líneas de operaciones que guardar, goza de una libertad por ningún motivo coartada; de modo que se correrá fácilmente á un flanco ó á retaguardia, ó ejercerá sus ataques simultáneamente, por manera que las diversas fracciones del combate han de estar dispuestas para dar frente al enemigo y convertirse en primera línea. Si ha de responder el orden de combate á tan especial circunstancia, exíjese que haya entre sus diferentes elementos un enlace mas íntimo, más recíproco y constante que el que se supone en la táctica europea. El perímetro de la superficie constituída por las dimensiones antedichas, resulta demasiado extenso, y como puede ocurrir que gran parte de él, ya que no todo, haya de ponerse en ejercicio, tórnase convenible y necesaria la reducción de las distancias que consignan los reglamentos europeos. ¿En qué términos fijaremos las distancias? Difícil será decirlo; la modalidad topográfica será la que habrá de imponerlas, evitando siempre, y por de contado, el restringirlas tanto que convirtamos la formación en un orden concentrado más ó menos sólido. La segunda ó tercera línea, la que constituya la última reserva del combate, debe situarse en el lindero del bosque que se encuentre más cercano á la retaguardia ó extremos de la línea de tiradores. El espacio que media entre esos dos elementos, se compartirá proporcionalmente para situar la segunda línea, si la hubiera, ó la reserva de batallón, las parciales y los sostenes, abrigándolos en los macizos de follaje que se hallen, así como en los cayos de monte que salpican las sabanas ó en altas yerbas, repliegues del terreno, etc. Rara vez faltará alguno de estos accidentes, pero si sucede así, será preciso llevar la segunda línea ó las reservas de batallón al lindero del monte, donde están las últimas reservas del combate. Los sostenes como han de empezar muy pronto á alimentar la línea de guerrillas, tienen forzosamente que situarse á su inmediación, y si el terreno no ofreciera ningún abrigo, se mantendrán pecho á tierra, pues no tiene objeto el exponerlos inútilmente al fuego enemigo hallándose dentro de su zona eficaz. Mucho de eso podrá ocurrir con las reservas parciales, principalmente, cuando empiezan á ingresar en fuego. Del sucesivo refuerzo de la línea de fuegos, relevo de alguna parte de este y empleo acertado de las reservas, nada hay que observar; los principios generales tácticos, encuentran su aplicación adecuada en cada caso, y ella depende de la instrucción, pericia, inteligencia, valor y ojeada militar del jefe. Sobre esto ni en las guerras regulares, ni en las irregulares, puede presentarse un arquetipo que sirva de línea de conducta.

Racionalmente pensando, la caballería desde el momento en que se efectuó el completo despliegue, é ingresó en fuego la primera línea de infantería, ha debido recogerse á retaguardia de una de sus alas, espiando el momento oportuno para desenvolver sus elementos ofensivos. La elección de ese instante, podrá venir

impuesta por orden del jefe superior en combate, pero el jefe de la caballería no se limitará á aguardar pasivamente su indicación, sino que gozando de tanta iniciativa como en otra clase de guerra, se anticipará á utilizar cuantas ocasiones le ofrezca la torpeza ó descuido del enemigo.

En cuanto á las diversas maniobras tácticas, con las alas, con el centro envolviendo un lado, retirando el otro, nada nuevo hay que decir; como es sabido, obedecen á inspiraciones del momento y á contingencias de la lucha, dependiendo siempre de los talentos y práctica del jefe.

Si la lucha se ha iniciado en medio del monte, ó si después de desarrollados los elementos de combate, conseguimos apoderarnos de las posiciones enemigas, cuyo carácter é índole general tantas veces he expresado, el resto del empeño tiene por teatro dichas posiciones de monte. En condiciones tales, no hay ni puede haber una verdadera acción táctica. Nosotros no vemos al enemigo, pero él tampoco logrará vernos á nosotros; la función se convierte en un tiroteo, en el cual el más tenaz, y el que mantenga mayor sangre fría, quedará dueño del campo, si no de la victoria. Por lo demás, paréceme ocioso repetir cuanto sobre el combate de bosques hemos observado.

Si el ataque del enemigo se pronuncia por los flancos ó por la retaguardia, en nada cambian las precedentes consideraciones. Fácil será desplegar la primera línea de fuegos á uno ú otro lado, y constituir nuevamente el combate si el terreno es despejado y lo permite, pues que en el caso contrario sólo tenemos que variar la dirección del tiroteo.

Cuando llegara el momento de que el enemigo vencido emprenda la fuga ó la retirada en un sentido determinado, puede encomendársele la persecución á la caballería, pero en esto hay que andarse también, como suele decirse, con pies de plomo. Lo más común será que el enemigo no efectúe una verdadera retirada, sino una completa dispersión individual ó en grupos muy pequeños, y no conviene dispersar demasiado en su seguimiento nuestra fuerza montada. La índole de la campaña, nos hará sospechar cuando el enemigo se ponga en fuga en una sola dirección, que sólo trata de atraernos hacia otra nueva emboscada; y por eso también, una vez conseguido el efecto moral de la derrota, no hay para que desprendernos de nuestras tropas, que podrán hacernos falta muy pronto. Napoleón decía, que no se deben hacer destacamentos en la víspera de una batalla; pero, en esta clase de guerra, cada día de combate es víspera del siguiente. Las tropas que batimos ayer, son las mismas que nos escaramuzan hoy; las que pusimos en dispersión esta mañana, nos esperan nuevamente reconcentradas esta tarde. Véase si se debe ser cauto en la cuestión de persecuciones, sobre todo cuando esto implica segregar una fracción de la columna, aun cuando sea por poco tiempo.

Fáltanos hablar del desdichado caso en que á nuestra vez tuviéramos que emprender la retirada; mas en tal hipótesis, nuestra situación se torna de ofensiva en defensiva, y con esta última ya sabemos cuantos elementos presenta el paisaje de aquellas comarcas. De mucho nos serviría entonces poseer algunas piezas, y por esta razón suspenderemos aquí el asunto, para reanudarlo en breve al tratar de la combinación de las tres armas.

Hay derecho á suponer que una columna compuesta de las tres armas llevando dos cañones, consta, cuando menos, de dos batallones y tres ó cuatro es-

cuadrones. En las comarcas centrales no hay inconveniente en elevar la cifra de caballos, pero he elegido ese término medio sólo para fijar las ideas. Por lo demás, no se creea que deban organizarse columnas mucho mayores; la de las Guásimas, á pesar de que constaba de seis batallones, ya sabemos que no pasaba en junto de 3,000 hombres, y eso sumando los escuadrones de caballería y las guerrillas.

Prescindiendo del orden y disposición de la marcha, cosa que atañe, como sabemos, al siguiente capítulo, no podemos imaginar que el combate comienza por la artillería como en la guerra regular europea, puesto que no pudiendo obrar á largas distancias, y presentándosenos las posiciones enemigas muy indeterminadas en general, resultaría enteramente ocioso su empleo. El combate, pues, se comenzará por la caballería, como en el caso anterior, y durante todos sus primeros momentos se desenvolverá cual si sólo existiesen las dos armas. ¿Cuándo entrará en acción la tercera? Difícil será determinarlo de una manera dogmática. La modalidad de esta campaña nos ha hecho ver cierta reducción en todas las distancias, incluso en aquellas que nos separan del enemigo, y en tal concepto no es difícil, que á poco que nos acerquemos, á poco que el enemigo avance, encontremos ocasión de utilizar nuestras piezas, antes quiza de lo que hubiéramos dispuesto.

Por lo demás, es evidente que descartada ó aminorada la posibilidad del fuego á largas distancias, el cometido de la artillería es eminentemente defensivo; por consecuencia, cuando el giro de los sucesos se presentase favorable, cuando sin cesar vamos estrechando y empujando al enemigo, no les queda á los cañones mucho que hacer. Batir un cayo de monte ó una lomita donde el enemigo se resiste algo más, destruir una estancia ó casa-fuerte, que vienen á semejar episodios de localidades, muy raro en esa guerra, ú otro cometido análogo, constituyen su papel y su esfera de acción.

A la inversa, cuando tengamos que adoptar más ó menos momentáneamente una actitud defensiva, la potencia artillera se nos ofrece como muy útil y decisiva. A cada uno de los impetuosos avances del enemigo, á cada una de sus incursiones en nuestras líneas, tal vez consentida por nosotros, estimulando su atrevimiento, se le oponen lluvias de metralla que siembren la consternación en sus huestes y las reduzcan á la impotencia. En el caso de una retirada, es principalmente cuando podemos obtener el valor máximo del elemento táctico artillero. Mientras el enemigo nos acosa con violencia por el frente, podemos contar con cierta tranquilidad relativa hacia nuestras espaldas y por ende hacia el arranque de nuestra línea de retirada; pero importa mucho poner en movimiento la columna, mientras una fracción de ella sostiene los empujes del adversario. En esta fracción entran infantería, caballería y muy pricipalmente artillería. Cuando á favor de sus mortíferos disparos las masas enemigas retrocedan ó vacilen, compete á la caballería ejercer reacciones ofensivas violentas, que permitan retrogradar nuevos pasos á los factores defensivos infantería y artillería. Si esta última no existe, es claro que la otra debe representar su papel pero no puede tener su valor ni surtir sus excelentes efectos. No hago, como se ve, otra cosa que el esbozo, la silueta general de la evolución táctica; coloreando á este perfil general hay que tener en cuenta el aspecto del terreno y el casuismo de las circunstancias. Después de todo, ese papel de arti-

llería y caballería en las retiradas, no entraña ninguna modificación verdadera. En una campaña europea, de no muy lejana fecha (Sadowa, 1866), hemos visto á dichas armas cubrir una retirada según los mismos principios que imperfectamente he bosquejado.

Ya es tiempo de condensar, en términos breves, las deducciones que atañen á la combinación de las armas:

1.° *No deben admitirse, en general, más que dos combinaciones: la de infantería con caballería y la ternaria de infantería con caballería y artillería.*

2.° *La acción no se inicia con artillería, lo cual es consecuencia de las raras ocasiones en que puede emplearse el fuego á grandes distancias. Después de las primeras escaramuzas, de la fuerza montada del servicio de seguridad, tiene que comenzar el despliegue de combate, de la infantería.*

3.° *En esa formación de combate, no podemos empeñarnos en constituir las tres líneas. Generalmente no habrá más que dos; una formada por la línea de tiradores con sostenes y reservas á su inmediación; y la otra formada por el resto de las tropas situado en el lindero del monte; de manera, que los últimos escalones de la primera estén dentro del alcance visual de la otra.*

4.° *La caballería, después de desplegadas las líneas de infantería, debe ocultarse tras de un detalle del terreno, esperando la ocasión y momento oportuno de cargar al enemigo ó contrarrestar sus cargas.*

5.° *Como las posiciones donde se hace fuerte el enemigo, están constituídas casi siempre por el monte, es claro que el último período de la acción se desarrollará en él, aun cuando comenzara y transcurriera en espacios descubiertos. Por tal razón, es absolutamente preciso que las tropas de todas clases estén familiarizadas con el combate en los bosques, no dejándose imponer por el aspecto particular que presenta.*

6.° *La artillería encuentra su empleo más eficaz en las situaciones defensivas* y *principalmente en las retiradas.*

7.° *No ha de empeñarse demasiado la caballería en las persecuciones, pues además de que deberemos temer en ellas una estratagema, nunca conviene separarla por mucho tiempo del resto de las tropas.*

Todas estas deducciones y las que particularmente se refieren á cada una de las armas, arrojan la convicción de una modalidad táctica; que exige preparación anterior en las tropas encargadas de sostener la campaña. Semejante preparación consíguese, con una disposición acertada de los resortes orgánicos, y más que todo por medio de una instrucción práctica adecuada, que no puede ser igual á la que se les proporciona á las tropas de la Península. Aunque el ejército en pie de paz no puede alcanzar las cifras que tendría en pie de guerra, con todo, como debe servir de núcleo á su aumento y movilización, compréndese sin esfuerzo, cuanto importa asegurarnos de la idoneidad de esas tropas que van á comenzar la campaña. Esa necesidad, alcanza por igual al soldado, al oficial y al jefe, y como he de volver sobre ella más tarde, impórtame dejarla consignada ahora, en lugar preferente.

XI

DEDUCCIONES LOGÍSTICAS; MARCHAS

Pésame, verdaderamente, aparecer en estas deducciones como abusando de cierto dogmatismo didáctico de mal gusto. Y tanto más, cuanto que la compenetración que existe entre los diversos actos de la guerra es tal, que me obligó á invadir el campo de la logística ó de la organización cuando traté de la táctica, así como me obligará á volver sobre esa última, cuando hable de las otras. Sin embargo, para establecer con cierto orden las deducciones que arroja la guerra de Cuba, es forzoso agruparlas, dividirlas de alguna manera, y ninguna más adecuada y natural que la admitida generalmente por los tratados didácticos del arte bélico. La conexión íntima y constante que entre sí tienen todos los estados y momentos de la guerra, no empece que para proceder á su estudio puedan distinguirse como partes graduales: primera la organización, ó examen del funcionalismo orgánico de los elementos de guerra; segunda, la estrategia, exposición de las concepciones militares, parte la más elevada, la más científica y la más abstracta de la ciencia de la guerra; tercera, la logística, servidora fiel de la anterior, consagrada á traducir en el terreno de los hechos sus concepciones, y, por consiguiente, á convertir la teoría más ó menos brillante en práctica posible; y cuarta, la táctica, última finalidad del arte de la guerra, porque es la parte que se ocupa en estudiar el choque con el enemigo, procurando obtener el mayor número de garantías de su eficacia.

Siguiendo, como seguimos, un trabajo sintético en vez de analítico, el orden había de invertirse, y hemos comenzado por las deducciones tácticas para estudiar ahora las logísticas y luego las estratégicas y orgánicas. Pero así como en el capítulo anterior, buscando claridad y método, tuvimos todavía que acogernos á una subdivisión didáctica y considerar las tres armas aisladas y luego la combinación de ellas, asimismo ahora debemos establecer una división que nos permita un examen ordenado de las deducciones logísticas. El ejército presenta dos aspectos, dos estados logísticos diferentes; marchas y reposo. Tratando de las primeras, referiremos todas las deducciones que implican alguna caracterización especial de aquella guerra, y, añadiremos, las «persecuciones por rastro,» modalidad peculiar de tal campaña que difícilmente podrá hallarse en otras. Al estado de reposo corresponden los campamentos, ó, mejor dicho, los vivaques, tan fáciles de establecer en aquellos campos, y la improvisación de alojamientos. No basta esto para comprender la totalidad de operaciones de una campaña. Por irregular que sea ésta, consta siempre de una serie de operaciones fundamentales, aun cuando sean pequeñas, y de otras operaciones auxiliares, indispensables, si se quiere, pero que no forman la esencia misma de la guerra. Así en esta campaña, además de las operaciones que practicaba una columna en persecución del enemigo ó marchando á su encuentro más ó menos francamente para chocar con él, hubo una serie de operaciones auxiliares, entre las que no debemos omitir en las presentes deducciones «los convoyes,» expediciones indispensables para la conducción de municiones, raciones, enfermos y heridos; los que allí se llamaron algo especiosamente «reconocimientos,» que tenían por objeto buscar los grupos pequeños de

enemigos, principalmente cuando éstos se hallaban muy fraccionados y fugitivos; «los forrajes,» operación constante y diaria que tenía por objeto proveer á la alimentación del ganado; la «destrucción de sembrados y estancias enemigas,» elemento al cual hay que recurrir en algunos instantes, aunque no deba menudearse; y las «sorpresas, emboscadas y estratagemas,» comunes á todas estas guerras irregulares y destinadas á surtir algunos efectos, pero no tantos como se pudiera presumir, pues debemos convencernos que el tejido principal de las operaciones está formado por empresas más arduas.

Cuanta importancia tienen las marchas, en esta como en toda clase de guerra, no necesitaremos hacerlo observar, ni menos inferir, sin género alguno de duda, que de ellas depende el éxito completo de una serie de operaciones. Veamos las principales causas modificadoras que hubo, hay y habrá que tener presente para las marchas de esa campaña ó de otra muy análoga: primero, el factor topográfico que, si no tan decisiva influencia como en los problemas tácticos, hubo de ofrecerla grande en las cuestiones logísticas; segundo, la falta absoluta de buenos caminos artificiales. Podrá parecer que esta condición viene envuelta en la anterior, pero no es así, porque si hubiesen hallado las tropas vías de comunicación abundantes y en condiciones aceptables, hubiera variado mucho el desarrollo de las marchas. En la mitad occidental de la Isla existe, ya lo he dicho, una red ferroviaria bastante nutrida y algunas carreteras; pero en la mitad oriental, donde se desarrolló la lucha, ya indiqué también como escaseaban unas y otras, hasta el punto de no poderse contar más que con caminos naturales, en detestables condiciones de conservación. El tercer elemento modificador fué la despoblación enorme de las comarcas que fueron teatro de las operaciones, pues en esto repetiremos lo anterior, es decir, que la habitabilidad de la Isla encontrábase desigualmente repartida con una densidad muy inferior en los departamentos Oriental y Central. Por último, la clase de guerra que se hacía, eminentemente irregular y guerrilleresca, propia para temer al enemigo tan pronto por los flancos, como por el frente ó la espalda; ofensiva por nuestra parte y defensiva por la de ellos; en una palabra, con todos los rasgos característicos que he marcado y procuraré ir marcando. Semejante causa modificadora debía tener y tuvo un valor muy considerable, porque ella nos obligaba á desplegar igual cuidado y custodia en las diversas partes de la columna, á temer constantemente emboscadas y sorpresas, y á adoptar como norma de conducta una prudente desconfianza, que no nos permitía la necesaria libertad de acción.

Hemos podido entrever, y ahora es momento de afirmarlo categóricamente, que en la campaña de Cuba ni se operó ni puede operarse en grandes columnas. Aun haciendo abstracción de la índole de la guerra, en la cual, como en todo alzamiento, el enemigo presentábase en grupos pequeños, tornándose perjudicial y embarazoso por nuestra parte el empleo de masas gruesas, digo que la campaña de Cuba nos impondrá siempre la condición de reducir lo más posible el efectivo de columnas de marcha para disminuir su profundidad y aminorar las múltiples dificultades que nos ofrecen aquel terreno y aquellos caminos. Es inútil hacer observar que los inconvenientes se acrecientan en una progresión tanto más alarmante cuanto más se va elevando la fuerza de la columna, y por esto podemos decir que existe un límite, que apenas debe sobrepujarse por cualquiera de los bandos contendientes, sean cuales fueren las

circunstancias. Este límite máximo, ó mucho me engaño, ó no ha de llevarse más allá de unos 4 ó 5,000 hombres, es decir, de la fuerza que puede contar una brigada nutrida. Aun cuando las tropas combatientes necesitasen alcanzar efectivos de división ó mayores, mientras las condiciones del terreno y de las vías de comunicación no varíen radicalmente, nunca podrán las columnas parciales contar cifras mayores que las indicadas. Pero aun hay más: en las campañas pasadas sólo por excepción, vimos columnas de esa magnitud; de manera que no debemos tomarlas como tipo común y corriente para establecer las deducciones logísticas de que tratamos.

No debemos caer tampoco en el extremo opuesto, acogiéndonos á columnas extremadamente pequeñas, porque si bien este caso fué mucho más frecuente que el otro, en cambio las columnas reducidas apenas ofrecen campo suficientemente amplio para desarrollar los preceptos y prescripciones peculiares que habremos de consignar. Digo esto, porque entiendo yo, que se ha de procurar revistan cierto carácter genérico que las haga aplicables á toda clase de columnas, ya sean grandes ya sean chicas. No obstante, hay detalles, como distancias, cifras de profundidades y otros, en los cuales se necesita hacer referencia á un tipo concreto de columna, buscando un término medio que pudiera muy bien ser, por ejemplo, dos batallones de infantería, 4 escuadrones de caballería ó guerrillas montadas, una sección de artillería y los correspondientes trasportes ó impedimenta. Si comparamos esta columna con las citadas en el capítulo V, no parecerá exagerada la caballería, pues supone 400 caballos para 1,600 infantes, y es proporción que sumando caballería con guerrillas, la encontramos próximamente en las fuerzas de Palo Seco, la Sacra, Naranjo, las Guásimas; etc. La sección de artillería se contaba en los tiempos de la guerra con dos piezas, hoy tiene tres, (1) lo cual quizá parezca un exceso, pero en último resultado es corta la diferencia. Cuanto á otros elementos, no deja de echarse de menos el de una ó media ambulancia y no hay que razonar su necesidad. Vuelvo á repetir que mientras las deducciones puedan afectar un carácter de completa generalidad, con él las haremos, de modo que podamos igualmente referirnos á cualquiera índole de columnas, y sólo en el supuesto de que tengamos que concretar cifras, tomaremos ésta como tipo de relación, sin perjuicio de indicar las alteraciones que proporcionalmente deben hacerse en aumento ó disminución.

Tratándose de columnas que operasen en comarcas llanas, tales como el Departamento Central y una gran parte de las Villas, era convenible y necesario llevar en las columnas suficiente fuerza montada, ya caballería, ya guerrillas, porque el terreno, allí donde se despejaba, favorecía grandemente su acción. Tanto era así, que hubo columnitas, compuestas casi exclusivamente de guerrillas montadas, las cuales, como he dicho, poseían aptitud suficiente, cuando llegaba el caso, para batirse y marchar á pie. En los territorios quebrados, como en ciertas partes, en el Departamento Oriental, no era posible contar con la ac-

---

(1) Estas líneas se escribieron poco antes de la reciente reducción de las baterías á 4 piezas. Como lo natural y lógico es que volvamos en breve á las de 6, generalmente adoptadas en todos los ejércitos, he preferido no modificarlo.

ción de la caballena, y se veía la fuerza de á pie en la precisión de subvenir á las exigencias de las dos armas. No obstante, preferiremos el caso anterior, porque es el más complejo y al que se recurrirá siempre que los terrenos y las circunstancias lo permitan.

En la marcha de una columna debemos considerar allí como aquí cuatro importantes fracciones: la vanguardia, el cuerpo principal, la retaguardia y los flanqueos. Hay, sin embargo, una diferencia muy esencial; y consiste en que así como en la guerra regular europea, tratándose de una marcha de frente, la parte más principal es la vanguardia, si es en una marcha de flanco, lo que más interesan son las columnas flanqueantes, y refiriéndonos á una marcha retrógrada, es la retaguardia, teniendo poca importancia en cada uno de los respectivos casos las otras restantes fracciones; en la guerra de Cuba, donde puede decirse que no hay marchas de frente, de flanco, ni en retirada, todas las partes de las columnas presentan igual interés, porque ya lo he dicho, por todos lados se teme igualmente al enemigo; lo cual, después de todo, no es condición especial de aquella campaña, sino común á las luchas irregulares; como que en ellas, el enemigo no se encuentra ligado por las consideraciones estratégicas y políticas que retienen á las tropas regulares.

Empezaré, sin embargo, por la vanguardia, examinando en todas las demás y sucesivamente la composición y colocación de las tropas. No siempre se compuso la vanguardia exclusivamente de caballería, cual parece que debía suceder tratándose de columnas poco considerables. Por el contrario, varias razones se oponen á ello; la poca anchura de los caminos que obliga á marchar casi siempre á la desfilada; lo cubierto del terreno que, si bien plano, ofrece pocos espacios despejados donde la caballería pudiera extender su radio de acción; y, por último, la necesidad de contar, desde el momento en que aparece el enemigo, con un elemento de cierta resistencia defensiva, la cual puede ser desarrollada, en verdad, por la caballería, según las condiciones tácticas que requerimos, pero nunca tan completamente como lo sería por un núcleo organizado de peones. El brigadier Castellanos asigna como composición habitual de la vanguardia una, dos ó tres compañías de infantería con sólo cuatro ó seis exploradores á caballo, situando el resto de la caballería en el cuerpo de la columna, y quizás aquello último sea demasiado poco. Para vanguardia de la columna que tomamos como ejemplo, puede asignarse una compañía y una sección de caballería. Resulta así disminuída la proporción que admitimos en Europa para la vanguardia, fijada por todos los autores en 1/4; mas no olvidemos que necesariamente hay que dar, como he advertido, valor interesante á los flanqueos y á la retaguardia, por lo tanto, si sosteníamos aquella proporción acabaríamos por reducir notablemente el cuerpo principal. En cuanto á la sección de caballería, por lo mismo que me aparto algo de una autoridad respetable, debo exponer detenidamente las razones de mi discrepancia. Aunque he dicho que la caballería no puede ejercer ampliamente su acción exploradora en la vanguardia, obsérvese que sólo se trata de una sección, cuyo número girará alrededor de 20 caballos: una pareja ó dos deberán ir delante haciendo de punta ó cabeza de la extrema vanguardia; si el monte se presenta tupido á un flanco ó á los dos, convendrá destacar un pareja por ellos que tendrán que ir á pie dejando sus caballos. encomendados á otros dos hombres más, de modo que semejante nueva necesidad

consume tres parejas, que sumadas con las dos de la punta, dan unos 10 caballos. Quedan tan sólo unos 10 ó 12 caballos que podrán adoptar un fondo de á dos y tal vez de á cuatro, supuesto que no tienen para que dejar sitio en el camino por constituir extremo de la columna. Resulta, pues, ese grupo de caballería ocupando un espacio relativamente pequeño, y, si bien en los callejones de monte no podrían prestar servicio, en cambio, cada vez que se llegue á un potrero, sabana, estancia ó cualquier otro espacio despejado, podrán desplegar cuatro ó seis parejas reconociendo rápidamente su perímetro y registrando sus detalles; en una palabra, efectuando una verdadera investigación que le habrá de ser muy útil á la vanguardia de infantería que, por su misma índole, no puede desarrollar tanta movilidad. La extrema vanguardia de caballería sirve, pues, de vanguardia al núcleo de la vanguardia de infantería, y así como esta última clase de fuerza es conveniente para el terreno cubierto, en cambio, para los espacios despejados, aunque sean pequeños, viene resultando más adecuada la caballería. Paréceme, pues, que sin peligro deben aumentarse los cuatro caballos que pide el brigadier Castellanos, convirtiéndolos en una sección ó por lo menos en media; esto es, en 10 ó 12 caballos.

Tendremos así, en nuestro ejemplo, y según acabamos de decir, una vanguardia compuesta de una compañía, más una sección ó media de fuerza montada. Esta última constituiría la extrema vanguardia, llevando una pareja adelantada, destacando, además, con frecuencia, una pareja pie á tierra por los flancos. Al llegar á terreno relativamente despejado, ejercerían su acción extendiéndose para explorar y registrar bien el terreno, pero procediendo siempre con la prudencia y cautela que exige aquel país. Todo este servicio lo hicieron las guerrillas montadas de batallón en las columnas de éstos, llegando casi á reemplazar á la vanguardia, pero ya demostraré más tarde, y ya creo haberlo indicado, que á mi juicio la caballería de la Isla, toda debe poseer igual aptitud. Conformes con esa opinión están el coronel Navarro y el brigadier Castellanos.

¿Cuáles deben ser las distancias respectivas? El brigadier Castellanos las fija de 25 á 50 metros de la punta á la extrema vanguardia, y de unos 60 metros de la extrema vanguardia al grueso de ésta. Tal distancia creemos que puede aumentarse sin peligro hasta 100 metros, si admitimos la extrema vanguardia de fuerza montada como he dicho. La distancia de la vanguardia al cuerpo principal de la columna puede fijarse, y así la determina también el expresado autor, en unos 300, en el bien entendido que estas cifras, como todas, sólo son términos medios susceptibles de reducción ó ampliación, conforme lo aconsejen las circunstancias.

Ocupémonos ahora en el cuerpo principal de la columna. No deja de ofrecer graves dudas la colocación de la artillería y del resto de la caballería. La primera no iniciaba la acción, como sabemos, pero, en cambio, los caminos retrasaban mucho su marcha y no convenía colocarla muy á retaguardia. Cuanto á la caballería, puede encontrar oportunidad para obrar en los primeros instantes, debiendo hallarse en disposición de ello y con el camino desembarazado. Únense á esto dos consideraciones importantes que nos van á dar el medio de situar las fuerzas de las distintas armas: una es la precisión de que en cabeza de la columna marche alguna fuerza de infantería para poder acudir prontamente á auxiliar á la de vanguardia, ó cuando menos, constituir la segunda línea comba-

tiente; otra es la necesidad de que la columna sea simétrica ó casi simétrica hacia delante y detrás, pues en ambos lados puede temerse la presencia del enemigo. Partiendo de este último supuesto, ensayaremos una disposición de los elementos de la columna, que satisface á un tiempo ambas exigencias. Colóquense en cabeza del cuerpo principal de la columna las tres compañías que forman batallón con la de vanguardia; después de ellas la mitad de la caballería, luego la sección de artillería, el resto de la caballería y, por último, otras tres compañías del otro batallón, reservando una para constituir la retaguardia. La P. M. ó el jefe superior de la columna puede ir ó delante ó intercalado entre las tres primeras compañías ó á retaguardia, ó mejor aún, detrás de la primera mitad de caballería. Su situación dependerá de la parte que le inspire más temores, bien sea por las noticias que tenga del enemigo, bien por el estado moral de las tropas, bien por otra cualquiera razón que no es posible adivinar. La impedimenta puede colocarse de dos modos: ó en un solo grupo delante de la última ó últimas compañías, ó detrás de cada fracción de tropa respectiva y las del jefe superior y ambulancia inmediatas á éste. El primer procedimiento, que es el usado en Europa, tiene grande aplicación cuando se teme al enemigo por un solo lado, sea vanguardia, retaguardia ó flancos, porque entonces el sentido común indica que se debe disponer la impedimenta en el lugar más alejado; pero no me cansaré de repetir que en estas guerras no sucede así; por consiguiente, aglomerando toda la impedimenta en un grupo no hacemos más que dividir allí la columna. Sin duda, se me dirá que el disponerla en varios grupos multiplica el inconveniente, ya que establece más soluciones de continuidad; pero obsérvese que estos grupos siendo más pequeños, los cortes tienen menos importancia. Me explicaré con un ejemplo: Supongamos colocada toda la impedimenta delante de las dos últimas compañías. Si el ataque aparece por el frente no hay apenas complicación, las tres compañías primeras, la artillería, la caballería y aun la primera compañía del segundo batallón, pueden pasar fácilmente y llegar al sitio del despliegue. Todas estas tropas darán tiempo bastante á que las últimas compañías atraviesen los bagajes, que forzosamente y supuesta la índole de aquellos caminos los están interceptando, y es casi seguro que concurrirán en sazón oportuna. Pero invirtamos los términos; supongamos que la acción se inicia y comienza á desarrollarse por retaguardia, y entonces tendremos que sólo las dos compañías últimas podrán acudir bien; los demás elementos de caballería, artillería é infantería tendrán que llegar forzosamente retrasados y hasta en malas condiciones para combatir. Si la impedimenta estuviera fraccionada, cada elemento más cercano á la cabeza tiene menos obstáculos que salvar, y estos obstáculos son menores. Es verdad que la última fracción de cola ó cabeza ha de atravesar una suma de pequeños intervalos que será igual ó quizá algo mayor que el producido por la reunión de toda la impedimenta; mas en eso consiste cabalmente la ventaja; que solamente la fracción más alejada del sitio de combate es la que debe atravesar en diferentes veces el total de la impedimenta; las demás fracciones, á medida que van estando más cerca del teatro del encuentro, tienen menos obstáculos que recorrer y pueden llegar más prontamente. Resumiendo; creo que la impedimenta puede y debe repartirse situando tras de cada compañía las acémilas de municiones que les corresponden, y tras de cada batallón las de equipaje y

raciones; procediendo igualmente con la caballería y artillería; y por último, la ambulancia, las acémilas de repuesto, si se llevan, y el equipaje de la P. M. deben ir inmediatas al jefe superior.

La retaguardia debe organizarse simetricamente á la vanguardia, esto es, con una compañía de infantería y una ó media sección de caballería, que destacara su correspondiente exploración á retaguardia, para no verse picada por el enemigo. La única diferencia consiste, en que por razones fáciles de comprender, puede y debe reducir aún los 300 metros, que hemos fijado como distancia de separación con el cuerpo principal de la columna.

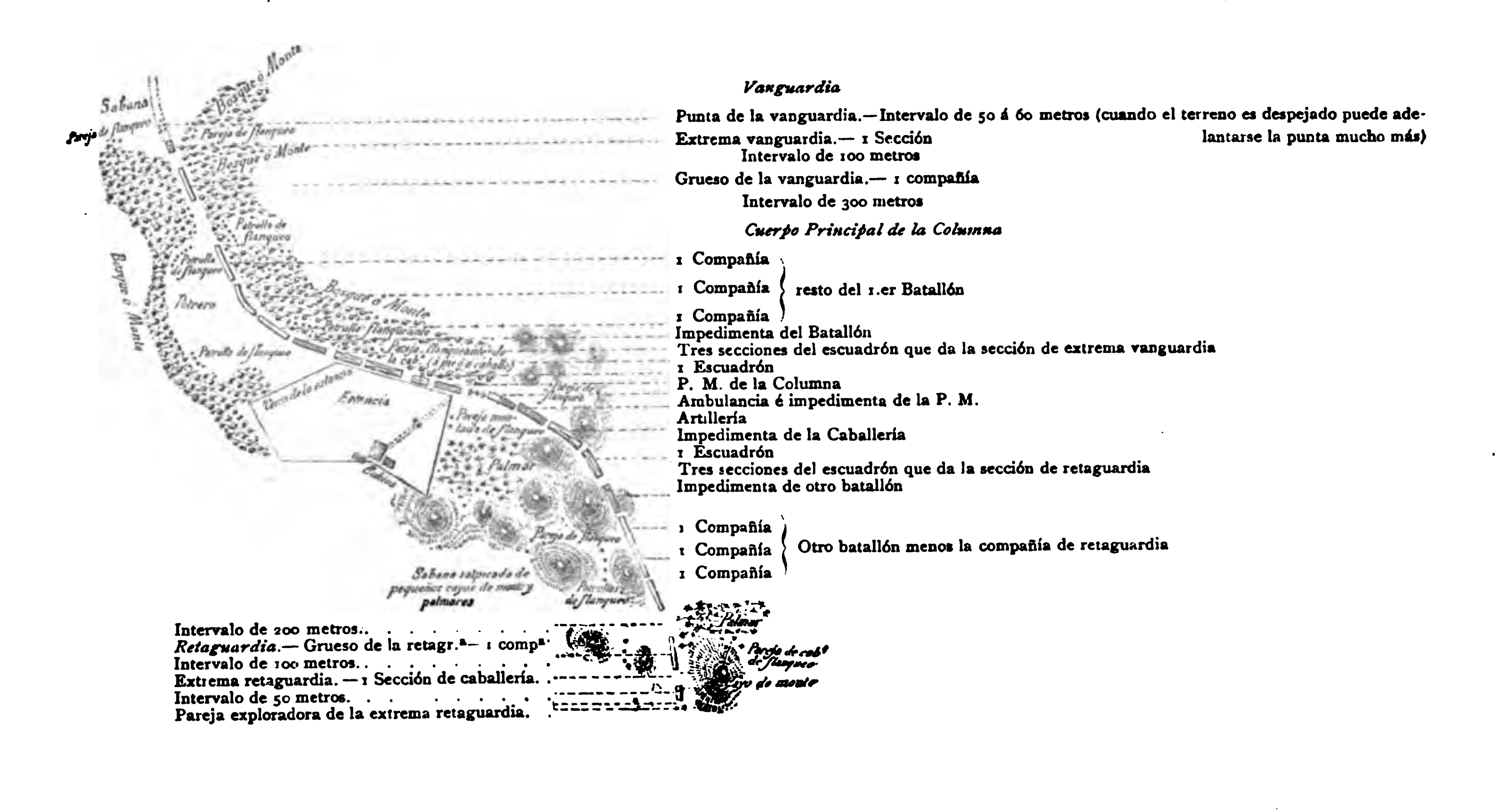
Hablemos algo de los flanqueos. Ya he dicho que la extrema vanguardia de caballería, deberá destacar con frecuencia parejas que registren los flancos: si el terreno es transitable á caballo, por ejemplo, un palmar más ó menos espeso, un monte suficientemente claro y con numerosos tullos de ganado no necesitan apearse, porque siempre tienen á su disposición ese elemento de rapidez. Debe notarse, que el paisano y el soldado diestros en esos países, con el auxilio de su machete, bien manejado, pasan por donde uno de nosotros creería imposible hacerlo; en su consecuencia no hay que olvidar, que el término «transitable á caballo» presenta un valor muy convencional en función de la destreza de las tropas. Si la espesura no permite el empleo de caballo, estas parejas han de echar pie á tierra y dejar encomendados los caballos á otros soldados ó atarlos á uno de los árboles del sitio por donde se internaron. Se observará que me he pronunciado por el primer sistema, perfectamente aceptable, mientras existe un grupo de jinetes capaz de subvenir á semejante exigencia. El otro procedimiento tiene el inconveniente de que terminada la correría de exploración, los hombres han de retroceder en busca de sus caballos, y como durante este tiempo la columna continúa su marcha, quedan definitivamente separados de la extrema vanguardia. Adviértase que por una razón análoga, las parejas no deben desprenderse de la extrema vanguardia á la misma altura de su marcha, sino que comenzarán por adelantarse rápidamente unos 100 á 200 metros, introduciéndose luego en el paraje objeto de su exploración, para poder efectuarla mientras llega y pasa la fuerza de la extrema vanguardia, procurando mantenerse próxima y paralelamente á su altura, hasta que puedan considerar terminada su misión, volviendo al camino. ¿A qué distancia pueden llevar su acción las parejas? Si el monte ó palmar está alejado del camino unos 400 á 800 metros, bastará que reconozcan la linde en una pequeña faja de algunos metros; á medida que aquel obstáculo se aproxima, deberá introducirse más la exploración, y si la linde se halla sobre el camino, como ocurre frecuentemente, no puede dársele menos anchura de 50 á 60 metros, ó más si fuera posible; no obstante, eso bastará si la espesura es grande, pues no debemos olvidarnos que á medida que así sucede, el fuego ofrece escasos resultados, hasta el extremo de que á más de 40 metros, según asegura el brigadier Castellanos, las cuatro quintas partes de las balas quedan clavadas en los árboles; de manera que una emboscada situada á mayor distancia, apenas ofrece peligros sensibles.

Si nos refiriéramos solamente á pequeñas columnas de una ó dos compañías, admitiendo que llevan siempre en las comarcas llanas, su fuerza montada correspondiente, podría bastarnos para el servicio de flanqueos, con las parejas, que según acabamos de consignar, destaca la vanguardia de caballería, multiplicándolas

más ó menos si así se precisa; pero en cuanto pasemos de la fuerza de un batallón nos será muy difícil contentarnos con dichos elementos. Y no obstante, hay que economizar cuanto se pueda el servicio de flanqueos, porque es penosísimo é ingrato en aquel país. Para el soldado bisoño y el oficial poco curtido, tórnase verdaderamente insoportable. Aunque parezca puerilidad, estoy seguro que pocos oficiales de los que allí han operado, dejarán de recordar una coplilla que tuvo su época de popularización, y que en malos versos decía:

«No quiero, no, más empleos,
si por flanqueos han de venir.»

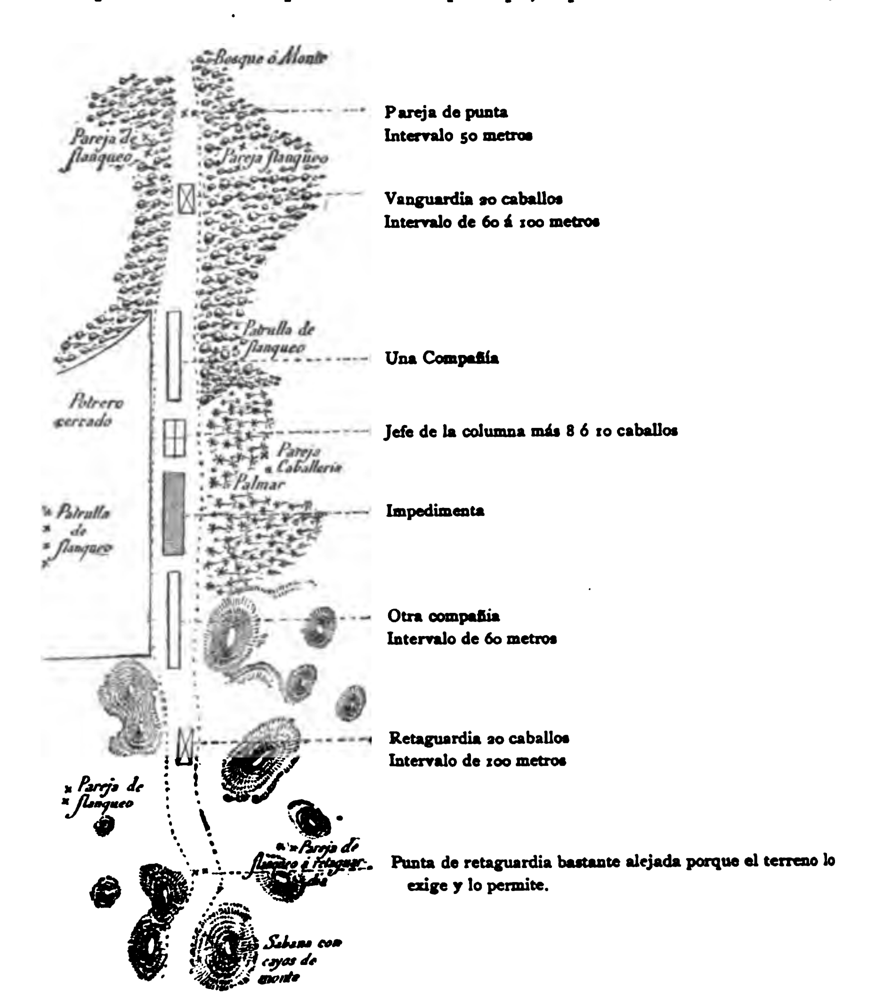
Diferentes veces he procurado dar una idea de aquellos bosques. El grupo flanqueante, marchando á la desfilada de á uno, tenía que abrirse paso constantemente con el machete, destruyendo la red de bejucos y troncos que se les oponía á cada hombre, enganchándose en ellos las piernas, los brazos, el fusil, la bayoneta, el sombrero; á las veces, no sólo consistía en el entorpecimiento, sino que muchas enredaderas y árboles poseen agudísimas púas que desgarraban hasta las prendas más fuertes, llegando quizás á la carne. En la primera parte del día todas las matas y árboles, cargados de espeso rocío, producían el efecto de una lluvia continuada, que calaba completamente los vestidos. Hacia el centro del día y hacia la tarde, no permitiendo la espesura la circulación de la brisa, que tanto templa los ardores tropicales, sentíase el calor con fuerza inconcebible. Estas y otras muchas molestias y trabajos hacían que las tropas que habían prestado el servicio de flanqueos en una jornada, quedasen completamente quebrantadas, destruídas sus fuerzas, desgarradas sus ropas, cubiertas de arañazos y pequeñas heridas, y en fin, en un lamentable estado. Infiérese de todo ello, que las fracciones destinadas diariamente para esos servicios estaban en inferioridad de condiciones para el combate, y por lo tanto, interesa ahorrar mucho su número diario, y si pudiera ser, que en el transcurso de la operación no recorran un segundo turno. Así pues, tratando de una columna, cual la que hemos escogido por tipo, que por su largo desarrollo no puede prescindir de suficientes patrullas de flanqueo, aspiramos á resolver el problema en las condiciones enunciadas. Las parejas de la extrema vanguardia protegen desde luego no sólo ésta, sino el desarrollo del grueso de la vanguardia, constituído por la compañía de infantería. A lo largo de la columna bastará que cada batallón destaque grupos de 10, 20 ó 30 hombres por cada flanco, entreteniendo como máximum una sección por batallón. Si no pudieran ir los dos grupos mandados por oficial, puede encomendarse uno de ellos á un sargento de reconocidas y probadas aptitudes. Las distancias á que deberán separarse de la columna hállanse sujetas á las mismas cifras que marcamos para las parejas de la extrema vanguardia, pues en este caso el caballo no introduce condición apreciable, á no ser que se presentasen espacios despejados y extensos, en los cuales las fuerzas montadas entrarían á desempeñar ampliamente el papel que les incumbe. Aun cuando así no sea, la caballería que marcha en el centro de la columna debe proporcionar algunas parejas de flanqueo, que explora la parte correspondiente al desarrollo central de la columna, ligando así los flanqueos de los dos batallones. Por último, el pelotón de caballería de la extrema


Vanguardia
Punta de la vanguardia.—Intervalo de 50 á 60 metros (cuando el terreno es despejado puede adelantarse la punta mucho más)
Extrema vanguardia.— 1 Sección
Intervalo de 100 metros
Grueso de la vanguardia.— 1 compañía
Intervalo de 300 metros
Cuerpo Principal de la Columna
1 Compañía
1 Compañía
1 Compañía
resto del 1.er Batallón
Impedimenta del Batallón
Tres secciones del escuadrón que da la sección de extrema vanguardia
1 Escuadrón
P. M. de la Columna
Ambulancia é impedimenta de la P. M.
Artillería
Impedimenta de la Caballería
1 Escuadrón
Tres secciones del escuadrón que da la sección de retaguardia
Impedimenta de otro batallón
1 Compañía
1 Compañía
1 Compañía
Otro batallón menos la compañía de retaguardia
Intervalo de 200 metros.
Retaguardia.— Grueso de la retagr.ª— 1 compª
Intervalo de 100 metros.
Extrema retaguardia. — 1 Sección de caballería.
Intervalo de 50 metros.
Pareja exploradora de la extrema retaguardia.
Sabana
Bosque ó Monte
Potrero
Estancia
Palmar

retaguardia, dará también dos parejas ó patrullas de flanqueo que prolongarán éste hasta algunos cientos de metros del paso de la columna. He aquí la disposición de marcha que ofrecerá ésta, habiendo optado por presentarla gráficamente, á fin de fijar mejor las ideas.

Ocioso me parecería advertir á mis ilustrados lectores que á estas disposiciones y á estos números no puede atribuírseles un alcance demasiado absoluto. Las diversas contingencias y mudables circunstancias aconsejarán variaciones más ó menos importantes, y el tipo que he presentado sólo debe mirarse como un término medio prudencial.

Aun cuando en la campaña se hicieron algunas operaciones por brigadas enteras, no hay que olvidar que éstas presentaban una fuerza muy reducida; de modo que la columna que he tomado por tipo, suponiéndola bien nutrida, se



aproxima á las cifras que algunas contaron. Además, como el máximum de las columnas fueron los cuatro batallones (pues si bien en las Guasimas vimos seis, iban tan reducidos que alguno sólo contaba 200 hombres), puede aceptarse el ejemplo que hemos elegido como un tipo medio de las columnas superiores. Si quisiéramos discutir y examinar algo acerca de las columnitas pequeñas que tan frecuentes fueron; de una compañía, de dos, de un batallón á lo sumo, con sus correspondientes contingentes montados, notaríamos gran simplificación en las disposiciones y distancias. Tomemos para referencia una columnita de dos compañías con 50 caballos. Es inútil pensar en constituir una vanguardia mixta, ni menos en dividirla en extrema vanguardia y grueso de la vanguardia. Unos 20 caballos pueden constituir la vanguardia, destacando punta y parejas, y no alejándose demasiado del resto de la columna, porque el terreno cubierto haría perder el contacto. El cuerpo principal lo constituirán las dos compañías y con ellas pueden ir ocho ó diez caballos, muy necesarios para comunicarse con la vanguardia y retaguardia y para destacar alguna pareja de flanqueo. La retaguardia la constituirán los 20 caballos restantes. Véase una disposición gráfica semejante á la anterior. La vanguardia y retaguardia dan, como en el ejemplo anterior, parejas de flanqueo y puntos á vanguardia. Las compañías de infantería suministran cada una, una pequeña patrulla que se encarga respectivamente de flanquear un lado y la otra el opuesto. Así, suponiendo que son las compañías nutridas á 200 hombres, basta con que cada una se desprenda de 15 á 20; en total 30 ó 40 hombres. De los caballos que van inmediatos al jefe también se podrá destacar alguna pareja cuando convenga. En cuanto á distancias, ya se han marcado en la figura los tipos más acordes con las reflexiones antecedentes.

Con bastante frecuencia y buen éxito se componían estas columnas pequeñas, de caballería ó fuerza montada exclusivamente, y bien se echa de ver que dentro de ciertos límites esa composición debía producir excelentes resultados. Gruesas columnas de caballería independiente, á semejanza de las empleadas en las campañas regulares europeas, no tendrían en ésta razón de ser. Ni hay en ellas un frente estratégico extenso que cubrir y explorar, ni se opera con suficiente armonía y combinación, ni pueden ofrecer ventajas logísticas columnas algo numerosas, debiendo llevar una profundidad máxima y un convoy de impedimenta ineludible y harto embarazoso por las condiciones en que se hace el transporte; pero refiriéndonos á columnas reducidas que desempeñen, no ya el papel de cuerpos de exploración, sino la misión de algaradas ó razzias, *raid*, como la llaman los autores extranjeros (1), varía radicalmente la cuestión, porque esas columnitas de 100 ó 200 caballos tenían una velocidad incomparable, hacían jornadas increíbles, aprovechando las ventajosas condiciones de marcha de aquellos caballos, y como, además, reunían aptitud suficiente para batirse pie á tierra, para introducirse y transitar por terrenos cubiertos, llegaron á pres-

(1) Algunos autores españoles dicen igualmente *raid*, pero me parece que ya va siendo hora de que no tomemos para todo palabras extranjeras, cuando las poseemos suficientemente gráficas y de abolengo nacional. Esa es también la opinión de una reciente obra, *Caballería con artillería*, del capitán Arnáiz, al ocuparse en el asunto.

tar tan buenos servicios, que hubo una época en la cual, exagerando su eficacia, existió, según muy exactamente dice un jefe de los que hemos citado, «verdadero furor por organizar fuerzas especiales.» Me abstendré por ahora de examinarlas como elemento orgánico, y viniendo sólo al problema logístico, diré que la disposición de marcha de una de ellas venía á ser muy semejante á la que antes he examinado. Las distancias, en los espacios descubiertos, se aumentaban notablemente; viceversa, cuando el terreno se cubría debían reducirse á los tipos próximamente marcados, pues las condiciones no diferían apenas de los de una columna mixta. El servicio de flanqueos resultaba muy simplificado, porque la rapidez de la marcha permitía prescindir algo de una exploración escrupulosa, sobre todo, en los espacios de *monte*, que es cabalmente donde más molesta. Así resultaba que podía cubrirse el tránsito de la columna con dos ó tres parejas por cada lado. La impedimenta procurábase reducirla lo más posible, lo cual no era empresa muy ardua, dadas las condiciones de las tropas, y según iremos viendo más adelante.

Todavía se operó por grupos más pequeños, de 20, 30 ó 40 hombres de infantería ó caballería, pero en esto no nos ocuparemos ahora, dejándolo para cuando hablemos de las operaciones auxiliares, en las cuales tuvieron aplicación principal.

Examinada la constitución y disposición de la fuerza de las columnas, hablemos ahora de los restantes detalles de preparación y ejecución de la marcha. Lo que primero sale á plaza, es la cuestión de las horas. Ya he indicado con cuanta frecuencia se hicieron allí marchas largas sin considerarlas como jornadas extraordinarias. Para ellas, levantábase el campo al amanecer, y después de tomar el café, se emprendía la marcha caminándose sin interrupción ó con pequeños altos, hasta las diez ó las once. Llegada esta hora ó cuando más las doce, se hacía alto, se preparaba el primer rancho y sesteaban las tropas hasta las dos ó las tres. Emprendiendo nuevamente la marcha, se escogía nuevo campamento al caer el día si no es que se iba á algún poblado ó punto determinado de antemano. Con semejantes horas llegaron á acostumbrarse las tropas á caminar unos 40 á 50 kilómetros; pero me permito creer que esto es abusar de las excelentes condiciones de nuestro soldado. Una tropa que efectúa sus jornadas continuadamente en tales condiciones, llega á quebrantarse y á perder algo de su vigor y mucho de su ardimiento. Los jefes que mantuvieron sus columnas en un promedio más bajo, conservaron su gente en mejores condiciones de sanidad y hasta pudieron más fácilmente, exigirles en un momento dado, cuando la necesidad imperiosamente lo impuso, verdaderas jornadas máximas, superiores aun á las indicadas, porque las tropas gozaban de la plenitud de sus fuerzas. Además, no se crea que pudo siempre contarse con aquellas jornadas: el mal estado, la estrechez y dificultades de los caminos, imponían retrasos considerables; en ciertas horas de calor, como desde las diez á las once ó las doce y desde las dos á las cuatro, se adelantaba penosamente bajo aquellos ardores tropicales; la segunda parte de la jornada no podía aprovecharse más que en tiempo de seca, es decir, de noviembre á marzo inclusive. En el resto del año y muy especialmente en la fuerza de las aguas, ó sea de julio á octubre, casi todas las tardes de dos á tres, se condensa y descarga la turbonada; de modo que se marchaba entre torrentes de aguas que descienden del cielo, y chapaleando por los fangales y charcos del camino, los

cuales enseguida se formaban ó existían desde los días anteriores. ¡Bien claro se comprende cuan poco podía así adelantarse! Por todas estas razones se hicieron algunas marchas de noche, con las favorables condiciones de la claridad que allí alcanza la luna al aproximarse el plenilunio. En esas épocas no vacilaríamos en aconsejar se aprovechasen las horas de luna con preferencia á las del medio día y la tarde. La intensidad de la luz es muy suficiente para subvenir á la eficacia de la seguridad y exploración; no hay polvo; el calor no molesta, pues la temperatura es dulce y hasta agradable; en su consecuencia hombres y ganado siéntense animados, ágiles y libres de la somnolencia que produce el calor en las anteriores horas del día. En los días próximos al novilunio, existían esas últimas razones de temperatura, pero en cambio, la falta de aquel luminar, coloca la marcha en las desfavorables condiciones que motivan la proscripción (hecha por los tratados de arte militar) de las marchas de noche, refiriéndose á las guerras europeas, y por consiguiente á nuestras zonas templadas, en las cuales nunca llega á brillar el astro-satélite con la intensidad que en las tórridas.

Permítaseme que insista en este punto, apoyado en la experiencia propia. Tratándose de una columnita de fuerza montada, aun son más perceptibles las ventajas que he enunciado. En la segunda campaña, he hecho yo mismo, con un grupo de tropa de esa especie, la marcha desde Puerto-Príncipe á Santa Cruz del Sur, distantes 20 leguas del país en la forma siguiente. Saliendo del primer punto á las cuatro ó las cinco de la tarde, esto es, cuando ya comenzaba á refrescar, y no olvidando la rápida *marcha* (andadura) de los caballos del país, hemos llegado á Contramaestre (que se halla á unas ocho leguas) á las ocho ó las nueve de la noche, y descansando hasta la una ó las dos de la madrugada, volvimos á emprender la marcha recorriendo otras siete ú ocho leguas hasta la hora de las seis ó seis y media. Tras un descanso de media hora que se aprovechaba en tomar el café ó un ligero desayuno, continuaba la jornada para recorrer las tres ó cuatro leguas que faltaban; de modo que se llegaba á Santa Cruz entre nueve y diez de la mañana, con la fuerza, tropa y ganado relativamente poco cansados y habiendo recorrido las 20 leguas desde la tarde anterior hasta la mañana del día de llegada. No hay necesidad de decir que, para verificar esto con buenas condiciones, se hace preciso que la luna dure toda la noche. En la proximidad de los cuartos, cuando hay horas en que falta, se dispone la marcha de manera que éstas se destinan al descanso, aprovechando en la marcha las otras en las cuales se disfruta de suficiente luz.

En resolución: para las marchas en la Isla, deben escogerse las horas, procurando sortear en lo que cabe, el tórrido calor de aquellos climas. Las horas que median desde el amanecer hasta las diez ó las once, son aprovechables en todo tiempo, no debiendo olvidar, que cuando la temperatura es más rigorosa y por lo tanto hay que detenerse á las diez, es también la estación en que amanece antes. Como, además, hay que tener presente, que en la zona ecuatorial no hay las enormes diferencias de la duración del día que notamos en las otras, podemos admitir que á las seis se emprenda la jornada aun en el mes de diciembre, y viene resultando que siempre disponemos de *cinco horas*, á lo menos como primera parte de aquella. Aun cuando el alto central pudiera tener bastante con una duración de dos ó tres horas, no hay que pensar en emprender la marcha en bue-

nas condiciones de temperatura antes de las tres ó las cuatro. En tiempo de seca comienza luego á refrescar y pueden aprovecharse aún dos ó tres horas; en época de aguas no es esto tan llano, pues precisamente en dichos momentos suele descargar la turbonada, y entre los atroces aguaceros que la acompañan, dificúltase mucho la marcha y es poco el adelanto que se consigue en el tiempo que queda de día. En ambas épocas pueden aprovecharse las horas de la noche acompañadas de luna, pero ese aprovechamiento tiene mayor importancia en la estación cálida, pues no pudiendo anticiparse la marcha más allá de las dos ó las tres, efecto de los calores, y ocasionándonos siempre retraso el aguacero, convendrá ganar por la noche el tiempo perdido, ó mejor, permanecer acampado aquellas horas, puesto que son poco utilizables y reservar las fuerzas de los hombres y ganado para marchar por la noche en las citadas condiciones.

Vamos á concluir este asunto, haciendo observar que no es esta la única guerra irregular en que se practica la marcha de noche, pues en la India se prefiere también para librarse de los ardores del sol tropical.

Huelga advertir, que todas las anteriores consideraciones refiérense únicamente al caso en que las circunstancias permiten cierto desahogo y comodidad, esto es, al caso de marchas normales. Si el tiempo apremia, si vamos á los alcances del enemigo, ó si tratamos de sustraernos de los suyos, todas las horas son buenas, incluso las de la noche cerrada, á pesar de los muchos inconvenientes que éstas ofrecen. Con semejantes esfuerzos, hemos visto ejecutar á las columnas jornadas increíbles pero excepcionales.

Examinemos ahora otro de los pormenores de ejecución de la marcha: las formaciones de las tropas. En la mitad oriental de la Isla, ya lo he dicho, no hay carreteras; los caminos principales, fuéronse constituyendo con los intervalos que dejaban entre sí los terrenos, que los primitivos ayuntamientos de la Isla iban repartiendo ó *mercedando*, como entonces se decía; así es que carecen en absoluto de firme, y como todos recorren un terreno fértil de suelo vegetal, presentan detestables condiciones de tránsito. Desarróllanse generalmente entre dos cercas de finca, ó al través de una selva por una tupida trocha, y dicho se está, que su anchura deja mucho que desear, pues aunque algunos trozos presentan la muy suficiente, sobre todo si recorren una sabana ó potrero despejado, como este caso dista mucho de ser constante, no debemos tenerlo en cuenta para las formaciones de las tropas.

La infantería tendrá que adoptar frecuentemente la formación de á dos, y alguna vez la de á uno. Otro tanto le sucederá á la caballería. En cuanto á los bagajes ó impedimenta no tengo para qué decir que debemos empezar por renunciar á toda especie de carruajes. Los caminos naturales de Cuba no consienten más que la volanta y la carreta. Como el sistema del primero no es adaptable á las necesidades militares, y además no resuelve tampoco el problema; nuestro ejército y todos cuantos operen en análogas condiciones, se atuvo como único vehículo, á la carreta. El mulo, animal resistente, de pezuña chica, de escasas necesidades, exigiendo poco cuidado y relativa economía en su adquisición y conservación, resuelve muy satisfactoriamente el problema del transporte, pero tiene un inconveniente imposible de cohonestar; la prolongación excesiva de las columnas. Y eso con tanto más motivo, cuanto que, según acabo

de decir, no puede pretenderse en general que lleven de frente más de una carga. Lo mismo diremos de la artillería de montaña, y bien comprendemos que esas formaciones son defectuosas, pero las imponen las circunstancias, resultando ineludibles. Aun hay más: las veredas, sendas, trochas, trillos, son frecuentemente tan estrechas, que ni aun caminando la tropa de á uno, consienten la circulación de ordenanzas, ayudantes y jefes y, á no atravesar una sabana ó potrero despejado, las órdenes hay que trasmitirlas por el conducto de los soldados. ¡Calcúlese la dificultad y complicación que esto representa para el buen orden de la marcha!

Mucho pudiera extenderme hablando de los diferentes detalles ejecutivos que faltan por tocar, pero ofreciendo menos desemejanza que los referidos, sólo les dedicaré breves líneas.

El desempeño de la exploración y seguridad en marcha, sujetábase á procedimientos análogos á los que se observan en general. En terreno llano y despejado, las puntas, extremas-vanguardias ó cualquiera otra patrulla á quien esté cometido ese servicio, destaca uno ó dos hombres, que se adelante por el camino senda ó campo atravieso, vigilando cuidadosamente los accidentes del terreno que caen dentro de su radio visual, y avisando con una seña á la patrulla, si hay algo sospechoso, ó adelantándose lo suficiente para cerciorarse de ello. En la exploración á través del monte resultaban disminuídas las distancias y muy estorbada la inspección y marcha, según expusimos al hablar de los flanqueos. Este servicio requiere práctica, y práctica en aquel país. La tropa que lo desempeña necesita haberlo ejercitado mucho; de no ser así, hallará dificultades insuperables y serían vanas cuantas reglas y prevenciones se le hicieran. Hay que saber penetrar en el monte machete en mano, *chapeando*, según la expresión del país, y andar así rápidamente, por lo menos todo lo rápidamente posible, y por último *ver*, cosa no tan fácil como pudiera creerse.

Los altos son tan convenientes en Cuba como en otros países y en otras guerras. El jefe que quiera conservar su tropa fresca y descansada para el combate no debe economizar los necesarios descansos, durante la marcha y siempre que las exigencias del tiempo lo permitan. La elección de los sitios ha de guiarse por principios análogos á los que tengamos en cuenta para el vivac, bien que tratándose aquí de una detención pasajera, podrán escrupulizarse menos las condiciones.

En la cuestión del paso y velocidad, influyen también mucho la índole de los caminos. Ya sabemos cuanto retraso ocasionan los pasos fangosos y la exuberante vegetación; pero es difícil reducir esto á cifras, porque presenta gran variabilidad y depende mucho de la práctica de las tropas. Ya dije antes que con demasiada frecuencia se han hecho jornadas de 50 á 60 kilómetros, lo cual debe, á pesar de todo, considerarse como un exceso. Por otra parte, los obstáculos que contribuyen á producir aminoramiento en las jornadas se multiplican á las veces en gran manera; un trozo de camino muy trabajado por continuas lluvias, un río crecido, unas carretas ó acémilas que se atascan, una sorpresa enemiga, quizá sin consecuencias, nos hacen perder considerablemente tiempo y espacio.

Por lo demás, tratándose de columnas á pie ó mixtas, el paso de los infantes es el regulador, y salvo las dificultades del terreno, á que me acabo de referir,

puede estimarse en las cifras reglamentarias, ó, por mejor decir, en las que arroja la práctica de nuestro soldado. Refiriéndome á columnas de caballería con algunas acémilas ó quizás sin ellas, la velocidad de marcha alcanza cifras verdaderamente notables. Los caballos del país, que constituyen el principal medio de comunicación para las necesidades rurales, están educados casi todos en lo que allí llaman *la marcha*, ó séase lo que designamos en la Península con el nombre de andadura. Ese paso resulta desagradable á la vista, pero es muy cómodo para el jinete, y se obtiene con él gran velocidad. Esta no baja seguramente de un kilómetro cada diez minutos, y aun puede ser mayor, consiguiéndose así con bastante frecuencia, y sin grandes esfuerzos, jornadas como las que he citado en pasajes anteriores.

Los pasos ó tránsitos que pueden ofrecer dificultad son, como en cualquiera otra campaña, desfiladeros, ríos, pantanos ó terrenos pantanosos, y en general, trozos de camino que constituyen un atasco. No contamos el bosque, porque es allí tan constante, que no debe considerarse como excepción.

Los desfiladeros no se presentan como es lógico en las comarcas llanas. Donde existen, ofrecen la complicación inherente á la existencia del bosque ó manigua, que raras veces suele faltar. El flanqueo adquiere mayor importancia y dificultad; auméntanse las fuerzas destinadas á ese servicio; la vanguardia toma las precauciones recomendadas en todos los libros; y en una palabra, procúrase adaptar á la índole y condiciones del país, las medidas que reclama una experiencia juiciosa. Los ríos se atraviesan comunmente por vado. Los puentes son muy raros, y aunque pudieran llevarse y tenderse puentes militares, como las columnas son pequeñas y las operaciones muy rápidas, conviene más renunciar á ese medio y reducirse al vado. No escribo un tratado de arte militar, y por lo tanto, no trato de repetir cuantas precauciones deben adoptarse para el tránsito de una corriente de agua. Sólo debo hacer presente, que muchas de ellas, insignificantes en la apariencia, vienen á lo mejor tan crecidas y violentas que no puede intentarse el paso en un gran trecho. Entonces, si no se quiere seguir á toda costa la marcha, no hay otro remedio que acampar un día ó dos, quizás tres ó cuatro, y aguardar á que bajen las aguas para efectuar el paso. Se han visto tropas detenidas por un obstáculo de esta especie, que habiendo decidido volver pies atrás, han hallado á los pocos kilómetros otro arroyo, el cual pasaron hacia poco, pero que estaba igualmente crecido, porque allí crecen con extraordinaria rapidez, encontrándose así la columna bloqueada por las dos corrientes, y obligada á esperar el descenso de cualquiera de ellas para efectuar el paso. De mucho serviría una compañía de zapadores que habilitase la bajada y subida de las márgenes para las carretas; pero la escasez de fuerzas de Ingeniería y las reducidas proporciones de las columnas, fueron parte, sin duda alguna, para que no se generalizase semejante preparación, aun cuando hubiera sido conveniente encomendarla á algunos soldados de infantería y caballería suficientemente adiestrados. El país presta bastantes recursos, por la abundancia de madera y ramaje, y no debe considerarse perdido el tiempo que en ello se emplee, atendido lo mucho que abreviará y facilitará el paso, si la preparación ha sido tan inteligente y práctica como es de desear.

Los terrenos pantanosos *siguáneas* ó *tembladeras*, que con ambos nombres son conocidos, exigen como siempre un reconocimiento previo ó un guía ex-

perto y adicto. Desconfíese mucho de aquellos sitios, pues los hay de falaz aspecto, que han conseguido *engullir*, esta es la palabra verdadera, aun cuando parezca chavacana, á algún ó algunos animales, salvándose los hombres con dificultad. Si no llevamos guías, ó no tenemos conocimiento previo de ese trozo, vale más sortearlo y evitarlo, aun cuando sea á costa de un rodeo; en la inteligencia de que el tiempo que parece se pierde con esto, gánase, en compensación del invertido en su tránsito con el despacio y precauciones consiguientes.

Sin necesidad de constituir en verdadero pantano, á las veces el camino, que se desarrollaba como he dicho, en terreno excesivamente blando, ofrecía un trozo, mayor ó menor, tan movido por las aguas y tan traginado que presentaba arduas dificultades; las carretas y las acémilas se atascaban; caíanse las cargas; los caballos con el cuarto anterior ó posterior completamente introducido en el barro, hacían poderosos esfuerzos sin conseguir otra cosa que hundirse más y más; los hombres mismos pasaban difícilmente, y si la columna era algo crecida podían presuponerse varias horas de pérdida. Por eso, en cuanto se adivinaba cualquier paso de tal clase, lo más conveniente era no tentarlo siquiera, sino recurrir á lo que allí llamaban *el desecho*. Consiste este, como su nombre lo indica, en desechar el camino que se traía, apartándose á la derecha ó á la izquierda de él, abriendo si era preciso, brechas ó portillos en las cercas de las fincas lindantes con el camino ó practicando una pequeña trocha en el monte. Trazaban así un camino provisional proximamente paralelo al otro, que como no estaba traginado resistía á lo menos el paso de la columna; y el pequeño rodeo que se formaba, ahorraba mucho más tiempo del que se hubiese empleado obstinándose en el primitivo camino, aunque fuese recomponiéndolo rápidamente con ramas y troncos.

Voy á terminar con la ejecución de las marchas recomendando una vigilancia exquisita por los oficiales y clases con respecto á la disciplina y buen orden de la tropa. Reflexiónese cuantos motivos lo demandan de consuno. Las formaciones, dado su frente escaso, producen excesivo alargamiento, y esto es tan inevitable, que nos obligará á aumentar la proporción de 1/4 que concede nuestro reglamento de campaña hasta llevarlo á 1/3; pero es absolutamente necesario que la tal cifra constituya un límite máximo, y no se me oculta que es tanto más difícil cuanto que frecuentemente la anchura mínima del camino que recorremos, apenas permitirá la circulación de los oficiales, clases y ordenanzas. Es pues necesario, que los soldados se habitúen á trasmitirse con fidelidad y exactitud las órdenes y prevenciones de los jefes, y que no pierdan el contacto entre sí los de una misma fracción, y el relacionamiento íntimo que debe existir de una á otra en la columna.

Dos ejemplos cita el brigadier Castellanos que son tan característicos que no debería omitirlos (1), pero ambos refiérense á operaciones de noche y es claro que en estas todavía hay que aumentar la vigilancia.

Si recordamos que una de las causas modificadoras de la guerra que venimos tratando, consiste en la mínima densidad de población y observamos que

(1) Pág. 176 de la ya citada obra.

los pueblos de alguna importancia escasean mucho, que median entre ellos distancias considerables y que existen espacios inmensos de territorio donde apenas hay algunos insignificantes pobladillos; si además tenemos en cuenta la bonancible temperatura de aquellos climas, que permite sin gran esfuerzo pasar las noches al raso, ó por lo menos resguardándose imperfectamente, no tardaremos en inferir que la mayor parte de las jornadas terminaban en el vivac y no en un punto de etapa fijo de antemano. De aquí resulta, que los cálculos de marcha, la determinación de los elementos de espacio y tiempo, parecen desmerecer en importancia, comparados con la que tienen en las guerras europeas, máxime si consideramos que generalmente se trata de columnas pequeñas, en las cuales van teniendo esos datos poco alcance. Una de las columnas que he presentado como muestra de tipos superiores (1) marchando como en Europa en filas de á cuatro, apenas puede preocupar, ni por su alargamiento, que fácilmente contendremos en los límites de 1/4, ni por el desarrollo de su fondo, que no conseguirá aumentar de una manera notable la duración de la etapa; más obsérvese que precisamente por las modalidades especialísimas á que me estoy refiriendo, resultan esos inconvenientes con mayor bulto. Reparemos, en efecto, que una compañía de las actuales tiene, formada en línea, unos 60 metros de frente; al hacer de á cuatro, conserva el mismo fondo, pero al desfilar de á dos lo duplica, y si tuviéramos que marchar de á uno se cuadruplicaría, resultando, por consiguiente 120 y 240 metros de fondo, lo cual presenta un promedio de 1'20 por hombre. Ahora bien, fijándonos en la formación de á dos, pues, aunque, muchas veces usaremos la de á uno, conviene huir de los casos extremos, á los 120 metros hay que agregarles 1/3 de alargamiento, comprendido el intervalo de compañía á compañía, de modo que nos resultan 180, y admitiendo que sólo llevan consigo dos acémilas de municiones que ocupan seis metros y que el capitán y oficiales no pudiendo marchar generalmente por el centro del camino, tienen que ir entre filas á la cabeza de las secciones, medias compañías ó compañía, invirtiendo otros seis metros, tenemos un total de 192 metros, al cual todavía debiera agregarle el espacio de los cornetas que irán frecuentemente con cada compañía, por la misma razón que las municiones. En suma, y en números redondos, cada compañía de 200 hombres con dos acémilas, y suponiendo 1/3 de alargamiento, ocupa 200 metros formada de dos en dos. Dedúcese, por consiguiente, que en la columna antes citada solamente las ocho compañías, desfilando de á dos, nos representan un fondo de 1500 á 1600 metros. Y no se me tache de exagerado, el fondo de 1'20 que he obtenido para cada hombre, contando el intervalo de uno á otro, es el que les asigna nuestro actual reglamento táctico marchando de á cuatro, y aún cuando la compañía en línea al girar individualmente á un costado queda ocupando los mismos 60 metros, pareciendo resultar sólo 0'60 para cada hombre, bien se comprende que al romper la marcha no podría absolutamente conservarse así y que cada fila tomará la misma holgura que en la marcha de á cuatro.

En cuanto al alargamiento de 1/3, creo que no tendré que esforzarme en justificarlo; el mal estado de los caminos que ocasionan enorme irregularidad en

---

(1) Véase la pág. 176 de la tantas veces citada obra.

la marcha, con el barro, con la vegetación y con la escasa eficacia que presenta la vigilancia, pues los oficiales pocas veces pueden ir fuera de filas, recorriéndolas cual sería de desear, y normalizando la marcha de las distintas fracciones, nos obliga á recurrir á la cifra máxima de alargamiento. No se me oculta cuanto más ventajoso sería no alcanzarla, y es patente que los esfuerzos del jefe de una columna deberían tender á eso; pero considero tan problemática su consecución, que he creído y creo, será siempre preferible admitir la proporción de 1/3 y contentarse con no excederla, incluyendo en ella la distancia de fracción á fracción.

De igual modo veríamos que un escuadrón de 100 caballos marchando de á dos y concediendo según nuestro reglamento de caballería 2'25 metros á cada caballo y 1'00 de intervalo; esto es 3'25, dan 162 metros, que añadiendo los trompetas y los oficiales se pueden elevar á en unos 180 metros. Es más fácil en caballería reducir el alargamiento á 1/4, con lo cual sólo obtendríamos como fondo total de escuadrón unos 220 á 230 metros, y como fondo de los cuatro escuadrones 900 á 920 metros, que unidos á 1,600 dan 2,500, á los cuales hay que agregar para obtener el desarrollo de la columna, las distancias de vanguardia y retaguardia ó sea 450 y 350 metros, más lo que consumen las impedimentas de batallón y regimiento y la P. M. No nos detendremos á hacer estos últimos cálculos, pero bien se comprende que por muy reducidas que fueran no bajarían de 500 metros entre todos, arrojándonos un fondo total de 3,800 á 4,000 metros.

Bien se ve por tanto, que aun cuando la columna en otras campañas regulares, no nos preocuparía para representarnos aumento en la jornada al salir y al llegar, ni para hacer concurrir á las fracciones á diferentes horas, en el país y en la guerra que venimos tratando, ya vale la pena de no echarlo en olvido; porque 4,000 metros suponen un retraso de cerca de una hora, desde que la cabeza de la columna llega al vivac hasta que ha entrado en él el total de la columna, y además, porque imitando lo que recomiendan nuestros reglamentos para las columnas mayores, es inútil hacer formar á todas las tropas á una misma hora produciéndolas un exceso de molestia, pues como vemos entre las salidas de algunas fracciones mediarán espacios de 1/4 1/2 3/4 y hasta 1 hora. En todo el trascurso de estas últimas reflexiones venimos suponiendo el desfile de á dos en los infantes y en los jinetes, no obstante serán demasiado frecuentes las ocasiones en las que, parte de la jornada ó quizás la jornada entera, tengan que hacerse desfilando de á uno. Es inútil advertir que el fondo de la columna se aumenta enormemente, casi se dobla, y resulta todavía más imprescindible el tomarlo en cuenta para las consideraciones que anteceden.

En las columnas pequeñas como las del segundo tipo observaremos que el fondo total, aún suponiendo suficiente desarrollo á las distancias, no excede de unos 700, á 800 metros, por lo tanto, ni puede ofrecernos notable retraso en el despliegue de las fracciones, ni en el comienzo y terminación de la marcha.

Para concluir con las reflexiones que atañen á las marchas, y antes de condensar en breves reglas los pormenores ejecutivos más sobresalientes, voy á llamar la atención sobre una modalidad peculiar de aquellos países y aquella guerra. Me refiero á la «persecución por rastro.»

Cuando una fuerza trata de sustraerse á la persecución de que es objeto, co-

mienza en toda clase de guerra, por abandonar los caminos más frecuentados, y aun si le es posible, marcha campo travieso. En las campañas irregulares, tratándose de grupos poco numerosos, sin artillería, sin impedimenta y quizás sin caballería, pueden efectuarlo con gran facilidad, y mediando la circunstancia de que los caminos tienen tan malas condiciones, que se pierde poco ó nada en abandonarlos, como sucedía en Cuba, es claro que eso constituirá un caso muy frecuente. La única limitación que se opondrá á tal libertad de movimientos, consistirá sólo en los obstáculos verdaderamente infranqueables ó difíciles, como un río caudaloso, un pantano, un abrupto acantilado, cosas que no se multiplican. En la guerra de Cuba, el insurrecto no tenía que preocuparse de los caminos; los seguía mientras le convenían, ó los abandonaba cuando le parecía oportuno. Lo principal en una persecución consistía pues, en adivinar la marcha del enemigo, no por los caminos, que hubiera tenido precisamente que tomar en otra clase de comarca, sino por las huellas, los rastros que iba dejando, ya fuese en el camino ó vereda seguida, ya en la senda ó trocha que iba improvisando á su paso. Por esta razón se comprendió, desde que comenzaron las primeras persecuciones, que había que poner gran cuidado en la observación de los rastros, y los prácticos y guías que se asignaron á las columnas, prestaron incalculables servicios, en esa rama de conocimientos, vulgares si se quiere, pero utilísimos, en tan alto grado, que casi estoy por asegurar, que no pudo nunca conseguirse fructuoso resultado en una persecución sin saber *seguir el rastro*.

No se crea tampoco que la empresa presentaba excepcional magnitud. Las huellas de los hombres y caballos, los excrementos de estos últimos, las ramas cortadas ó tronchadas, los bagazos y cortezas de fruta que arrancaban y comían los hombres, los restos de cigarros, las señales evidentes de los sitios donde habían sesteado ó vivaqueado, denotaban bastante aproximadamente la dirección, fuerza, importancia, y hasta el estado moral de la fuerza enemiga. Es claro que la gente del país se encontró, desde luego, en condiciones ventajosas para prestar dicho servicio, por el conocimiento que tenían de los campos y de las costumbres de sus compatriotas. Algunas veces proporcionaban unas reseñas tan minuciosas que casi parecían exageradas. Podría citar varias por cuenta propia, pero prefiero referirme á la que he hallado en el libro «La Cuestión de Cuba» (1) por ser muy típica y curiosa. Refiere el autor, que ejerciendo el mando de una columna y conversando con uno de los prácticos en momentos de descanso, hubo de asegurarle aquel, que por el camino que traían, marchaban también, con una legua de adelanto «*dos hombres á caballo*, *montando uno de ellos en una yegua tuerta del ojo derecho.*» Rióse el jefe ante la pretendida adivinación de tan nimio detalle, y picado el práctico le llevó ante el camino, donde en su pintoresco y agradable estilo, se explicó de esta manera. «Vea su mersé: este meao entre las huellas de atrá indica bien claro que es yegua; mientra camina sólo ha mordiscao la yerba del lao isquierdo, porque no ve del otro lao; es desir que es tuerta del ojo derecho. Están frescas y blancas las cañas que han pelao y el bagaso que han chupao, prueba clara de que no nos llevan más de media hora de delantera. ¿Se convense su mersé?»

(1) «La Cuestión de Cuba.»— Memoria político-militar, escrita por un testigo presencial. —Madrid 1876.

No tardaron mucho nuestros soldados, nuestros oficiales y nuestros jefes, en adquirir esa práctica, sino tan perspicaz y desarrollada como el guajiro ó campesino á lo menos en el suficiente grado para no echarse ciegamente en brazos de la buena ó mala fé de un guía. Había detalles que eran fácilmente perceptibles. La gente del país, aprovechándose de la naturaleza del suelo de la Isla y esquivando el engorro y cuidado del herraje de los caballos, tan difícil de mantener en buen estado á considerable distancia de las poblaciones, como allí suelen estar las fincas, acostumbraban á no herrar los caballos, así los tenían casi todos los insurrectos, y no hubiéramos hecho mal imitándolos; pero el resultado es, que podían fácilmente distinguirse las huellas de una tropa montada enemiga, con sólo observar que los caballos iban sin herraduras. Las huellas de los peones, conocíanse porque en la infantería insurrecta servían muchos negros, que no usaban zapatos; y además tienen el pie bastante grande, siendo fácil de distinguir. La escasez de elementos que padecían los insurrectos, les obligaba á usar hojas de maíz en sus cigarros, á diferencia de los nuestros que usaban papel; de modo que por las colillas ó puntas de aquellos, encontradas en el suelo, podía inferirse fácilmente y con certeza, si las tropas que habían dejado el rastro eran nuestras ó enemigas. La fecha del paso no era tampoco muy difícil de averiguar con alguna aproximación; por las cáscaras y bagazo de las frutas que solían ir comiendo, según hemos visto en el episodio antes referido; por los cortes frescos ó secos de las ramas, que constantemente hacían, bien fuera por necesidad para evitarse el estorbo que causaban en la marcha, bien por costumbre ó entretenimiento. Por último, en los sitios donde las tropas más ó menos numerosas habían sesteado ó vivaqueado, quedaban señales evidentes y claras que daban á entender si eran amigos ó adversarios. Aquellos dejaban desperdicios de garbanzos, habichuelas, arroz y galletas; estos los dejaban de viandas, tasajo y casabe. En los demás detalles era fácil también notar la diferencia, por los camastros, por los abundantes «ranchos de vara en tierra» por las «barbacoas.» Otros muchos detalles pudiéramos continuar enumerando, pero la mayor parte de ellos son ocasionales y no demuestran otra cosa que la posibilidad de resolver estos problemas, adquiriendo los conocimientos prácticos que requiere la índole particular de la campaña que se sostiene.

Ocioso es decir, que entablada la competencia de malicia y perspicacia, las partidas enemigas trataron de ocultar sus rastros dividiéndose y subdividiéndose en grupos pequeños, absteniéndose de cortar ramas, cruzando los arroyos en dirección de la corriente y tomando tierra en paraje pedregoso donde no fueran perceptibles las huellas, dando grandes rodeos y atravesando de un salto las veredas y cercas, y por último, procurando ocultar las señales de la inmediación de sus campamentos de mil maneras ingeniosas. Nuestras fuerzas cayeron alguna vez en el lazo, y otras por el contrario sospecharon la ficción. Ninguna regla concreta puede darse acerca de esto. El conocimiento del país, de sus costumbres, del campo, del enemigo y de las otras varias particularidades, puestas al servicio de una mediana inteligencia, ayudan á discurrir en cada caso particular con arreglo á los antecedentes que poseemos.

Demás está hacer observar, que estas últimas prescripciones son aplicables con preferencia á las columnas pequeñas, y aún más especialmente á las operaciones auxiliares dirigidas contra grupos de insurrectos insignificantes, que son

los que naturalmente se encuentran en más favorables condiciones para eludir los efectos de la persecución. Sin embargo, algunas veces las columnas considerables, se vieron en el caso de emprender persecuciones por rastro, fundados en los datos que he especificado, y por tal razón deben tenerse siempre en cuenta, seguros de que se nos ofrecerán múltiples ocasiones de aplicación.

No me cansaré de repetir, que en este asunto como en todos, la preparación de las tropas garantiza los buenos resultados en el comienzo de la campaña; y como esa preparación sólo se obtiene con una constante é inteligente práctica del país, de aquí que debía recomendarse, una y otra vez, esa instrucción que sólo puede obtenerse sobre el terreno, esto es, dándosela á las tropas de las tres armas en la Isla.

Para finalizar, trataré de expresar en unas cuantas reglas concretas de ejecución, los detalles que se han ido manifestando en el desenvolvimiento del desarrollo logístico de las marchas.

1.ª Supuesta la índole de aquella guerra, en las marchas de toda clase, debe inspirar el mismo temor la vanguardia, que los flancos y la retaguardia, y por consiguiente, hay que organizarlas con idéntico cuidado en las columnas; pero deduciéndose de aquí, que la fuerza proporcional de la vanguardia y retaguardia no puede alcanzar las cifras que se le asignan en los tratados de guerras regulares, habremos de contenerlas en la proporcionalidad de 1/7 á 1/8.

2.ª La razón anterior, induce también á asignar, á los diferentes elementos de la columna, sean fuerzas de las tres armas, impedimentas ó PP. MM. una colocación simétrica, con relación á la cabeza y cola del cuerpo principal.

3.ª El contingente de los flanqueos puede ser muy variable, y con tal que no perdamos de vista su inprescindibilidad, será lo más conveniente que cada parte de la columna provea los suyos respectivos, en la forma y disposición que el terreno le consienta.

4.ª Las horas de marcha deben escogerse procurando sestear hacia el centro del día, y en la época de las aguas, evitando también las horas en que descarga la turbonada, porque se adelanta poco chapoteando entre el aguacero. En cambio, pueden utilizarse con ventaja, cuando hay luna, las horas de la noche que la disfrutan, porque su luz es suficientemente intensa para las necesidades de la marcha.

5.ª Pocas veces consentirá el camino la formación de á cuatro para la Infantería, y menos aún para la Caballería. En general nos veremos forzados á adoptar en estas dos armas las filas de á dos; para la Artillería y bagajes el frente de una carga. En muchas ocasiones, la Caballería y hasta la Infantería, tendrán que recurrir á la formación de á uno.

6.ª Es difícil normalizar la velocidad de la columna, por los múltiples y distintos obstáculos que en la marcha encontraremos. Para los malos pasos recúrrase al desecho; los ríos y arroyos reconózcanse con cuidado, principalmente cuando vienen crecidos, siendo preciso algunas veces abstenerse de su paso; desconfíese mucho de los terrenos pantanosos, siguaneas ó tembladeras, á no ser que tengamos un buen guía ó que poseamos perfecto conocimiento de ellos; en la travesía de bosques que constituyen allí el aspecto topográfico más constante, redóblese la vigilancia de los flanqueos, principal garantía contra una sorpresa. En los demás detalles apenas hay que introducir variaciones notables con respecto á las reglas usadas en Europa.

7.ª Por la misma razón consignada en la regla anterior, y por el desarrollo que producen las formaciones de marcha, hay que elevar el alargamiento hasta 1/3 y aunque las brillantes aptitudes de nuestros soldados nos han consentido hacer jornadas de 60 kilómetros, sólo debe estimarse esto como esfuerzo máximo y excepcional.

8.ª Todas las prevenciones anteriores deberán servirnos para los cálculos preparatorios de marcha; mas no debe olvidarse que el interés de estos decae un tanto, pues las jornadas no terminan generalmente en un verdadero punto de etapa, sino en un vivac, el cual puede elegirse bastante libremente. Con todo, hay que recordar el notable aumento que presenta la profundidad de las columnas y las precauciones que ese aumento habrá de arrastrar, en los despligues, comienzo y terminación de la marcha.

9.ª Para las persecuciones, es condición indispensable el conocimiento de los rastros, pues sólo siguiendo éstos cuidadosamente pueden llevarse á debido efecto aquellas. En cuanto á las reglas para conocerlos y adivinarlos son demasiado múltiples y contingentes, y no pueden compendiarse en pocas palabras; la práctica del país enseñará mucho más de lo que especificarían numerosas observaciones.

XII

DEDUCCIONES LOGÍSTICAS; REPOSO

Los que sostienen que la guerra de Cuba es *especial*, y que se aparta de todas las reglas consignadas en los libros, pueden aducir señaladas pruebas de ello en los métodos de reposo. Sin embargo, en ese mismo asunto pretendo demostrar yo, lo que otras veces he dicho, á saber: que los procedimientos actuales del arte de la guerra, son completamente aplicables á aquella campaña, con tal que tengamos en cuenta, las condiciones de excepcionalidad que allí no aparecían como tales y viceversa. Por ejemplo: en las campañas contemporáneas, casi han desaparecido los antiguos campos; como sistemas de reposo empléanse el acantonamiento y el vivac; aquél para las grandes masas de tropas, y éste último para las fracciones destinadas á los servicios auxiliares y pequeñas empresas. Pues bien, en la guerra de Cuba, á causa de la despoblación del país, poco se podía contar con el alojamiento en pueblos, tal y como nosotros lo entendemos. Para las detenciones de algunos días, naturalmente era preciso acampar, pero aun ese mismo campamento, parecía bien distinto de lo que se nos ocurre al pronunciar esa palabra en nuestros libros. Veamos ahora como se armoniza esto con la modalidad actual del arte. La importancia que tienen en la guerra moderna la rápida movilidad de las tropas, los perfeccionamientos de la higiene, y otras causas de menor entidad, han hecho desechar el campamento como método de reposo; pero la necesidad de no dormir continuadamente al raso, ha hecho recurrir á los acantonamientos. Tienen estos el grave inconveniente de fraccionar demasiado la tropa, contribuyendo á sembrar cierta autonomía entre los grupos y relajando la disciplina. Eso se evitaría si el acantonamiento en vez de constituirse por *alojamiento*, se estableciera por *acuartelamiento;* es decir, si los soldados y oficiales en lugar de estar distribuídos en casas particulares, pudieran estar en grandes edificios á modo de cuarteles. No

obstante, resulta poco factible lo último, á no ser como verdadera excepción, y por tal motivo, apenas se le presta interés alguno por los tratadistas contemporáneos. En Cuba, ya lo he dicho, la población poco densa, los pueblecillos de campo harto reducidos, formados con bohíos de guano y siempre en muy desventajosas condiciones, hacían tan difícil el alojamiento de las tropas, que fuera de algunas poblaciones de importancia como Puerto-Príncipe, Santa Clara, Manzanillo, etc., ni siquiera se pensaba en ello; pero obsérvese, en cambio, lo que sucedía. Si el pueblo ó poblado se ocupaba por algún tiempo, estableciéndose en él un centro de operaciones, ó un punto de apoyo ó de observación, emprendíase en seguida la construcción de un barracón cuartel, aprovechando los fértiles elementos del país. Siendo esos, tales que proporcionan á los paisanos los medios de edificar sus viviendas, «ranchos ó bohíos», que dicen ellos, natural era también que las tropas pudiesen contar con igual recurso á poca práctica que tuviesen; por manera que se constituía un verdadero acuartelamiento, rápido y quizás en condiciones imperfectas; pero al cabo muy admisible en aquel clima tan cálido, que sólo exige resguardarse un poco de los relentes nocturnos. Resultaba pues, que semejante construcción fácil y pronta de los acuartelamientos, no era en suma más que un acantonamiento, establecido en condiciones favorables, porque se lograba tener las tropas reunidas, aprovechando las excepcionales condiciones del país y del clima.

Dicha última razón, permitía también que en las operaciones activas, se emplease y repitiese el campamento; pero no un campamento regular, sino un verdadero vivac irregular, el cual se plegaba ante todo á las formas y detalles del terreno.

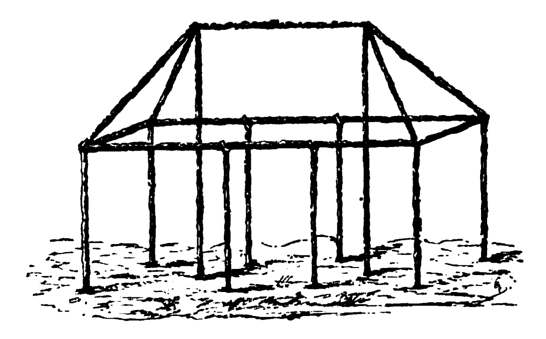
En conclusión; los principios generales de la ciencia de la guerra, reclaman hoy, que en el reposo prolongado, se prefiera ante todo el acantonamiento; y en la guerra de Cuba, este acantonamiento, en lugar de establecerse por medio de alojamiento, se establecía por acuartelamiento improvisado, valiéndose de los elementos que ofrece el país, y de las facilidades que allí se encuentran para resolver el problema. El alojamiento en casas particulares, sólo pudo emplearse en algunas poblaciones de cierta importancia, y aun en ellas, procuraba aliviarse la carga, construyendo barracones, que hechos con algún esmero, llenaban cumplidamente su objeto; á lo menos en un plazo de algunos años.

Por lo que atañe á los campamentos, en ningún país es más exacto el aserto de Napoleón: «Las tiendas no son sanas, vale más que el soldado vivaquee...» La temperatura elevada y la abundosa humedad, hubieran bastado para proscribir las tiendas, aun en el caso de que hubiéramos llegado á salvar y connaturalizarlas con el exceso de material é impedimenta que hubieran representado. Aquello mismo que llamaban jactanciosamente «tienda» los oficiales y jefes, reducíase á un pedazo de lona que se tendía sobre la cama de campaña ó la hamaca, con objeto de resguardar algo del relente de la noche. El método de reposo en constante movimiento de operaciones, era, pues, un verdadero vivac, y un vivac irregular, pues las más de las veces, establecíase á la orilla de un río, al costado de un camino, en el linde de un monte ó bosque, siguiendo los contornos de una de esas líneas, y plegándose á las irregularidades del terreno.

Vamos, según eso, á examinar los dos elementos anormales, sino con todos los detalles que se requieren, al menos con los suficientes para caracterizarlos.

La construcción de barracones de madera no ofrece graves dificultades. Después de haber hablado, hasta la saciedad, de los bosques, ó mejor dicho, selvas, de la Isla, inútil es decir con cuanta abundancia se encuentran allí troncos de diversas clases, desde el grueso cedro, capaz de proporcionar vigas de enorme escuadria, hasta delgadas y flexibles varillas de bastón, desde la hermosa caoba, de lujoso aspecto, hasta el áspero y eterno jiquí, desde el negro ébano, hasta la sonrosada sabina ó el amarillo fustete. Algunas de esas son más estimables y escasas, pero bien se entiende que no eran precisas para los trabajos que vamos á indicar y sólo se exigía para estos, lo que allí llaman *madera de corazón*, es decir, troncos con un núcleo suficientemente vigoroso para ofrecer cierta garantía de dureza y resistencia al tiempo. Como lo que hace subir el coste de las maderas son las dificultades de transporte y las dimensiones exageradas de los troncos, resulta que aun en tiempo de paz, una docena ó dos de *palos* (vocablo del país) cortados en el monte y tomados allí mismo, apenas tienen valor, y no habrá probablemente propietario rural, que no se desdeñe de ponerle precio, á no concurrir las circunstancias que antes he indicado, de excelencia de maderas ó dimensiones notables. Si esto sucede en época normal, calcúlese lo que acontecería en plena campaña; abandonadas las fincas sin que fuera posible hallar persona con quien entenderse, y sobre todo con una exuberancia tal de vegetación, que aun cuando se hubieran intentado cortas en mayor escala, no hubieran acertado á echarse de ver en el largo trascurso de la campaña. Hago esta explicación para demostrar que las primeras materias de los barracones, esto es, las maderas, no costaban otro trabajo que el buscarlas y tomarlas, entendiéndose á lo más, con el dueño, que siempre se avenía á cederlas, ó enteramente gratis ó mediante un módico estipendio.

De cualquier modo, obtenido el permiso y pudiendo disponer á su antojo de la cantidad de madera suficiente, se cortaban algunos palos, no muy gruesos, pero en relación con el tamaño del bohío que se quería construir. Clavando algunos en el suelo, haciendo toscas ensambladuras, ligándoles con bejucos, y sujetándolos con clavos, llegaba á construirse un armazón por el estilo del que demuestra la figura.



Armadura de un barracón, rancho ó bohío sin cobijar y sin paredes

Terminado esto, ya teníamos hecho lo más difícil. Para revestir las paredes, usábanse diversos elementos; tablas de palma, que se fijaban con clavos á los pies

derechos; yaguas, especies de cortezas que desprenden las palmas y que tienen el aspecto de pieles curtidas, fuertes, resistentes, y cuando están frescas muy flexibles y manejables. Para cubrir las paredes con ésto, hacíase un enrejado de varillas delgadas, y á él sujetábanse las yaguas, entretejiéndolas y amarrándolas con bejuco, también müy abundante y fácil de manejar estando verde, pero después rígido y apretado. Por último, cuando se quería dar más resistencia á las paredes, se las construía de troncos gruesos, colocados verticalmente unos junto á otros y en forma de empalizada. Sin perjuicio de esto, puede revestirse interiormente dejando huecos para aspilleras ó ventanas, y añadiendo así condiciones de defensa á la construcción. El techo se cubre, ó se cobija, como allí se dice, con hojas de palma, que se llama *guano*, en el país, y el conjunto presenta un aspecto por el estilo del adjunto dibujo.

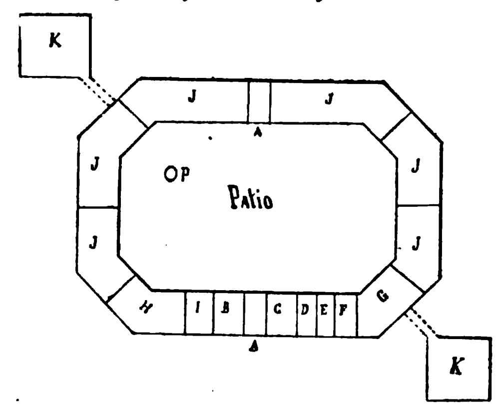


Vista de un bohío construído en los campos de Cuba con recursos de éstos

La cobija, según se ve, tiene gran pendiente por exigirlo así la materia de la cual está construída. El caballete está recubierto con yaguas, y generalmente no puede tener salida de humos. En cuanto á las puertas, fácil es improvisarlas toscamente, de una manera semejante á las paredes, pero es mejor cuando la casa puede tener algún intento defensivo, reemplazarlas con un través que se coloca delante, á suficiente distancia y con bastante extensión. No continuaré dando detalles, aun cuando el asunto préstase mucho á ello, porque si tal hiciera, me apartaría del objeto general de este trabajo.

Para que se vea hasta que punto puede sacarse partido de semejantes construcciones, voy á presentar un ejemplo práctico. Al concluir la primera campaña, quedaron los dos batallones del regimiento de la Reina guarneciendo las dos zonas de San Jerónimo y Magarabomba, y aunque tenían numerosos destacamentos, el núcleo central de cada batallón residía en dichos respectivos poblados, que daban nombre á las zonas. De esos dos puntos, el primero no era otra cosa que un miserable pueblecillo compuesto de bohíos, ranchos ó casuchos insignificantes sin condiciones de alojamiento; el segundo apenas existía, pues lo fundamos al concluir la guerra; y nos encontramos ante la necesidad de improvisar acuartelamiento para esas fuerzas. Previendo que la estancia se prolongaría por meses y aun quizás por años, pues convenía dilatar la ocupación militar, se pensó en acondicionar ó construir barracones por el estilo de los que hemos explicado, pero con las dimensiones bastantes para prestar suficiente cabida á la fuerza reunida en un solo edificio.

Tomando por ejemplo el de Magarabomba, construyóse un enorme barracón cuyo plano y detalles doy en diseño.



A A' — Vestíbulos (entrada y salida).
B — Cuarto del oficial de guardia.
C — Cuerpo de guardia de la tropa.
D — Cuarto de corrección.
E — Calabozo.
F — Almacén de provisiones.
G — Almacén de vestuario y armamento.
H — Enfermería.
I — Sala de academias de tropa.
J — Cuadras de las 6 compañías.
K K — Tambores defensivos.
P — Pozo.

El cuadrado exterior de esta construcción tenía unos 85 metros de largo, por unos 65 de ancho. De alto tenía unos dos y medio metros, contando sólo las paredes desde el suelo al comienzo de la cobija ó techo. Esta era naturalmente, y según se ha dicho, de guano con caballete de yaguas. Las paredes se construyeron muy inteligentemente, con dos filas de troncos de guano ó palma, una exterior formada por los más gruesos y otra interior de los más delgados. Ambas sólo llegaban á una altura de dos metros, y la parte restante de la pared estaba hecha de yagua. Así resultaban éstas con bastante espesor defensivo en los dos primeros metros. Las maderas estaban todas sin labrar; sólo para los marcos de las puertas y algunas ventanas se labraron algo, pero como no se menudearon mucho aquellos detalles, no se produjo gran complicación. Toscamente, se procedió á fabricar también de madera, algún moviliario, como armeros, bancos, perchas, mesas, etc,. etc. Los tabiques del interior se hicieron de una manera semejante á las paredes exteriores. Tanto éstos troncos como los del armazón primero, á más de clavarse fuertemente se sujetaron unos á otros con alambre galvanizado. Se observará que nada se dice de las cocinas que, siguiendo la costumbre del país y por evitar incendios, estaban colocadas fuera y á conveniente distancia.

En cuanto al coste no pudo resultar más económico; teniendo presente que las primeras materias se obtuvieron sin desembolso alguno, y que los obreros eran soldados del regimiento. Sólo hubo que pensar en las gratificaciones y ranchos extraordinarios que á ésos se les daba; en las herramientas, alambres, clavos y otras menudencias; así vino á importar próximamente el presupuesto de gastos unos 400 pesos ó sean unas 2,000 pesetas.

Como se ve, es imposible, pretender más ventajosa economía en una construcción que, dado lo benigno del clima, llenaba perfectamente su papel, tenía capacidad suficiente para todo el batallón, con el mayor desahogo en sus dependencias, y ofrecía una duración probable de 10 á 12 años. El único inconveniente en verdad grave, consiste en el riesgo que corren los techos de guano de incendiarse fácilmente, tomando tal incremento el fuego, que no hay posi-

bilidad de apagarlo. Yo mismo he visto arder en un corto número de horas un gran barracón, quedando absolutamente destruído, y sin que hubiera sido posible aminorar el daño. Para prevenir ese trance, se toman las mayores precauciones, como alejar las cocinas, según he indicado, y esto es una cosa tan sabida, que hasta en el más miserable bohío, construyese un cobertizo ó cabaña enteramente separada, para instalar la cocina aparte del edificio principal.

He presentado como ejemplo un verdadero barracón-cuartel de grandes dimensiones y construído con cierto refinamiento; pero no necesito hacer notar, que achicando las dimensiones, descuidando más los detalles constructivos y apremiando el tiempo, se podían improvisar, y se construyeron con mucha frecuencia, barracones que servían para resolver el problema del acantonamiento aun tratándose de plazos de tiempo bastante cortos. Queda así justificado lo que empezamos por llamar un acuartelamiento provisional, en cuarteles-barracones, levantados con más ó menos esmero.

Tócame ahora hablar de campamento, y es inútil insistir en lo que llevo indicado; á pesar de que se le designaba con ese nombre de «campamento» fué siempre un verdadero vivac. Ni era posible llevar tiendas que el clima haría innecesarias, ni son precisos aderezos de ninguna clase, porque el campo de Cuba alcanza á proveer las necesidades más rudimentarias. Los jefes y oficiales llevan su cama de campaña ó su hamaca y un pedazo de lona para colocarlo en forma de techo, resguardándose así del relente de la noche. Los soldados también deberían llevar siempre sus hamacas para evitar se tendiesen en el suelo constantemente húmedo; pero esto que para las fuerzas montadas era relativamente fácil, porque la hamaca abulta poco y se lleva fácilmente en la perilla ó en la grupa de la montura, para la fuerza de infantería no dejaba de constituir á las veces un aumento de impedimenta y era preciso eliminarlo. Ya diré luego como puede sortearse aquella dificultad. Por lo demás, algunas ollas ó vasijas para cocer los ranchos, y he aquí todo el material de campamento: ni palos, ni piquetes y hasta, si se me apura, ni cuerdas, porque pueden reemplazarse con bejucos y majagua harto abundantes en cualquier monte.

Acabo de decir que el campo de Cuba ofrece elementos para satisfacer algunas perentorias necesidades. No me vuelvo atrás en mi aseveración, y he de procurar desarrollarla muy luego, señalando algunos de aquellos elementos y el partido que de ellos puede sacarse; mas, como se comprenderá, esa abundancia de recursos no quiere significar que pueda acamparse al azar y en el primer punto que se nos ocurra. Hay que elegir el sitio mediante ciertas condiciones y de ellas voy á hablar antes de referirme á la forma y detalles de instalación.

Como en toda clase de campo ó vivac lo primero con que necesitamos contar es con aguadas abundantes, inmediatas ó muy próximas al campamento. En tiempo de seca encontraremos muchas veces dificultades para resolver el problema: en la estación cálida es fácil hallar agua en todos los arroyos, hondonadas y grietas; pero estos depósitos de líquido constantemente disminuídos por la evaporación diurna, apenas alcanzan á satisfacer nuestras necesidades. No olvidemos que un hombre gasta por término medio, entre lavarse, beber y cocinar, unos tres ó cuatro litros diarios, y que una caballería gasta también diariamente unos 16 litros.

Después del agua no tiene menos importancia la leña. Aquel clima benéfico

haría prescindir en muchos casos de ella, si no fuese por su necesidad para condimentar las comidas ó ranchos; empero, no podemos menos de confesar que ese elemento es mucho más fácil de conseguir que el agua. Ocurre algunas veces que se atraviesa una sabana estéril é inculta, salpicada de guanos, ó tal vez con miserables yerbecillas como espartillo y otras; entonces escasea la leña porque los guanos son poco á propósito para emplearse así, pero por mucho que se prolongue semejante paisaje, no tardaremos en alcanzar alguno que nos ofrezca leña más ó menos aceptable y abundante. Suele acontecer, también tratándose precisamente de dichas llanuras en invierno, que no encontramos aguadas en dos ó tres leguas, y es uno de los asuntos en el cual hablo por experiencia propia; de modo que resultan casi hermanadas ambas necesidades. Mucho pueden valernos en tales circunstancias los guías ó naturales del país; pero de todas maneras, lo que intento sentar, por ahora, es que la elección de sitio de acampar ó sestear debe subordinarse á las necesidades de agua y leña, que habitualmente corren parejas, buscando parajes inmediatos ó suficientemente próximos á las corrientes de agua.

Otra necesidad de gran importancia, es la existencia cercana de forraje para los animales, caballos, acémilas ó bueyes. No es esta tan apremiante como las anteriores, pero no conviene olvidarla por completo, pues en el caso de no existir cerca el forraje, tendríamos que limitar aquellos á la ración de maíz, y eso si puede hacerse un día no debe en modo alguno continuarse.

Para el campamento donde sólo vamos á sestear, podemos ser menos exigentes. A las veces, bastarán como aguada una fuente de las que allí llaman *ojo de agua* ó un *pozo*. Semejantemente, diremos de la leña, que puede bastarnos con la suficiente para uno de los ranchos; mas en tratándose de un campo en que pernoctamos, y tal vez hemos de permanecer en él tres ó cuatro días, hay que buscar las condiciones anteriormente prescritas, á más de las higiénicas, que son desde luego sabidas; nivel del suelo relativamente alto, exposición á los aires puros, etc., etc.

La inmediación de terrenos pantanosos es uno de los más graves inconvenientes para los campamentos cubanos, por el miasma palúdico que desarrollan; pero cuando estamos en comarcas pantanosas extensas, no hay medio de evitarlo, á no ser que renunciásemos á operar en ellas. Los mosquitos llegan á constituir una plaga temible, y he oído decir á los hijos del país, que se han dado casos de arrancarles la vida á animales tan fuertes como un buey ó un caballo. Guerreando en las costas, que es donde más desarrollo toma la plaga, ó en las orillas de ríos importantes, no puede adoptarse otra precaución que la de proveer las hamacas de los soldados y oficiales de fuertes mosquiteros de tela gruesa. Las hogueras de leña consiguen atenuar algo la plaga; pero sólo pueden aconsejarse como un paliativo.

Los campamentos deben ante todo, y según he dicho, plegar su forma á la del terreno; pero no huelga examinar algunos casos más comunes. Tratándose de columnas algo crecidas con respetables masas de impedimenta y de artillería, hay que buscar un espacio despejado, sabana pequeña ó potrerillo, donde colocar aquellos elementos agrupándolos con regularidad y orden; pero importa mucho que las dimensiones de aquel espacio no excedan de cierto límite, pues de lo contrario daremos excesivo desarrollo al servicio avanzado. No olvide-

mos, en efecto, que temiéndose la presencia del enemigo igualmente por todos lados, sean cualesquiera las dimensiones del campo nuestro, lo que realmente forma el circuito, la periferia exterior base de la vigilancia, es el cordón de bosque que envuelve el claro; de suerte que en él tiene que apoyarse la zona avanzada con un espesor y anchura uniformes. Por lo tanto, si el tal perímetro adquiere demasiado desarrollo, los puestos avanzados consumirán mucha tropa y no hay que decir cuan inconveniente viene resultando esto. Refiriéndose á columnas pequeñas, el brigadier Castellanos, recomienda dos clases generales de campamento. El primero, que pudiéramos llamar en línea, siguiendo el lindero de un monte y plegándose á las sinuosidades que ofrezca. Semejante sistema proporciona economía en el servicio de seguridad, pues por la parte de la sabana bastará algún puesto y un corto número de centinelas, y por la parte del bosque es fácil colocarnos al abrigo de una sorpresa. De día no necesito demostrar más extensamente esto; de noche, si bien resulta sumamente restringido el radio de inspección, queda el recurso del «escucha» y en el monte no es posible llevar á cabo una sorpresa de entidad sin producir un ruido muy alarmante. Todavía hay que agregar otra ventaja notable, porque redunda en beneficio de la mayor comodidad de la tropa. Sábese que el sistema de camas usado en el campo de Cuba, es el de hamaca, cuya disposición y aspecto me creo dispensado de dar; pues bien, importa mucho que todos los soldados puedan colgar su hamaca y no duerman sobre el suelo, y esto es absolutamente indispensable en verano ó tiempo de aguas. Con la disposición de campamento que examinamos, resulta satisfecha esa necesidad, puede ocultarse la fuerza y hasta disimular su presencia, penetrando en el monte y dejando en la línea sólo el servicio avanzado. Un grupo pequeño de caballería puede con gran ventaja emplearlo, internando los caballos en el monte, y poniéndose en aptitud de desarrollar sus condiciones defensivas como fuerza de á pie. Sin embargo, ese modo de acampar cae en defecto en cuanto la columna es algo crecida; dos batallones nutridos, más dos escuadrones colocados en línea sobre el contorno de un bosque, producen un desarrollo de tan considerable extensión, que caemos en el inconveniente antes apuntado. Vale más acogerse al otro método, buscando un claro, estancia, sabana ó potrero pequeño; colocando en el centro la impedimenta, la artillería y la caballería, y en un cordón más ó menos delgado, siguiendo el contorno de los bosques y tal vez introducidas en él, las fuerzas de infantería ó la caballería pie á tierra.

El otro tipo de campamento consiste en detenerse sobre el camino en paraje inmediato á una aguada. A derecha é izquierda é internándose en el monte, se coloca la fuerza de infantería y de caballería, estableciéndose en la propia forma que en el caso anterior; en el centro del camino se coloca la impedimenta y la artillería; quizás la caballería si hubiese comodidad y adecuado espacio para ella; en los dos extremos del trozo de camino que así se ocupa, se construyen fácilmente trincheras, empalizadas ó talas que lo intercepten, y queda nuestra posición suficientemente asegurada con economía de vigilancia. En resumen, este método no difiere del anterior, pues como aquel tiende á sacar todo el partido posible del accidente bosque, pero hay la ventaja de presentar un conjunto más concentrado, y además, puede aplicarse á columnas mayores, con tanto más motivo, cuanto que será raro que en transcurso algo prolon-

gado no encontremos algunos ensanches del camino, bajo la forma de potrerillos, estancias, palmares, etc., etc., donde podemos acomodar la artillería, impedimenta y tal vez la caballería.

Queda, por último, otro sistema de campamento bastante frecuente, aunque en realidad puede considerarse indicado en el primer tipo. Los ríos y arroyos por estéril que sea el terreno que recorran, nunca dejan de llevar á ambas orillas una faja ancha ó estrecha de bosque; de modo que la corriente de agua resulta comprendida entre dos de ellos y pueden utilizarse uno ó ambos, según los casos, vigilando en el primero cuidadosamente la opuesta orilla, cuidando en el segundo de mantener franca la comunicación entre los dos por diversos puntos. Este sistema presenta una desventaja antes mencionada, los mosquitos. A los que no conozcan la Isla, quizás les parezca exageración pueril cuanto he dicho hace poco, y sin embargo, nada más cierto. Esos insectos llegan á presentarse con tal abundancia y variedad, que se convierten en una verdadera plaga. Los mosquiteros sirven para las horas de sueño, pero como no puede pasarse la vida envuelto en ellos, y como todos los demás medios que pudiéramos aconsejar carecen de eficacia, puede decirse que no hay procedimiento alguno para sustraerse de sus picadas, las cuales por su intensidad y persistencia, producían una desazón que con nada puede compararse. Este inconveniente de los ríos basta á las veces para renunciar á establecer en sus orillas el campamento. Además, siempre tenemos, que la tal disposición sólo es aplicable á columnas pequeñas, con escasa impedimenta y desprovistas de artillería.

El establecimiento del servicio avanzado, dado los métodos de reposo, presenta un aspecto *sui géneris* y apropiado á las circunstancias. En el caso de acantonamiento-acuartelamiento, raro será que se intente defender la totalidad de poblado. Si así fuese, el conjunto de los puestos puede asemejarse á la disposición que en nuestros países se adopte para un acantonamiento, sin más que las ligeras modificaciones que indican las contingencias circunstanciales; pero lo probable es, que sólo se desee precaver el grupo de edificios que ocupa la fuerza; barracón-cuartel, tambores defensivos, cocina, casa-pabellón de los oficiales, almacenes y enfermería. Todo ese grupo se rodea de una trinchera-empalizada, y bastan tres ó cuatro centinelas bien repartidos para proveer á su vigilancia, y uno ó dos núcleos pequeños ó guardias de prevención. Como el terreno suele ser llano, acostúmbrase á construir también algunas torrecillas, para situar en ellas centinelas que disfruten la consiguiente dominación.

Cuando tratemos de montar el servicio de vigilancia de un vivac, es cuando habremos de observarle empapado del aspecto irregular que aquel presenta en los distintos casos que hemos examinado.

Los centinelas conviene, las más de las veces, encaramarlos en los árboles, empresa no tan difícil como parece, pues hay posibilidad de improvisar escalas ó apoyos, valiéndose de bejucos, ramas, y manejando algo el machete. Los puestos, avanzadillas ó guardias, no pueden hallarse á la distancia que previenen nuestros libros europeos, ni con relación á los centinelas, ni menos con relación al núcleo central. Por supuesto, no debe pensarse casi nunca en los tres escalones (grandes guardias, avanzadillas y centinelas). Podrá suceder que una columna gruesa se encuentre en condiciones de desarrollarlos excepcionalmente; pero en el caso general, bastará un cordón de puestos pequeños ó avanzadillas

que destacan á su vez los centinelas. Si el terreno es cubierto, la distancia desde cada uno de ellos al puesto, oscila entre unos 50 á 100 metros, y no deberá excederle mucho la que media entre los puestos y el núcleo; pero como es de sobra sabido, esas cifras pueden presentar ensanche cuando el terreno se despeja, ó disminución, si bien ya no cabe mucha, cuando se dificulta y las circunstancias parecen exigirlo.

Quisiera continuar discurriendo más sobre este asunto, muy interesante, pero no puedo darle demasiado desarrollo y voy á ceñirlo citando algunas particularidades de la instalación interior del campo.

Aunque en conjunto adoptemos en la instalación disposiciones ú ordenamientos irregulares, debemos procurar que se conserve en ellos cierta armonía y concentración. Los soldados se establecen por grupos de cuatro, seis, ocho ó diez á lo más, próximos unos á otros. Los oficiales se agrupan por compañías, escuadrones ó baterías; se establecen separados de la tropa, pero no demasiado lejos de ella. Pueden hacerse los ranchos por compañías, instalando las cocinas en lugares adecuados, y si fuese un potrero y la yerba estuviera muy seca, es preciso tomar todas las precauciones para evitar la contingencia de un fuego; pero la mayor parte de las veces es más cómodo entregar las raciones á los hombres ó á los grupos, y cada uno de éstos se encarga de condimentar separadamente las correspondientes á los hombres que lo forman. Entonces establecen respectivamente su hoguera, tomando también las precauciones debidas, pues no dejaré de repetir, que un incendio en un potrero, de yerba crecida é inflamable, constituye un accidente harto temible. Este último reparto ahorra el trabajo de situar las cocinas, y es sin disputa, el que conviene seguir, principalmente tratándose de fuerzas reducidas. Es cierto, que el primero permite suprimir los fuegos de los grupos, disimulando así la presencia ó el número de las fuerzas; pero en cambio exige un material voluminoso de ollas y demás enseres culinarios, lo cual basta para crear una dificultad insuperable, pues la ejecución de las marchas requiere como esencial elemento la disminución de la impedimenta.

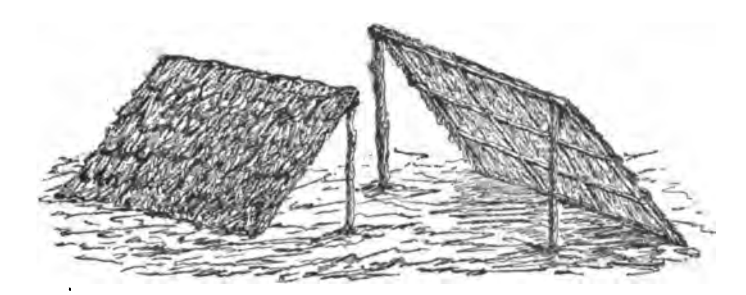


Ya he dicho que el lecho usado generalmente en el campo, es la hamaca de lienzo ó lona. Estas son fáciles de trasportar, poco voluminosas y bastan para las exigencias de aquel clima. Para situarlas escoge cada grupo de los que hemos hecho referencia, un árbol central, del cual se cuelgan los extremidades de

todas las correspondientes al grupo y los otros extremos se van suspendiendo de árboles que haya alrededor, de modo que formen á manera de los radios de una rueda ó estrella, tal y como lo indica próximamente la figura, debiendo tenerse en cuenta que si la generalización de tal procedimiento pudiera suponerse algo teórica, no hay que olvidar el aspecto frondoso y fecundo de aquel suelo, el cual lo hace posible casi siempre.

A pesar de que debe procurarse, según he dicho, que todos los soldados tengan hamaca, muchas veces habrá que sacrificar esa conveniencia ante la necesidad más perentoria de reducir el bagaje. En otras ocasiones, aun cuando se lleven hamacas, acampándose en una sabana ó potrero, bien porque la columna así lo requiere, en virtud de su mayor fuerza, bien por cualquiera otra causa, escasean los árboles donde poder colgar aquellas. En tales supuestos pueden improvisarse camastros construídos rápidamente con cuatro estacas clavadas en el suelo y formando una especie de tablado de varillas delgadas, llamadas en el país *cujes*, ligadas unas á otras por medio de bejucos. Sin embargo, esto resulta demasiado lento y embarazoso para el campamento de un día ó dos, y como lo que principalmente interesa, es librar al soldado del contacto del suelo cuando se acuesta, para preservarle de la considerable humedad que aquel tiene, singularmente en tiempo de aguas, cúbrese el sitio donde debe tenderse cada grupo con unas capas de guano, de yaguas, ó, en su defecto, de yerba guinea ó de cualquiera otra clase de ramas y hojas.

Si el campamento se prolonga por algunos días, conviene abrigar á las tropas del relente nocturno, y esto no es difícil haciendo construir á los grupos lo que se llaman «ranchos de vara en tierra,» los cuales son tan fáciles de improvisar, que sin grandes esfuerzos se anticipan ellos mismos á ejecutarlos. Mejor que descender á una explicación pesada y enojosa, me parece dar una idea con los diseños adjuntos.



Vista posterior — Vista anterior

Compréndese desde luego, y sin que deba descender á detallarlo, el enorme partido que puede obtenerse de la abundancia de ramaje, varas, troncos más ó menos gruesos, bejucos, majagua y guano. Con el sólo auxilio del machete, bien manejado, pueden improvisarse bancos, mesas y otros artefactos, groseros sí, pero en las condiciones precisas para satisfacer las necesidades del campamento. No sólo para estos servicios es conveniente el machete, sino para otros más constantes é imprescindibles, como por ejemplo: la operación de segar la

yerba en los forrajes; la de chapear la maleza ó manigua, bien sea para despejar el suelo, bien para abrirse paso en el monte; la de tasajear reses, y aun matarlas, y otros menos importantes que podríamos continuar enumerando, incluso la sencilla de mondar ó partir frutas, porque en el campo de Cuba, el machete desempeña para el guajiro ó campesino, las funciones de hacha y cuchillo, y esa misma utilidad debe reportarle al soldado que, aun cuando al principio no sepa manejarlo, pronto aprende á ello empujado por la necesidad.

No acabaría nunca si me propusiera detallar todos los recursos que para las necesidades de la vida presenta el campo de Cuba. La *güira*, que permite construir fácilmente vasijas de todos tamaños, desde el adecuado para servir de palangana, hasta el reducido para una taza de café; los *curujeyes* que guardan el agua en su interior, aun en tiempo de la más rigurosa seca, y pueden, además, darse al ganado como pienso á falta de otro, aun cuando no conviene continuarlo; la *majagua* que proporciona el medio de obtener cuerdas fuertes y gruesas; los *bejucos* que también pueden utilizarse para este objeto, si bien presentan la desventaja de que una vez secos se tornan rígidos y quebradizos, por lo tanto, sólo deben emplearse una sola, como en los casos de construción de *ranchos*, *bohíos*, *cercas*, *empalizadas*, etc. etc.; las *hojas de guano* ó palma necesarias para las cobijas; así coma las *yaguas* ó cortezas desprendidas también de las palmas, las cuales apuntamos antes el destino que se les da en las construciones, y ahora añadiremos tienen también aplicación á diversos usos, entre ellos á la disposición de una especie de cestas llamadas *catauros*, que pueden servir incluso para contener agua; por último la multitud de vegetales susceptibles de usarse en sentidos medicinales, recordando ahora muy singularmente la *guasima* y el *maguey* como emolientes, el *yaiti* como astringente, el *guaguasi* y el *piñón de Cuba* como purgantes, y la *yagruma* como sudorífico. Sobre todas estas particularidades poco puede enseñarse por escrito; algún tiempo en el país vale más que cuantas explicaciones pudieran añadirse.

Terminaré, pues, este asunto condensando como siempre, las reglas y preceptos que ofrecen mayor relieve tratándose del reposo.

1.° Para los acantonamientos, dadas las condiciones de habitabilidad de esos países, no debe pensarse en el alojamiento en casas particulares. Tan sólo tratándose de poblaciones grandes y muy contadas puede utilizarse ese recurso. Pero hasta en ellas conviene mejor tomar, como auxilio al menos, el sistema que indicaremos para las otras; á saber, la improvisación de acuartelamientos provisionales construyendo rápidamente barracones con elementos que tan abundantemente suministran aquellos campos.

2.° No es posible compendiar en breve espacio las reglas de construción de esos barracones. En general se reduce á una armadura de troncos más ó menos gruesos; el techo se cobija con hojas de guano ó palma y las paredes se recubren de yaguas ó tablas de palma, ó también se constituyen por una fila de troncos clavados verticalmente en el terreno. Las dimensiones son muy varias, pudiendo llegar hasta servir de cuartel á un batallón con todas sus dependencias. El tiempo de duración depende exclusivamente de la clase de materiales y del esmero que se puso en la obra, pero imaginando que ésta no se ha hecho muy á la ligera puede variar entre media y una docena de años.

3.° En la guerra de Cuba, y en todas las de su especie, es donde con más

razón puede decirse que han queaado proscritos los campamentos de tiendas. El embarazo que éstos causarían para su trasporte, y la benignidad de la temperatura, ha hecho adoptar resueltamente para la detención de etapa ó de operaciones el aspecto único de vivac, aun cuando se le siguiera llamando campamento.

4.° Bien se inferirá, que el vivac á que nos venimos refiriendo debe en general huir de toda forma ó disposición regular, procurando por el contrario adaptarse al terreno. Las grandes columnas necesitan sí, algún espacio despejado donde agrupar la artillería é impedimenta. Cuando esos elementos no son muy considerables, se acampa deteniéndose sobre el camino, que atraviesa el monte, interceptando aquel, é internándose la tropa á derecha é izquierda. Igualmente puede elegirse la orilla de un río, la linde de un monte, ó el interior de él, cuando se trate de columnitas muy pequeñas, que ante todo desean ocultar su presencia.

5.° Por lo que atañe al servicio de seguridad, fácil será comprender las razones que aconsejan se disminuya cuanto sea posible, para evitar fatiga á las tropas. No constan habitualmente más que de una línea de puestos pequeños ó avanzadillas y otra de centinelas, á los cuales convendrá situar preferentemente en los árboles. Muy pocas veces, ó casi nunca, será preciso establecer más de estos dos escalones, á menos que variando radicalmente la índole de la campaña, se operase por columnas mayores de las supuestas.

6.° El campo, ó mejor dicho las selvas de los trópicos, proporcionan tanta fecundidad de recursos que no sería posible recapitularlos ahora. Sin embargo, recomiéndese que en el campamento no escaseen las aguadas, ni los pastos para el ganado, árboles para colgar las hamacas y leña, aunque esto es excusado, porque allí siempre existe en abundancia. Si la detención se prolonga, colóquese á los hombres al abrigo del relente nocturno, por medio de la construción de sencillos sombrajos ó «ranchos de vara en tierra.» (Los oficiales deben llevar en su equipaje un pedazo de lona que hace idéntico efecto).

7.° Evítese en lo posible la cercanía de terrenos donde reine el miasma palúdico, porque en brevísimos días produce desastrosos efectos en la columna. Esto y los mosquitos, constituyen las dos grandes dificultades con las cuales se lucha en los campamentos de Cuba; y solamente recomendaremos para contrarrestar la última el empleo de mosquiteros de lona en las hamacas, y las hogueras de leña verde, aun cuando este último recurso no es muy de fiar.

Se habrá observado, que tanto en las marchas como en el reposo, apenas he hablado de las precauciones higiénicas que deben observarse. Es asunto tan vasto que no admite reducción en dos ó tres párrafos, á menos que sólo se indicasen ideas generales de todos sabidas. Existe además una obra que se ha ocupado en este asunto con gran inteligencia y acierto; á saber: «La guerra separatista de Cuba bajo el concepto de la higiene militar,» por el distinguido subinspector médico D. Ramón Hernández Poggio. En ella se encuentra expuesto todo cuanto puede desearse en tal cuestión, con una competencia que á mí me faltaría, y por eso me limito á recomendar su adquisición, que debiera ser obligatoria para todo oficial que va por vez primera á aquellas comarcas.

XIII

DEDUCCIONES LOGISTICAS; OPERACIONES AUXILIARES

Casi todas las operaciones de la campaña de Cuba tienen la fisonomía de irregularidad y pequeñez que en los libros de arte militar se presenta como caracterización de las operaciones auxiliares. Pero esto que es condición inherente á la índole de la guerra, no empece para que dentro del orden general de esas operaciones existieran dos clases muy distintas; una, las que formaban el tejido, la urdimbre, digámoslo así, de la campaña; otra, aquellas empresas que, siendo consecuencia de las anteriores, tenían un aspecto auxiliar de ellas; por ejemplo: los convoyes, los forrajes, los reconocimientos, etc., etc. He aquí, pues, justificada esta parte tercera de las deducciones logísticas. Cuanto en las dos anteriores he manifestado, refiérese á la ejecución de las operaciones generales en grande ó pequeña escala. En este último capítulo logístico trato de indicar los aspectos de algunas de esas empresas auxiliares, que pueden ofrecerse con frecuencia, puesto que no presumo reseñarlas todas por ser numerosísimas y variables.

Convoyes.—Ajustándome sólo al valor de su trascendencia, voy á empezar por los convoyes, empresa absolutamente indispensable y especialmente distinta de todas las restantes. No tendré que esforzarme mucho en justificar su existencia y necesidad. Ya he referido que la mitad oriental de la Isla donde se desarrolló la guerra tiene escasísima densidad de población. Consecuencia de esto, es que los pueblos se hallen muy espaciados, y que la mayor parte sean aldeíllas ó *poblados*, como allí se dice, poco menos que insignificantes. Bien se comprende que las tropas habían de pasar largos períodos de tiempo en extensos territorios casi deshabitados, ó sacar sus recursos de pobladillos miserables que no podían procurárselos. Era forzoso, pues, recurrir al sistema ruinoso de convoyes relativamente grandes, á trueque de todos sus inconvenientes; pero contando con la ausencia completa de buenos caminos y con la temporada de aguas, desde luego se adivinó que no podían usarse carruajes bien acondicionados, furgones de transportes construídos con cierta delicadeza. Era preciso atemperarnos á las circunstancias y usos del país; y en aquel suelo fangoso, cruzado por corrientes de agua, y en el que la vegetación constituye un obstáculo constante, no hay más vehículo posible que la carreta, de construcción tosca, para resistir todos los embates que resultan de esos inconvenientes, tirada por bueyes, animales tardos en la progresión, pero constantes, seguros, firmes, y sin que pueda decirse que existe para ellos ningún obstáculo, ningún mal paso que no puedan salvar á fuerza de paciencia. La lentitud constituye una dificultad importantísima, y como no era posible, ya lo he dicho, ensayar otra especie de carruaje ni aun enganchar mulos á las carretas, se recurrió al transporte á lomo, de igual manera que se hace en los países montañosos. A poco de estallar la guerra, quedaron, pues, sancionados y reglamentados esos dos elementos: las acémilas ó transporte á lomo, y las carretas. En Santiago de Cuba se organizó también una sección de carretillas, por que, efecto de lo escabroso de ciertas localidades, ni aun la carreta pudo emplearse; pero esto constituyó

sólo una singularidad y puede decirse, que, en general, se adoptaron los dos elementos mencionados.

No hay para que advertir sus respectivos inconvenientes: las acémilas consentían mayor rapidez, pero alargaban demasiado el convoy, y esto podía llegar á constituir un defecto gravísimo. Tengamos presente que una carreta con dos ó tres yuntas puede transportar por lo menos, la carga de seis ú ocho acémilas, ocupando mucho menos espacio en profundidad. Cuando el transporte de que se trataba ofrecía cierta consideración, era forzoso pensar en reducir el espacio del convoy y había que sacrificar la velocidad; pero á la inversa, cuando este factor surgía como más interesante y la cantidad de efectos que había de transportarse lo consentía, preferíase recurrir al sistema de acémilas. De aquí surgió un arreglo que se mantuvo casi constantemente con ligeras excepciones. La parte de bagaje que pudiéramos llamar móvil, que acompañaba á las columnas operadoras, ó que tenía por objeto el racionamiento de un puesto pequeño, dependiente de algún otro principal, se hacia á lomo con ventajosa rapidez. Los grandes acopios de municiones, víveres y utensilios que obedecían al abastecimiento de un centro ó destacamento importante, se llevaban á cabo en convoyes de carretas, con dos ó tres yuntas cada una, y resignándose á emplear algún ó algunos días más en el trayecto. Por eso los cuerpos tuvieron asignados siempre un cierto número de acémilas, é independientemente, existieron compañías de transportes á lomo, y secciones de arrastre, compuestas de 12, 20 ó 25 carretas.

He preconizado la carreta como el único vehículo aceptable y posible en aquellas comarcas de terreno blando y desprovistas de caminos; pero hay una necesidad á la cual los expresados carruajes no pueden satisfacer. Esta es el transporte ó conducción de enfermos y heridos, para cuyo objeto no debe emplearse la carreta que, por su construcción tosca y bruscos movimientos, produce cruentas molestias á los pacientes, llegando tal vez á introducir desarreglos y retrasos en su curación. ¿Cuál es el elemento que va á resolvernos este problema? Confesémoslo para vergüenza nuestra: después de doce años de guerra entre la primera y segunda campaña, aun tenemos abandonado el problema, y si se han hecho ensayos, han sido tímidos y desprovistos casi del interés, que todos, autoridades y compañeros, debíamos tomar en tan vital asunto. Sin embargo, yo creo que un vehículo análogo ó parecido á las volantas (carruaje que puede transitar también por aquellos campos) con el centro de gravedad muy bajo, suspendido en sopandas, y si se quiere, arrastrado por mulos, mejor que por caballos, satisfaría las condiciones que se apetecen. Sin duda que comparado con las carretas saldrían relativamente caras; ¿pero no merece ese exceso de gasto, el cuidado y atención de los heridos y enfermos? Creo que sí, y creo que nuestra inercia en esto, es muy censurable.

En resumen: *los elementos de convoyes en Cuba* (dejando aparte los convoyes por ferrocarril) *son necesariamente, y mientras no variasen mucho sus actuales condiciones, las acémilas ó transporte á lomo, para bagajes pequeños ó cortas impedimentas, y la carreta tirada por dos ó tres yuntas de bueyes, para las grandes conducciones. Para el transporte de enfermos y heridos no sirve este vehículo tosco, y si necesita proyectar otro que, reuniendo mayor comodidad y delicadeza, sea adaptable á aquella especie de terreno.*

Cuando examinemos el conjunto estratégico de la campaña, comprendere-

mos aún mejor la importancia de esos convoyes que allí constituyeron una operación constante é ineludible; por ahora, bástanos observar que con ellos, ó por medio de ellos, era preciso llevar los efectos desde los puertos de desembarco en las costas, á las capitales de Comandancias generales; luego, desde éstas, á los centros de operaciones ó de zona, como allí se llamaron; y luego, desde éstas, á los destacamentos y columnas operadoras; y aun esas mismas podían establecer otra subdivisión. Retrocediendo en sentido inverso, hallaremos análogas necesidades: pues los pequeños destacamentos, las columnas, y los centros de zona, necesitaban desembarazarse remitiendo á los centros superiores los enfermos, los heridos, el material y ganado inútil, los presentados y prisioneros, etcétera, etc. Todo ello como se ve, constituía un tejido permanente, para el cual no podía haber descanso; porque á la manera de lo que acontece en el cuerpo humano, si la circulación cesa, en breve desaparece la vida.

Hasta ahora, no hemos hecho otra cosa que razonar, justificar la existencia permanente de los convoyes, como operación auxiliar inevitable para la prosecución de la guerra. Respecto á la ejecución logística y táctica poco tendré que observar. En general, los convoyes, en aquella guerra, se arreglaron á los principios generales del arte, informados en las modificaciones circunstanciales que hemos visto concurrían en el país, y en la índole de la lucha. Aunque no lo considero preciso, enumeraré, á la ligera, algunas prevenciones.

La exuberante vegetación que invade los caminos hará preciso, algunas veces, abrir ó ensanchar trochas que permitan el paso de las carretas, llevando al efecto en vanguardia unos cuantos *chapeadores*. Tratándose de convoy de acémilas, no hay que pensar en llevar de frente más de una carga ó acémila; pues aunque recurriendo al sistema indicado antes, podríamos abrir camino suficientemente ancho para dos, tropezaríamos con grave retraso, que antes no se notaba, por tratarse de un medio de locomoción ya muy lento; pero que ahora, anularía la principal ventaja del transporte á lomo, que es la rapidez.

De la misma manera que expresé en las marchas de columnas, debe componerse en los convoyes con igual cuidado, la vanguardia y la retaguardia, y atender esmeradamente á los flanqueos.

En punto á velocidad, ya sabemos que hay gran diferencia entre el convoy de acémilas solas, ó el que lleve siquiera alguna carreta. En el primer caso, puede conseguirse la rapidez ordinaria de las columnas; en el segundo, no deben presuponerse arriba de 20 á 25 minutos por kilómetro, lo que da una y media hora próximamente por cada legua cubana, esto es de 4,200 metros. Mas, aun debe tomarse en cuenta un crecido coeficiente de corrección, cuando existan malos pasos ó nos hallemos en la estación de las aguas.

Tratándose del tránsito de arroyos ó corrientes de agua, que en aquel país presentan su cauce socavado en el terreno, con rápidos taludes de bajada y subida, es preferible dedicar algunos minutos á ponerlos en posibles condiciones de acceso para las carretas, que aventurarlas impremeditadamente, exponiéndonos á que se vuelquen y se pierdan. Lo mismo podemos decir sobre los sitios fangosos, habiéndose ofrecido el caso de atascarse de tal modo las carretas, que ha sido forzoso renunciar á sacarlas, y los que conozcan la Isla saben que no exagero; pues es percance que les ha acaecido alguna vez á los hacendados, ver detenida así una de sus carretas, cagadas de azúcar ó de otro fruto.

Los altos son indispensables, porque si bien los bueyes tienen gran resistencia, no conviene abusar de ella, y debe atendérseles prudencialmente con abundante pienso. Este consiste allí en maíz y yerbas, que tan abundantemente se encuentran en todas aquellas praderas, hasta en las más estériles sabanas; pero á fin de que los bueyes puedan pacer cómodamente, se necesita desuncirlos, lo cual exige un alto por lo menos hacia el centro del día; ó hacia la mitad de la jornada, si esta se emprende por la tarde, con el intento de aprovechar las horas de la noche.

En resumen, todas las prevenciones logísticas que en los dos capítulos anteriores he apuntado, combinadas con la índole peculiar de la operación convoy, que no desmerece, antes bien aumenta en interés, proporcionarán las suficientes reglas para dirigir una empresa de esta clase.

Desde el punto de vista táctico, de chocar con el enemigo, tampoco hay que decir nada. Si tuvimos bastantes fracasos en los convoyes, y algunos de cierta trascendencia, no acusa esto la inutilidad de las reglas y prescripciones del arte, y sí, por el contrario, el abandono de ellas. Cuando se observaron, casi siempre tuvimos á raya al enemigo. Un ejemplo de esto presentaré en el convoy de Vista Hermosa al Príncipe, que atacado por los insurrectos el 16 de septiembre de 1875, y hallándose en terreno que lo permitía, formó un cuadro con las carretas, tal y como recomiendan los preceptistas militares, conteniendo el ataque con tan firme actitud. No sólo fueron rechazados aquellos, sino que los nuestros, dejando la mitad de la fuerza en aquella especie de reducto improvisado, salieron en su persecución por más de un cuarto de legua.

Forrajes.—Esta operación, de menor cuantía que los convoyes, no era menos interesante ni precisa. Si los convoyes tenían por objeto avituallar los destacamentos y las columnas, los forrajes eran necesarios para procurar el diario sustento al ganado, sustento que tan pródigamente ofrecen aquellas extensas praderas; pero que, á no acampar cabalmente en un potrero, había que ir á segar á las inmediaciones del sitio donde se vivaquea ó donde está el destacamento ó guarnición. La ración del ganado que el Estado suministra, consiste en maíz; pero es completamente indispensable la yerba fresca, el forraje, que el ganado come con gusto y que en más de una ocasión suplía por completo al otro pienso que faltaba por diversas causas. Resulta de aquí, que el forraje en verde, operación que ha desaparecido en los ejércitos de Europa, existe y existirá para los que guerrean en esas comarcas, y existe por manera, que á las veces, lo repito, constituye el único recurso de alimentación del ganado de toda clase, caballos, mulos y bueyes.

Los forrajes hechos con descuido nos costaron muchos macheteos; y una operación tan insignificante fué causa de que se levantara la moral de los insurrectos, y surgiera el terror á un arma como el machete, cuya virtualidad consistía en las condiciones en que era empleada. Por lo demás, cuando el forraje se lleva á cabo con las precauciones debidas, no es más difícil ni azaroso que cualquiera otra operación auxiliar. Ante la inminencia del enemigo nunca se debe disponer un forraje sin su correspondiente destacamento protector. Llegadas al sitio de la operación, estas últimas tropas formarán un cuadro ó, mejor, un círculo, en el interior del cual, queden los forrajeadores con las acémilas ó caballos destinados á conducir la yerba. Fuera del circuito y á distancias variables, según

lo permitía el terreno, se destacaban centinelas dobles ó sencillos, que venían prestando así una especie de servicio de exploración ó seguridad, para advertir con tiempo la presencia del enemigo. Si éste no aparecía, ó si apareciendo y viéndonos apercibidos no pronuncia su ataque, entonces los forrajeadores se dan prisa á segar y atar los haces de yerba, hasta reunir la cantidad que se desea, cargándolos en seguida. Si, por el contrario, el enemigo ataca, entonces nos encontramos en una posición defensiva, y en condiciones de aprovechar los detalles del terreno, estudiados de antemano. Los forrajeadores, en último resultado, abandonarán su tarea tomando sus armas, y sumándose con los combatientes en el puesto que se les hubiese designado. Si el enemigo aprieta, habrá, quizás, que renunciar al forraje y emprender la retirada, pero es evidente que nos hallaríamos en el caso general de una fuerza que se retira, y, de todos modos, nos habíamos evitado la sorpresa, que era en lo que consistió siempre el éxito que obtuvieron los insurrectos en estos casos; pues lanzándose de improviso en medio de los forrajeadores, que habían abandonado las armas y estaban entregados á su tarea sin tropas de protección, ó encontrándose éstas en igual inadvertencia, es comprensible, como un corto número de enemigos, acuchillaba á los nuestros indefensos, consiguiendo el efecto moral antes aludido.

El regreso del forraje al cantón ó vivac no es, en suma, otra cosa que un convoy pequeño, con la ventaja de poder forzar el aire, tener siempre una distancia relativamente corta que recorrer, y contar á todo evento con la protección de las tropas del núcleo.

Reconocimientos.—No pretendo decir que los reconocimientos ofreciesen una caracterización especial en esta guerra. Se practicaron como en todas, y sólo empleóse este término para aludir á unas operaciones, á las cuales se les impuso esta denominación genérica, llegando á constituir una especialidad que, en ocasiones, alcanzó á absorber todo el interés de la campaña dentro de determinados territorios.

Cuando á raíz de una derrota, el enemigo se dispersaba, dividiéndose en grupos muy pequeños, era infructuoso continuar operando ó persiguiendo con la columna reunida. Entonces, lo más acertado consistía en buscar por las inmediaciones un sitio cómodo para acampar, y manteniendo en él un núcleo suficientemente fuerte, con arreglo al estado del enemigo, se destacaban varios grupos de una compañía, de media, de una sección ó quizás de una docena de hombres, llevando cada uno el encargo de marchar y reconocer campo travieso, en una dirección dada. La separación duraba unas horas ó un día, ó á lo más dos; porque, como se comprenderá, no llevaban acémilas, y las raciones que, conducidas individualmente embarazaban mucho la marcha, no deben exceder de dos, por más que alguna vez se les diera, irreflexiblemente á mi juicio, tres ó cuatro. Estas operaciones fueron las que se llamaron *reconocimientos*; porque los grupos pequeños que los constituían no estaban, en rigor, destinados á combatir contra un enemigo que se tornaba intangible, sino á reconocer los bosques, las fincas y las estancias, á hacer prisioneros, á llevarse las familias y los empleados civiles de la República Cubana, á apoderarse de caballos y bueyes, á destruir viviendas, etc., etc. Al regresar las diferentes fracciones destacadas, resultaba que tomando como centro el núcleo, se había batido y reconocido el terreno en un radio de varias leguas, según la índole de las fuerzas; porque es indudable que

las guerrillas montadas podían alejarse más y más rápidamente que las fuerzas á pie. Si los diversos grupos habían efectuado la operación con habilidad, podían obtener bastante éxito, y además la convicción de que aquel círculo quedaba suficientemente explorado.

En las épocas en que el enemigo se hallaba muy desmoralizado, esos mismos reconocimientos partían de los centros de zona ó destacamento, y constituían, según antes he indicado, el tejido general de las operaciones; como que en último extremo, no venían á resultar otra cosa que el sistema general estratégico de la campaña, tal y como luego lo explicaremos, aunque reducido á menor escala, en proporción con la que presentaba el enemigo. Por esto era preciso, antes de adoptar semejante sistema en una circunscripción, estar absolutamente seguros de que el estado de desmembración y abatimiento del enemigo lo requería, sin lo cual, lanzando contra él grupos pequeños y exponiéndolos al choque con otros iguales ó mayores, hallaríamos fácilmente uno ó varios reveses, pequeños sin duda, pero lo muy bastantes para arruinar nuestra moral y levantar la del adversario. Alguna vez, y por algunos jefes, caímos en tal error y se comprobó esto mismo.

Cuanto á las reglas ó prevenciones logísticas y tácticas que habrían de prescribirse para la ejecución de dichos reconocimientos, correría el peligro de aparecer asaz enfadoso, y un tanto dogmático, si me propusiera exponerlas debidamente todas. Además, no he cogido la pluma con la intención de escribir un manual del oficial y del sargento en Cuba, obra que considero urgente, pero que requiere mejores aptitudes que las pobres mías.

En general, puede decirse, que en ninguna otra empresa brillan como en estas operaciones, las especialidades, mejor diré las modalidades de la campaña de Cuba; en ninguna se requiere más conocimiento del país y de la lucha, por parte del oficial y del soldado. Marchar á cualquiera hora y con cualquier tiempo; atravesar inextricables selvas, corrientes de agua y pantanos; estar expuesto alternativamente á los ardorosos rayos del sol tropical y á los torrentes de agua, que envían la turbonada de la tarde; orientarse campo travieso sin vacilaciones; sufrir la abstinencia de un día de ración, y procurarse medios para engañar ya que no satisfacer el hambre; averiguar la presencia del enemigo, ocultando la propia; saber renunciar á los caballos (si se trata de fuerzas montadas) en los momentos que así lo requieren, á reserva de recobrarlos, y, aprovechándose de ellos, salvar distancias harto considerables; aliar estas condiciones con la disciplina severa, en cuanto debe pedirse, y con el valor rayano en temeridad; todo esto, y con algo más que podría añadir, no se aprende en los libros sino en la práctica de la guerra, y ya que esto no puede ser, en la práctica del país, continuada ampliamente para el soldado y para el oficial. No hay para qué decir, que existiendo tropas especiales, á ellas deben cometerse estos reconocimientos, con preferencia á los soldados bisoños, pues éstos son capaces, por ignorancia, de malograr la mejor combinada empresa. He oído referir á un jefe de aquella campaña, el fracaso de una operación de esta índole intentada en noviembre de 1871 en la jurisdicción de Las Tunas. Tratábase de sorprender el rancho de un cabecilla que, por confidencias, se sabía pernoctaba entonces en él. Dispúsose un grupo de 30 soldados, la mayor parte peninsulares recién llegados, que salieron á hora avanzada de la noche, y efectuaron la primera parte de la mar-

cha sin novedad, pues se recorría un terreno despejado y descubierto. Llegados que fueron al monte, los instantes críticos de la sorpresa se aproximaban; recomendóseles el mayor silencio, y para mantener el contacto, puesto que la oscuridad era completa en el macizo de vegetación, se dispuso que se asieran unos á otros por los cinturones, de modo que formasen una hilera sin solución de continuidad. Todo fué bien en los comienzos; pero como el andar en los bosques de Cuba no es empresa baladí, acaeció que el último soldado hubo de enredarse tan fuertemente en un bejuco que necesitó acudir con las manos á libertar los pies de aquellos improvisados grillos. Fuéle preciso soltar el cinturón del anterior compañero, y por pronto que deshizo el enredo y recobró el uso de sus piernas, cuando volvió á buscar el asidero salvador, ya su poseedor se alejaba, irresistiblemente arrastrado como último eslabón de aquella humana cadena que no detenía su marcha. El soldado desprendido llamó á su compañero con voz queda, y también con voz queda le respondió éste; pero la columnita proseguía y el desdichado no atreviéndose á adelantar en la suma oscuridad que le rodeaba, por temor á extraviarse más, tardó muy poco en quedarse completamente solo. Entonces sintió sobrecogido su ánimo; espantoso temor invadió su espíritu, y olvidando prevenciones y saludables advertencias, loco de miedo, prorrumpió en descompasados gritos. La columna, que no se hallaba lejos, pudo fácilmente volver sobre sus pasos y recogerlo; pero en la ranchería insurrecta se oyeron claramente los gritos; sus habitadores pusiéronse en cobro y la operación que estaba destinada á dar resultado se malogró completamente.

Todo cuanto he dicho en los capítulos de marcha y campamento, cuando me refería á grupos pequeños, tiene su principal aplicación en estas operaciones. El conocimiento y estudio de los rastros, así como el de la fauna y la flora del país, está también destinado á proporcionar incuestionable servicio, y es claro que no me refiero al conocimiento científico, que después de todo no es fácil de aplicar acertadamente, sino al conocimiento práctico que se está necesitando una y otra vez. Por ejemplo, escaseando las raciones ó habiéndose perdido ó inutilizado, es menester que esa falta no nos obligue á suspender la operación antes del plazo marcado. Entonces es preciso arbitrar recursos de racionamiento, y aparte de las reses sueltas en los potreros ó en las sabanas, recurso que puede faltar, lo mismo que los cerdos salvajes ó *cimarrones*, y que ambos exigen preparativos y alboroto consiguiente para apoderarse de ellos, hay todavía otros elementos más modestos, y capaces de subvenir á la alimentación de un grupo de hombres relativamente pequeño, como de los que estamos tratando. Posee el campo de Cuba muchas aves comestibles, unas mejores que otras, pero todas ellas aceptables, *palomas torcaces* de mil diferentes especies, *arrieros*, *carpinteros*, *pericos* y hasta *guineas salvajes*. Llevando una escopeta, le es fácil á un hombre diestro, matar en breve término un par de docenas, que asados ó cocidos, son muy sabrosos y máxime para estómagos hambrientos. Cuadrúpedos, no puede decirse que hay más que *la jutía*, especie de roedor, algo mayor que un conejo, que aunque no presenta muy agradable aspecto, por aparecer así como una rata grande, tiene también buen comer. En los ríos, arroyos y pantanos abundan y se pescan con facilidad *biajacas* y otros peces muy regulares; y por último, si se llega á sorprender una estancia, no dejarán de encontrarse en ella lo que llaman en el país *viandas*, variadísimos tu-

bérculos, *yuca, ñame, boniato, malanga*, etc., nutritivos todos ellos, fáciles de condimentar y que constituyen un factor alimenticio de los hombres de campo, y de todo el que está acostumbrado al país. Se me dirá que nuestro soldado no se avenía bien con estas comidas, pero cabalmente sucedía esto por la falta de práctica que tanto estoy echando de menos; por lo demás, no podrá negárseme que son alimentos agradables y sanos. No se limitan á eso los servicios que pueden prestarnos esos conocimientos biológicos prácticos. Hay en la Isla un ave rapaz, especie de buitre, que llaman *aura*, cuya clasificación científica no nos interesa ahora, pero sí el hacer observar que cuando se descubre en cualquier punto del horizonte *un aurero*, esto es, un grupo de auras revoloteando alrededor de un punto, es señal evidente de que allí existe un cadáver ó despojos de animales muertos; y dicho se está desgraciadamente, que el hombre no se halla lejos. Más llano, un aurero casi siempre denuncia un campamento ó ranchería. La sombra del árbol llamado *guao*, y más especialmente el jugo lechoso de la planta, produce hinchazones y perturbaciones notables en la salud, aunque no tantas ni tan graves, como se ha querido suponer por algunos. Ya he hecho referencia otras veces al guano, jaguas, majagua, etc., etc., y no acabaría nunca si fuera á ir reseñando todos los detalles y conocimientos, que forman lo que me atreveré á llamar *práctica insular*, irremplazable para el oficial y para el soldado, y que si no es posible pedirla en todos, á lo menos debe aumentarse y conservarse el número de aquellos que la posean.

Recogidas de ganado.—Otra de las empresas auxiliares genuinas de esta contienda fueron las recogidas de ganado, que muchas veces entraron en el cuadro general de las anteriores.

La recogida de ganado no era, en suma, otra cosa que una requisa-convoy de carnes vivas, para proveer á la alimentación de las tropas. En los primeros años de la guerra la existencia pecuaria del país, rotas las vallas y lindes de las fincas, vagaba por los campos en abundancia tal, que puede decirse era muy fácil suministrar diariamente carne á la tropa. Llegóse al abuso de sacrificar una res, para obtener de ella solamente un bocado apetitoso, como los sesos ó los riñones, y bien pudieron deplorarse luego estos despilfarros, cuando en los últimos años escasearon las carnes, haciendo imposible ese abastecimiento. En esos tiempos de primera abundancia, ó en los últimos, siempre que nos refiramos á comarcas donde aun había existencia de ganado, es sabido que una res puede bastar para el racionamiento de 500 hombres, y no solían ser mucho mayores los destacamentos; pero resulta molesto, precario y eventual buscar y coger únicamente la res que iba á sacrificarse, así que tanto para atender á la existencia del repuesto de carne, cuanto porque en muchas ocasiones había que suministrarla á los vecinos del pueblo ó pobladillo que se guarnecía, solía disponerse que una partida de fuerza montada (para esto es indispensable el caballo) efectuáse una *recogida de ganado*. Contando con gente práctica, que hayan sido vaqueros ó peones de las fincas, la operación es relativamente fácil; en el caso contrario la encontramos erizada de dificultades y peligros. El problema consiste en acosar y reunir un pelotón de ganado, que luego rodeado por un cordón de jinetes, se le hace marchar en el sentido que se desea; pero repito que se dice más fácilmente que se hace. El ganado en esas condiciones está receloso, y aunque allí en general es manso, suele ocurrir alguna vez que

se vuelve y acornea al caballo. Los espacios de monte están sembrados de inconvenientes, y debe obligarse á las reses á que marchen por el callejón, trocha ó espacio despejado, porque desde el instante en que una de ellas «coge monte,» es decir, se interna en la espesura, ya es muy difícil, casi imposible, hacerla salir.

Reunidas las reses, y marchando por la sabana, aun se corre el azar de su *espanto*, y no quiero detenerme á describirlo, porque todos los que tengan alguna práctica en la Isla, conocerán el incidente, siquiera sea por referencia. Los animales, acometidos de loco terror, huyen en distintas direcciones, atropellándolo todo, y sin que nada baste á contenerlos: más difícil es aún reunirlos luego y volverlos al camino, y no tendría nada de extraño que un incidente así nos obligara á dar por terminada y frustrada la empresa. ¿Qué ha sido lo que ocasionó el espanto? A las veces nada, un incidente fútil, una bandada de palomas que levantó impensadamente el vuelo, un enjambre de abejas que acometió á uno de los animales, que marchando en cabeza, invadió osadamente sus dominios; el detalle más común, basta quizás para poner en fuga las primeras filas y transmitir el miedo á todas las demás.

Cuando se dispone de tiempo y de hombres diestros, lo mejor es ir *enlazando* las reses, y aparearlas *mancornándolas*. Me explicaré, para los que no están muy duchos en esta fraseología; *enlazar* es sujetar las reses con lazos, en el manejo de los cuales hay algunos guajiros que están casi tan diestros como los mejicanos; *mancornar* es reunir dos reses, atándolas con una cuerda ó maroma gruesa, que pasa por el pescuezo de ambas y las mantiene estrechamente unidas. Sucede con esto, que como las presiones y esfuerzos son divergentes siempre, no pueden emprender una carrera rápida, ni tienen libertad de movimientos, y son fácilmente conducidas y manejadas desde el caballo. Ya se comprenderá que no debo detenerme en detallar más este asunto.

Destrucción de estancias. En toda clase de guerras es patrimonio exclusivo de estas operaciones auxiliares, la destrucción de caminos, vías férreas puentes, etc., etc. Todas estas destrucciones podrían y deberían tentarse en esta campaña, cuando el objeto que hubiera que destruir existiese y estuviera en poder del enemigo. Algo de eso intentaron los insurrectos cubanos con los elementos que estaban en nuestro poder, pero ya he repetido también que en los territorios de las operaciones apenas había alguna que otra vía férrea muy corta, casi ninguna carretera, y como no fuera en la salida de las ciudades ó poblaciones importantes, menos aun se hallaban puentes, alcantarillas, etc.

En cambio de todo eso, llegó á tomar para nosotros carta de naturaleza, la «destrucción de estancias» ó plantíos, y aun cuando yo entiendo, que en general debe evitarse, porque resulta impolítico y un tanto cruel, me veo en la precisión de explicar como surgió y que exigencias impusieron tan lamentable necesidad.

Cuando hablé de los convoyes, haciendo notar la imprescindible exigencia de éstos, seguramente asaltó el ánimo de mis lectores la siguiente pregunta: ¿Supuesto que en el bando insurrecto no existía apenas servicio administrativo, y por lo tanto no podían tener organizado el servicio de convoyes, cómo proveían á la subsistencia de sus tropas? Voy á satisfacer esa interpelación. En primer lugar, vióse entre ellos absolutamente comprobado, que sin el servicio

administrativo normalmente organizado, no hay ejército posible; por eso las pocas veces que se reunieron en grandes masas, como en las Guásimas, la cuestión de mantenimiento no dejó de preocuparles bastante, á pesar de la fertilidad y riqueza del país.

No cabe duda, que eso constituyó uno de los graves inconvenientes, que siempre hallaron para concentrarse en número respetable, y por esó prefirieron dividir y localizar sus fuerzas, ateniéndose cada grupo ó partida al territorio de donde podían obtener su alimentación. A medida que eran más perseguidos se dividían y subdividían más, simplificándose notablemente el problema de abastecimientos, porque gente práctica en los campos como todos eran, podían fácilmente echar mano hasta de los recursos naturales de caza y fruta. Claro es, que dichos recursos por sí solos, son muy poca cosa, pero no se olvide que tenían sus inteligencias en los pueblos ocupados por nosotros, y algunos auxilios recibían de ellos; que con frecuencia se efectuaban pequeños desembarcos en las costas de la Isla, y si unos caían en nuestras manos, otros llegaban hasta ellos, suministrándoles armas, municiones, vestidos y comestibles, y, sobre todo, téngase en cuenta, que la base de su manutención, la constituyeron: primero, con la carne de vaca y de cerdo, apoderándose de los animales de las fincas que ocupaban; y segundo, con las viandas que obtenían de las siembras hechas en lo más enmarañado del monte. El ganado llegó á escasear, pero las siembras constituyen un recurso seguro, si no olvidamos que en aquel terreno privilegiado apenas se tarda dos meses en cosechar cualquiera de los tubérculos que antes, mencioné, todos muy capaces de subvenir á las necesidadas del organismo, tan poco exigente en aquellos climas. Hubo pues, grandes temporadas, en que su único y principal recurso eran las siembras ó estancias, por ellos establecidas, con ese deliberado objeto, y ya se comprenderá ahora, que destruir todas las estancias de una jurisdicción, viene á representar tanto como sitiar por hambre al enemigo. Es notorio que tales medidas deben estar caracterizadas por la oportunidad. Si en los comienzos de una insurrección, cuando todavía hay muchos recursos y mucha gente que de buena fe ó sin deseo de tomar parte en la contienda, está al frente de sus fincas y estancias, empezamos á destruir, ni lograremos el efecto apetecido, ni habremos conseguido otra cosa que disgustar á esos elementos indiferentes, lanzándolos desde luego á las filas enemigas. Pero si elegimos circunstancias y momentos opuestos, los resultados no se harán esperar. Al estallar en Santiago de Cuba la segunda insurrección, el país, aunque muy esquilmado por la anterior lucha, no dejaba de ofrecer algunos recursos, y además, el enemigo utilizando la extrema fragosidad de la comarca, estableció en los sitios más agrestes numerosas estancias, que en breve le surtieron de viandas y hasta de animales, cerdos, vacas, gallinas, etc. El general Polavieja que desde los primeros días organizó las operaciones con celo inteligente, consiguió en unos cuantos meses la división y desmoralización del enemigo; pero si lo hubiese dejado descansar y reorganizarse, en breve hubiera aparecido con nueva savia; y no de otro modo pudo mantenerse una decena de años la guerra precedente. En lugar de eso y bien percatado de la índole del problema, decía y sostenía en telegramas, según dejo citado en otro lugar, «que la guerra no era ya de combates sino de quitar recursos al enemigo,» en lo cual, se inspiraban todas las órdenes que dictó á los brigadieres sus lugartenientes, á los jefes de zona, que directamente depen-

dían de él, y á todos los que estuvieron encargados de dirigir operaciones en aquellos momentos (1). En cuanto á los resultados de semejante sistema, bien se patentizaron, contemplando al enemigo acosado, reducido á la impotencia, y en la precisión de rendir las armas grupo á grupo; de modo, que en fin de junio quedó completamente pacificado aquel departamento.

Me he extendido demasiado en justificar la existencia de esta operación auxiliar, porque comprendo la extrañeza que causaría su preconización; mas en lo que atañe á los procederes para ejecutarla, muy poco ó nada tendría que referir. Se les encomendó generalmente la destrucción de estancias á las pequeñas partidas de reconocimientos, y no añadiré una palabra más á lo que antes manifesté. En llegando á encontrar lo que debe servir de objeto á nuestra destrucción, es claro que ésta no ofrece dificultad alguna. Las chozas ó bohíos pueden quemarse facilísimamente con la menor chispa; y si no se quiere adoptar ese procedimiento, se desmontan también con facilidad, esparciendo sus materiales. Las siembras no es difícil tampoco pisotearlas y destruirlas y si los tubérculos están ya en sazón de recogerse, se desentierran, y de no llevárnoslos para utilizarlos nosotros, se esparcen ó se arrojan á un próximo arroyo, río, pozo ó pantano. En suma, sobre estos detalles últimos había que ajustar los procedimientos á las circunstancias concurrentes en cada caso.

Sorpresas, emboscadas, estratagemas. Como en todas las guerras irregulares, en la campaña de Cuba, tienen frecuente aplicación las sorpresas, emboscadas y estratagemas. Después de conocer la naturaleza del país, y la índole de la guerra, sería inútil repetir cuantos elementos abundantes pueden contarse para una sorpresa. Empero, convengamos desde luego en que el enemigo tenía, para estas empresas, una superioridad incontestable sobre nosotros, siquiera no fuese más que por la ventaja de espionaje que le hacía conocer perfectamente nuestros proyectos y operaciones. También procuramos tener cerca de ellos algunos espías no escaseando gastos para ello; ¿pero acaso puede compararse el reducido espionaje mercenario, con la atmósfera de animadversión y hostilidad constante que envolvía á nuestras autoridades, á nuestros jefes, á nuestro oficiales y á nuestros soldados? Mujeres, niños, sirvientes, esclavos, todos simpatizaban, cual más, cual menos, y todo ello nos rodeaba de una invisible red que sorprendía nuestras palabras, nuestros gestos, nuestras miradas, nuestros pensamientos, resultando el enemigo enterado de nuestros asuntos, mejor muchas veces que nosotros mismos. Por esa razón las sorpresas que él realizaba cuándo

(1) La índole extraña de estas operaciones me hace buscar comprobantes para prestar autoridad á mis aseveraciones. En las instrucciones del general Polavieja al brigadier Ayuso con fecha 2 de noviembre, 1879, le decía: «Todas las rancherías y siembras serán destruídas.....»—En la misma fecha decía al brigadier Pin: «..... para esta operación y mientras ella dure, se destruirán todas las estancias y rancherías enemigas.....» Al brigadier Pando en 15 febrero de 1880, le decía: «..... los combates serán de poquísimos resultados si no se les quita la comida en todas las estancias que tenga, pues, esta guerra es más de recursos que de combates.....»

Por último, y para terminar las citas, aunque pudiera continuarlas, en 1.° de marzo dictó unas «Instrucciones para la destrucción de estancias» dirigidas á todos los jefes de zona y constando de nueve artículos que determinaban prevenciones sobre el objeto.

quería, y cómo quería, se nos tornaban á nosotros difíciles, y en general poco fructuosas. En las condiciones en que nos encontrábamos no debía fiarse nunca, en el éxito de una sorpresa; no obstante, tampoco convendría olvidar completamente este recurso, capaz de ofrecer ancho campo á las pequeñas fracciones de tropas especiales.

Mas fáciles eran para nosotros las emboscadas; y desde luego se concibe que en el punto y hora que conocíamos la marcha y paso de una columna enemiga, podíamos tenderlas, en lugar estudiado de antemano, ó bien atraer á ellas á las fuerzas enemigas, empleando procedimientos análogos, á los que ellos usaban con nosotros. Esto último era ya más aventurado, porque su táctica fué con ligeras excepciones, constantemente defensiva; pero lo primero era bastante frecuente. Tropas especiales, guerrillas locales á pie ó montadas lo hicieron con mucha habilidad, encontrando generalmente éxitos, que si no aparecían como muy importantes y decisivos por sí solos, contribuían á ir trabajando el valor del enemigo y gastando su constancia, que es el objetivo moral definitivo en esta clase de campañas.

Por último, una guerra como la de Cuba sostenida entre hermanos, todos del mismo idioma, de la misma nación, de idéntico aspecto y costumbres; habiendo en ambos campos, muchos insulares blancos lo mismo que negros y mulatos, no hay para qué decir cuanto se prestaba á la inventiva de estratagemas. No quiero citar ninguna, porque tengo para mí, que la principal condición, casi la única de las estratagemas, es la espontaneidad. Cuando resultan, con amaneramiento, estudiadas, rara vez obtienen el apetecido éxito. No negaré, sin embargo, que hay algunas que por lo extremadamente sencillas y conocidas, son empleadas casi siempre con ventaja: el usar trajes, voces, consignas ó contraseñas, sorprendidas al enemigo, fingiéndose gente suya; el figurar establecido un campo y evacuarlo á la sordina sin que el enemigo lo barrunte; el emprender la marcha, al salir de un campamento ó canton, con opuesto sentido á aquel que se desea, sin perjuicio de recobrarlo á los pocos kilómetros, mediante un rodeo; y el comenzar el ataque por un punto de la columna ó convoy, y dejándolo allí entretenido, merced á unos cuantos tiradores, correrse á favor del bosque para caer con el grueso de la fuerza, en otro punto alejado, ó para desparramarlos á lo largo de sus flancos, de modo que simulen tropas más numerosas; fueron estratagemas, usadas alguna vez por nosotros, muchas por ellos, especialmente la última, que se convirtió en una especie de procedimiento táctico.

XIV

DEDUCCIONES ESTRATÉGICAS

No sin miedo he escrito el epígrafe del presente capítulo. Porque seguramente la mitad de mis lectores, ya que no todos, preguntarán, ¿acaso en una campaña como aquella, eminentemente irregular, compuesta toda de operaciones pequeñas, constantes, sin enlace, ni desarrollo uniforme, puede hallarse algo parecido á las combinaciones estratégicas de los guerras europeas? Para disipar cumplidamente la objeción que envolvería esta pregunta, necesitaríamos discu-

rrir un poco sobre el concepto actual de la estrategia: eso constituye por sí solo un asunto sobrado extenso, y hasta cierto punto extraño á la índole de este trabajo. Empero, ha de permitírseme una ligera digresión, que justifique la legitimidad del título del presente capítulo.

Sin caer en la exageración de ciertos escritores militares, ya bien antiguos, para los cuales, era la estrategia, algo así como una colección de problemas geométricos, capaces de resolver el éxito de una campaña, pienso también, que debemos huir del escepticismo que consagra á esta cuestión, un intencionado y conspicuo escritor contemporáneo (1). En la tan controvertida clasificación de la ciencia ó arte de la guerra, aceptando el criterio del general Marselli, puede asegurarse que la parte verdaderamente científica, la esencia, digámoslo así, del arte de la guerra, está representada por la estrategia. Las otras ramas, la logística, la táctica, la organización, y hasta la política militar, y la administración, se nos aparecen como elementos contingentes y variables, como modalidades artísticas, que responden á determinados instantes de la ecuación del tiempo. Pero la estrategia, considerada según esto, como la esencialidad del arte de la guerra, debe reducirse y se reduce á un corto número de principios inmutables, sobre los cuales descansan las combinaciones artísticas que el arte militar va deduciendo de las campañas. Voy á tratar de ofrecer una comparación; que estimo bastante adecuada. Componen la perspectiva, un corto número de reglas ó principios científicos invariables, tomados como base y teniendo como auxiliares el colorido, la composición, etc., etc., ¡qué maravillas artísticas tan innumerables no crea el pintor! Pues bien, no otra cosa acontece con el arte de la guerra. Siempre será cierto, por ejemplo, que un ejército debe contar expedita la línea de comunicaciones que lo una á su base, y sin embargo, el intento de querer conservar la nuestra, y colocarnos sobre las del adversario, informado por los diferentes factores, de terreno, ejército, circuntancias, etc., etcétera, ha producido combinaciones y aspectos variadísimos, en los sucesos que registra la historia militar. La organización que viene en función de la táctica; ésta que obedece al terreno, al armamento y á otros mil detalles; la logística, que responde también á la conformación topográfica, á las condiciones de habitabilidad y á las comunicaciones de los pueblos, y se enlaza además con las ramas anteriores; la moral militar que se deduce del progreso de la civilización, y quizás también obedece algo á las imperiosas exigencias de la política; presentan constantemente aspectos mudables. Sólo la estrategia, ó mejor dicho, los principios fundamentales de la estrategia, continúan observándose con el mismo matiz, desde las primeras campañas griegas y romanas, hasta las de nuestros días. Es preciso, no obstante, apartarnos de ciertas exageraciones, que se compadecen mal con el realismo de las cosas. Los principios estratégicos son abstracciones deducidas de la experiencia; mas para volver á aplicarlas directamente á la práctica de la guerra, es menester que exista un objeto capaz de aplicación. Nadie pondrá en duda que un ejército de respetables masas, tiene necesidades á las que no puede sustraerse; la línea de operaciones, el centro ó base de éstas,

(1) El General Almirante —*Diccionario militar.—Estrategia.*—páginas 454 y siguientes.

el apoyo de sus flancos, su eje de maniobras, sus objetivos, etc., etc., son nombres impuestos á la generalización de esos principios que nos ha dado á conocer la práctica; pero supongamos que en lugar de un cuerpo de ejército, de una división, de una brigada, de una fuerte columna, tratamos de un pequeño grupo de seis ú ocho hombres ¿no sería insensato quererle aplicar exactamente todas esas abstracciones estratégicas? ¿acaso habría que elegir caminos, investigar maniobras, y combinar y estudiar aquellos elementos con el grado de perfección que antes consideramos? En manera alguna, un grupo de hombres tan crecido, vive, marcha y se acomoda fácilmente, sin escrupulizar caminos, subsistencias, ni alojamientos; de aquí que el centro ó base de sus operaciones no exigiendo apenas preparación anterior, puede variar constante é infinitamente; de aquí que no necesita precaver sus líneas de operaciones y de retirada; de aquí que sus objetivos sean tan modestos, como variables; sorprendido, derrotado, deshecho, no se preocupa por las exigencias estratégicas que tanto temor darían á cuerpos mayores; la dispersión individual de sus hombres, resuelve momentáneamente el problema, á reserva de reconcentrarse más tarde; vencedor, no puede pensar en recoger el fruto de su victoria, sorpresa, emboscada ó golpe de mano; debe reducirse á la modesta esfera de la acción momentánea que limitará su efecto, tanto menor, cuanto mayor sea su fuerza, es decir, cuanto más nos acercamos á columnas capaces de producir acciones resolventes y decisivas.

¿Podríamos decir que no existen principios estratégicos para estas sencillas columnas? Tampoco deberíamos admitir esto, ante la sola consideración, de que no es tan difícil señalar cuando empiezan aquellas á caer en defectos, como es imposible señalar el grano de arena, que marca la diferencia de concepto entre el puñado y el montón. Lo que sucede es, ya lo acabo de decir, que las abstraciones estratégicas, deducidas en toda amplia generalidad de la experimentación con las grandes unidades, no deben aplicarse con ese mismo linaje de amplitud, sino cuando existe un sujeto capaz de realizarlas de una manera tangible. No significa eso que desaparezcan en absoluto y sólo sí, que su modo de ser, resultando ahora esfumado en las condiciones especiales del caso, no se nos aparece claro en cada circunstancia particular, y es preciso, para percatarse de ello, sintetizar un conjunto de operaciones. En resolución: estudiando al detalle una de las pequeñas empresas que constituyen la guerra de Cuba sería empeño vano escrupulizar los diferentes elementos y combinaciones estratégicas, que en ellas apenas aparecen ó no presentan causa eficiente; pero considerando un período de operaciones, una cualquiera de las etapas de la campaña, sería imposible dejar de conocer, que los principios estratégicos como esencia científica del arte bélico, no pueden ser olvidados sin hacer imposible el éxito final. No es la casualidad, no, la que obtiene en definitiva la victoria; podrá acaso constituir factor contingente, en unión de otros varios, para producir un éxito aislado, pero ni esas coincidencias pueden repetirse, ni aun repitiéndose pueden representar el resultado concluyente de la guerra.

Desde ese punto de vista, claro es que debemos apuntar las modalidades estratégicas, que ofreció la campaña de Cuba, modalidades que aun ofrecerán menos novedad que las logísticas y tácticas; pero que no menos que ésas deben ser señaladas, si queremos empaparnos por completo de la índole y condiciones

de la contienda, para aplicar esos conocimientos, á los que puedan surgir en lo sucesivo, bajo análogas ó parecidas circunstancias.

Ya dije antes, que aun cuando en todo el territorio de la Isla veíanse partidillas más ó menos insignificantes, lo cierto es, que sólo pudo considerarse en pleno estado de insurrección, la mitad oriental ó sea el Departamento de las Villas, el del Centro y el de Oriente. Aplicando la tecnología militar moderna, podemos decir, que el «teatro de la guerra» lo constituía todo el territorio de la Isla, mientras que el «teatro de operaciones» hallóse generalmente reducido al conjunto de los territorios indicados.

Siendo forzosamente la Habana nuestro obligado depósito de toda clase de recursos, y el extremo de las comunicaciones con la Península, es evidente que constituía para nosotros una «primera base de operaciones,» ó si se quiere hablar con propiedad «centro de operaciones.» Ocúrrese en seguida la idea de relacionar ese primer centro con una base constituída en el límite de los territorios insurreccionados, esto es, apoyada en los ríos Sagua la Grande y Hanabana ó de las Amarillas. Tanto más racional parece esto, cuanto que efectivamente, existen en esta parte algunas vías y caminos bien acondicionados, que podrían desempeñar el papel de líneas de comunicaciones entre la primera base ó centro Habana, y dicha segunda base, la cual, á mayor abundamiento, poseería una ciudad importante como núcleo de recursos, Sagua la Grande. Esto que es lo primero que se ocurre, por la costumbre que tenemos de examiminar guerras continentales, se echa de ver muy pronto, que no resuelve el problema. La línea de comunicaciones que liga á la Habana con el límite antes citado y que puede servir, considerando á éste último como segunda base de operaciones para someter las Villas occidentales, tiene que limitar á eso su acción. Constituiría verdaderamente una insensatez, la pretensión de basarnos única y exclusivamente en aquella línea, y marchar por etapas sucesivas hasta el extremo opuesto de la Isla. Si tal hubiésemos hecho, hubiera resultado la empresa con tanta lentitud, que enseñoreados los insurrectos de los departamentos Oriental y Central, pronto hubieran alcanzado un auge que nunca tuvieron. Por fortuna, lo repito, ni un solo instante se dudó en establecer la comunicación de la Habana con los territorios sublevados, por medio de las vías marítimas; de modo que la línea de comunicación terrestre, que se extendió muy luego hasta Santa Clara, sirvió cuando más, para constituir en esta población un segundo centro de operaciones, desde el cual irradiaron todas las que se dirigieron al territorio de las Villas. Así se hallaron éstas en rápida comunicación con la Habana, y como, además, el territorio intermedio no presentó graves alteraciones, pudimos utilizar esos elementos de comunicación sin pretender extenderlas más adelante, porque ya he dicho, que desde Santa Clara basta Santiago de Cuba, no existían otros caminos que los naturales, salvo algún cortísimo ramal, como el de Príncipe á Nuevitas.

En resumen: la red ferroviaria y los caminos y carreteras, que en regulares condiciones había en la mitad occidental de la Isla, pudieron emplearse para constituir la línea de comunicaciones, que relaciona nuestra primera base, Habana, con las operaciones de las Villas; y en general con el centro de éstas, que fué Santa Clara; pero á esto se redujo el empleo de las líneas de operaciones terrestres desde la Habana. Aun dentro del territorio de las Villas, para

muchos períodos de operaciones, se emplearon líneas de comunicación marítima que ligaron directamente la capital de la Isla con Cárdenas, San Juan de los Remedios, (Caibarien) Cienfuegos, Trinidad (Casilda). A partir de la jurisdicción de Sancti-Spíritus, puede decirse que renunciamos á la comunicación terrestre, y como quiera que, á pesar del estado no muy floreciente de nuestra marina, contábamos en este elemento enormes ventajas sobre ellos, pudimos jalonar la costa Norte con puestos de comunicación constante, como fueron Nuevitas, Puerto Padre, Jibara, Mayari y Baracoa, amén de otros que sirvieron algunas veces para operaciones de menor cuantía, por su corta importancia y algunos por no permitir acceso más que á embarcaciones menores; tales fueron: la Laguna Grande boca del estero de Morón, el puerto de la Guanaja, Manatí, Sagua de Tanamo, etc. En la costa Sud poco tardó en consagrar la experiencia que es la única que estas cosas consagra, los puertos de Tunas de Zaza, Júcaro, Santa Cruz del Sur, Manzanillo, Santiago de Cuba y Guantánamo, á más de otros intercalados entre ellos y más secundarios como Vertientes, la Zanja, el Aserradero, etc., etc.

Si consideramos, además, los puertos de las Villas, que antes se han mencionado, no tardaremos en deducir que las costas N. y S. de la Isla, en su mitad oriental, constituyeron verdaderas bases de operaciones, con sus núcleos ó depósitos principales, entremezclados de otros de segundo orden, y todos en fácil y rápida comunicación, por las vías marítimas, con la Habana, que era y será siempre nuestra primera base ó centro general de operaciones.

Convertidas las costas en bases de operaciones, debieron arrancar éstas, de dichos puntos-núcleos, para dirigirse hacia el interior. Y semejante sistema, empleado en toda su pureza, es el que se plantea cuando se trata de conquistar un país poco ó mucho civilizado, pero en cuyo interior no se poseen raíces ningunas; mas obsérvese que no era esto el caso que aquí teníamos. Aunque deshabitadas, estas comarcas no dejan de contar algunas poblaciones, bastante importantes, desde el punto de vista político y territorial. No podía renunciarse por completo á la posesión de dichas ciudades y poblados; antes al contrario, convenía asegurarlos para nosotros, no sólo con la mira de evitar el auge que tomaría el bando insurrecto contando con ellas, sino también por el importante papel estratégico que estaban llamadas á resolver, llenando el cometido de nuevos centros de operaciones, para escalonar las que se efectuaban en el interior. De manera, que cada uno de los puntos-núcleos, de las bases de operaciones de la costa, permaneció virtualmente ligado á esas poblaciones importantes del interior, (cuando existían) en algunos casos, por medio de una línea férrea, en otros simplemente por un camino natural, más ó menos recorrido y custodiado, no viniendo á ser otra cosa que una verdadera línea de etapas, con determinado ó indeterminado carácter, según la intensidad del enemigo. Así teníamos, verbigracia á Nuevitas unida con Puerto-Príncipe, por una línea férrea cuidadosamente guarnecida; á Santa Cruz del Sur ligada con la misma ciudad por una línea de etapas, mantenida con igual constancia, y escalonada en poblados y campamentos como, Santa Cecilia, La Larga, Contramaestre y la Yaba. De igual modo, se unía por vía férrea Júcaro con Ciego de Avila, y ésta con Morón, aunque el ferrocarril no llegó á estar concluído hasta después de la paz. Y podíamos continuar citando: Tunas de Zaza ligada á Sancti-Spíritus; Puerto Padre re-

lacionada con Las Tunas; Jibara con Holguín; Manzanillo con Bayamo; y aun algunos puntos más secundarios, como Baga, puertecillo de la bahía de Nuevitas, que comunicándose con Guaimaro y después con la Zanja en la costa Sud había de formar la Trocha del Este, la cual no llegó á realizarse.

No quiero proseguir sin detenerme á dilucidar dos cuestiones que han sido muy debatidas, á saber: «conveniencia militar del ferrocarril central, y utilidad de las Trochas.» Ambas cuestiones deben ser tratadas ahora, que ya poseemos los suficientes elementos para juzgarlas y pronunciarnos en un sentido ó en otro.

La conveniencia militar del ferrocarril central, puede presentar alguna alternativa, según el punto de vista desde el cual se la considere. En abstracto, no debe negarse que toda vía de comunicación, al facilitar el tránsito del país, propende á la rapidez y buen éxito de las operaciones. Esto, en el arte de la guerra, es axiomático y no vale la pena de discutirlo. Aun cuando sería muy difícil, si no imposible, conservar incólume toda la extensión de la línea férrea central en medio del país insurreccionado, no puede dudarse que si lográbamos mantener en explotación algunos trozos, por pequeños que fuesen, contaríamos con una incuestionable ventaja. Por eso el asunto no ha de plantearse, haciendo ver que después de construído y existiendo la línea férrea, algunas ventajas deduciríamos de ella, porque semejante aserto resulta innegable. Menos puede exponerse como lo hacía un ilustre general (1) en el Congreso, cuando decía:— « No hay más que formar un paralelo, entre lo que ha sido la guerra en las Villas, y entre lo que ha sido en el resto de los departamentos de Cuba, para ver que la ventaja de nuestra parte ha estado siempre en los puntos donde hemos tenido vías de comunicación. » — Como las anteriores, tal aseveración es irrebatible; pero no debemos olvidar que las vías de comunicaciones no preceden á la población, sino que son consecuencia del aumento de densidad de aquella; de manera, que sería cuando menos muy teórico, pretender que exista una red de caminos, y máxime de caminos férreos, superior á las exigencias y necesidades comerciales de los territorios. He aquí, pues, á mi juicio, los términos hábiles de enunciar la cuestión. Dada la actual constitución de habitabilidad de la mitad oriental de la Isla, que es próximamente la misma que tenía el 68, y la misma que tendrá en una cincuentena de años, ¿ puede decirse que la existencia de la línea férrea central presentaría una influencia estratégica determinante? Así hecha la pregunta, no vacilo en contestar con la negativa. No habrá nadie que se atreva á sostenernos la posibilidad de mantener íntegra la línea, desde Santa Clara hasta Santiago, sin emplear en su custodia numerosísimas fuerzas, y los que otra cosa creyeran, fácilmente podrían ser argüídos con el ejemplo de la Trocha y del ferrocarril de Nuevitas, recordándoles cuántos y cuán considerables esfuerzos consumieron para conservarse expeditos. Partiendo de tal convicción, una de dos : ó se vería constantemente interrumpida la línea de comunicaciones de la vía central, tornándose forzoso recurrir á las líneas marítimas, siempre expeditas, ó bien para mantener el pie forzado de su inviolabilidad, con lo cual pudiéramos utilizarla como base de operaciones, la guarneceríamos de

(1) El general Armiñán, en la sesión del 4 de marzo de 1880.

fuerzas en abundancia, consumiendo éstas en la inacción; y la práctica nos haría recurrir muy pronto á las bases de operaciones de las costas, custodiadas con mucho menos trabajo y en relación rápida y constante con la Habana. No podemos decir, por lo tanto, que de existir el ferrocarril central en los comienzos de la insurrección, hubiese adquirido otra faz la lucha. Considerada esa vía como línea de operaciones desde la Habana á las extremidades de las comarcas insurreccionadas, hubiera sido preciso renunciar á conservarla incólume, ateniéndose con preferencia á las líneas de operaciones marítimas antes marcadas. Se hubieran utilizado, sí, grandes trozos de la vía, que no hubieran dejado de reportar utilidad, pero esto no constituye el papel, de línea y base de operaciones, que pretende atribuírsele por algunos.

Si la existencia del ferrocarril central se supone que llevaba consigo la población decuplicada, grandes ciudades, centros comerciales y agrícolas, una numerosa y bien entendida red de caminos y transportes, etc., etc., las condiciones en que se desarrolló la lucha hubieran sido bastante distintas de lo que fueron; pero no como consecuencia de la línea férrea longitudinal, sino por virtud de todas las demás circunstancias, que modifican mucho el estado de habitabilidad del país.

Pasemos ahora á tratar la cuestión de las Trochas. Ya hemos podido observar que si la misma forma entrelarga de la Isla, unida con la escasez de población, fué causa de que los núcleos principales de éstas, se aglomerasen en la costa (salvo muy contadas excepciones) y que establecieran su comunicación preferente por la vía marítima, descuidándose mucho la red interior de caminos, esas mismas razones, al traducirse en el estado de guerra, motivaron el enlace estratégico, que hemos examinado, de la Habana con ambas costas, como bases de operaciones. Empero, hemos notado también que apoyándonos en los puntos principales de dichas bases, al dirigir nuestra acción hacia el interior, se intentó relacionar, de una manera constante, aquellas con algunas poblaciones principales que no podíamos dejar abandonadas. Tal relacionamiento, tal ligazón, se verificó, según he adelantado, en los rarísimos casos en que existía ferrocarril, por medio de un cordón de fuertes destinados á proteger la integridad de la vía; en donde no existía ese elemento mediante una verdadera línea de etapas salpicada de poblados ó campamentos fuertemente guarnecidos; por último; en otros, en los que la línea no tenía tanta importancia, reduciéndose á hacer recorrer aquella por frecuentes patrullas y parejas. De cualquier modo, éstas líneas de comunicaciones, apoyadas por un extremo en la costa y por el otro en una población del interior y prolongadas generalmente hasta hallar otro punto de la costa opuesta, constituyeron de hecho verdaderas bases de operaciones secundarias, con sus núcleos y depósitos, desde los cuales podían arrancar las operaciones á un lado y á otro. Esta fué, á nuestro juicio, la primera noción, el génesis, digámoslo así, del proyecto de las Trochas. Corriendo la suerte de muchas ideas, que son producto de la práctica, al tomar cuerpo de existencia se exageró su alcance, y resultó falseada su virtualidad. Pretendióse constituir con las Trochas verdaderas líneas continuas, que *impidieran* el tránsito de las partidas de unos territorios á otros; así es, que en lugar de limitarse á una sencilla línea de etapas, con los destacamentos ó puestos menudeados cuanto se creyese oportuno, se constituyó una serie continua de fuertes, una estacada, un

alambrado, y, por último, una línea férrea; llegando á convertir así lo principal en accesorio y viceversa.

La primera Trocha cuya construcción se empezó, fué la que se llamó del Oeste, entre el Júcaro y Morón, pasando por Ciego de Avila. Tenía por objeto separar el Departamento del Centro, en donde más ardía la guerra, de los territorios de las Villas, que iban escapando, un poco mejor, por lo menos en cuanto se refería á la situación de las fincas agrícolas, en las cuales, ya fuesen ganaderas, ya azucareras, residía la riqueza del país. Quísose evitar con eso que las partidas del Centro y Oriente invadieran las otras jurisdicciones, algo menos alteradas, é hicieran nuevos prosélitos, á la par que atacasen la propiedad rural con incendios y depredaciones. Después de esa Trocha, se comenzó también la construcción de otra, que había de unir, el puertecillo del Bagá en la bahía de Nuevitas, con Guaimaro y con la Zanja, embarcadero de la costa Sur. En tiempo del general Concha (1874), proyectóse todavía otra, que desde el Aserradero, en la costa Sur, había de ir á Palma-Soriano, prolongándose hasta Nipe; pero según asegura aquel ilustre general, en la « Memoria » que tengo presente, sólo se intentó construir un camino militar entre los dos puntos primeramente citados.

El marqués de la Habana al ocuparse, en la citada Memoria, de tales líneas, asegura que sólo la primera de ellas podía tener valor y eficacia, porque separaba dos territorios, en los cuales la lucha hallábase en diverso auge; pero se pronuncia en contra de las obras de la segunda, que estaban ya empezadas, y de cualquiera otra que pudiera intentarse.

Mucho me cuesta, y no puedo pasar por otro punto, ponerme en discrepancia con tan respetable autoridad, mayormente sabiendo que esa era la misma opinión de eminentes generales y jefes que ejercieron mando en la Isla. Considerada la Trocha como barrera que sirviese de impedimento al tránsito de las partidas cubanas, ni la del Oeste, ni la del Este (la del Bagá), ni ninguna otra, podría surtir ese mágico efecto, y las razones son tan obvias que no necesito esforzarme mucho en demostrarlo. Como primera prueba, puedo presentar la práctica; la Trocha del Oeste sobre la cual acumulamos muchos esfuerzos y elementos fué atravesada por los insurrectos cuantas veces quisieron, en partidas grandes y en pequeñas, por varios puntos ó por uno. Esto no podía ofrecer duda alguna, porque aun cuando los fuertes se multipliquen como se multiplicaron cuanto era dable, llegando á ponerlos de kilómetro en kilómetro, con otros pequeños intercalados en los medios kilómetros, es decir, aproximándonos á una línea continua, obsérvase desde luego que éstas se hallan hoy desechadas, principalmente cuando son de cierta extensión. Además, los 500 metros de intervalo que parecen una cifra mínima, no surten el efecto apetecido en aquel país, pues las condiciones de vegetación, á que diversas veces he aludido, hacen suficiente esa distancia para que pueda atravesar la línea, singularmente de noche, cualquier destacamento enemigo, burlando nuestra vigilancia. En resolución, lo que pudo lograrse, y se logró con la Trocha, no fué evitar el paso, sino tener noticia muy inmediata de él. Aprovechando después los recursos acumulados en la línea, era factible lanzar en su seguimiento fuerzas bastantes, á las que no llevaba el enemigo demasiada delantera. Como se ve, esto no era otra cosa, que usar dicha línea como base de operaciones, y para ello no hacía falta

tal profusión de fuertes, ni tanto desaprovechamiento de tropas. Que la línea del Bagá respondiese ó no á las circunstancias y planes de operaciones de aquellos territorios, cosa es que no nos incumbe ahora averiguar: lo que sí nos importa mucho dejar sentado, es que la del Oeste, como la del Este, no pudieron ni debieron emplearse á guisa de obstáculos pasivos que limitasen la acción de las tropas insurrectas, sino como bases de operaciones, para dirigir éstas á un lado ó á otro, según nos indicaba el rastro ó el tránsito de las partidas enemigas. Después de todo, si consideramos que tal fué, y no otro, el servicio positivo que prestaron las Trochas, y si recordamos que un cometido análogo desempeñó el ferrocarril de Puerto Príncipe á Nuevitas, la línea de etapas desde esa misma capital á Santa Cruz, y en general, todas las líneas de comunicaciones que hemos señalado, comprenderemos muy luego dos cosas: primero, que tuvimos razón cuándo señalábamos, al empezar á tratar este asunto, el germen de la idea de la Trocha; y segundo, que éstas, reducidas á proporciones modestas y sin exagerar su importancia, son útiles, convenientes, necesarias, y hubieran podido multiplicarse con ventaja, para nuestras operaciones. Un camino construído y mantenido en las mejores condiciones posibles, si fuese carretera mejor, y mejor aun si fuese vía férrea; dos cercas de estacada y alambres, ó de cualquiera de las clases que se usan en el país; unos cuantos poblados ó campamentos fortificados, que marcasen la extensión de las etapas; algunos fuertes intermedios bien abastecidos, que reunieran la suficiente solidez para resistir un golpe de mano; y por último, un constante servicio de patrullas que recorrieran diariamente, dándose la mano, los diversos trozos de este camino, ó trocha, ó como quiera llamársele, nos hubieran asegurado en ventajosísimas condiciones las líneas de comunicación que, según repetidas veces he dicho, unieran los puntos fronteros de ambas costas, ó por lo menos, los de una de éstas con las poblaciones del interior, que así lo exigían. Consideradas con tan modesto papel, las trochas y medias trochas debieron existir en casi todas las líneas importantes y tal vez en algunas más, porque hubiera sido garantizar con elementos racionales y según las exigencias modernas del arte de la guerra, comunicaciones que, á despecho de su incontrovertible necesidad, sólo se mantuvieron prodigiosamente, merced al heroísmo de nuestras tropas y también á la falta de conocimiento y de práctica del bando insurreccionado; porque cada vez es más cierto, que en las condiciones sociológicas modernas, la guerra exige mucha inteligencia é instrucción; y si aquella puede existir por don espontáneo de la naturaleza, esta última necesita para su desarrollo factores de tiempo y estudio ú observación, que no pueden repentinamente improvisarse.

Por lo dicho se comprende, que si bien opino que el ferrocarril central, en las condiciones actuales de la Isla, no tendría apenas influencia determinadamente estratégica para el caso de una campaña insurreccional, pienso por el contrario, que los ferrocarriles transversales, destinados á poner en comunicación los puntos opuestos de ambas costas, y á ligar éstas con las poblaciones del interior, constituirían un elemento de gran trascendencia para la formación de las líneas y bases de operaciones, á que me he referido. De modo que coinciden, como no podía menos de ser, las exigencias estratégicas con las necesidades comerciales, pues es inútil repetir, y prontamente nos percatamos de ello, que en el estado actual de las cosas, servidas las comunicaciones longitudinales venta-

josamente por las vías marítimas, la exigencia más urgente consiste en la construcción de esas vías transversales, ya sean carreteras, ya ferrocarriles, que relacionen entre sí los puntos de ambas costas y ofrezcan á las del interior rápida y cómoda salida á éstas. En cuanto resultaran suficientemente multiplicadas dichas transversales surgiría la necesidad de unirlas entre sí, y esas diferentes uniones producirían la vía central, no por modo artificioso y algo violento como ahora se pretende construirla, sino obedeciendo á un proceso racional, fundado en la naturaleza geográfica y comercial de los datos del problema.

Hemos examinado los principales elementos del tablero estratégico de la campaña. Esos tales no bastan á comprender toda la urdimbre de las operaciones, y voy á intentar brevemente dar una idea de lo que falta. Para constituir las combinaciones estratégicas hay que tener en cuenta, además de los factores que ya han sido indicados, otro muy determinante, cuya intervención motiva gran parte de los empeños tácticos, mayormente de los empeños tácticos decisivos é interesantes; me refiero á *los objetivos*, por los cuales se proyectan las combinaciones estratégicas y se riñen las batallas y combates. Sin embargo, la primera y principal condición de un objetivo es que represente, en realidad, esa influencia decisiva, que lo haga digno de las maniobras estratégicas y de la sangre que en su conquista se derrama. Ya sea de importancia meramente geográfico-estratégica, ya sea político-comercial ó de circunstancias, lo interesante, lo exigible, es que los esfuerzos de valor é inteligencia, que se han empleado en conquistarle, no hayan sido estériles para la prosecución de la lucha, y el punto objetivo resuelva ó adelante algo en cualquier concepto, demostrando en tal hipótesis que se le eligió bien. No soy yo de los que piensan que las campañas se ganan estratégicamente; creo al contrario, que siempre hay que buscar la finalidad táctica; pero esa finalidad, ese empeño táctico debe representar en su resultado algo ventajoso, ya en un sentido, ya en otro. Dar una batalla á semejanza de un duelo y sin ulterior propósito, es cosa que podría admitirse allá en el siglo XV ó el XVI (y no obstante recordemos los consejos del duque de Alba á sus capitanes), pero que no podemos concebirla en nuestros días, á la altura que ha llegado el arte de la guerra. Perdóneseme que me haya extendido un tanto en estas reflexiones, y busquemos en su consecuencia los objetivos de la campaña de Cuba.

En toda guerra irregular, los objetivos materiales presentan un carácter de inseguridad enorme, y una falta de decisión casi absoluta, como que el factor principal de estas luchas, consiste en la tenacidad, valor y conocimiento del país, que adornan á los sostenedores de la contienda. Una ciudad, una posición estratégica, una batalla perdida, alcanzan cuando más á disolver la nube que se había condensado en aquel punto, pero el espíritu belicoso diluído y repartido en toda la masa del país, tarda muy poco en manifestarse, y aprovechando los restos de la pasada derrota, dispersos y ocultos gracias á la complicidad de todos, pueden surgir prontamente nuevos núcleos de resistencia, sin hablar de los constantes alfilerazos, que no cesan, y que asestados continuamente por enemigos casi impalpables, imposibilitan la obtención del éxito definitivo. Infiérese de todo esto, que hay poco que esperar de estas victorias materiales, y que la consecución del triunfo está en razón inversa del carácter y condiciones del bando mantenedor de la lucha; si éste se llega á atemorizar ó se desesperanza contemplándose sojuzgado, el desaliento cunde y la terminación de la guerra se

avecina, dependiendo, como se ve, de la consecución de un objetivo puramente moral, el decaimiento y desmoralización del enemigo. Si por el contrario, éste encuentra medios de eludir nuestras persecuciones, si halla suficiente acomodo para recomenzar la tela de Penelope de su organización, desbaratada por cada uno de sus desastres; si en cada pérdida llama en su auxilio ese general *no importa* que tales milagros improvisa; entonces poco significan nuestras victorias materiales. En vano conquistamos uno y otro punto, derrotamos una y otra vez á las masas enemigas; sólo conseguimos la posesión del terreno en el radio que alcanzan nuestros fusiles; y nuestros enemigos, divididos, subdivididos hasta hacerse impalpables, nos molestan quizá más en agrupaciones pequeñas, al modo de esas drogas cuyo máximo efecto se consigue administrándolas, en cortas dosis. En tal caso, contemplamos cuánto se dificulta obtener el objetivo moral á que antes me he referido, pero no admite duda que hacia él habrán de converger nuestros esfuerzos.

Todo esto que decimos, en común para las guerras irregulares, verificóse en escala máxima para la insurrección de Cuba. En ella, ya lo he dicho varias veces, los sublevados no tenían puntos que proteger, ni líneas que conservar; aprovechándose del benigno clima y de la rara fecundidad del país, en cualquier parte improvisaban su estancia; así es, que se nos aparecían tan pronto al flanco como al frente, como á retaguardia de nuestras posiciones. Victoriosos, nos envolvían y acosaban en masas cada vez mayores, semejándose esto á la rápida condensación de las nubes en día de tormenta; derrotados, dividíanse y subdividíanse hasta lo infinito, tornándose intangibles y haciéndonos desesperar con esa impalpabilidad que les había de suministrar elementos para rehacerse en breve plazo y volver á la carga, de ese modo muy poco significaba la obtención de alguna señalada victoria, que en otra clase de guerra hubiera marcado, la terminación de un período y el comienzo de otro, la sujeción de una comarca, ó en suma, la limitación de una etapa de la campaña y, por consecuencia, la aproximación del fin de la guerra. Aunque muchas veces logramos reñir serios combates y obtener victorias que parecían decisivas, la guerra apenas adelantó un paso; la ventaja táctica ó estratégica obtenida, no resolvió nada por sí sola, y tras un período de tiempo, en que el enemigo se dispersaba y ocultaba, poco tardó en reaparecer más pujante, incómodo y tenaz. En resolución, en la guerra insurreccional de Cuba, como en toda clase de guerras irregulares, y más especialmente en las que están favorecidas por la especialidad topográfica y climatológica de aquellos países, los objetivos estratégico-materiales, aun teniendo grande importancia, sólo representan un papel muy accidental; el verdadero objetivo decisivo, afecta un carácter moral, y redúcese á cansar, fatigar al adversario, desmoralizarlo, quebrantar su tenacidad y hacer cundir el desaliento en sus filas, de manera que éstas aclaren un día y otro. Cuando esto se consigue, el día de la victoria definitiva está cercano; mientras no suceda así, los éxitos materiales sólo podemos apreciarlos parcialmente, en tanto cuanto coadyuvan á aproximarnos al estado de cosas que hemos deseado.

Y bien se comprende, que no quiero decir con esto, que debamos prescindir y abandonarle los puntos y poblaciones importantes, porque es notorio que mientras tenga alguno ó algunos en su poder, refrescará su moral en la importancia, más ó menos estratégica, que se atribuye á tal posesión. La primera eta-

pa consiste, pues, en arrebatarle aquellas poblaciones ó posiciones que hubieran caído en sus manos, bien en virtud de un golpe de audacia, bien en virtud de la sorpresa ó de una verdadera derrota nuestra. Mientras las conserve, y aun cuando no le presten otra cosa que fuerza moral, templará en ellos su constancia y valor, haciéndose muy difícil que decaiga. Pero al mismo tiempo que reconozco la indispensabilidad de esa primera etapa, juzgo que ella sola no resuelve la campaña, y si alguna duda pudiera cabernos, la experiencia, con su lógica irrefutable nos sale al paso, y contemplamos, verbigracia, que después de haber logrado reconquistar por nuestra parte Bayamo y rechazar al enemigo en Holguín y en Las Tunas, la insurrección vivió ocho años, llegando á alcanzar períodos tan pujantes como los días precedentes de las Guásimas; que apenas podían sostenerse en las poblaciones que sorprendieron, tales, como Santa Cruz, Manzanillo, Jiguaní, etc., y no obstante, esto no fué impedimento para que nos causasen desastres de alguna monta y para que agotasen nuestras fuerzas en esa lucha continuada, penosa y capaz de engendrar verdadera desesperación en el ejército regular. En resumen; tras de esa primera etapa, cuyo objeto primordial, sería recobrar los pocos puntos importantes que hubieran conseguido poseer, ha de emprenderse una lucha metódica, larga, tenaz y de resultados poco brillantes; pero muy seguros y decisivos, porque tiene por único fin desmoralizar y desalentar al enemigo, haciéndoles soltar las armas uno á uno. Hemos llegado, pues, á la verdadera modalidad estratégica notable de esta guerra, y vamos á ver como ella misma obedece á los principios generales y constantes de la ciencia.

He llamado á esta parte de la lucha, segunda etapa, ó segundo período, partiendo del supuesto de que contingencias inevitables, ó tal vez algo de indiferencia y descuido nuestro han permitido al enemigo alcanzar grandes vuelos, posesionándose de puntos, líneas y posiciones, muchos ó pocos, que es preciso arrebatarle previamente; mas lo probable será, que un movimiento insurreccional no surja tan potente; en su consecuencia, si el país se halla racionalmente preparado y organizado, desde el punto de vista militar, si los hombres que ejercen el mando supremo no se descuidan, si los jefes superiores de las fuerzas militares despliegan bastante celo y actividad, lo lógico es, y así debe esperarse, que el bando enemigo no haya podido colocarse en aquella ventajosa situación, y que la guerra no haya pasado de lo que antes llamé segunda etapa, que ahora se toma en primera y única. Véase, pues, si es importante el estudio de tal modalidad, á la cual quedará reducida toda la guerra; tal y como aconteció en la segunda campaña de Cuba en 1879-80; porque mejor preparado el país, y apercibidas las autoridades y jefes militares, comenzó en seguida el tejido de las operaciones en escala reducida, y no les fué posible á los sublevados sacar el movimiento de tan estrechos moldes.

Ocupémonos ya en el aspecto del conjunto estratégico de ese período. No hay que forjarse ilusiones, para guerrear con fruto durante él, así como en toda lucha irregular, es imprescindible contar con superioridad numérica, y con superioridad numérica no despreciable. En el caso contrario, si sólo tenemos igualdad de fuerzas, ó superioridad muy escasa, á lo más que debemos aspirar, es á entretener la campaña, dando treguas á la llegada de refuerzos, sin pretender en modo alguno alcanzar triunfos definitivos. Es en vano que se nos presenten ejemplos

de ejércitos en guerra regular que vencen á fuerzas superiores; basta, para conseguir esto, disponer las combinaciones estratégicas de modo, que allí donde se riñan los empeños tácticos decisivos, se sea más fuerte, bien por el número, bien por la calidad de las tropas, bien por la posición; pero en esta lucha irregular en la cual según he repetido mil veces, el enemigo no tiene exigencias estratégicas á que obedecer, presentándosenos imprevistamente por cualquier lado, acogiéndose al monte, cuando le conviene, sin importarle cual sea éste, recobrándose y volviendo á inquietarnos; en una palabra, ejerciendo el papel que describe con frase oportuna nuestro actual Reglamento de Campaña, de *insecto incómodo por lo pegajoso y persistente*, no podemos limitarnos á ser más fuertes en algunos puntos determinantes, sino que tenemos precisión, de serlo constantemente, en todas las ocasiones, en que se encuentren nuestras respectivas fuerzas.

No se crea que la exigencia anterior presupone que operemos en grandes masas contra las suyas pequeñas y diseminadas; muy al contrario, debemos imitar sus procedimientos, subdividiéndonos en pequeñas columnas, que sean próximamente como las suyas, cuando más un poco mayores, teniendo presente que la superioridad que pretendemos, se traducirá ventajosamente en la multiplicidad de las columnas y en la calidad de las tropas.

Por último, la tercera condición irreemplazable, á fin de que esas operaciones múltiples den resultado, es la tenacidad, ó sea la constancia de movimiento. Pero esto exige una preparación, una organización previa, sin la cual no podríamos desarrollar esa permanencia de operaciones. Pésame repetirlo y no puedo pasar por otro punto; la constitución de habitabilidad de la Isla es tal, que en toda la mitad oriental, donde se enseñoreó la lucha, apenas existen en el interior seis ú ocho poblaciones importantes y algunos pobladillos insignificantes, totalmente desprovistos de recursos. Si nosotros intentamos utilizar sólo aquellos puntos, las operaciones á que nos venimos refiriendo, tórnanse irrealizables. Las columnas por pequeñas que sean, no pueden desligarse demasiado del centro de operaciones de donde han partido, exigencia que les impone de consuno el preciso abastecimiento de raciones y municiones, más el cuidado de los enfermos y heridos. ¿Qué sucederá así? que la columna no prolonga su expedición arriba de tres, cuatro ó cinco jornadas, ó exagerándolo si se quiere, siete ú ocho, contando con la ida y el retorno; mas como los espacios que separan dichos puntos principales, no pueden ser bien recorridos en tan corto tiempo, resultaría que el enemigo contaba con porciones inviolables de territorio, donde no llegaba nunca nuestra acción, y donde él con toda comodidad y sosiego podía á mansalva repostar y reorganizar sus fuerzas. Esto es lo que á toda costa debe evitarse, y para ello no hay más medio que multiplicar los centros, viniendo á resultar así, una especie de base de operaciones diluída en el total del territorio, lo cual como se ve, está conforme y se adopta á la índole de la guerra.

Por otra parte, la empresa de multiplicar los centros de operaciones, no es tan difícil como á primera vista pudiera parecer. Aprovechando los pobladillos pequeños ó improvisándolos, si fuera preciso, con los elementos del país tal y como se ha indicado en el capítulo XII, puede crearse el número de centros de operaciones que se considere suficiente, teniendo en cuenta las dimensiones de la porción territorial que organizamos y la cantidad de nuestras fuerzas ope-

radoras. En cada centro se almacena un depósito de raciones y municiones (y quizás algunos armamentos) susceptibles de abastecer á las fuerzas dependientes de aquel, durando dos ó tres meses, si es posible más aún será mejor; se establece una pequeña enfermería, con los recursos indispensables para un corto número de enfermos y heridos; se instala una guarnición permanente, en la cual pueden aprovecharse todos los individuos que sin poderse llamar enfermos, no estén en estado de soportar la fatiga de las operaciones activas, caso harto frecuente en aquellos climas; y se construyen defensas y atrincheramientos bastante capaces, ya que no de una obstinada resistencia, al menos de precaver una tentativa de atrevimiento por parte del enemigo. Después de todo eso, asígnase á cada centro de operaciones, así constituído, una zona círculo ó circunscripción de terreno, que pueda ser recorrido, registrado, explorado simultáneamente por las diversas columnas operadoras á él asignadas, de tal modo, que cuando comience semejante trabajo, el enemigo no pueda contar con asilo seguro ni con momento de reposo. Si continuando en nuestra hipótesis, suponemos dispuesto y distribuído un territorio en zonas ó circunscripciones preparadas convenientemente; si tenemos la precaución de conservar las comunicaciones de esos centros entre sí por medio de telégrafos y parejas, así como con el centro ó centros superiores; si se opera en todos ellos con vigor, poniéndose en contacto y confronta las fuerzas de cada uno con las de los limítrofes, es evidente que habremos creado una red de invisibles mallas, entre las cuales se verá envuelto y sofocado el enemigo.

Infiérese fácilmente cuan teórica resultaría la aplicación de ese procedimiento, con igual pureza, á todo el teatro de operaciones. Díficil sería obtener la superabundancia de fuerzas que para ello se necesita. Pero lo que sí resulta factible, es compartir el citado teatro en varias grandes circunscripciones de división ó de brigada, y mientras en unas se mantienen sólo las fuerzas precisas para tener á raya al enemigo, conservando nosotros una actitud espectante, agrupar el mayor golpe de fuerzas en una, dos ó tres de aquellas; y se va escalonando la pacificación, empezando por esas y dedicándose paulatinamente á las demás, por grupos sucesivos. Ayuda mucho á este método la localización, que allí como en toda guerra irregular, tienen las fuerzas insurrectas. Partida hay, que en saliendo de la jurisdicción donde opera y de donde son naturales sus hombres, apenas es temible, y no tarda en decaer y desbandarse su gente. Cierto que algunas veces pasaron á los Villas grandes fuerzas de los otros departamentos. ¿Y qué? Muéstresenos que resultados positivos obtuvieron aquellos insurrectos tuneros y camagüeyanos, tan hábiles en sus territorios, porque en ellos poseían la fuerza moral que da la simpatía del país, y el conocimiento íntimo del terreno, todo lo cual les faltaba hasta cierto punto en las Villas.

No se piense que con el cuadro que vengo desarrollando pretendo dictar una panacea infalible; cabalmente soy muy opuesto á los recetarios en arte militar. No he hecho otra cosa que bosquejar la disposición general teórica de los elementos estratégicos. Las dificultades surgen cuando tratamos de convertir el sistema á la práctica, y usar de los factores que nos proporciona la realidad. Así, por ejemplo, hemos averiguado que se necesita en conjunto disponer de gran superioridad de fuerzas; pero la distribución de éstas en las zonas, deberá guardar relación con la clase de terreno que predomina en ellas, y también con su ex-

tensión. A su vez, esta condición no será, ni puede ser idéntica en todos los círculos ó circunscripciones, porque habrá verbigracia, algunos que deberán ser ocupados por cuatro batallones, esto es, por una brigada, y otro círculo ó zona más extenso, pero en el cual los movimientos se faciliten ó el enemigo se halle menos crecido, tendrá suficiente con dos batallones. En la disposición de fuerzas de las columnas y en el número de éstas hay que atemperarse igualmente á las circunstancias y á las cifras. Columnas muy débiles están expuestas á ser derrotadas y copadas por el enemigo; muy grandes, harán disminuir el número de columnas, en defecto de los resultados simultáneos que apetecemos. Si por aumentar las columnas, bien sea en número, bien en la fuerza de cada una, debilitamos al destacamento central, exponiéndolo á caer en manos del enemigo, no hay para qué ponderar el efecto moral que puede producir este revés; si por el contrario, disponiendo de poca fuerza huimos de semejante riesgo, limitándonos á guarnecer, y esquivando el operar, no hay que apetecer ningún efecto decisivo, y á lo más que habrán de limitarse nuestras aspiraciones es á mantenernos en una situación espectante mientras redoblamos nuestras fuerzas.

No proporciona menor dificultad el cuidado de avituallamiento constante de los distintos centros, tanto en víveres como en municiones, armamento, efectos sanitarios y quizás algo de vestuario y equipo; los convoyes que se hace preciso mantener para esto, pues de lo contrario, dejaríamos de contar con la ventaja que nos proporcionan esos centros; y por último, el enlace y comunicaciones rápidas, que entre sí requieren unos centros con otros. Pero tales detalles corresponden más bien al desarrollo logístico que disponen los estados mayores, y sobre eso no hemos de volver ahora.

Vamos á terminar este capítulo ratificándonos en lo que al comienzo sospechábamos; es á saber, que los principios estratégicos menos que ningunos otros deben padecer excepción en esta guerra, como que ellos constituyen la esencia y fundamento del arte bélico. Así hemos contemplado á la capital, Habana, ejerciendo el papel de centro general directivo de la guerra; la hemos visto ligarse rápidamente mediante las comunicaciones marítimas con las costas N. y S., que en los territorios insurreccionados, desempeñaron el papel de primeras bases de operaciones; hemos observado la tendencia de ligar los puntos principales de esas bases con los puntos del interior y de la costa opuesta, sirviéndose de trochas ó de líneas de comunicación, más ó menos guarnecidas y en disposición de utilizarse como bases de operaciones de segundo orden. Por último, hemos comprendido la necesidad de metodizar la guerra, adoptando procedimientos que se avengan con la índole de una campaña irregular, y procurando, después de haber arrebatado al enemigo los puntos principales que poseyera, cansarlo, abatirlo y desalentarlo.

XV

DEDUCCIONES ORGÁNICAS PARTICULARES.—INFANTERÍA

Al estudiar las deducciones orgánicas asáltanme, como siempre, los temores de mi insuficiencia, porque es notorio que las reglas y prevenciones que sentemos en los párrafos siguientes, debiendo ser á modo de resumen ó compendio,

en el cual se sintetizen las anteriores, habrán de venir precisa y únicamente informadas en las modalidades tácticas, logísticas y estratégicas que he examinado. No digo con esto nada nuevo, nada que no sea sobradamente sabido por todos mis lectores. Si el ejército es el instrumento de la guerra, si su constitución y organización tienen como único objeto el guerrear, forzoso será que los diferentes detalles de su organismo, los múltiples resortes de esa máquina respondan á las exigencias del arte bélico en general, y además, al aspecto ó exteriorización distintiva que presentó la campaña donde vamos á emplearlo. De suerte, que aun estando persuadido de que la esencia del arte de la guerra es inmanente, hay que admitir diversas especialidades logísticas y tácticas, debidas tal vez á contingencias circunstanciales, que toman carácter más ó menos fijo, á factores políticos y topográficos, que arrastrarán consigo la precisa adaptación al medio, y en una palabra, á que los principios constituyentes de la ciencia, son, sin duda alguna, constantes, pero su diversa aplicación ofrece combinaciones y fisonomías variadísimas. Si eso acontece con el arte bélico en general, que no podrá suceder con aquella rama suya, la organización, que representa dentro de él, la influencia más causal, más política y hasta diré más sociológica. Pretendo dar á entender con tales rodeos, y paréceme que ya es tiempo de plantear francamente el problema, que la organización de un ejército, así en su conjunto como en sus detalles, bien que deba responder á los principios generales que produzca la ecuación del momento histórico, debe, además, ofrecer los elementos consiguientes á la índole de la guerra, reuniendo la virtualidad necesaria para el funcionamiento práctico que va á resolver, y eso hasta tal punto, que lo veremos comprobado en detalles, insignificantemente como vestuario y equipo, en otros de mayor entidad como raciones y armamento, y hasta en aquellos que conciernen á los grandes principios orgánicos, como constitución de las unidades superiores, división territorial, etc., etc. A mi juicio, y creo no equivocarme, supondría craso error, pretender que el estado orgánico producto de un cierto número de campañas, sea susceptible de aplicarse á otra cualquiera sin tener para nada en cuenta las condiciones que en ella concurran. Si el ejército es el instrumento, por excelencia, de la guerra, si ésta puede ofrecer diversas modalidades, es conveniente, mejor diré, indispensable, que la construcción de aquella máquina, de aquel instrumento, responda á esas variaciones en el límite posible. Y bien se me alcanza que no podríamos conseguir eso en todos los casos; porque no puede disponerse de un ejército distinto para cada campaña de las que ocurran, ni aun siquiera de dos ó tres tipos generales para poder aplicarlos, según convengan; pero el ejército ó el núcleo de ejército, organizado para guerrear en un país ó en países vecinos, que difieran poco de él ¿acaso, no puede adaptarse á las condiciones en que más probablemente acaecerá la lucha? No sería difícil, y si es difícil, acaso no sería imposible, que los azares de la fortuna llevasen nuestros soldados, en número mayor ó menor, á guerrear en climas septentrionales, como aconteció con la expedición del marqués de la Romana; y sin embargo, seguramente juzgaríamos desacertado que el ejército de la Península se organizase en todo ó en parte como si fuese á pelear en heladas comarcas. Lo natural y lógico es que sus teatros más frecuentes sean, ya que no la Península Ibérica, países que no difieran grandemente de ella en topografía, costumbres, historia, etc., etc., como Italia, Francia, Portugal. Pues bien; del mismo

modo pienso, que el ejército de nuestras Antillas, que, dígase lo que se quiera, no es el ejército peninsular, debe obedecer ante todo, á las condiciones de la guerra en aquel país, ó en países que tengan con él gran similitud. Creer otra cosa es teorizar infructuosamente. Lo inmediato, lo presumible, casi lo inevitable, será que nuestro ejército antillano se bata en las condiciones qne siempre se ha batido, en la guerra de conquista de América, en la de separación, en la guerra dominicana y en las dos insurrecciones de Cuba. No vale hurtar el cuerpo ni eludir la dificultad; esos ejércitos ó esas partes integrantes de nuestro ejército, deben organizarse de una manera adecuada y, sus conjuntos y detalles, no son otras cosas que deducciones sintéticas, que arroja el estudio de esas guerras y principalmente la última, la insurrección cubana, acaecida ya en nuestros tiempos y en consonancia con ellós, no sólo por lo que atañe á factores materiales, armamento, vías de comunicación, etc., sino por lo que concierne á factores político-sociales, como es bien patente..

No se trata, pues, de una fantasía hija del conato que yo he debido poner y he puesto en el presente estudio: el ejército, las tropas que guarnezcan aquellos territorios, deben adoptar una especialidad orgánica genuina, que corra parejas con la especialidad estratégica, logística y táctica, deducidas en los capítulos anteriores; y tal especialidad, que no es otra cosa que el desarrollo y estudio de aptitudes requeridas por la campaña, es la que trato de examinar con el consiguiente temor, según indiqué al comienzo, porque á medida que ascendemos en la serie sintética, preséntase más enmarañada y complicada la cuestión.

Cabalmente esas dificultades van á obligarme á insistir en cierto sabor pedagógico, del cual procuro en vano apartarme y al que me veo de nuevo arrastrado por la necesidad de ordenar y esclarecer el asunto.

En las influencias orgánicas distínguense desde luego dos grupos muy principales: los que caracterizan particularidades peculiares de los diferentes elementos, armas é institutos. Infantería, Caballería, Artillería, Ingeniería, Administración militar, Sanidad, Estado Mayor y otros secundarios; los que abarcan grandes preceptos generales como «reclutamiento de oficiales,» «reclutamiento de las tropas de primera línea,» «constitución de las reservas,» «división territorial militar» etc., etc. Claro es que ambos grupos hállanse íntimamente enlazados y su diversa importancia, su distinto enlace con los problemas tácticos, logísticos y estratégicos, constituye al compenetrarse de uno en otro interminable cadena; pero no es menos cierto que semejantes agrupaciones y subdivisiones metodizan y tornan factible el estudio, el cual de otra manera se ofrecería laberíntico y embrollado.

Paréceme que dejo así suficientemente justificada la separación de las deducciones orgánicas en dos grandes grupos; los particulares, de que trataremos en los presentes capítulos, y los generales que serán objeto de los últimos, dando término y acabamiento á este ya cansado trabajo. Con los mismos argumentos, en menor escala repetidos, podría defender la subdivisión que voy á introducir dentro del grupo que nos ocupa, y abreviando razones, pasaré desde luego á efectuarla.

Infantería.—Ya vimos en las deducciones tácticas, que en esta campaña como en todas, y como siempre que en la ciencia de la guerra se ha mantenido á respetable altura, la Infantería ha sido, sino el arma principal, porque es atre-

vido conceder tal diploma, cuando la combinación táctica moderna exige imperiosamente para ser completa los tres diferentes elementos, al menos el arma más abundante, más equilibrada, más flexible y más apta, en término medio para toda clase de empresas.

Si dejara correr la fantasía con un poco de libertad, si basándome en la organización anterior al 68, pretendiera deducir los patrones orgánicos con completa independencia de los prototipos consagrados por la guerra europea, es innegable que al llegar á la solución, nos hallaríamos con resultados muy discordantes de los elementos peninsulares; y esa exageración, no la juzgo tampoco conveniente, porque en último término, teniendo, como tienen, reducido alcance, ciertas pequeñeces, debemos procurar que exista toda la semejanza posible entre los elementos orgánicos de aquende y allende los mares.

Ha empezado á ocurrírseme esto al tratar de la determinación de unidades, asunto que estimo preferente, aplazando los detalles de armamento, vestuario y equipo. Veamos de fijar la unidad orgánica, batallón; pues, si allí como aquí, y más allí que aquí, la verdadera unidad táctica de combate es la compañía, es innegable que ésta constituye un elemento orgánico de demasiada pequeñez y no ha conseguido arrebatar completamente al batallón, su papel de unidad orgánica-tipo. Basado en esto, creo que el batallón permanece y permanecerá, durante mucho tiempo al menos, siendo la unidad fundamental orgánica administrativa, sin que esto impida que la compañía, sobre todo la compañía fuerte moderna, disfrute de un cometido táctico bastante autónomo. Siendo el batallón la unidad que va á servirnos de punto de partida, para determinar múltiplos y submúltiplos, procuremos primero fijar su fuerza y constitución. El coronel García Navarro, en un trabajo sobre la guerra de Cuba que he tenido ocasión de citar, se pronuncia por los batallones de seis compañías y fuerza de 500 hombres y aduce para ello razones que no dejan de tener valor. La principal es la inconveniencia de operar en grandes masas, debiendo por el contrario, tender siempre á favorecer la subdivisión, sin perturbar las condiciones orgánicas. En lo de fijarse en el número de seis compañías paréceme que hay algo de prejuicio ó tradición; porque después de todo, los batallones que él propone de seis compañías, entre las cuales se cuentan una montada y una de depósito, no son al cabo otra cosa que batallones de á cuatro compañías. La existencia de la montada procuraré justificarla luego, y no creo que me será difícil, ante el convencimiento de los que hayan leído con alguna atención este trabajo; en cuanto á la de depósito, es solamente un cuadro destinado á constituir el núcleo constante de los reservistas ó de los nuevos reemplazos; de modo, que no puede apreciarse como verdadera compañía combatiente y queda en consecuencia reducido el batallón á cuatro compañías de infantes. Respecto al otro argumento, esto es, á la tendencia que debe guiarnos para favorecer la divisibilidad, acúdeme una observación y es, á saber: que si el batallón cuenta 500 hombres y que de ellos sacamos 100 de la compañía montada, restan cuatro compañías á 100 hombres, proporción que, á mi humilde juicio, antes dificulta que facilita esa subdivisión. Una compañía de 100 hombres puede efectivamente dividirse en dos mitades de á 50 ¿pero acaso una compañía á 200 no puede dividirse en cuatro elementos de la propia fuerza con la ventaja de resultar así más escalonada la subdivisibilidad, pues existe grupo de 200, de 100 y de 50? Sin duda alguna. ¿Se desea

que los grupos de 20 ó 30, caso de constituirse, operen separadamente y estén encomendados á oficiales? Estoy conforme; pero esto se consigue sin más que aumentar el contingente de oficiales por compañías, de modo que lleguemos á cubrir esa eventualidad no necesitando para ello rebajar la categoría de la unidad compañía, ni desminuir la importancia del mando del capitán en parangón con sus colegas de la Península. Si aun se estimase demasiado la compañía de 200 hombres, puede concebirse la rebaja á 150, dividiéndola en tres secciones, con lo cual y mediante un sencillo aumento de dos oficiales por compañía, se proporciona el medio de encomendar á un oficial, cada grupo de 25 hombres que opere separado, y al mismo tiempo, no se aminora tanto la constitución de fuerza de la compañía. Por otra parte, con este último arreglo el batallón sin llegar á los 800 hombres, número que tal vez, algunos lo juzgarán excesivo, no desciende tampoco á los 400, que es á todas luces insuficiente, sobre todo, para la desairada situación que resulta al compararlo con los batallones peninsulares de 800 á 900 plazas. En suma, no veo yo graves inconvenientes en admitir el batallón de 800 hombres dividido en cuatro compañías de á 200, y cada compañía en cuatro secciones, pero aumentando los oficiales hasta tener dos por sección ó cuando menos de seis ó siete, en la compañía. De creerse que el batallón de 800 hombres representa una cifra algo elevada, podemos admitir como muy armónico y aceptable el número de 600 plazas, en cuatro compañías, lo que da 150 por compañía; compartiendo estas en tres secciones, de á 50 hombres y existiendo dos oficiales por sección ó sean seis en la compañía, á más del capitán. No ocultaré que esta última distribución me satisface mejor, por encontrarla más adecuada al linaje de las operaciones cubanas, pero no he querido aparecer exclusivista, negándome en absoluto á admitir el batallón europeo de 800 plazas, bien que considerando indispensable el aumento de oficiales en las compañías, como ya dejo manifestado.

Ya aceptemos la compañía de 200 hombres ó la de 150, siempre tenemos como subdivisión inmediata, la sección de 50 hombres; y aunque el aumento de oficiales obedece al objeto de poder colocar los grupos operantes de 20 á 25 bajo las órdenes de un oficial, no exige esto que normalmente se constituyan semejantes unidades. Poco importaría después de todo, el considerar la seción dividida en dos mitades, pelotones ó escuadras, supuesto que hemos admitido la existencia constante de esos dos oficiales, pero el verdadero inconveniente consistiría en que al asignarle existencia táctica á esos elementos, habría de resultar algo variado el convencionalismo de nuestro actual reglamento, y esto sin necesidad evidente, pues el objeto de aquellos grupos sólo obedece á los casos de operar destacados. No tenemos, pues, que estatuir normalmente submúltiplo inferior á la sección.

Viniendo á las unidades múltiplos, nos percataremos en seguida de que los regimientos sean de dos, sean de tres batallones, carecen en absoluto de justificación. Este es igualmente el parecer del coronel García Navarro en el trabajo que venimos citando, y el del comandante Chacón en su obra *Guerras irregulares*. De buen grado copiaríamos las razones que dan ambos y muy singularmente, el primero, porque en ellas resplandece el maduro juicio de quien ha examinado la cuestión desde el punto de vista práctico; mas no lo estimo necesario, porque las hay abundantes por do quier, y todo el que conozca la índole

de la cuestión, se dará prontamente por convencido. El único argumento que puede aparecer en contra de los batallones sueltos y en favor de los regimientos, consiste en el apego que á éstos últimos manifestaron todas las organizaciones de la Isla; más ¿acaso probaría eso algo? ¿significaría otra cosa que una viciosa rutina desprovista de fundamento? ¿no se conserva igualmente la distinción del soldado de línea y de cazadores, sin que esa allí menos que aquí señale otra diferencia que los vivos, las sardinetas, y, lo que es más lamentable, el aumento de haber cuando hacen lo mismo y tienen exactamente el mismo empleo táctico? Aun cuando sólo fuese atendiendo al orden de consideraciones que va á seguir, quedaría por encima la organización en batallones sueltos. Bien indicada queda la índole de aquella campaña; la divisibilidad, es la regla; la reunión, la concentración, lo excepcional. Dentro de la divisibilidad hay todavía enormes alternativas; tal grupo que operaba en tal circunscripción, ha pasado á estotra; tal otro se ha subdividido, se ha disuelto, se ha aumentado uniéndose con otro cualquiera de la misma clase, ó tal vez con el núcleo que lo destacó. Los regimientos, sobre no estar casi nunca reunidos, puede decirse que al comenzar la separación de uno de sus batallones, no pueden aventurarse á suponer cuando deben volver á reunirse; quizá estén separados muchísimos meses y aun años, quizá arrastrado uno de ellos por las eventualidades de la campaña se aleje más y más del otro. No queremos decir cuantas dificultades origina esto para la documentación administrativa, centralizada en las oficinas regimentales. Todo eso resultaría obviado si en vez de ser regimientos fueran medias brigadas constituídas con batallones sueltos. Como la composición de esas unidades no es estable, cada vez que las exigencias de la campaña hicieran variar la distribucion de las tropas, constituiríanse las medias brigadas de nuevo, agrupando los batallones que estuviesen en inmediato contacto. Así el coronel representa un papel superiormente inspector y algo independiente; en tanto que ahora obligado á marchar con uno de los batallones, acaba por perder de vista al otro, reduciéndose á ser una especie de primer jefe del batallón que le acompaña; porque ya he dicho que no hay que soñar con tener reunido el regimiento más allá de un breve plazo; y si llegara á quedarse con la P. M. en el lugar de su oficial residencia, permanece reducido al papel de un mero jefe de oficinas.

Además, hay otro género de razones táctico-orgánicas, que abonan la creación de los batallones sueltos agrupados en medias brigadas. En esta guerra no hay que pensar en el cuerpo de ejército, como unidad estratégica-tipo. La unidad estratégica superior é independiente es la división. Las brigadas son también unidades superiores estratégicas, unas veces, completamente independientes; otras, dependiendo de aquellas y en el goce de cierta autonomía para bastarse á sí propias, poseyendo como poseen toda clase de elementos; en suma, las brigadas vienen representando un papel análogo al que en nuestros ejércitos europeos hace la división. Pues bien, la media brigada ha de ser allí una cosa parecida á lo que es la brigada en nuestros ejércitos europeos; más aun, la media brigada en aquella clase de guerra, desempeñará comunmente un papel tan autónomo, que ni á la brigada europea puede comparársela. No se aviene esto con el carácter de unidad orgánica constituída que representa el regimiento, y por el contrario, encaja mejor en el concepto de media brigada, que representa el escalón intermedio necesario entre el batallón ó unidad orgánica superior y

la brigada, unidad estratégica enteramente declarada. Resueltamente: deben romperse añejas preocupaciones, debe organizarse la infantería del ejército de la Isla en batallones sueltos, agrupándose éstos en medias brigadas de dos ó de tres, según los casos y las distintas eventualidades de la campaña.

Orillado el problema de unidades, nos resulta también dominada una cuestión que antes indicamos, y cuya solución viene con él aparejada. Me refiero á la distinción entre infantería de línea y cazadores. Desde luego en el empleo táctico del infante moderno, no hay razón alguna que abone semejante diferenciación, y en las modificaciones que hemos estudiado, como producto de esa campaña, no hemos encontrado nada que alcance á variar dicha regla general. Ahora, resuelta la constitución de los batallones sueltos, no queda ni la tradición de los regimientos, y podemos fundir la infantería en una sola clase, como ya lo está de hecho en todas partes, no significando nada las diversas denominaciones que lleva. Debo plantear aquí un nuevo problema, ó por mejor decir, una pregunta que hacen hoy todos los modernos tratadistas: ¿la unificación de la infantería, quiere significar, acaso, que no puedan existir infanterías especiales adecuadas á un terreno ó á una misión dada? Aunque debemos ser muy parcos en admitir dichas *especialidades*, no cabe duda que encontraremos algunas muy justificadas. ¿Debe existir en Cuba alguna porción de infantería especial? En realidad, toda la infantería cubana ha de reunir condiciones y aptitudes apropiadas á aquel terreno y á aquel clima, tan diferentes de los europeos; por lo tanto, desde ese punto de vista, pudiera asegurarse que toda la infantería de la Isla debe ser especial. Mas ya se comprende, que eso no debe pretenderse y aun cuando procure darse á la tropa, instrucción y educación práctica en consonancia con las circunstancias del país, es claro que no podemos desarrollarlas en tiempo de paz tanto como quisiéramos, y aun en época de guerra, nos habrá de costar algún espacio de tiempo el alcanzar esas condiciones excepcionales. Podemos, pues, repetir la pregunta un tanto razonada: ¿Supuesto, que es imposible pretender en toda la masa de infantería y al comienzo de la campaña, esa excepcionabilidad, debemos preparar algún ó algunos pequeños núcleos de ella? ¿En caso afirmativo, cuales comarcas serán las elegidas? Sin duda que es difícil, como he manifestado antes, fomentar la completa aptitud del país en época de paz; pero mucho se puede hacer con buena voluntad, desarrollando en períodos de instrucción práctica, el conocimiento de los campos de la Isla, de manera que las tropas lleguen á familiarizarse y conocerlos lo suficientemente, para que al comienzo de una campaña no se encuentren extranjeras en su propia comarca, y hallen el medio de connaturalizarse y de sacar partido de los diferentes elementos que les ofrece la conformación del terreno, así como la índole general de ese factor. Reducidas nuestras aspiraciones de instrucción y preparación tácticas del Arma de infantería, á tan modestos límites, no sería difícil conseguirlas, y en tal supuesto, no hay necesidad de menudear esos grupos *especiales*, pues el complemento de la práctica de campaña debe adquirirse en la guerra, y sólo en la guerra completan su adquisición esas mismas tropas especiales. Confesaré, sin embargo, que dentro de la fisonomía general del terreno cubierto, hay regiones donde las dificultades aumentan, donde la caracterización apártase un tanto del conjunto, y donde se necesita una elevación de aptitudes y un refinamiento de habilidad, que nos obliga á tener constituído perma-

nentemente un grupo pequeño de fuerzas especiales. Tal sucede con los territorios de la provincia oriental: quebrados sin perder el carácter de selvas espesas; cortados por torrentosos y despeñados arroyos; erizados de respetables alturas; y abundando en toda clase de variadísimos detalles, que se complican notablemente al aumentarse con la fragosidad del terreno, es forzoso convenir, en que podemos hallar sitios tales, como las Cuchillas de Baracoa, la Sierra Maestra ó del Cobre, en las cuales conviniera tener permanentemente organizado un núcleo de tropa pequeño, que recibiendo en época normal educación *sui generis*, pudiese ser utilizado en tiempo de guerra, en esa misma comarca ó en otras muy parecidas, si no como tropas, para lo cual difícilmente alcanzarían sus efectivos en determinados servicios personales, como guías, correos, exploración, etc., absolutamente imprescindibles, en tanto que las tropas operadoras adquirirían la destreza necesaria (1). Así considerados, no hay que advertir que dichos grupos, susceptibles de aumentarse en tiempo de guerra por medio de la recluta voluntaria, no deben consistir en época de paz en unidades muy elevadas; á lo más compañías ó secciones sueltas sin llegar al batallón.

Se extrañará la preterición que marco con respecto á las comarcas centrales; pero obsérvese que siendo éstas llanas en general, la tropa llamada á reunir esas excepcionales aptitudes debe aprovecharse de la ventaja que le ofrece el terreno, esto es, deben ser fuerzas montadas, ó de otro modo, caso de existir, no sería de *infantería especial*, sino *caballería especial*, y á su debido tiempo hablaremos de ello. En suma, para conformarnos con los modernos principios orgánico militares, sólo debemos incluir y considerar como tropas especiales de infantería, á las *guerrillas sueltas á pie*, cuya existencia sólo la requieren muy contadas y reducidas comarcas. Empero, aun cuando ahora no hablemos de la índole de las guerrillas á caballo, debemos sí, hacer constar una particularidad muy saliente y significativa. Es á saber: que los batallones de infantería, en los países llanos, necesitan tener, como fuerza integrante y perteneciente á ellos, una compañía ó guerrilla montada. Poco nos costaría defender este detalle orgánico consagrado por la práctica, que establecieron y mantuvieron las dos campañas; pero á mayor abundamiento podríamos repetir la cita que hacíamos en uno de los capítulos anteriores. Veíamos allí la opinión oficialmente emitida por un veterano general de aquella campaña, expresada con cierta energía y sobriedad. La compañía montada puesta al servicio del batallón constituye, pues, una verdadera fuerza de caballería especial, porque no la suministra otro núcleo distinto, sino que forma un todo conjunto con el cuerpo á que pertenece y del cual se nutre. Parece un poco extraño á primera vista, ese maridaje constante en un núcleo orgánico, y en un núcleo orgánico inferior de las dos armas; mas no tardaremos en percatarnos, á poco que reflexionemos, de las ventajosas razones que la abonan. Constituyendo las cuatro compañías una columna lo suficientemente importante, en aquella guerra, para operar las más de las veces por sí sola, necesita in-

(1) En el Departamento Oriental han existido siempre fuerzas especiales, *batallones de guerrillas á pie*, *escuadras de Guantánamo* y otros que demuestran la necesidad de condiciones y aptitudes *especiales*. Sin embargo, la virtualidad de esas fuerzas se exageró, convirtiéndolas en verdaderas unidades operadoras, en lugar de pequeños núcleos de especialidad, que debió ser su única misión.

dispensablemente el auxilio y combinación constante con fuerza de caballería. Esta ha de representar un papel muy vario; cierto que muchas veces no será otra cosa que una verdadera infantería montada, pero no le faltarán ocasiones en que deberá efectuar verdaderos trabajos de exploración, y en que deberá hasta dar una carga ó varias.

En resolución, sus soldados necesitan tener muy diversas y sobresalientes condiciones. A mi juicio son una verdadera caballería obtenida en diferentes condiciones de reclutamiento: y me afirmo en ello porque si quisiéramos considerarlos como infantes, pronto veríamos demostrado que son algo más que una infantería montada, y que se identifican con el concepto de la otra arma aplicable á aquella guerra. No parecerá extraño pues, el que para obtener esa pequeña unidad, de modo que la tropa se encuentre á la altura de su cometido, no se considere que bastará tomar un escuadrón al azar en un regimiento de caballería, y juzgo preferible y con mayor garantía de éxito, el entresacar en la masa general de los 800 ó 600 hombres del batallón los mejores y más notables, pudiendo seguirse análogo sistema para elegir algún oficial de infantería, que demostrase aventajada idoneidad, pues como luego indicaré, por más que los oficiales de este grupo deban ser en general de caballería, quizás conviniera reservar dos ó tres plazas á oficiales del batallón.

Respecto á si los cuerpos, que estando en comarcas fragosas y no pudiendo tener esa guerrilla montada porque el terreno no se lo permite, debieran tenerla de á pie, confesaré que no veo razones que lo justifiquen. En teoría, pudiera parecer convenible, que los cuerpos destinados á operar en terreno muy quebrado ya que éste les veda tener un grupo de caballería á su servicio, dispusieran de un grupo de infantería especial, ¿pero ofrece, acaso, la suficiente garantía de *especialidad*, una tropa, que educada y preparada con el cuerpo, no tiene signo destintivo de destreza en comparación con los demás soldados? Seguramente no. Se me dirá tal vez, que la compañía montada al abrirsse la campaña no tiene tampoco esa superioridad á que ahora aludo. Sin duda alguna; al comienzo de una serie de operaciones, en un batallón que no las ha efectuado, ó que hace mucho tiempo que las suspendió, la compañía ó guerrilla montada no es otra cosa que una fuerza de caballería, y quizás de caballería mediana; pero una fuerza de caballería que se necesita imprescindiblemente desde los primeros momentos, y si defendí antes el reclutamiento entre el mismo batallón, no fué con otra mira que la de proporcionar al jefe, con el transcurso del tiempo, la facilidad de una bien entendida selección, reuniendo en ese grupo de fuerza montada las aptitudes y condiciones que no pueden revelarse en tiempo de paz. No teniendo empleo la fuerza montada porque el terreno lo prohibiese, no adivino grandes ventajas en mantener organizado en tiempos normales un núcleo de fuerza á pie, que no ofrece diferencia esencial con las restantes compañías del batallón.

Otro detalle orgánico de entidad, lo constituyeron los prácticos á los cuales me he referido varias veces. Bellos y fecundos cual ningunos, los campos de Cuba, ofrecen quizás en justa compensación una monotonía verdaderamente desesperante. Un potrero, una sabana, un monte, se parecen á otro potrero, sabana ó monte como dos gotas de agua. Necesítase ojo muy experto para conocer y apreciar las diferencias en los paisajes, y no pudiendo investigar los puntos señalados de referencia, es sumamente fácil extraviarse. ¿Acaso encon-

traríamos detalles que alcanzasen á desempeñar el papel de esos puntos de referencia? Las alturas y montañas, aun cuando existan, suelen estar cubiertas de bosque espeso, con lo cual dicho se está que se pierde la ventaja de su dominación, porque solemos encontrarnos en la cima, ó en la ladera envueltos en exuberante vegetación de muchos metros de altura; los pueblos son raros; las fincas también, y cuando el asiento de ellos lo constituye una casa rústica construída con recursos del país, puede acontecer que cambie de lugar de fundación; los caminos naturales todos son idénticos, y obedeciendo en su espontáneo trazado á las mismas necesidades, claro es, que se asemejan entre sí de la misma manera que los áspectos topográficos á que nos referimos antes. Debe perdonárseme que insista y repita ese cuadro, porque él sirve de justificante á una comparación que ya creo haber hecho, es á saber, que la columna en cuanto se apartaba un par de leguas del poblado ó centro de operaciones del cual dependía, encontrábase en la situación de un buque que navega con rumbo incierto, por mares desconocidos. Tanto es así, y tan palpable resultó el símil, que el nombre genérico que surgió para los guías, fue el de *prácticos* ni más ni menos que como se los llama en el mar. La necesidad de estos prácticos fué tan apremiante que las columnas no podían casi prescindir de ellos, y en breve, constituyeron un elemento orgánico, adscrito á los cuerpos, modesto, pero imprescindible, y no debemos olvidarlo en estas deducciones. Es patente que si las tropas tuviesen una larga preparación en paz y costumbre de transitar en los campos, echarían poco de menos los prácticos, ya que no pudiesen pasarse absolutamente sin ellos. Difícil sería conseguir ese *desideratum* y, por lo tanto, no debemos suprimir esa clase de auxiliares; pero contra lo que protesto, es contra la costumbre de asignar los prácticos á los cuerpos y no á los territorios. Mas claro, no debe haber prácticos de batallón, ó de regimiento, ó de escuadrón, ó de batería, sino prácticos de jurisdicción territorial, sea comandancia general, ó zona. Ya sé que algunos de ellos pretendían ser prácticos generales de toda la Isla, ó de todo el territorio de operaciones; mas eso no pasa de ser una jactancia hija de la eterna vanidad humana. Al práctico más ducho en una jurisdicción transpórtesele rápidamente á otra para él desconocida, y, durante unos días, ó un mes, ó más, se notará en él la pérdida del conocimiento familiar de los lugares, aun cuando conserve su instinto de orientación y su costumbre de apreciar localidades. Esto le salva, y con esa aptitud puede suplir en el primer plazo la falta de conocimiento, pero no hay que forjarse ilusiones, el práctico de una zona de terreno, no lo es igualmente de todas, y es más, en cuanto aquella sea demasiado grande, hallaremos dificultad para reunir muchos individuos que reunan completa práctica de toda su extensión. Así pues, dejando los prácticos de constituir elementos fijos en los batallones, su organización como conjunto, perteneciendo á la división territorial, no nos incumbe aquí examinarla. Basta que hagamos observar, que esos elementos sólo deben existir en tiempo de campaña; en épocas normales las tropas deben marchar por los caminos y campos sin necesidad de guías, ya que por escasa que sea la población, siempre se hallarían medios de deshacer los errores y, en último resultado, sus consecuencias nunca serían de gran entidad.

Terminemos las consideraciones orgánicas que se refieren á infantería, tratando de dos puntos muy interesantes, aunque los haya preterido, en virtud de su índole: el armamento y el vestuario. Empecemos por el primero y abordemos

con resolución una tesis que está siendo objeto de grandes controversias en general, y que yo voy á permitirme particularizar con la siguiente pregunta: ¿Conviene armar al ejército de la Isla con fusil de repetición? No soy adversario sistemático de esas armas, pero estimo que su inconveniente principal y casi único, reside en el consumo de municiones. Esto constituye una complicación de tanta monta, que cualquiera que haya podido percatarse del linaje de dificultades que ofrece esta guerra, comprenderá también, sin gran esfuerzo, que aconsejemos mucha cautela antes de contestar la pregunta anterior con una resolución afirmativa. Acaso tratándose de algunos núcleos de soldados viejos, aguerridos, disciplinados y capaces de economizar prudentemente los disparos, así como de obtener el valor máximo del arma en los casos agudos y de verdadera necesidad, pueden ser dotados, sin inconveniente, de armamento repetidor. A soldados bisoños poco conocedores de cuanto importa la disciplina del fuego, no creo deba entregárseles fusiles que le proporcionen esa rapidez en el tiro, corriendo el riesgo de un despilfarro de cartuchos, el cual complicándose con la dificultad de medios de transporte y abastecimiento, pudiera producirnos en más de un trance, agotamiento completo de municiones, resultando virtualmente desarmada la tropa. Respecto á la bayoneta, no creo preciso repetir cuanto sobre el particular se ha dicho por todos los tácticos modernos; el efecto del choque no depende de su efectiva utilización como arma blanca, y por lo tanto no resulta un gran sacrificio privarnos de ella. A esto unamos la necesidad del machete, sino como arma, como instrumento imprescindible en el campo de Cuba, y la exigencia de no aumentar el peso que lleva el soldado, y se convendrá conmigo en que podemos y aun debemos suprimir la bayoneta, y proporcionándoles resueltamente el machete corto que es el propio para el peón. Asunto es este, en el cual no hay para que insistir, después de lo que dijimos en las deducciones tácticas y en las deducciones logísticas, sobre todo, en el reposo.

Poco hablaré del vestuario de la infantería; detalle orgánico interesante, pero que reune mucha menos trascendencia que los anteriores. En épocas tranquilas todos aquellos que se pagan demasiado de la visualidad danse á inquirir combinaciones de colores y telas que produzcan buen efecto estético. Esas fantasías caen por su base, en cuanto las operaciones con su realismo brutal transportan el problema á los moldes que no debía abandonar nunca. El uniforme del soldado, y por ende del oficial, debe ser apropiado á los usos y condiciones de la guerra que va á hacerse; si con esto pudiera conseguirse al propio tiempo que ofreciera perfiles de elegancia y gentileza, no habría para que despreciar el concurso del elemento artístico; pero hay que saber prescindir de ello sin vacilación, cuando así nos importe hacerlo.

El uniforme en Cuba, tiene que resultar feo y desairado por las exigencias del clima, y en vano será que nos quebremos la cabeza en tornar bello lo que no reuna apariencias estéticas; si lo logramos, siempre será á costa de mistificar las condiciones requeridas. Lo de menos sería el sombrero de anchas alas, que no constituye por cierto una prenda desairada, y hay medio de hacerla aún más elegante; la principal dificultad estriba en el género ó tela de las prendas de cuerpo y pantalones. Ambas han de ser de hilo, de color claro y de forma sencilla hasta la exageración; que no exijan planchado alguno, y que una vez lavadas y secas se adapten al cuerpo cómodamente. El pantalón de dril crudo y la cha-

marreta mambisa ó blusa, también de color claro, ligeramente rayado de azul, paréceme irreemplazable como traje de campaña. Ya sé que hay batallón de voluntarios de la Habana, uniformado con pantalón de merino rojo, chaqueta ó guerrera de lanilla azul tina, con botones, vivos y demás perfiles. Haciendo centinela en los pórticos de la Capitanía General, el efecto es sumamente agradable; sólo que, ¿quisiera yo ver, en que estado aparecería tan lucido vestuario, después de quince días ó una semana de operaciones? Se me argüirá que aquellos no lo hicieron con ese objeto y que en el caso de movilización, tal vez reemplazarían ese vestuario con otro de campaña. No se me oculta, y no los censuro á ellos; mas como no es posible seguir semejante proceder con las tropas, resulta incontrarrestable que en su indumentaria habremos de atenernos á satisfacer las exigencias de la vida de campaña. Todo cuanto tienda á separarnos de esas, debemos rechazarlo, y por tal motivo estoy convencido de que los prototipos de uniforme no deberán separarse mucho de los antes mencionados. El calzado más propio para el soldado en el campo, es la zapatilla de baqueta que usa el hijo del país. La alpargata de España, ó séase porque la humedad del piso ataca á la suela de cáñamo, ó porque el pie queda algo al descubierto, ó por otras varias razones que sería embarazoso detallar, la vimos constantemente postergada á aquel calzado. El sombrero de anchas alas siendo de panamá, por inferior que sea su clase, resultaba demasiadamente caro; pero es una prenda fácil de reservar para las ciudades, usando en operaciones sombreros de guano que se fabrican en el país, y que salen muy económicos, si bien tienen aspecto algo tosco. Muchos pormenores quedaran aún por tocar en este asunto y en otros distintos detalles orgánicos; como por ejemplo; la disposición y forma del equipo; la existencia de la manta ó su conveniencia de cubrirla con un impermeable; la supresión de las músicas ó cuando menos la conversión en ligeras charangas, que consuman poco personal y sean móviles y ligeras; el aumento del personal médico en los batallones, sobre lo cual volveremos más tarde; y otras mil y mil cuestiones que me abstengo de examinar, porque no escribo un estudio completo de organización militar cubana, sino unas deducciones que sólo abrazan los detalles más salientes.

Como otras tantas veces, resumamos condensando las deducciones orgánicas de la infantería.

1.ª *En el ejército de la Isla de Cuba, tienen menos razón de ser que en ningún otro, los regimientos, y debe pronunciarse la opinión en favor de los batallones sueltos, anulando de paso la fútil distinción nominal entre línea y cazadores.*

2.ª *Aceptado el batallón suelto, éste puede componerse: ó de 800 hombres en cuatro compañías de á 200; ó de 600 hombres en compañías de á 150. El primer sistema iguala los elementos á los del ejército de la Península, pero el segundo es preferible por varias razones que ligeramente se indicaron. Las compañías se dividirán; ó en cuatro secciones las de 200, ó en tres secciones la de 150; de manera que siempre resultan 50 hombres para la sección. De cualquier modo lo que sí debe considerarse inexcusable es la existencia de dos oficiales por sección, siendo en el primer caso ocho en la compañía; y en el segundo seis.*

3.ª *Los batallones sueltos se pueden agrupar en medias brigadas de dos ó tres batallones, según los casos, y siendo susceptibles de variarse con arreglo á las contingencias de las operaciones.*

4.ª *En algunas localidades muy difíciles, puede justificarse la organización*

de grupos locales de infantería especial, reducidos en época de paz á la fuerza de una sección ó dos, ó de una compañía á lo sumo.

5.ª *Los batallones que residan en país llano, deben poseer, además de las cuatro compañías, otra montada ó guerrilla, que forme parte integrante del batallón. Las destinadas á operar en país quebrado, no es necesario que tengan guerrillas, pues ésta debiendo ser á pie, conviértese en otra compañía más, sin ofrecer ventaja alguna, y con todos los inconvenientes propios de las fracciones de preferencia.*

6.ª *El armamento de repetición, presenta aquí la grave desventaja del consumo excesivo de municiones. Sólo puede otorgársele, en su consecuencia, á soldados aguerridos, que conozcan cuanto interesa evitar el despilfarro y conservar la disciplina en el fuego. Tropas bisoñas y poco instruídas, empleando inconsideradamente el arma de repetición, correrían el riesgo de verse desarmadas.*

7.ª *No pudiendo prescindir del machete, y no siendo conveniente recargar al soldado, vale más renunciar á la bayoneta.*

8.ª *El uniforme debe, ante todo, reunir condiciones de campaña. Sombrero de anchas alas, de panamá en las poblaciones, y de guano en el campo. Pantalón y prenda de cuerpo de telas de hilo de colores claros, pero sufridos, y de cortes sencillos que no sufran deformaciones al lavarse. Para el soldado, el calzado mejor es la zapatilla de baqueta usada en el país.*

Voy á cerrar estos párrafos de la infantería, haciendo notar cuanto importa fomentar la instrucción práctica de las tropas, familiarizándolas y connaturalizándolas con los elementos topográficos del país. Sacarlas al campo y hacerlas marchar y maniobrar, no en sabanas despejadas ó campos de maniobras, que allí no abundan mucho, sino en potreros espesos y montes firmes, acercándonos en lo posible á lo que acontecerá en la realidad. Esto es tanto más fácil, cuanto que dichos ejercicios y movilizaciones no cuestan allí lo que aquí, porque la bondad del clima permite permanecer al raso y hacer otros alardes de resistencia, casi sin que el Estado tenga que gastar cantidad apreciable. Y en cambio, ¡qué resultados tan ópimos pueden obtenerse de una inteligente preparación! Acaso el rápido acabamiento y pronta extinción de una lucha como la de 1868-78.

XVI

DEDUCCIONES ORGÁNICAS PARTICULARES.—CABALLERÍA; ARTILLERÍA

A pesar mío, sin poder contenerme, las más de las veces estoy concediendo excesivo desarrollo á estos últimos capítulos. Y no son, ciertamente, inútiles digresiones las que producen este alargamiento. Si escribiese única y exclusivamente para lectores del ejército de Cuba, conocedores de su índole genuina, prácticos en aquella guerra y en situación de ánimo muy capaz de apreciar debidamente los datos y elementos que deben aportarse á la solución de los problemas orgánicos, quizas me bastaría en cada uno de ellos limitarme al enunciado y á exponer mi particular opinión sobre él, reforzándola cuando más, con algún argumento harto conocido, y que por lo mismo, sólo me proporcionaría el trabajo de indicarlo. Mas no puedo limitarme á eso: no escribo sólo para los com-

pañeros que sirvieron ó han servido en aquel ejército y necesito dar al lector anónimo que haya tenido paciencia para llegar hasta aquí, cuenta exacta del abolengo de ciertas cuestiones, razón detallada de su esencia y de los procesos que muchos han sufrido, y por último, desarrollar amplia y completamente los argumentos que expongo; los cuales, por estar destinados á sostener soluciones un tanto exóticas y radicales, requiérenlo imprescindiblemente.

Caballería. En las comarcas llanas de la Isla de Cuba tuvo gran predominación la fuerza montada, en términos de que existieron columnas compuestas exclusivamente de ella. A pesar de eso la caballería, la fuerza regular de caballería se relegó comunmente á segundo término en la mayor parte de las operaciones, y tal parecía que su presencia sólo estaba destinada á producir embarazos logísticos y tácticos. ¿Cómo se explica esa contradicción? Muy sencillamente: calcada nuestra caballería en los moldes europeos y, en moldes europeos antiguos, sin habernos curado de la precisa adaptación á los tiempos y circunstancias, bien se comprende que al estallar la guerra no podían hallarse las fuerzas de línea en condiciones de desempeñar su misión. Los regimientos nuestros nos causaban un verdadero embarazo, y su empleo táctico en arrolladoras masas á lo Murat ó á lo Kellerman, constituía en los años de 68 y 70 que alcanzábamos, un verdadero anacronismo impracticable en aquella guerra. Diré como muestra y comprobación de mis asertos, que la caballería destinada á operar en los campos de la Isla, en los potreros, en las selvas, estaba armada de... lanzas (risum teneatis). Era muy común y concreta la opinión de que el arma debía *reservarse siempre para un momento dado;* momento que desgraciadamente solía no llegar, á lo menos en las condiciones que lo esperaban los sostenedores de semejantes teorías. No era extraño contemplar el espectáculo que cita el coronel García Navarro, en el trabajo varias veces mencionado. «Pocas cosas—»dice—me han impresionado, como encontrar un regimiento entero de caballería »flanqueado por 50 guerrilleros montados, pertenecientes á un batallón de infan- »tería».... No obstante, semejantes prácticas fueron muy frecuentes y explican la absurda pretericián sufrida por el arma, que fué más bien aparente que real, porque, al propio tiempo que eso acontecía con la caballería regular, con la caballería vieja, la índole del terreno, el ejemplo de nuestros contrarios, y la abundancia de caballos, hizo surgir otras tropas destinadas á utilizar las brillantes condiciones guerreras de ese animal. Esas fuerzas que al principio se denominaron contra-guerrillas, y luego simplemente «guerrillas montadas,» fueron, pues, una caballería irregular, á la cual tuvo que acogerse la infantería para suplir la deficiencia de jinetes, cuyo concurso le era tan imprescindible. Al comienzo se puso especial cuidado en no asimilar las tropas regulares de caballería á esas fuerzas guerrillerescas, pretendiendo así conservarle un prestigio falso, pues el verdadero sólo puede conquistarse en la esfera de los hechos; pero, es evidente que no faltaron en el ejército y en el arma personas que vieron claro. Comprendieron, como llevo dicho, que las guerrillas montadas no eran otra cosa que una caballería algo irregular, si se quiere, pero adaptada á la índole y condiciones de la guerra; que la caballería del ejército si quería colocarse en condiciones de competir con esas fuerzas, y aun de superarlas, toda vez que disponía de mejores elementos, debía renunciar á preocupaciones añejas, convirtiéndose de caballería de línea en caballería ligera, dragonizándose un poco, si se me con-

siente la libertad del vocablo, y entonces solamente, pudieron algunos cuerpos de caballería (no nos atrevemos á asegurar que todos entrasen por la nueva senda) reunir suficientes aptitudes para prestar el verdadero servicio moderno del arma, y aplicarlo á aquella campaña; contando con la inmensa ventaja de que nunca pudieron tener la levadura irregular, que en ocasiones perjudicó bastante á las guerrillas. Al final de la guerra el concepto quedó casi formado; pocos eran los recalcitrantes, los reaccionarios que permanecieron aferrados á la opinión antigua. En el concepto general, las guerrillas montadas no fueron otra cosa, que una caballería irregular engendrada espontáneameete por las modalidades tácticas y logísticas de la guerra. La caballería de aquel ejército debía ser ligerra, muy ligera, unos dragones montados, como dice el brigadier Castellanos, que tuviesen todas las ventajas y propiedades de las guerrillas, sin perder su condición de tropa regular; nada de inútiles perfiles, hierros extremadamente limpios, grandes bandoleras, equipos voluminosos, muchas correas, multiplicidad de bridas y cabezadas, etc., etc. Los cuerpos que así lo entendieron acabaron la campaña, prestando servicios brillantes. Por desgracia, la paz ha perjudicado mucho semejante concepto; muchas de las preocupaciones que cayeron anonadadas ante el choque de la práctica, han vuelto á recobrar su imperio, y nada tendría de extraño que si hoy estallase nueva guerra, no diré que se ofreciera el cuadro del 68, pero sí, que se pusiese de manifiesto, cuanto arraigo tienen aún vetustas tradiciones y añejos prejuicios.

Compréndase ahora en apoyo de lo que dije al comienzo de este capítulo, cuan necesario me era desenvolver las anteriores consideraciones preliminares antes de abordar las deducciones orgánicas que directamente conciernen á la caballería en la Isla de Cuba.

Fijado el concepto de esta arma como «caballería ligera adragonada,» y, valga la frase, dispuesta á deducir todo el partido posible de la velocidad máxima que le proporcionan sus caballos, mas también resuelto á prescindir de ellos en cuanto las circunstancias lo aconsejen y á batirse como verdaderos soldados á pie, sin estimarse por eso desprestigiados, no creo pueda ofrecer duda alguna una conclusión que viene arrastrada por éstos; la de no deberse admitir en condiciones viables ó utilizables otra clase de caballería; esto es la unificación completa de la caballería. No tiene, no puede tener aplicación en aquella guerra, una caballería que pudiéramos llamar de línea, por más que ese término está retirado del tecnicismo militar moderno, y en cuanto á la exageración de irregularidad, debe también contenerse, porque su exceso llegará á introducirnos desventajas de alguna monta. Quizá la necesidad de poseer en ciertas comarcas algunos núcleos de jinetes con desarrolladas aptitudes del terreno, nos obligase á admitir la existencia de esos grupos de caballerías especiales; de todas maneras, eso no empece para proclamar en aquella clase de guerra la unificación completa de la caballería con arreglo á su empleo táctico y logístico. Volveremos después sobre esos grupos de caballerías locales, y voy á discurrir algo sobre las unidades de agrupamiento de la caballería.

Si he creído que en infantería no conviene admitir el regimiento como unidad normal orgánica, en caballería me atrevo á asegurar lo mismo ó cosa parecida. Aun teniendo presente los ejemplos de columnas, compuestas exclusivamente de fuerza montada en aquellas comarcas que más se prestaron al empleo

de la caballería, no fué muy general el constituirlas con efectivos superiores al escuadrón. Algunas veces, sin embargo, operaron regimientos reunidos, pero pocas dieron el resultado que pudo apetecerse. Y es, que al tiempo mismo que el linaje de las operaciones prohibía elevar demasiado la cifra de las columnas, la aglomeración de masas un tanto superiores de caballería, hacía surgir en seguida las ideas anticuadas que inutilizaban el empleo del Arma. Vuelvo á referirme al testimonio del coronel García Navarro, porque estoy seguro que da autoridad á mi aserto, sirviéndole de apoyo sus palabras; pues bien, después de pintar la triste impresión que le produjera el regimiento de caballería, marchando reunido, inmovilizado é inutilizado por tanto, prosigue escribiendo: «En cambio, »cuando un escuadrón ó sección se separaba del regimiento y salía con sus oficiales y clases para obrar independientemente, era tal su espíritu que no toleraba »que ninguna guerrilla le aventajase en cualquiera clase de servicios; proceder »tanto más plausible, cuanto que al incorporarse á estandartes, los oficiales de »estas fracciones, no siempre encontraron completa aprobación de sus actos, y »más de una vez oyeron la advertencia de que su misión no era la de guerrille»ros. ¡Error grande!»

Si, pues, el empleo logístico y táctico de la caballería se realizó por escuadrones, si las mismas guerrillas montadas no eran otra cosa que escuadrones sueltos, tengo derecho á decir que la unidad tipo orgánico-táctico-logístico era y fué el escuadrón. Partiendo, pues, de este, determinemos sus divisiones y aun sus múltiplos, porque es también evidente, que no podemos limitar el escalonamiento superior del Arma en esta unidad, aun cuando nos represente el elemento autónomo de organización.

Voy á mostrarme en caballería menos dúctil que en Infantería y se me ha de permitir que una vez consagrada la unidad típica, siga mostrando discrepancias con la organización europea. En consecuencia casi forzosa de la elección que hemos hecho, se nos impone la necesidad de conceder mayor relieve, mayor personalidad y mayor importancia al escuadrón. Su efectivo no debe á juicio mío bajar de 120 caballos, pero 120 caballos verdad, su mando debe ejercerlo la categoría de jefe, comandante ó teniente coronel; y esto no es nuevo, pues los escuadrones sueltos que existieron en Cuba, estaban encomendados á ese último empleo que yo estimo quizás demasiado. De todas maneras, impónese también la exigencia de escalonar la división algo más, compartiendo el escuadrón en dos compañías de á 60 caballos y respectivamente cada compañía en tres secciones. Armonízase esto cumplidamente, con las compañías montadas de los batallones, las cuales no pueden tener nunca la importancia y valer de un escuadrón, y en la práctica, comunmente no pasaron de semejante cifra de caballos, por más que alguna vez se les asignasen más en el papel. Lo mismo que en Infantería creo que no debe limitarse el número de oficiales al de secciones, y aun cuando ahora por la pequeñez de éstas, no me atreva á pedir seis en las compañías, cinco, ó á lo menos cuatro, los conceptúo de necesidad. Esos aumentos del cuadro de oficiales constituyen, á mi entender, una característica de la guerra aquella, y vienen impuestos, por el fraccionamiento que frecuentemente traen consigo las operaciones, y por la necesidad de que, si no todos los grupos, los más principales, cuenten con un oficial al frente, evitándose el que las clases ejerzan mandos superiores á su categoría, y se encuentren con una suma de de-

beres y responsabilidades superiores á su elemento instructivo, y á lo que puede y debe exigírseles. Lejos de mí la idea de mortificar las susceptibilidades de las brillantes clases que hicieron la campaña de Cuba; pero el que la gran mayoría de sus individuos alcanzase á desempeñar cumplidamente su papel, no quita fuerza alguna á lo que digo. ¿Acaso es lógico exigir un día y otro tareas de más elevada jerarquía, á quien no posee los elementos ni los derechos que esa lleva consigo? Hoy, sentada y admitida la unidad de procedencia, ¿es, por ventura, equitativo pretender que el sargento desempeñe con desusada frecuencia la misión de oficial, á la cual no puede llegar sino por otro camino que no es ciertamente ese? No niego los buenos servicios que algunos han prestado, pero ni tales circunstancias concurrieron en todos, ni esto sería razón suficiente, para que se estableciera como regla constante una alternativa que acabaría por falsear nuestros actuales fundamentos orgánicos.

Tratados ya los submúltiplos del escuadrón, es justo que algo indique sobre los agrupamientos superiores, pues no deberíamos reducirnos, según ya manifesté, á la agrupación de los 120 caballos. Tal y como he planteado el problema, el escuadrón constituye una verdadera unidad, tipo orgánico, administrativo y logístico. Tácticamente hablando, y teniendo en cuenta que los campos de combate suelen ser reducidos, puede considerarse como unidad de combate, la compañía ó medio escuadrón y en ocasiones la sección; pero en una zona, en una circunscripción territorial cualesquiera, es fácil que lleguen á reunir dos escuadrones ó varios, y hasta puede suceder que concurran juntos á una misma operación, principalmente en las comarcas centrales, que tanto se prestan al empleo de la caballería; debemos, pues, atender á la necesidad de asumir el mando en unos grupos superiores no equivalentes á los regimientos, pero sí á las medias brigadas de infantería. Si al escuadrón se le hubiese asignado un comandante, podían establecerse tercios ó medias brigadas de dos ó tres escuadrones que estarían dirigidos por tenientes coroneles y coroneles. Si se hubiese designado el empleo de tenientes coroneles para el mando del escuadrón (y conste que me parece excesivo) desembarazadamente podría adoptarse el nombre de tercio, que llevaron los grandes grupos de guerrillas montadas de la Isla en 1882, 83 y 84, encomendándosele á los coroneles.

Conforme lo prometí, volvamos ahora sobre el punto de la unificación de la caballería. No creo que quepa ya mucha duda y discusión sobre el asunto, pero, por si acaso, y para plantear la cuestión de las «caballerías especiales,» voy á copiar nuevamente los conceptos de un jefe que me ha estado sirviendo de autoridad en el asunto.

«La misión del guerrillero á caballo en la Isla de Cuba—escribe el Coronel García Navarro—no ha sido otra que la señalada en todas las guerras, en todos los libros y reglamentos que de ellas se ocupan, al cazador, al húsar y, en una palabra, á la caballería ligera.»

Difícil me sería manifestar mi opinión en términos más limpios y elegantes. No sólo tenemos ya sentado que la misión de toda la caballería es una, sin que quepan distingos, sino que ahora vemos que los grupos sueltos que se llamaron guerrillas montadas, bien fuesen de cuerpo, bien locales, no son cosa diferente de la caballería ligera, esto es del total de caballería del ejército. No hay, á mi juicio, ni sombra de razón para mantener grupos *especiales* de caballería. Podrá,

á lo sumo, existir diferencias de instrucción, aunque no debiera haberlas, y á todos habría de procurárseles que la tuviesen suficiente, á lo menos en la esfera de la práctica del país; podrá haber, tal vez, diferencias de reclutamiento y aun si se me apura, pequeñísimas discrepancias de organización; pero en empleo táctico, logístico, debe responder toda el arma á un solo orden de exigencias y, por lo tanto, ni hay diferentes clases de caballería, ni aun siquiera debe pretenderse que tengamos grupos de caballerías especiales, como no fuese en casos muy raros que ahora no acierto á adivinar.

La caballería del ejército de la Isla quedaría organizada, según los planes antecedentes, en escuadrones sueltos de 120 caballos á dos compañías, compañías montadas afectas á los batallones, (si no á todos á algunos), y finalmente, si se creyera conveniente, porque mi opinión es que debe escatimarse mucho en tiempo de paz, en algunas guerrillas locales que se juzgan indispensables ó necesarias. De los primeros agrupados en la forma que hemos dicho, nada tengo que hacer observar. Respecto á las compañías montadas de los batallones no deben contar arriba de 60 á 70 caballos y habrían de constituirse con soldados del cuerpo, porque de no ser así, es evidente que perderíamos la ventaja principal buscada, la cual no era otra que la de poder elegir libremente entre los 600 ú 800 hombres, aquellos que nos merezcan mejor concepto por sus especiales aptitudes. Los oficiales deberían ser de caballería, pero es cuestionable si convendría reservar alguna ó algunas plazas á los oficiales del batallón; y que no voy muy descaminado, me lo demuestra la forma que se ha seguido en varias ocasiones de organizar los tercios de guerrillas, componiendo su oficialidad con partes iguales de infantería y caballería. Después de todo, no creo que semejante detalle tenga grave trascendencia. En cuanto á la organización de guerrillas locales, no estimándose ya como caballería independiente, pues no tienen especialidad que llenar, considero acertado prescindir de ellas. Con todo, no se me oculta, que en ciertas localidades y en determinados momentos, por más que la masa general del arma esté bien instruída y adiestrada en el país, sería muy ventajoso disponer de un grupo de jinetes, que, poseyendo conocimientos locales detallados, puedan ser distribuídos entre las tropas operadoras, ahorrándonos cuando menos el empleo de prácticos paisanos de fidelidad y aptitud sospechosas. Por esa razón, no me ha parecido conveniente renunciar enteramente á esos grupos de guerrillas locales, que podrían ser secciones de 20 ó 25 caballos ó á lo sumo compañías de 60 á 70. Rarísima vez y sólo en tiempo de guerra llegarían á constituir un escuadrón. Estas guerrillas locales deberían formarse por enganche voluntario entre licenciados é hijos del país, mezclándolos con soldados escogidos de los escuadrones, que llevasen algún tiempo de servicio y mostrasen suficiente idoneidad. Cúmplese con eso y al mismo tiempo, una mira política que explanaré más adelante y que no desarrollo ahora por evitar repeticiones; pero debo confesar, que fue uno de los motivos que más me han impulsado á conservar esos grupos locales de tropas de caballería, principalmente por lo que se refiere á las comarcas centrales de las Villas y el Camagüey.

No serán demasiado largas las consideraciones que nos sugiera el armamento, vestuario y equipo. Pormenores interesantísimos son todos ellos, para tratarlos como estudios sueltos en artículos ó memorias que tiendan á pulir y

perfeccionar los elementos orgánicos; mas no deben entretenernos excesivamente en el estudio de conjunto que estamos haciendo. Habré de limitame, pues, á la exposición de algunas condiciones generales.

No creo tener que demostrar, que la caballería debe poseer toda ella, arma de fuego corta, tercerola ó mosquetón, que sin proporcionarle el embarazo que le causarían los fusiles por su longitud algo excesiva, coloque al soldado en situación de batirse frecuentemente á pie, con el mismo tesón que un infante. No se olvide que el soldado de caballería de Cuba es un dragón, en toda la plenitud de sus facultades, y hay que darles á éstos el suficiente campo para desarrollar el combate á pie. Volveríamos á plantear el problema del arma de repetición, y por mi parte me limitaría á repetir lo que antes manifesté. El arma y las municiones deben emplearse de modo que, cuando el soldado eche pie á tierra, las lleve consigo, y con esto no hablaré más del armamento de fuego.

Aunque muchas veces tenga el jinete que combatir como peón, no caigamos en el extremo de convertirlo en infante. Ante todo, es soldado de caballería y así debe utilizársele con preferencia. ¿Cuál debe ser el arma que lleve y emplee en tal concepto? Ninguna duda ofrece la exclusión de la lanza, pero en cuanto al sable, no podemos partir de ligero, y resulta forzoso que nos detengamos algo en ello. Es incuestionable la superioridad del sable sobre el machete, y la mejor prueba de ello la encontramos en las mismas filas insurrectas; porque á medida que el machete se iba perfeccionando, se intentó darle ligera curvatura, púsose taza al puño y se mejoró su temple, con lo cual quedó convertido en un sable, aun cuando continuaba dándoseles á esos ejemplares la denominación de *machete*. Ahora bien, éste, no el machete disfrazado, sino el primitivo, el machete tosco y resistente, viene siendo imprescindible según he dicho diferentes veces en la vida del campo en Cuba, y por lo tanto no debe privarse de él al soldado. La primera idea que se nos ocurre es la de conceder al jinete un machete corto como el del infante, machete que llevará consigo y que no le abandonará al tiempo de desmontarse, y mantener unido á la silla, un sable que empleará en la carga y cuando haga funciones de verdadero soldado de caballería. Esto podría ofrecer una completa solución; pero presenta un ligero inconveniente, á saber: el aumento de peso, si no para el soldado, para el caballo, lo cual es muy de sentirse, porque si bien la cantidad no es muy grande, no debemos olvidar cuánto importa aligerarlo, mayormente si recordamos que la raza caballar del país, aunque muy fuerte y sobria, dista mucho de ofrecer grandes condiciones de potencia. En esa alternativa y habiendo de sacrificar á la reducción del peso una de las dos armas, el problema se presenta bastante claro. Es absolutamente imposible prescindir del machete, á menos de dejar al soldado reducido á la impotencia; y por consiguiente, es menester que dicha arma llene el servicio para el peón y para el jinete. Alárguese pues un poco, colóquese en el puño, taza ó guardamano y aun cuando siempre resulta un arma inferior al sable, será al cabo y al fin muy bastante para subvenir á las necesidades de una carga, cuanto más, que nuestros adversarios, sintiendo las propias necesidades, seguirán igual conducta y acontecerá lo que acontecía en la insurrección de Cuba, esto es, que la caballería enemiga se hallaba también armada de machete largo. En resumen, no caben en este armamento más que dos soluciones: ó dotar al dragón de machete y sable, este último para

usarlo á caballo y aquél para que le acompañe cuando echa pie á tierra, ó reducirle al machete sólo, pero modificando un poco las condiciones de longitud y empuñadura, para que se halle en condiciones de suplir el oficio de arma de caballería, aunque algo imperfectamente.

Apenas tengo que hacer observación particular en lo que se refiere á vestuario. Para cubrecabezas, el sombrero de paja de anchas alas; con relación á las prendas de cuerpo, repetiremos lo que dijimos cuando nos referíamos á infantería. Unicamente me fijaré en los aditamentos de los pantalones, medias botas ó polainas destinadas á resguardar y conservar la parte inferior de aquellos. Son aquí más imprescindibles que en otro país, porque las telas ligeras que se usan, destrúyense en breve, si no se las protege del roce y sudor del caballo. No hay que hablar de la bota de montar, la cual, humedecida constantemente en aquel clima con los relentes, rocíos y chubascos, colócase en breve fuera de las condiciones de uso, no pudiéndosela introducir una vez quitada. La polaina de paño ordinario, que tan excelentes resultados da en Europa, no debo recomendarla tampoco; mójase con harta frecuencia, y una vez empapada no hay que decir cuán molesta y malsana resulta. El mismo inconveniente tiene la media bota cosida al pantalón y no hay, á mi juicio, nada que resuelva el problema como la polaina de cuero ó charol, que tarda bastante en mojarse, y que una vez llegado ese extremo, se quita fácilmente evitándose la molestia de llevarla hasta que una vez seca se ponga nuevamente. Estas polainas solían afectar la disposición de las cañas-botas que actualmente se usan en la Península; otras veces se ponían y quitaban por medio de hebillas ó botones y la operación de ponerla y quitarla se hacía así fácilmente, aun yendo á caballo. El tercio de guerrillas de Puerto Príncipe ensayó en el año 1882 una mediabota polaina que surtió muy buen efecto. Para ponerse y quitarse se empleaba un cierre, que consistía en una laminilla de acero colocada á lo largo de la polaina, que entraba por sus dos extremos en dos alojamientos hechos en la piel y al recobrar su posición dejaba ajustados perfectamente ambos lados.

El equipo debe aligerarse considerablemente, porque como ya antes adelanté, el caballo criollo es resistente y sobrio, pero no tiene gran poder. Debe prescindirse de los gruesos maletines y capoteras que se usan en Europa. Montura mejicana con baste de madera y un sudadero liviano; pocas correas, y ésas fuertes y sencillas. La bondad del clima consiente que el soldado sólo lleve la ropa puesta. La hamaca, la manta y un pedazo de hule ó impermeable para las lluvias completan todas sus necesidades. Es práctica muy conveniente, ya que lo permite el terreno, la de no herrar los caballos, y así se evita el cuidado del herraje. Con esas distintas advertencias, puede aliviarse considerablemente el peso que soporta el animal, lo cual es de una gran entidad para conseguir un máximo de velocidad.

Siempre con la mira de disminuir el peso, recomiendo una cabezada de brida que usó el tercio de guerrillas de Puerto Príncipe, que por medio de una ingeniosa disposición de correas, convertíase en cabezada de pesebre, separándole cómoda y sencillamente el bocado. Con esto se evitó que el animal llevase constantemente puestas dos cabezadas, consiguiéndose idéntico resultado.

Una recomendación antes de concluir. Si se quisiere dar al soldado de caballería en Cuba, aplicación verdaderamente práctica, uno de los principales cui-

dados ha de ser librarle de la tiranía de los hierros, que tanto cuesta mantener limpios en ese país, donde la atmósfera, saturada de humedad, lo oxida todo en breve espacio de tiempo. Basta para eso, pavonar todos los hierros, estribos, freno, vaina de sable, hebillas, etc., y aunque se pierda algo en brillantez visual, gánase mucho en tiempo y cuidado. Durante la campaña varios regimientos adoptaron tal procedimiento, que si bien menos lucido, es en cambio muy limpio y cómodo. Acabada la guerra, la fuerza de la rutina recobró su imperio y volvióse en casi todos los cuerpos á adoptar el sistema más largo é inútil, ocupando los soldados en el cuidado enorme de mantener los hierros diariamente brillantes.

Voy á resumir cual siempre los principios orgánicos de la caballería:

1.° *La caballería del ejército de Cuba debe estar completamente unificada, confundiéndose en su modo de obrar con las guerrillas, y pudiendo decirse que son unos dragones montados.*

2.° *Convendría organizarla, tomando como tipo orgánico-administrativo el escuadrón suelto; pero éste habrá de crecer algo en importancia, estando mandado por un jefe, teniente coronel ó comandante; constando, por lo menos, de 120 caballos, dividiéndose en dos compañías de á 60, y cada una de éstas en tres secciones de á 20. En cada compañía habrá un capitán y cuatro ó cinco subalternos; es decir, uno ó dos más por sección; pues en el ejército de Cuba conviene que el cuadro de oficiales sea numeroso.*

3.° *Las unidades ó agrupamientos superiores, que sólo tienen por objeto el debido escalonamiento del mando, serán tercios ó medias brigadas, regidas por tenientes coroneles ó coroneles.*

4.° *Aunque dejando en pie el concepto de unificación del Arma, deben existir, á más de los escuadrones que venimos considerando, compañías montadas afectas á algunos de los batallones de Infantería. Esas compañías montadas constarán de 60 á 70 caballos, se nutrirán con soldados del cuerpo, y estarán mandadas por oficiales de caballería, aunque convendría tal vez reservar algunas plazas para los oficiales del batallón. No debe concederse como necesidad absoluta la existencia de caballería especial; pero en ocasiones podría justificarse la creación de guerrillas locales en grupos de sección ó compañía, rara vez escuadrón. Destínense éstas á mantener un conocimiento amplio del terreno en la localidad, para utilizar luego sus individuos en diferentes cometidos.*

5.° *Por lo que se refiere al arma de fuego, repetiré cuanto dije en infantería. En cuanto al arma blanca el dragón necesita imprescindiblemente del machete como útil; de modo que, ó se dota al jinete de machete y sable, ó sólo de machete, ligeramente modificado en longitud y empuñadura, para que satisfaga el empleo de arma de caballería en la carga.* No estoy lejos de decidirme por lo último, pero he considerado menos atrevido dejar el dilema planteado.

6.° *Del uniforme, nada nuevo hay que decir, como no sea la adopción de la mediabota suelta ó polaina de cuero, que debe poderse quitar y poner desde el caballo, por medio de un mecanismo como el indicado ú otro análogo.*

7.° *Aligérese el equipo del caballo todo lo más posible. Proscríbase toda clase de cubrecapotes y maletines. Silla mejicana con baste de madera y un sudadero sencillo. La cabezada que sirva á un tiempo de brida, mediante una disposición ya experimentada en el uso práctico. Con la silla no debe ir otra cosa que la ha-*

maca, la manta y el hule ó impermeable. Las municiones debe llevarlas el soldado para que no le abandonen cuando desmonta.

No terminaré sin recomendar, en caballería más cuidadosamente que en infantería, una esmerada instrucción práctica adaptada al terreno especial de la Isla. Téngase siempre en cuenta el servicio especial del arma. En infantería, aun suponiendo extremada la división, llegaremos al grupo de 12 ó 20 hombres, y es difícil que descendamos de él; basta pues, con que entre esos 20 haya seis ú ocho que reunan la suficiente idoneidad; los restantes, entremezclados con ellos llenan su papel. Nada de eso pasa en caballería: la subdivisión llega en ella con harta frecuencia, al límite mínimo de la pareja, y nunca mejor que á la caballería de Cuba pueden considerarse aplicables las palabras del general Trochú: «La caballería es una tropa esencialmente escogida, donde nada que sea mediano debe ser tolerado.» Mucha instrucción práctica en los campos de la Isla, y se conseguirá obtener el arma en las verdaderas condiciones apetecibles.

Artillería. Sin necesidad de advertirlo, debe comprenderse que voy á prescindir de toda la parte facultativa, porque si acaso alcanzasen las modificaciones de la guerra á algún detalle técnico (lo cual parece difícil y problemático), no sería seguramente este modesto escrito el llamado á señalarlas.

Otra eliminación voy á hacer: y es cuanto se refiere á la artillería como elemento defensivo de las costas, plazas fuertes, castillos y toda clase de fortificaciones permanentes, y aun pasajeras, mientras representen el mantenimiento pasivo de una posición debidamente preparada con anterioridad. Lo que únicamente va á ser objeto de nuestras deducciones, es la artillería de campaña, la artillería como arma que entra en la combinación táctica ternaria de los ejércitos.

Reducido el problema á esos limitados términos, empezaremos por prefijar el material que puede emplearse, según las condiciones topográficas de la Isla. En la región oriental, actual provincia de Santiago de Cuba, el terreno ofrécese, en general, bastante quebrado, y con esto no tendré que esforzarme mucho en demostrar que sólo puede contarse con la artillería de montaña. En la provincia de Santa Clara (las Villas), hay también comarcas más ó menos montañosas; pero al mismo tiempo existen regiones llanas; en cuanto á la provincia de Puerto Príncipe, puede decirse que toda ella es una inmensa llanura con reducidísimas porciones de excepción. Unicamente en esas comarcas llanas, podríamos esperar el empleo de la artillería montada, si no contásemos con la grave dificultad de los caminos. Siendo éstos naturales, desprovistos de firme y á las veces con una anchura mínima que no habrá de permitir el desarrollo de batalla de un carruaje de artillería, prontamente inferiremos que nos es forzoso renunciar á esa especie de piezas. Cuando hablamos de los carruajes, ya hicimos notar que no podían emplearse en aquellas vías naturales de piso blando y fangoso, más medios de transporte que las acémilas, y las carretas con exclusión de cualquiera otro carruaje; resultan así notoriamente exceptuadas las piezas y carros de artillería montada, demasiado pesados y en desfavorables condiciones logísticas, por lo que hace al terreno. Sería vano el intento de operar en aquel país con artillería rodada. En tiempo de invierno con los caminos secos, parece atenuado el defecto de que venimos hablando; pero además de que eso no es absolutamente cierto, porque siempre quedan malos pasos, cruces de arroyos, siguáneas,

tembladeras, etc., nos restan otras dificultades inherentes á la índole de esos países. Si el camino recorre un bosque, raro será que tenga en todo su desarrollo la anchura conveniente, porque aun suponiendo que se haya abierto una trocha con la anticipación debida, es sabido que la fecundidad del suelo es tal que en breve surgirá vegetación poderosa apoderándose del espacio artificialmente libre, acosándolo y estrechándolo, á no tener un cuidado constante para su conservación é integridad. Lo mismo acontece en un potrero, y hay necesidad absoluta de ir chapeando las altas yerbas en un espacio igual á la anchura del camino. Por seco que se encuentre el suelo, los tránsitos de un arroyo socavado como allí lo están casi todos en el suelo vegetal, de una cerca, de una tembladera y de otros mil y mil detalles, presentan siempre dificultades enormes, é imposibilitan casi en absoluto el empleo de los carruajes, y por ende de la artillería montada. No queda, por consiguiente, otro recurso que las piezas de montaña; debiendo hacer observar que al existir esas dificultades para nosotros, no se aminoran para el enemigo, sea cual sea éste, y debe hallarse en igual posición. Concluyamos: para operaciones móviles, para combinación activa de las tres armas, no puede emplearse en las campañas de la Isla, á menos que cambiasen radicalmente sus condiciones de viabilidad, otra artillería que la de montaña, transportada á lomo y muy rarísimas veces con limonera.

Tratemos ahora de fijar las unidades orgánicas del arma. La batería nos va á parecer unidad algún tanto excesiva, tomada en conjunto, si recordamos que, dos ó tres batallones constituyen una columna muy respetable, y que concediéndole un efectivo de 600 hombres, nos ofrecen un total de 1.200 á 1.800 hombres, para los cuales resulta exagerada la fuerza de una batería, aun suponiendo que contase sólo cuatro piezas, como en la última organización. Creo preferible la sección de tres piezas, y como ahora la batería pocas veces marchará reunida, y todo se reduce á constituir esa unidad como núcleo administrativo, podemos sin inconveniente, admitir baterías de dos ó tres secciones, esto es, de seis ó nueve piezas, y formar como unidad superior el grupo de dos ó tres baterías, sin necesidad de llegar al regimiento y reservando las categorías de coronel para los cargos facultativos de las planas mayores, comandantes principales del arma, jefes de los parques y fábricas, comandantes de las plazas, etc., etc. Ciñéndonos á la organización peninsular, también podemos suponer la batería con cuatro piezas y dos secciones, y constituir con tres baterías un grupo y con tres grupos un regimiento. De un modo ó de otro, siempre tenemos que la mínima unidad artillera que puede emplearse en combinación de las mayores columnas, no pasará probablemente de la sección de á dos ó tres piezas. Es inútil decir que en estas secciones y principalmente cuando llevan tres piezas, consideramos necesarios dos oficiales; y eso por razones análogas á las que se expusieron cuando hablábamos de infantería y caballería. Con columnas un poco menores, esto es, de un batallón, podrá ir una pieza ó dos siempre al mando y cuidado de un oficial. En cuanto á los agrupamientos superiores, como quiera que no responden á verdaderas necesidades tácticas, no tenemos para qué escrupulizar la forma que se les dé, bien se escoja entre las indicadas, ó bien provenga de otro proyecto.

Soy de los que sostienen la conveniencia de escatimar armas al soldado de artillería, el cual todo debe esperarlo del cañón; pero en la Isla de Cuba tenien-

do presente el reducido papel táctico del arma, el limitado campo de tiro que utilizará, la corta distancia á que romperá el fuego, y por último, su empleo preferente en las retiradas, hay que proveer al artillero de un arma que le coloque en condiciones de defenderse á sí mismo, y de defender en último extremo su arma por excelencia, el cañón. No conviene tampoco exagerar y concederles un armamento embarazoso, ni una excesiva dotación de municiones. Para los casos extremos, pocas de éstas y un arma portátil, como un buen revólver ó una tercerola ó carabina ligera la creo muy suficiente, además del machete que necesitan como todos.

De vestuario y equipo no tenemos para qué hablar, y pueden aplicársele al artillero las deducciones que anteriormente ofrecían un carácter genérico.

Resumiendo como siempre, tenemos:

1.° *Supuesta la naturaleza topográfica del campo de la Isla y su falta de viabilidad, no puede adoptarse para operaciones activas otra clase de artillería que la de piezas pequeñas transportadas á lomo. Y no las llamo de montaña, porque deben emplearse igualmente en las comarcas llanas.*

2.° *Como unidad para entrar en la combinación con las otras armas, no olvidando que allí las mayores columnas apenas excederán de dos ó tres batallones, deben elegirse las secciones de dos ó tres piezas, siempre procurando que lleven dos oficiales para que nunca recaiga la dirección de las piezas en las clases que no poseen la bastante aptitud técnica. En las columnas menores puede ir una pieza ó dos, con un oficial.*

3.° *Aunque pocas veces operaran reunidas, pueden constituirse baterías con dos ó tres secciones. La de dos secciones de á dos piezas, es la que con más frecuencia podría subsistir; pero debe estimarse mando raquítico para un capitán. La batería de seis y nueve piezas, por excepción podría encontrarse concentrada. Como unidad superior, y sólo para el escalonamiento orgánico y administrativo, pueden formarse grupos de dos ó tres baterías, al mando de teniente coronel y comandante. Los coroneles sólo deben tener aplicación en los cargos facultativos y de los cuarteles generales divisionarios.*

3.° *Teniendo en cuenta las condiciones en que se desarrolla el papel táctico de la artillería, conviene dotar al artillero de un armamento auxiliar, al cual pueda recurrir en los últimos instantes. Este puede ser una carabina ligera ó revólver de suficiente alcance, con una corta dotación de municiones. Todo ello no evita el machete, imprescindible para todo soldado en la vida de campaña de aquellos países.*

XVII

Deducciones orgánicas particulares.—Ingeniería.—Administración Sanidad.—Estado Mayor (1).

Si las deducciones orgánicas que se referían á las tres armas de combate, Infantería, Caballería y Artillería, tenían importancia colosal, no menos la tienen

(1) Me he reducido en estas deducciones particulares á los elementos órganicos principales, pues es claro que, en los secundarios, las modificaciones, si las hay, no merecen fijar nuestra atención.

los elementos ó institutos principales, Ingeniería, Administración, Sanidad y Estado Mayor. El primero y el último llegan á presentar verdadera influencia táctica, aun cuando no alcancen la categoría de armas de combate; los otros dos constituyen servicios tan esenciales en la vida de un ejército, que apenas puede concebirse sin ellos, por reducida que sea su cifra. No debería amenguarse el interés y espacio que consagramos á esos institutos; y si en vez de escribir un estudio general sobre las deducciones de la guerra de Cuba, dedicásemos nuestra atención particular al problema orgánico, consagraríamos varios capítulos á los temas que reunidos hemos de presentar en este.

No puedo, sin embargo, proceder con tal ensanche; harto me voy deteniendo, á pesar mío, y es justo que no dilate las jornadas cuando ellas dependen de mi voluntad. Para conseguirlo así, me limitaré en marcar, en los asuntos que van á ser objeto de estos párrafos, las modificaciones cuyo relieve ha señalado la reciente guerra, debiendo entenderse que sólo son rasgos característicos, apenas suficientes á completar la silueta orgánica de los referidos institutos.

Ingeniería.—El brigadier Acosta, en su libro «Compendio histórico del pasado y presente de Cuba» al hablar del cuerpo de Ingenieros dice:—«La »fuerza del cuerpo de Ingenieros convendría se aumentase y dedicase exclusi»vamente á los trabajos de las líneas, construcción de hospitales y fortificación »puramente de campaña».—Siento, como otras tantas veces, estar en desacuerdo con jefes conspicuos que forman autoridad en la materia; pero mi lealtad y franqueza oblíganme á no disfrazar mi opinión, contraria casi del todo á la de D. Francisco Acosta, que por cierto no la emite con resolución y sí solamente de un modo tímido, escudándose en el tiempo gramatical que los franceses llaman *condicional*.

La fortificación de campaña deben conocerla suficientemente todos los oficiales de las tres armas combatientes; y si esto es rigurosamente exacto en general, mucho más nos parece en la guerra de Cuba, porque hemos visto los escasos vuelos que allí puede tomar. El combate pequeño, móvil inseguro, casi nunca preparado, tornaba inútil ese elemento de protección que tanta parte puede tomar en las grandes acciones europeas, aun cuando yo me permita creer que algunos lo han exagerado un poco. La fortificación del campo de batalla debe decirse que apenas podía existir en la guerra de Cuba. Si de las pequeñas emboscadas y posiciones defensivas se ayudaron los insurrectos ó nosotros, añadiendo á los elementos que el país proporcionaba una ligera trinchera-empalizada, mayor ó menor, ni esta obra sencilla y casi diré rudimentaria merece consideración especial, ni justifica tampoco la necesaria abundancia de la *fuerza de Ingeniería*.

Me apresuro á declarar que, si bien creo inútil la abundancia de las tropas, estoy muy lejos de pensar lo mismo con respecto á los oficiales que son imprescindibles para llenar una misión facultativa, cuya transcendencia y utilidad sería imposible desconocer.

Descartado lo que podríamos llamar, fortificación táctica ó fortificación del campo de batalla, veamos los cometidos de ingenieros que encontramos, y hasta qué punto desenvuelven su desarrollo.

La segunda necesidad que hallaremos, es la fortificación de puestos fijos, fuertes, reductos, blokaus, etc., etc. Muy conveniente sería que todos los traba-

jos de esa clase se llevasen á cabo por el instituto de ingenieros; mas sobre suponer una prodigalidad de fuerzas de que no hay ejemplo ni aun en las guerras europeas, porque tendríamos que asignar destacamentos de Ingeniería á las columnas de batallón y de medio batallón, resultaría en cierto modo fastuoso entretener la capacidad científica superior de esos oficiales en construcciones tan sencillas como las que se han indicado en el capítulo correspondiente, las cuales tienen como principal habilidad, el aprovechamiento de los recursos del país y la aplicación de sencillas reglas de Geometría y Fortificación, que los oficiales todos deben conocer. Además, la necesidad de su construcción suele surgir de una manera imprevista y contingente, y no puede limitarse al caso en que exista fuerza y oficiales de Ingeniería, sino que, por el contrario, debe acostumbrarse á la tropa de las otras armas á que se baste á sí propia en las mil variadas circunstancias en que puede hallarse. Conviene, sin embargo, que estas construcciones, y principalmente cuando llegan á adquirir cierto carácter semipermanente, sean inspeccionadas, ya que no dirigidas, por oficiales facultativos de Ingeniería; y es evidente que para el desempeño de tal cometido deben existir con relativa abundancia en las planas mayores de las grandes circunscripciones de brigada y división; pero empiézase á observar ahora que esta existencia de los oficiales no lleva consigo la de las tropas.

La necesidad en que más urgentemente se percibe la Ingeniería, es aquella que se refiere á la conservación, composición ó improvisación de caminos y detalles á ellos adherentes. Entre todos los caminos, distínguense naturalmente las vías férreas. Cuando se trata sólo de recomponerlas, mantenerlas en buen estado y aun explotarlas, claro es que necesitaremos fuerzas de Ingeniería en condiciones suficientes de instrucción; pero serán demasiado frecuentes las ocasiones, en las cuales tendrá que procederse á una construcción nueva, ó una composición en tan grande escala, que tome visos de reconstrucción. Entonces nos veremos en la precisión de improvisar numeroso personal obrero, para lo cual no dejan de prestarse los individuos de raza negra y amarilla, que fácilmente hallaremos, y véase cómo la fuerza ó destacamento, á que antes nos referimos, sólo viene á servirnos de núcleo, que no importa sea pequeño.

Los puentes, uno de los detalles que más instabilidad podrían presentar en aquel país, no obligaban tampoco á mantener numerosos destacamentos de Ingeniería, y veamos por qué. La mayor parte de los ríos ó arroyos de Cuba, dado su cortísimo desarrollo, no ofrecen obstáculo permanente, y aun en la parte más gruesa de su corriente cuentan con vados suficientes para su paso. Es verdad, en cambio, que suelen venir crecidos, y en tal supuesto sería muy útil un puentecillo volante que permitiese á la columna salvarlos con rapidez; pero repárese en que no puede dotarse á cada una de las columnitas de un tren de puentes, siquiera sea pequeño, para prevenir ese riesgo, imposible de adivinar en cada momento. No hay más remedio, si tal sucede, que improvisar puentes momentáneos, valiéndose de los recursos del país y echando mano de los conocimientos que todos los oficiales deben atesorar. Si por excepción se trata de una columna mixta, relativamente crecida, que va á cruzar un río de importancia, como el Cauto, el Najasa, etc., etc., sin vacilación alguna aconsejaríamos se llevase un tren de puentes á lomo (no hay que pensar en carruajes mientras no varíen radicalmente las condiciones de viabilidad); mas debo insistir en que semejante

caso sólo debe admitirse como excepción muy alejada de lo normal y corriente.

Por último, los telégrafos, encomendados hoy, más ó menos razonablemente, al cuerpo ó instituto de Ingenieros, constituyen un elemento, que requiere indispensablemente secciones de personal inferior relativamente numeroso, no sólo para el servicio de las líneas, sino para la instalación y reparación de éstas. En realidad de verdad, no creo preciso que ese personal se aglomerase y organizase en forma de unidades tácticas; pero si así se estimase conveniente, esos grupos no excederían los efectivos de sección, y reunidos los que prestasen su servicio en la brigada, comandancia general, divisionaria, etc., se constituiría con ellos una compañía ó escuadrón, que dependiera única y exclusivamente de los Estados Mayores. En la campaña pasada, puede decirse que esta rama estuvo organizada á medias, y en la mayor parte de las líneas, que sólo tenían razón de ser por las operaciones, se empleó el personal civil militarizado, que resultó insuficiente. Este personal componíase en su mayoría de hijos del país, y aunque está muy lejos de mi ánimo el inferir censuras á su lealtad, porque generalmente, y salvo raras excepciones, cumplieron bien, no podía negarseme: primero, que estaban sujetos á muy duras pruebas, pues sus afectos y quizás sus deseos é inclinaciones se encontraban en el bando contrario; segundo, que por estos mismos motivos debían inspirar é inspiraban cierta desconfianza; y tercero, que el personal de una corporación civil, no puede ni debe militarizarse repentinamente, sin que preceda anterior preparación.

Las comunicaciones telegráficas tuvieron en la campaña de Cuba un valor mayor si cabe, que en otra cualquier guerra, y bien se deja entender, á poco que se reflexione, cuán legítimas razones hubo para ello. No nos detenemos ahora á especificar y determinar su organización, porque este es un resorte logístico cuyo cuidado y detalle corresponde á los Estados Mayores, y no debo examinarlo.

En suma, podemos concluir, abreviando, los siguientes preceptos orgánicos sobre Ingeniería:

1.ª *Conocida la índole especial de las operaciones de la guerra de Cuba, se comprende la escasez justificada de las tropas de Ingeniería, las cuales son poco necesarias. En cambio, es imprescindible la existencia de personal facultativo bastante numeroso, no sólo de oficiales sino de maestros de obras, celadores, etc., etcétera. Semejante personal debe hallarse distribuído convenientementes según la división territorial de campaña, para atender á la dirección y vigilancia de las múltiples construcciones y cometidos que se hallarán á su cargo.*

2.ª *Es casi inútil que existan tropas de zapadores; pues las obras ligeras de fortificación las efectúan las columnas y destacamentos, sin ofrecer tampoco gran dificultad, aunque deben ser inspeccionadas y aconsejadas por el personal facultativo á que se ha hecho alusión.*

3.ª *Para la construcción y recomposición de líneas férreas militares, correspondientes á la estructura estratégica ya antes examinada, resulta mucho más práctico y económico tomar cuadrillas de trabajadores del país (negros y amarillos) que mantener organizadas unidades numerosas de ferrocarriles. No estaría demás sin embargo que existiera algún núcleo pequeño de tropas, en forma de compañías sueltas.*

4.ª *Solamente algunas columnas respetables, y cuando tengan necesidad de cruzar uno de los pocos ríos de consideración, pueden exigir la existencia de un verdadero tren de puentes, nunca muy grande. Para eso bastará con algunas unidades, que no deberán tener efectivo mayor que el de compañías, porque no exige otra cosa la anchura de los ríos.*

5.ª *Los telégrafos militares* (caso de seguir encomendados á los Ingenieros) *pueden organizarse en pequeños grupos, á modo de secciones, que atiendan á la instalación, servicio y cuidado de las líneas establecidas por consecuencia del desarrollo de un período de operaciones. Varias de estas secciones formarán, para el debido escalonamiento orgánico, una unidad superior, compañía ó grupo, bajo el mando de un capitán ó comandante, y dependiendo directa y exclusivamente del Estado Mayor de la brigada ó división á que correspondan.*

6.ª *Análogamente á lo que sucedía en Artillería, el empleo de coronel, y aun el de teniente coronel deben quedar reservados para los cargos de las planas mayores centrales y divisionaria. Como los parques de útiles deben ser numerosos, existiendo hasta en los pequeños centros de zona, es claro que en cuanto decae la importancia de ellos no hace falta entretener para su cuidado un oficial técnico. Bastará con que se hagan cargo de ellos un oficial de Administración, si lo hubiese, ó el comandante militar del cantón.*

Administración militar.—No hay necesidad de encarecer la importancia de los servicios administrativos, y no me es posible tampoco desarrollar el panorama completo de ellos, porque esto requiriría una extensión incompatible con las modestas proporciones de este trabajo.

Desde luego prescindiré de todo el mecanismo de intervención económica, Intendencia, Comisaría etc., etc. Todo esto debe organizarse cuidadosamente, lo mismo en paz que en guera; pero puede afirmarse que esa disposición orgánica no ofrece ninguna modalidad característica, aun cuando constituya una máquina montada con toda exactitud y refinamiento. Por la misma razón, nada diré de la participación, que al Cuerpo Administrativo le incumbe en los parques y establecimientos de Artillería é Ingeniería, como asimismo en los hospitales militares de las grandes poblaciones. Me limitaré á hacer resaltar, como llevo dicho, lo peculiar y propio de la campañ a.

Si tenemos bien presente, la disposición estratégico-territorial explicada en el capítulo XIV, se comprende que en cada uno de los centros de operaciones según su relativa importancia, hay que mantener depósitos de raciones y municiones, de vestuario, de armamento, de útiles y efectos de Ingeniería, y finalmente, enfermería ú hospital. Todo esto depende del personal administrativo casi exclusivamente, y tanto más, cuanto la importancia mínima de los depósitos requiere menos personal facultativo. Fijemos las ideas: en un parque de artillería, provisto de elementos y correspondiendo á la plaza capital de Comandancia general, existirá uno ó varios oficiales de Artillería, un comisario y un oficial encargado de efectos; pero no puede mantenerse ese lujo de personal en las poblaciones de menor importancia, centros de media brigada y de batallón, que muchos serán poblados insignificantes, por más que reunan suficiente prestigio estratégico. En todos éstos, no puede decirse en rigor, que existen parques, sino depósitos de armamento, de municiones, á cargo tan sólo de un oficial administrativo, que probablemente reunirá á éste otros varios cargos. Especial-

mente el depósito de municiones tiene tanto interés, que debe haberlo hasta en aquellos destacamentos pequeños y sin importancia, centros accidentales de un corto período de operaciones. Podría ocurrir que en este caso no existiera oficial de Administración, corriendo á cargo del comandante de armas ó de un oficial cualquiera; pero eso no quiere significar que no haya dependido de la Administración militar el transporte é instalación del depósito.

Otro tanto podría decirse de los depósitos ó parques de útiles de Ingeniería, y acaso con mayor motivo, pues es evidente que en tratándose de éstos, sólo los parques afectos á las Comandancias contarán con personal facultativo.

Las cifras límites ó términos medios, que puedan asignarse á estos depósitos son muy variables, porque dependen de multitud de contingencias que se alejan infinitamente. A las veces deben consistir en una escasa cantidad, porque sólo se pretende subvenir á un período de operaciones muy corto, ó porque se teme el riesgo de que caigan en poder del enemigo; en otras ocasiones, y en la previsión de cierto aislamiento más ó menos temporal, conviene aumentar las cifras del depósito, principalmente con la mira de economizar convoyes, siempre enojosos y preñados de peligros.

La distribución y ordenamiento de estos depósitos, así como de los restantes que hemos de examinar, corresponde á la determinación de los planes de operaciones y claro es, que dependen, en primer lugar, de la iniciativa de los Estados Mayores; pero no es tarea poco importante el abastecimiento y renuevo de ellos, enlazándose á los puertos de la costa, ó grandes parques, que sirven de depósitos principales.

De la cuestión de hospitales y enfermerías haremos, por ahora, caso omiso; pues como en ellos no puede prescindirse del personal facultativo médico, que es cabalmente el que los presta carácter, es justo que aplacemos su consideración para cuando tratemos de la Sanidad. Por lo demás, es sabido que en la adquisición y acopio del material, así como de los víveres y demás elementos necesarios, encuentra extenso campo donde ejercitarse la acción del instituto de que tratamos.

Veamos ahora los depósitos y abastecimientos de recursos meramente administrativos: vestuario, equipo y raciones para el mantenimiento de los hombres; pienso, y, por último, transportes.

El vestuario y equipo se lo proporcionan los cuerpos por medio de gestiones y contratas particulares; mas eso, que puede hacerse fácilmente y con ventaja en época de paz ó de ocupación militar, tropieza con gravísimos inconvenientes en períodos turbulentos. Los contratistas no se arriesgan tanto ni con tales facilidades; no se avienen á colocar los efectos en los puntos donde el cuerpo, batallón, regimiento ó batería se halla operando; de suerte que dicho cuerpo habrá de verificar por su cuenta el último transporte, al través de mil dificultades que le presenta la escasez de elementos propios; además, no pudiéndose llevar con escrupulosidad el examen de admisión, se corre el riesgo de tomar efectos rechazables, y por último, la índole misma de los efectos, sobre todo en cuestión de vestuario, varía mucho desde el estado de paz al de guerra. En aquél se necesitarán y contratarán prendas de construcción relativamente esmerada, sombreros de jipijapa, etc., etc.; en ésta, trajes de los llamados *de coleta*, sombreros de guano y zapatillas de baqueta. Pero hay aún una razón poderosa, que

hace necesarios los depósitos de vestuario por cuenta de la Administración militar. En un período de operaciones más ó menos largo, los batallones y escuadrones no pueden llevar constantemente consigo sus almacenes; mas no por eso dejan de sentir la apremiante necesidad de reponer constantemente el vestuario á que acabo de aludir; esto es, el verdadero traje de operaciones, que se destroza muchísimo. Cada vez que una columna recala, no ya en un centro, sino en un destacamento ó punto de etapa, le es preciso sustituir ciertas prendas, con tanto más motivo, cuanto que poco ó nada debe contarse con el repuesto de los morrales ó mochilas, que casi siempre conviene tender á suprimir. Hácese indispensable, por tanto, que en los centros de zona, y aun en los destacamentos de alguna entidad, existan depósitos más ó menos abundantes, en los cuales se pueda reponer el vestuario, tanto interior como exterior, y si no nos olvidamos de la escasez de recursos de algunos de esos poblados, bien comprenderemos que esos depósitos, llegarán hasta á ser utilizados en ciertos casos por los oficiales. La manera de proceder al acopio de esos elementos, sea por subastas ó grandes compras, constituye un problema meramente administrativo, que no nos incumbe estudiar aquí, ni tampoco si deben adquirirse por los cuerpos, satisfaciendo su importe en metálico, ó expidiendo documentos de crédito, que luego se hacen efectivos.

Respecto al equipo, utilísima será también la existencia de algunos depósitos; pero es forzoso convenir en que la necesidad no aparece tan imperiosa ni urgente.

Entre todos los problemas administrativos, ninguno más apremiante que el de las raciones. Por sufrido que sea un ejército; por inflamado que se halle su patriotismo, y en estas virtudes heroicas el ejército de Cuba rayó más alto que ninguno, no puede sustraerse á la necesidad del sustento. Con suficiente dosis de abnegación, llegan á soportarse enormes retrasos en el percibo de haberes, escaseces de material, faltas de vestuario, hasta un extremo inconcebible; pero á lo que no puede llegarse, es á subsistir sin alimentos ó con alimentos deficientes; porque no en vano dijo Cervantes «que el trabajo y el peso de las armas no puede sobrellevarse sin el gobierno de las tripas». En la campaña de Cuba, partiendo de la base general de deficiencia que presentaron nuestros elementos orgánico-militares, en pocos detalles púsose esta tan de manifiesto, como en la alimentación de las tropas. Indudablemente, ha de parecer anómalo, el que en un país como aquel, donde se desconoce la muerte por inanición, se luchase con tantos y tan graves inconvenientes para suministrar ración al soldado, y en definitiva, hay que decirlo con franqueza, no se consiguiera resolver el problema, como lo demuestra el inmenso número de regresados á la Península, agotados por la anemia. Muy diversas fueron las causas que motivaron esa falta de alimentación, así en calidad, como en cantidad. Desde luego, la ración que se suministraba era insuficiente, conocido el efecto destructor de aquellos climas. Para probarlo, á más de diversas opiniones que pudiéramos aducir, todas contestes en la materia, voy á entrar en algunos pormenores sobre la composición de la ración de etapa, tal como se dió comúnmente, con ligerísimas variantes:

400 gramos de pan ó 500 de galleta.
200 » de arroz.
100 » de tocino.
20 » de sal.
16 » de café.
40 » de azúcar.
50 centilitros de aguardiente.

En vez de tocino y arroz, se daba también garbanzos, bacalao y aceite, en cantidades proporcionadas, y en lugar del aguardiente, 200 á 300 centilitros el vino.

No aparece hasta ahora escasez notoria en las cantidades; mas todo el que conozca aquellos climas, sabe cuán imprescindible es en ellos la alimentación de carne, que ayude á reponer las constantes pérdidas sufridas por el organismo en forma de una transpiración constante y de una actividad y exuberancia en otras funciones fisiológicas. Ración que no tenga por base, por elemento principal, la carne, resultará siempre insuficiente. Y ahora deberé recordar lo que he dicho en capítulos anteriores: mientras en los campos existieron reses en cantidad abundante para surtir de carne á los poblados y destacamentos, el problema pareció resuelto; aunque no muy correctamente por cierto; pero, en fin, téngase en cuenta que, rotas las cercas ó lindes de los potreros, vagando las reses por extensas sábanas, y no hallándose en las fincas los propietarios, administradores ó colonos, no podía descenderse á muchos perfiles y sutilezas, y había que emplear la requisa en su forma más primitiva y sencilla, que consiste en coger aquello que se necesita, allí donde se encuentra y sin ninguna otra clase de formalidades.

Tales procedimientos, repito, pudieron emplearse mientras se encontraron reses, y durante esa época importó poco que los otros efectos no llenasen todas las condiciones apetecibles. Sin embargo, bien se comprendía, que semejante estado de cosas no podía durar indefinidamente, no sólo por el consumo de carne que hacían las tropas operadoras, y aun por el despilfarro (1), sino porque el ganado en libertad y privado de la atención y cuidado de los dueños ó peones, disminuye considerablemente en su propagación y producción. Empero, la escasez acentuóse en progresión geométrica aterradora, y entonces surgió el pavoroso problema del racionamiento del soldadado, porque la deficiencia á que antes aludí había quedado velada por ese arbitrio que comenzaba á faltar. El aumento de rancho, el ensayo de la morcilla prusiana, y de las latas de carne italianas, fueron otros tantos recursos á que se acudió para paliar tan grave inconveniente. Esos dos últimos artículos no dieron todo el resultado apetecido; la morcilla, porque disgustaba mucho al soldado, y la carne, quizás por lo mismo, quizás porque no se suministró en abundancia, quizás, en fin, porque corriera el percance de estropearse. En cuanto al aumento de rancho, poco significa la elevación de las cantidades, y por ende del gasto presupuesto; lo que

---

(1) Ya he citado en capítulos anteriores el hecho de sacrificarse una res para obtener tan sólo un bocado apetitoso, sesos, riñones, etc., etc.

importa, repito, es que la base de la alimentación se constituya con carne. Por lo mismo que ya el clima produce continuas pérdidas, debilitando y empobreciendo el organismo, no puede prescindirse en la nutrición de ese importantísimo elemento que en Europa, no siendo menos preciso, llega á disminuirse hasta lo inverosímil en las clases proletarias. Además, el empeño en constituir la ración con productos europeos, siquiera fuesen baratos, constituyó una rutina muy perjudicial, pues dió como primer fruto el que la urgencia obligase muchas veces á admitir y consumir raciones que no se hallaban en perfectas condiciones, y tampoco se acostumbraba al soldado á los productos del país, haciéndole vivir exóticamente, esta es la expresión, sin colocarle en condiciones de aprovechar muchos recursos, que eran para él extraños ó desconocidos. A mi juicio, y no estoy solo en semejante opinión, es preciso acostumbrar y familiarizar á nuestro soldado con los alimentos del país: viandas, frígoles, cazabe y sobre todo, cuando no puede conseguirse carne fresca, tasajo ó carne curada, que es lo habitualmente usado en las fincas del campo. Nada de esto es desagradable; antes bien, merced á un condimento inteligente, resulta mucho más sabroso que los componentes de la ración europea. No pretendo proscribir ésta en absoluto; principalmente el arroz y el bacalao son alimentos susceptibles de utilizarse mucho; pero lo repetimos: es indispensable que el soldado, el oficial y el jefe se habitúen á las comidas del país. Las columnas que así lo hicieron pudieron sortear ventajosamente el problema de subsistencias. Pésame detenerme en este asunto, y sólo quiero decir que, sujeta la cuestión á tales términos, pudieran establecerse grandes siembras en los mismos poblados y territorios del teatro de operaciones, y mejor aún en los que se encuentren más al abrigo de ellas, y se podra suministrar al soldado ración abundante, sustanciosa y agradable, no prescindiendo de la carne, ya sea fresca, ya sea en tasajo. Todo este problema requiere gran desarrollo, y no es este el lugar para ello. Voy á cerrar el asunto con las sucintas observaciones siguientes. Conviene renunciar al pan, siempre ó casi siempre que se opere activamente; lo mejor es reemplazarlo con la galleta y con el cazabe. No puede suprimirse el café, en lo cual están conformes la experiencia y las prescripciones higiénicas de los doctores. En la alternativa de dar á la tropa vino malo, como era el que comúnmente se le daba, considero preferible el aguardiente de caña, ya que no debe tampoco prescindirse del alcohol en moderada cantidad.

El pienso del ganado, consiste allí, en maíz, auxiliado por las excelentes yerbas de las praderas que se llaman potreros. Ya hablé de los forrajes, considerándolos como operación auxiliar; en tiempo de paz ó en comarca alejada de las operaciones, es más cómodo pastorear el ganado, dejándole suelto en potreros cercados, bastando un número corto de hombres para su cuidado y vigilancia. Constituye esto un gran recurso, que mantiene muy bien al ganado; pero cuando se le hace trabajar, no debe faltarle la ración de maíz, porque la *guinea* y el *paraná* no alcanzará á suplirlo.

El avituallamiento y conservación de los almacenes, ya sean de vestuario, equipo ó raciones, así como la manera de hacer llegar rápidamente á ellos los cargamentos que desembarquen en la costa, son otros tantos problemas que dependen de una buena gestión administrativa, siempre en combinación con los Estados Mayores. Ni puedo ni debo dar reglas sobre materia tan ardua, que sólo me corresponde consignar como recuerdo preciso.

Quiero terminar cuanto se refiere á la Administración, tratando la importante cuestión de los transportes. No acierto á explicarme satisfactoriamente el por qué las tropas que pudiéramos llamar del tren—que se organizaron en forma de secciones de arrastre y á lomo, estuvieron encomendadas durante una época al arma de Caballería. La misma razón hubiera habido para que se le asignasen al arma de Infantería ó de Artillería. Sobre que la dirección, inspección y organización del servicio tiene que estar precisamente encomendada á la Administración militar, no se me alcanza la razón del por qué, había de padecer excepción el mando y dependencia de las tropas. Este, forma desde luego un cometido importante, con determinado carácter militar, y nada se pierde con atribuir dicho carácter al instituto administrativo, ya que de todas maneras de él depende el éxito de grandes períodos de la campaña.

No debo tampoco fijar cifras de proporcionalidad, porque depende de infinitas circunstancias; por ejemplo, un territorio de brigada, donde existan alguna ó algunas vías férreas transversales de N. á S., apenas necesita algunas pequeñas secciones; en cambio, la zona ó circunscripción que no posea ferrocarril, debe conducir todos los grandes acopios y para surtir los destacamentos, necesitará las tropas del tren en proporción con las fuerzas de que consta.

Ya vimos que hay que proscribir carruajes de construcción delicada. En aquellos caminos naturales, fangosos y cortados por frecuentes ríos y arroyos, no caben mas, que el mulo ó transporte á lomo, y la carreta tirada por bueyes. En una y otra forma, hay que organizar las unidades de transporte ó tropas del tren. He aquí lo que puede tomarse como síntesis orgánica en este asunto. Veinte carretas tiradas por tres yuntas cada una, constituyeron comúnmente, lo que se llamó una sección de arrastre, y dos, tres ó más secciones pueden agruparse formando una compañía, que la mandase un capitán (oficial 1.°) ó un comandante (comisario). No conviene limitar el agrupamiento y división de esta unidad, porque es sumamente variable, dependiendo de la organización territorial que tengan las fuerzas operantes. Así, verbigracia, si tenemos una circunscripción territorial asignada á una brigada, suponiendo que ésta se halla compuesta de dos medias brigadas, y que el terreno se presta al transporte de arrastre, la dotaremos de una compañía formada de dos secciones, esto es, cuarenta carretas; si ahora imaginamos una distribución territorial estratégica por divisiones, y suponemos ésta constituída con tres brigadas, asignando á cada brigada una sola sección de veinte carretas, y dejando otro grupo de éstas directamente afecto á la división, formaremos con las cuatro secciones, esto es, con las ochenta carretas, una unidad que podemos continuar llamando compañía; pero que exige mayor categoría en el mando, para conservar el debido escalonamiento jerárquico. Como estos diferentes agrupamientos y subdivisiones pueden variar dentro de una misma compañía, de un territorio á otro, y de una época á otra, estimo preferible no ceñir demasiado el asunto y dejarlo en libertad de plegarse á las exigencias del momento, limitándome á señalar como unidad tipo la sección de veinte carretas, con la facultad variable de aglomerar dos, tres ó más secciones, para constituir la unidad superior, sin que deba prolongarse más la escala. Será inútil decir que cada una de estas secciones debe hallarse mandada por un teniente (oficial 2.°), llevando además uno ó dos alféreces (oficiales 3.os).

La sección de á lomo puede constar de cincuenta ó sesenta mulos, con dos

subalternos. Dos ó tres secciones formarán la compañía, y como éstas serán seguramente más numerosas que las de arrastres no conviene aumentarlas indifinidamente, sino que es más lógico crear una nueva unidad, que podría denominarse brigada ó tercio, compuesta de dos ó tres compañías. De manera, que así como antes se asignó una compañía á la división, correspondiéndole una sección á cada brigada, le concederíamos á esa misma división, un tercio ó brigada de á lomo, tocándole á cada brigada una compañía. La compañía estará mandada por un capitán (oficial 1.°) y la brigada por un comandante ó teniente coronel (comisario). Toda esta organización supone, como vengo diciendo, que el cuerpo administrativo se militariza completamente, y debo repetir que yo lo creo conveniente en la Península y absolutamente indispensable en Cuba, si ha de hallarse á la altura de las difíciles misiones que debe desempeñar.

En cuanto al empleo de los elementos de arrastre ó de á lomo, no tengo que insistir en lo que dije en las deducciones logísticas: tratándose de grandes conducciones, debe preferirse la carreta; pero no se olvide el retraso considerable que supone. La acémila es más móvil, más veloz, se adapta mejor al terreno; pero en cambio alarga tanto el convoy, que debe evitarse cuando se trate de transportes en grande escala; sin embargo, no olvidemos que aun en ellos, algunas veces hallaremos tales dificultades, que forzosamente tendremos que recurrir al transporte á lomo, pues la sección de carretillas organizada en Cuba, no creo diese la completa solución del problema.

No quiero abandonar este asunto de los transportes sin tocar una porción importantísima, digo mal, imprescindible; me refiero á los elementos de transporte que deben poseer los cuerpos. Hemos examinado lo suficiente la constitución estratégica para deducir que las columnas pequeñas abundaban más que las grandes; que las divisiones y brigadas eran verdaderas unidades estratégicas circunscripcionales; que las medias brigadas y regimientos de caballería eran como quien dice unidades de transición; y que los batallones de infantería y los escuadrones de caballería constituían las más de las veces unidades operadoras, que obraban con cierta independencia, ó por lo menos que necesitaban poseer elementos de vida propia. Por esta razón, vimos que los batallones de infantería, que operaban en comarcas llanas, necesitaron organizar permanentemente una guerrilla ó grupo de fuerza montada; de la misma manera exigen una reunión de elementos de transporte directamente afectos á ellos. Teóricamente, y por medio de una inducción especulativa, llegaremos al mismo resultado. En toda clase de guerra, si concebimos una columna cualquiera, que deba vivir, moverse y obrar con autonomía por cierto tiempo, aun cuando éste sea muy corto, necesita llevar elementos de transporte proporcionales á su importancia y á sus necesidades; si, pues, las columnas de batallón y escuadrón constituyeron el tipo medio que sirvió de patrón en el conjunto de las operaciones de la Isla; si, además, observamos que estas dos unidades son también las que determinan la síntesis orgánica, es evidente, que á ellas debemos atribuirles permanentemente, elementos de transporte que no se las separen, que le sean propios y exclusivos, que tengan únicamente por objeto su servicio y, por lo tanto, que no puedan confundirse con las secciones de transporte, las cuales habría que conceder á las columnas algo mayores (de regimiento, media brigada, brigada, etc.).

Por lo que atañe á la índole de esos elementos, basta considerar que, aun

tratándose de batallones de infantería, deberán ser móviles, ligeros y adaptables á todas las dificultades topográficas, cuanto más refiriéndonos á escuadrones ó en general fuerza de caballería. Renunciaremos, pues, á la carreta, sólo aplicable para convoyes que no tienen más objeto que efectuar la conducción ó transporte, pero en manera alguna acompañar á las columnas en sus operaciones, y nos reduciremos á las acémilas. Así planteado el problema, pienso que cada batallón de seiscientos á ochocientos hombres, necesita en operaciones unas cuarenta ó cincuenta acémilas, y cada escuadrón de los que hemos considerado, unas veinte. Quizá parezcan exagerados esos números, y se me arguya, que con cifras menores han subsistido en la guerra, y que al concluir ésta y establecer la ocupación militar de una manera normal, los batallones sólo tuvieron treinta acémilas, y los escuadrones de caballería sólo tres ó cuatro. Adviértase que los indicados batallones no llegaban á los seiscientos hombres; en cuanto á los escuadrones, si bien en guarnición pudieron pasar con ese cortísimo número, tan pronto como tuvieron que operar, ó utilizaron los caballos ó necesitaron más acémilas, bien fuesen de batallones de infantería, bien fuesen de las secciones independientes de á lomo. Además, conste, que los números citados son los que estimo convenientes para llenar cumplidamente las exigencias del servicio, principalmente raciones y municiones, los cuales constituyen factores de difícil, si no imposible eliminación; empleando números menores, se llena tal vez el servicio, pero se llena muy deficientemente, y es claro, que puestos en esta pendiente llegaríamos casi á suprimirlos, ateniéndonos á sus desastrosas consecuencias.

Procuraré ahora, y como de costumbre, sintetizar condensando, las deducciones que atañen á la Administración Militar, prescindiendo desde luego, y como llevo dicho, de la gestión burocrática.

1.° *Conocida como nos es ya, la índole constitutiva de la guerra de Cuba, infiérese fácilmente, que además de los parques y maestranzas, que existen en las grandes plazas, deben organizarse en todos los centros de zona ó circunscripción, que irradien operaciones importantes, algunos depósitos de armamento, municiones y útiles, que generalmente sólo estarán á cargo del personal administrativo, pues no existirán oficiales de artillería é ingenieros en abundancia suficiente para entretenerlos en tales destinos.*

2.° *No menos necesarios que esos depósitos son los de raciones y vestuario, y prescindiendo de su reparto y colocación, problema orgánico logístico que deben resolver los Estados Mayores, bien se entiende también, que menudeando los depósitos, no podrá disponerse de oficiales suficientes para ellos; pero téngase en cuenta, que sólo existirá oficial en aquellas localidades que posean almacenes de alguna importancia, y probablemente también, los depósitos á que hemos aludido.*

Para el cuidado y atención de los depósitos menores, así como para el auxilio del oficial, allí donde tenga varios á que atender, debe existir un numeroso personal de factores ó cuerpo subalterno auxiliar de Administración, que, bien organizado y distribuido, está llamado á desempeñar excelente servicio.

3.° *Es cuestión tan ardua é interesante la del racionamiento, que entre las diversas gestiones administrativas, (compras, subastas, etc., etc.), en las cuales no entraremos ahora por constituir la especialidad del Cuerpo, no debe olvidarse el recomendar tres cosas: primera, que se habitúe al soldado á los alimentos del país, pues eso facilitará el suministro de raciones; segunda, que la base de la ración*

sea la carne; y tercera, que no se prescinda del café y que se prefiera siempre aguardiente bueno á vino malo. En cuanto al vestuario, recuérdese cuanto he dicho en las diversas armas al tratar de uniformes.

4.° *La ración del ganado ó pienso es el maíz, y como es la usada allí sin excepción, fácilmente la adoptamos. El pastoreo es un recurso convenientísimo para la manutención de ganados, sean caballos, mulos ó bueyes; pero es preciso que, comprando ó arrendando, se disponga de grandes potreros convenientemente cercados, y además, sólo es susceptible de emplearse tal recurso, en tiempo de paz é en territorios muy alejados de las operaciones, y por lo tanto, al abrigo de las algaras enemigas.*

5.° *Si cabe elevarse la importancia de los transportes, diríamos que en esta campaña se redobló. La Administración militar debe en ella tener á su cargo las tropas del Tren, organizándolas en dos formas, únicas que permite el país: grupos de arrastre, ó sean carretas tiradas por bueyes, y grupos de á lomo ó acémilas. Los primeros se organizaron en secciones de 20 carretas, tiradas por tres yuntas, y reuniéndose cada dos, tres ó cuatro secciones, pueden formar una compañía de arrastre. Esas compañías estarán asignadas á la categoría de comandante ó capitán, y las secciones deben tener dos subalternos Respecto á las fuerzas á lomo pueden constituirse en secciones de 40 ó 60 acémilas, compañías de dos ó tres secciones y brigadas ó tercios de dos ó tres compañías, con las categorías de mando correspondientes.*

6.° *Por último, además de esos elementos de transporte, que habrán de utilizarse con preferencia en las constantes expediciones de avituallamiento, y por lo tanto estarán afectos a las unidades superiores, divisiones, brigadas y aun medias brigadas y regimientos; los batallones y escuadrones deben poseer elementos de transporte para sus necesidades peculiares, los cuales serán exclusivamente de á lomo. Como cifra para satisfacer dichas necesidades, sin exceso alguno, pueden asignarse 40 ó 50 acémilas por batallón y 15 ó 20 por escuadrón (de los que propuse). Los batallones y escuadrones cubrirán este servicio con recursos propios, es decir, con soldados acemileros sacados del cuerpo dirigidos por las clases necesarias y por un oficial, también del cuerpo. De ese modo las tropas del Tren no resultan nunca distraídas en semejante servicio.*

Sanidad militar.—No menos importante que el cuidado administrativo es el sanitario; pero también he de procurar detenerme en él muy poco, máxime no queriendo invadir nunca la esfera técnica facultativa, que surge en los cometidos de este cuerpo, á poco que se avance, y que debo evitar cuidadosamente, pues habría de confesarme lego en ella.

Desde luego, el principal y preferente cuidado de la Sanidad son los hospitales; pero la organización y servicio de éstos, en cuanto se refiere á los establecidos en las grandes poblaciones, no lo examinaremos; pues las modificaciones facultativas que pudieran ofrecernos, bien que abundantes, quedan, como acabo de decir, fuera de mi objeto, y en lo que atañe á la parte administrativa, que tampoco me compete, no presentarán determinado carácter local. Téngase presente que los grandes hospitales no pueden subvenir á la conveniente asistencia de las tropas en campaña; porque hallándose sólo en las poblaciones de importancia, y siendo éstas muy escasas, es claro que no guardan proporción con la abundancia y residencia de las fuerzas. Es preciso, pues, organizar en todos los

poblados ó centros de operaciones de algún relieve, hospitales pequeños ó enfermerías, que si bien no dispondrán de tan abundantes recursos como los otros hospitales, al menos evitan el traslado de los enfermos á largas distancias, y permiten atender con urgencia al cuidado de la salud de las tropas.

En cuanto se establezca una de esas enfermerías, más ó menos normalmente, es indispensable colocar al frente de ella uno ó dos oficiales médicos, auxiliados Algunos sanitarios, practicantes, etc., etc. Seguramente se establecerán las citadas enfermerías en poblados, que por su relativo valor estratégico, son centros de operaciones y cuentan con depósitos de los que hablábamos cuando nos referíamos á la Administración; en tal supuesto, existirá, á lo menos, un oficial del Cuerpo Administrativo, que desempeñará las funciones correspondientes, en la escala que permita la gestión del pequeño hospital ó enfermería.

Otro de los cometidos no menos interesantes es la organización y servicio de las ambulancias, y sobre tal asunto voy á detenerme un tanto. Desde luego puede afirmarse que semejante servicio, en el verdadero sentido de la palabra, no existió en la guerra de Cuba. ¿Cómo y por qué pasó casi inadvertida esa deficiencia? ¿Hasta qué punto logró sortearse las dificultades inherentes á la imperfección del servicio? En primer lugar, lo que determinadamente faltaron fueron carruajes adecuados para el transporte de heridos en aquellos caminos, con alivio de molestias y dolores. Los tales transportes se hacían en carretas, produciéndoles enormes y dolorosas alteraciones; porque es un vehículo que resulta intolerable para los sanos, cuanto más para los que se encuentran bajo la influencia de un padecimiento físico cualquiera, sea enfermedad ó herida. De no efectuar el transporte en carretas, había que recurrir á las acémilas; pero no todos los heridos pueden montar ó sentarse en un mulo, ni aun disponiendo convenientemente de artolas, que por cierto apenas se emplearon; por manera que si se quería efectuar el transporte más delicadamente, había que recurrir á la ayuda de hombres que transportasen una camilla. Eso resulta cómodo para el enfermo; mas consume demasiados hombres, y puede ser motivo de grandes embarazos, como el experimentado después de los Guasimas. Ya dije, que á mi juicio el problema no se ha resuelto, y quizás no se ha abordado con resolución. Algo así, como una volanta, carruaje suspendido en sopandas entre dos varas largas y sin articular, con el centro de gravedad muy bajo, y con una anchura ó batalla, que permita la colocación de dos lechos-camillas ó butacas, se acercaría al desiderátum. Las volantas del país van tiradas por dos ó, á lo más, tres caballos, pudiendo conducir tres personas, y, por lo tanto, el carruaje que propongo podía ir tirado por dos caballos, en la propia forma que las volantas, sin consumir más que un volantero ó conductor para cada una, es decir, para cada dos heridos. Adviértase, que sólo presento este proyecto como tentativa susceptible de perfeccionarse y mejorarse en muchos detalles, aunque entiendo que el conjunto no puede diferir mucho de lo que propongo.

Prescindamos de la dificultad de los carruajes-transportes, puesto que sabemos cómo se suplieron malamente en la guerra, y tratemos de explicar la no existencia de las ambulancias divisionarias y de brigada. Ciertamente que no necesito esforzarme mucho para deducir que, supuesta la índole orgánica logística de la campaña, las unidades superiores, divisiones ó brigadas, como raras veces llegaron á constituir columnas, no pusieron de relieve la exigencia de

verdaderas ambulancias, que en los ejércitos europeos están afectos de dichas unidades. Repitámoslo una vez más, aunque peque de pesado: el tipo medio de la columna, al cual debemos atribuir elementos necesarios de existencia independientes, propios y casi diré exclusivos, es el batallón en infantería y el escuadrón en caballería. Un médico por cada uno de esos cuerpos, y unas cuantas camillas, dos ó tres sanitarios, una bolsa ó botiquín de campaña y algunos soldados camilleros, constituyeron una especie de servicio de ambulancias rudimentario, que si bien debemos adoptar como tipo de referencia, necesita mejorarse mucho, según voy á expresar.

La constante práctica demostró, que un solo oficial médico por batallón no puede desempeñar todo el servicio y atenciones que la campaña requiere. Necesítanse, á lo menos, dos oficiales médicos y cuatro ó seis sanitarios. Un número suficiente de soldados del batallón, que guarde relación con la fuerza de éste y el linaje de las operaciones, desempeñará el servicio de camilleros, quedando á disposición del personal médico y usando como distintivo el brazal blanco con la cruz roja. Camillas en suficiente abundancia y bien acondicionadas, en cuanto sea compatible con la facilidad de armarse y desarmarse; algunas artolas con sus acémilas correspondientes; botiquines y bolsas de socorro, y, por fin, cierta instrucción práctica en los sanitarios, que les permita colocar un vendaje, contener una hemorragia ó prestar esos primeros auxilios á los cuales podría no hallarse presente el médico, por tener muchas partes á que acudir, conseguirían perfeccionar en lo que cabe el mecanismo de dichas ambulancias de batallón, algo embrionarias aún, porque no puede dotárselas de todos los elementos de las ambulancias de unidades superiores que consideramos en Europa. Proporcionalmente, los escuadrones tendrán un oficial médico, dos ó tres sanitarios, algunas camillas, artolas y material consiguiente.

Los antedichos elementos sanitarios, que pudiéramos considerar, según he dicho, como una ambulancia imperfecta y embrionaria, no alcanzaron, á mi juicio, á justificar la ausencia de ambulancias mayores; si en la campaña nos pasamos sin ella, no dejó de sentirse su necesidad, y sólo consiguió disimularse con el extraordinario celo de todos y el probado sufrimiento de nuestras tropas. Estoy persuadido, pues, de que, además de los elementos sanitarios que vamos refiriendo, deben existir ambulancias de brigada y de división, y no hay necesidad de razonar su justificado aumento de personal y material. Tendrán un jefe médico, varios oficiales (dos ó tres) y una sección ó escuadra de sanitarios.

Carruajes del modelo que se adopte, y artolas en número correspondiente á la importancia de la unidad. Estas ambulancias, se emplearán principalmente para el transporte y conducción de heridos y enfermos á los grandes hospitales, de modo que constituyan verdaderos convoyes, papel que les resultará más frecuente que el de auxiliar á las tropas en el campo de batalla, por dos razones: primera, porque llevando carruajes, préstanse poco á la movilidad y rapidez necesarias en las operaciones de las columnas; segunda, porque obedeciendo á la índole de esas, rara vez se encontrarán en combate las unidades superiores, y dicho se está que las ambulancias correspondientes en pocas ocasiones se consagrarán á recoger los heridos en el mismo campo de batalla, tarea reservada en la práctica á las ambulancias menores, esto es, de batallón ó escuadrón. Mucho más podíamos continuar diciendo sobre este interesante tema; pero ya se comprende que sólo me propongo esbozar los asuntos.

Por último, debe constituir atención principal del servicio sanitario la vigilancia y conservación de la higiene. No intento apuntar aquí regla alguna; ya he dicho que no me compete tratar esos temas, y vuelvo á recordar las obras del Sr. Hernández Poggio (1), que debieran estar más vulgarizadas, y hasta recomendarse y obligarse su adquisición ó lectura. Sólo quiero hacer una observación, que no parecerá sospechosa después del entusiasmo y respeto que he concedido á las reglas higiénicas. Por importantes que sean éstas, por enorme valor que se las atribuya, no se olvide que en tiempo de guerra vienen siempre subordinadas al interés militar de las operaciones, porque no puede sacrificarse un éxito táctico ó estratégico, siquier sea problemático, á las precauciones profilácticas de cualquier linaje que sean.

Otra observación para concluir el presente asunto. Mientras la enfermedad endémica siga imperando en la Isla, sin que la Ciencia posea medios de atajar seguramente sus destrozos, uno de los cuidados sanitarios deberá ser la constitución y régimen de grandes campos de aclimatación, donde se destinen las tropas y oficiales recién llegados de la Península, para que suavemente puedan irse adaptando á tan completa variación de clima. Ese asunto está completamente descuidado, y no pretendo con ello formular un cargo al Cuerpo de Sanidad, porque me consta que no le faltan deseos y buenas intenciones. De todos modos, refiriéndome á los tiempos de paz, y ofreciendo la cuestión gran desarrollo á poco que me entrometiese en ella, me basta con dejarla indicada, y voy á resumir las deducciones particulares que atañen á la organización y servicio sanitario.

1.° Además de los hospitales militares establecidos en las ciudades de importancia, hay que organizar en todos los pueblos y poblados, que vayan á servir de centros de operaciones, siquier sean éstas eventuales, pequeños hospitales ó enfermerías, dirigidas por un jefe ú oficial médico, auxiliado, si preciso fuera, por otros, mas un oficial administrativo y los correspondientes sanitarios ó enfermeros. Importa mucho que en estas enfermerías no escasee el material y mobiliario, como asimismo las medicinas y efectos quirúrgicos más imprescindibles.

2.° El servicio de ambulancias está representado por dos elementos: lo que pudiéramos llamar, ambulancias de batallón ó escuadrón, que deben estar á cargo de dos oficiales médicos en aquellos y uno en éstos, con el correspondiente número de sanitarios-camilleros, sacados del cuerpo, y material suficiente de camillas, artolas, botiquines, etc., etc.; las otras ambulancias serán las que corresponden á unidades superiores y constarán de más elementos, así en personal como en material, principalmente en cuanto á este último, pues deben poseer carruajes para el transporte de heridos. En realidad el verdadero servicio en el campo de batalla lo desempeñarán las ambulancias de cuerpo primeramente referidas, y esto es inevitable por la pequeñez de las columnas y la reducida esfera táctica de las acciones. No obstante, las ambulancias de brigada y división deben existir, destinándose con preferencia al transporte y conducción de heridos á las enfermerías ú hospitales secundarios, ó á los hospitales que cuenten con recursos y elementos,

---

(1) «La guerra separatista de Cuba en el concepto de la higiene militar» y «Aclimatación é higiene de los europeos en Cuba».

no sólo por lo que se refiere á la cuestión de heridos, sino á las enfermedades endémica y palúdica, que tantos estragos hacen en la Isla.

3.° Cuidado muy importante de la Sanidad Militar, en aquellas comarcas, debe ser la vigilancia é inspección de las reglas higiénicas, principalmente en lo que atañe á la aclimatación de los oficiales y tropas recien llegados de la Península, así en paz como en guerra, por más que en esta última situación habrá que prescindir muchas veces de las prevenciones médicas, sacrificándolas á las exigencias de las operaciones militares.

Estado Mayor.—Creo haber llegado á uno de los más difíciles puntos de las deducciones presentes. La vaguedad y amplitud que aun reina sobre el concepto del Estado Mayor; lo poco definido de sus funciones, hasta lo controvertido de su existencia y el temor de dejarse arrastrar por sentimientos algo parciales, preconcebidos, multiplican las dificultades, de tal manera, que apenas acierto á abordar el asunto, y casi estimo, como el partido más cuerdo, dejarlo en la sombra. No se entienda, por esto, que me faltan razones y argumentos con qué justificar el panorama que desarrollase; téngolos muy suficientes y arraigados; pero eso mismo me obligaría á conceder demasiada extensión al asunto, de lo cual también quiero huir.

Combatida la existencia y organización del Estado Mayor en tiempo de paz, llega el momento de la guerra, y surge siempre la necesidad de una corporación que represente, como decía Rogniat, el *alma del ejército*. No me detengo en las controversias que se relacionan con el reclutamiento del Cuerpo, porque bástame consignar en general su indisputable existencia, pero acaso no faltará quien indique la superfluidad del Estado Mayor en la campaña de la Isla, toda vez que no se opera por unidades superiores, y que las pequeñas columnas de batallón ó media brigada no parecen requerir la asistencia logística de los oficiales de ese Cuerpo. Esto, sobre no ser completamente exacto, empequeñecería demasiado la cuestión. No es exacto; porque si bien las columnas de batallón ó escuadrón son demasiado reducidas y pasan perfectamente sin los indicados oficiales, las medias brigadas que, según he hecho notar, están llamadas á representar en aquella guerra un papel análogo al de las brigadas de la Península, vienen á ser las unidades de transición entre las elementales y las superiores, al paso que las brigadas y divisiones fueron allí unidades francamente estratégicas. Reparemos ahora, que si no con mucha frecuencia, se dieron casos bastantes de operar en columna dos ó tres batallones, con la suficiente fuerza de caballería y artillería, esto es, una especie de medias brigadas, y aun algunas veces se alcanzaron los efectivos de brigada; por lo tanto, en los indicados casos, aunque no sean muy frecuentes, es notorio que las columnas de media brigada y brigada necesitarán oficiales de Estado Mayor, y como no será fácil asignárseles permanentemente á las primeras, es indispensable que dispongan de él las segundas, é igualmente las divisiones, para que pueda echarse mano de ellos al llegar dichas contingencias.

Para demostrar la segunda parte del concepto, esto es, cómo se empequeñece la cuestión, al inferir de lo reducido de las columnas la superfluidad de los Estados Mayores, necesito detenerme un poco, aun cuando sea repitiendo algunas ideas de las ya expresadas en capítulos y párrafos anteriores. Planteado el conjunto estratégico de la guerra, en la forma y manera que indi-

camos, no dudaremos que las brigadas pocas veces se vieron en el caso de operar reunidas en fuertes columnas; mas en cambio tendrán asignada una demarcación de terreno que deberá ser recorrida y batida constantemente por columnas mayores ó menores, pero compuestas de fracciones de fuerza de esa unidad superior. Pues bien, si la *ejecución* logística de la marcha y el reposo de esas columnitas pequeñas de batallón ó escuadrón, no exige la atención y cuidado de un oficial de Estado Mayor para cada una, no puede ponerse en tela de juicio que la *preparación* de esas marchas y de los reposos consiguientes, su enlace y combinación recíproca, la alternativa que deben guardar entre sí los problemas de avituallamiento de todas clases y, en una palabra, el detallado planteamiento logístico que corresponde al plan estratégico general, debe fraguarse y desmenuzarse en la oficina central de Estado Mayor de la brigada, y necesítase allí, por consiguiente, los conocimientos y aptitudes que ha de poseer el oficial de Estado Mayor. Al trasladarnos á la escala divisionaria, el problema se agranda y dificulta, haciéndose más imprescindible la necesidad de los oficiales de Estado Mayor; pero aun no basta eso; vamos á ver todavía exigencias propias de esa guerra, que redoblan su interés y precisan su existencia. Los oficiales generales que pocas veces se pondrán al frente de sus columnas, deberían girar frecuentes visitas á los distintos puntos y líneas de su circunscripción; pero ni aun eso les está permitido con frecuencia, porque abandonan el centro del cual irradian las órdenes que incesantemente exige ese tejido de operaciones para ser fructuoso, y la brigada ó división queda, digámoslo así, acéfala, dada la incomunicación momentánea que puede existir desde el indicado centro al punto donde se halle el comandante general, aun cuando sea cercano. No es que yo preconice la inmovilidad de los generales; muy al contrario, creo que deben ver é inspeccionar ciertas cosas por sí mismos; pero confesemos que no siempre podrán hacerlo como quisieran, ante la consideración de entorpecer ó privar de impulso director á los movimientos, quizás cuando más lo necesiten. Empero, los generales necesitan conocer íntimamente el estado de toda su circunscripción; no el estado que aparece en los partes ó documentos oficiales, sino algo más que no puede traducirse en el papel, elementos morales y fisiológicos, que sólo tienen expresión verbal: espíritu, disciplina, actividad, descorazonamiento, energía, etc., etc. A su vez los jefes de los destacamentos necesitan conocer también, no las órdenes estrictas y secas que reciben del general, sino la mente é intentos que las presiden, para ajustarse á ellas en los casos dudosos, y para que se produzca la debida coincidencia y armonía, sobre todo en procedimientos políticos, resorte de tanta importancia en estas guerras. Esta necesidad, esta doble corriente de la periferia al centro y del centro á la periferia, es cabalmente lo que atañe por entero á las funciones del Estado Mayor, que han sido descritas con la frase de *agentes del mando militar*. Por lo tanto, recrudeciéndose en esa guerra y en tales circunstancias la necesidad de que hablamos, puede llenarse muy bien de esta manera. Mientras queda en las oficinas centrales elaborando la preparación logística un oficial ó jefe de Estado Mayor por división ó brigada (auxiliado convenientemente por oficiales del cuerpo de Oficinas militares), el otro ú otros oficiales, al frente de pequeñas columnas de caballería (que convendría fuesen tropas especiales afectas al Estado Mayor) efectúan constantes expediciones muy rápidas y atrevidas, que tengan,

con relación al enemigo, el carácter de verdaderas algaras, y con relación á nuestras columnas ó destacamentos, el de inspeccionar y establecer ese contacto preciso que hemos expresado.

Desarrolladas en tal forma las funciones del Estado Mayor, será inútil resaltar cuán cumplidamente pueden contribuir al éxito general de la campaña, organizando, mejorando y metodizando los diferentes elementos, y no desaprovechando, como sucedió, la actividad y energía de oficiales jóvenes, que á las veces se vieron condenados al oscuro trabajo de oficinas, siempre falto de relieve, por interesante que sea su esencia. Tiene, además otra ventaja, la de responder á objeciones muy fundadas, que se han hecho por algunos jefes, sobre la práctica seguida de confiar á oficiales de Estado Mayor el mando de columnas, abandonando las oficinas centrales, donde eran necesarios sus conocimientos logísticos. Muy cierto es, que con encargar del mando de columnas á oficiales de Estado Mayor, se les separaba de su más constante cometido; pero no conviene tampoco oponer un veto absoluto á la libre elección de los generales; porque éstos, al buscar una persona que reuna determinadas y difíciles condiciones, lo natural es que empiecen pensando con preferencia en aquéllos oficiales que conocen más de cerca y han podido apreciar mejor, ya sean ayudantes de campo ú oficiales de Estado Mayor. Por último, si se me concede que cada división ó brigada tenga un núcleo de fuerza especial de tropas del Estado Mayor cuyo efectivo no baje de 100 caballos, se comprende que, al emplear en ellos el oficial de Estado Mayor en la forma indicada, no arrebata á otros jefes el mando de columna, si bien supone la creación de esas tropas del Estado Mayor, cosa que, entre paréntesis, juzgo precisa en general.

Por último, en tiempo de paz compete á los oficiales de Estado Mayor, allí como aquí, la preparación de la guerra, y todo el que haya leído con alguna atención las páginas que anteceden, no dejará de ver cuán extenso cometido se les ofrece. No es sólo el levantamiento de planos, que eso constituye un conocimiento tan vulgarizado hoy como el leer y escribir, sino la preparación inteligente de todos los elementos que al estallar una campaña han de ponerse en ejercicio, la facilidad de verificar el tránsito orgánico de la paz á la guerra, el estudio de las pasadas campañas, deduciendo las reglas que pueden aplicarse en las sucesivas, y en suma todo cuanto abarca la especialidad militar del Estado Mayor, adaptado á la índole y modalidad de aquellos países y aquella guerra. He aquí, como siempre, expresadas brevemente las deducciones principales que podemos referir al Estado Mayor:

1.ª *Aunque las columnas operadoras, por su pequeñez, no parecen exigir la asistencia de oficiales de Estado Mayor, son éstos imprescindiblemente necesarios para la elaboración y preparación logística que reside en las unidades superiores estratégicas, brigada y división, como asimismo para los casos en que se opere en columnas de brigada y media brigada, unidad que en esta guerra puede tomar consideración singular como intermedia ó de transición, contando ya con múltiples elementos.*

2.ª *En la imposibilidad de asignar permanentemente oficiales de Estado Mayor á las medias brigadas, pero en la previsión citada últimamente, de que puedan necesitarse para esas columnas extraordinarias, conviene que en los Estados Mayores de brigada, existan por lo menos dos oficiales, y tres ó cuatro en los de división.*

3.ª *Establecida la proporción anterior, mientras no se utilizan en los caso antedichos los oficiales de Estado Mayor, basta con que en el centro quede dirigiendo la preparación logística, un oficial ó jefe por brigada y dos por división, con sus correspondientes auxiliares de oficinas militares. Los restantes oficiales, al frente de pequeñas columnas de fuerza montada (en general), afectos directamente á la Comandancia general, recorrerán la circunscripción sirviendo de enlace recíproco, de comunicación íntima del general con los destacamentos y líneas del territorio. En este cometido, aprovecharán todas las ocasiones para causar cuantas perturbaciones y pérdidas sean posibles al enemigo.*

Estas fuerzas vienen á ser verdaderas tropas del Estado Mayor; pero como su existencia dista mucho de estar oficialmente admitida, no me parece oportuno continuar discurriendo sobre ellas, con tanto más motivo, cuanto que pueden suplirse sencillamente con caballería ó guerrillas locales, sin alterar la virtualidad de su empleo.

XVIII

DEDUCCIONES ORGÁNICAS GENERALES.—CONCLUSIÓN.

Confieso que en el primer ensayo que hice del presente trabajo, concedí al presente capítulo de «deducciones orgánicas generales» excepcional extensión é importancia. Tiénela, sin duda alguna; pero no he tardado en percatarme de cuán espinoso y aventurado resultaba para mí el dársela. Aparte de las dificultades que llevan consigo las grandes síntesis, y no otra cosa han de ser estas generalidades, tropiezo á cada paso, con legislaciones terminantes, opuestas ó muy divergentes de lo que desearía sentar, con exigencias políticas y sociológicas, que quizá no he penetrado bastante, y, en una palabra, con todo el cortejo de mil prejuicios actuales, que trae consigo lo que un ilustre estadista llama la realidad nacional. Por estas razones, en vez de desenvolver en varios capítulos los asuntos que conciernen á las bases generales de organización militar, procuraré encerrarlos en uno, y aun dentro de él habré de compendiar cuanto sea posible, pasando como sobre ascuas en algunos temas.

Es el primero, sin que ofrezca vacilaciones, la constitución de las unidades superiores en tiempo de paz y de guerra. Respecto á lo primero, ¿cómo voy á pretender la existencia en Cuba de un organismo que aun no existe en la Metrópoli?

Este organismo, se me dirá, es absolutamente imprescindible, si se quiere colocar en buenas vías el tránsito rápido de pie de paz al de guerra.—Concedido; ¿pero acaso es eso menos cierto en la Península? ¿y lo tenemos, á pesar de constituir la aspiración constante de todas las inteligencias militares desde hace veinte años? No se debe pedir más que lo que se puede pedir. Todos cuantos detalles he indicado en los capítulos últimos, referíanse principalmente al estado de guerra, y los que atañían á organización en paz caben perfectamente dentro de la variabilidad que ha existido en aquellos ejércitos; pero al tratar ahora cuestión de tanta monta, que no es un simple detalle orgánico, y que

no conseguimos verla planteada aquí, quizás por altos motivos que nosotros no penetramos, paréceme cuerdo abstenerme de fantasear, pues no otra cosa sería discurrir á placer, sin punto de partida, ya que esto nos falta en absoluto.

Por lo que pueda referirse á las unidades superiores en guerra, poco tendría que añadir á lo que he indicado en capítulos anteriores. Una brigada se compondrá habitualmente de cuatro ó seis batallones de infantería (con sus correspondientes guerrillas, acémilas y ambulancias de batallón); uno ó varios escuadrones de caballería, uno de ellos afecto al Estado Mayor; una batería de montaña, una compañía de telégrafos, una ámbulancia de brigada, una compañía de transportes á lomo y una sección de arrastre. Si se juzgase precisa la existencia de ciertas medias brigadas con alguna autonomía, se le proporcionarían elementos análogos, aunque en menor escala.

La división es, como diferentes veces lo he dicho, unidad estratégica superior. Aun cuando la índole de la guerra variase mucho, dadas las condiciones geográficas de aquel teatro, tengo para mí que no hay que pensar en la organización por cuerpos de ejército. Lo que sí puede acontecer es que, no teniendo que operar nunca por divisiones, y constituyendo estas unidades sólo grandes aglomeraciones estratégicas, es inútil limitar el número de brigadas que formen una división, y pueden ser indistintamente dos ó tres, y hasta cuatro ó cinco. En cuanto á la combinación de las diferentes armas, así como composición de las planas mayores y elementos auxiliares, paréceme que ya se han dado las ideas suficientes, como que de todos modos sería imposible sujetarnos á un patrón fijo, teniendo que obedecer á variables exigencias y mudables circunstancias de la campaña. Afectas á las divisiones pueden estar las secciones de puentes de ingeniería, é igualmente, si las hubiera, las de ferrocarriles. Por lo demás, todos los elementos que consignamos para la brigada, aunque proporcionalmente aumentados: secciones de transporte, ambulancias divisionarias telégrafos, etc., etc.

La lógica pide que algo dijéramos de movilización y concentración, ó para hablar en términos más exactos, del tránsito del pie de paz al de guerra; pero este es un asunto del cual no nos curamos mucho en España. Tal vez débese semejante descuido á que desde principios de siglo estamos guerreando casi sin interrupción, y hallándonos constantemente movilizados, no hemos tenido que ejercitar la operación; sin embargo, desde el año 1880 nos hallamos en paz, y aunque diez años suponen muy poco en la vida de una nación, era cosa de ir pensando en afrontar el problema. Como quiera que sea, ya hemos visto que una de las bases principales, la constitución de las unidades superiores en paz, nos falta en absoluto. Otro dato interesante, el reclutamiento y reservas del ejército de Cuba, no lo hemos examinado aún, y por lo tanto, careciendo de los fundamentos necesarios nos es forzoso eludir ese estudio.

Uno de los temas que más se prestan á nuestras consideraciones, es el de *instrucción*. No acontece en este asunto como en otros. Los planes de nuestras Academias militares pueden sostener la competencia con los del Extranjero, y no son planes mentira; su estudio y práctica se realiza con escrupulosa severidad, y la mayor parte, por no decir todos, nuestros oficiales, poseen los conocimientos militares necesarios, adicionados con espíritu y entusiasmo superior

tal vez á lo que pudiera esperarse (1). Así es, que esos mismos oficiales, ayudados por la inteligencia peculiar de esta raza ibérica, cogen reclutas completamente toscos, y forman de ellos, en brevísimos días, soldados veteranos, con tal marcialidad y disciplina, que ha merecido elogios de muchas personalidades extranjeras.

El lisonjero cuadro de nuestra instrucción militar, refiérese principalmente á cuanto concierne al ejército europeo, ó sea de la Península; las modalidades que atañen á nuestras provincias ultramarinas están absolutamente descuidadas. Tal parece, como si no tuviéramos en ellas 40 ó 50.000 hombres, con sus numerosos cuadros de oficiales correspondientes. No son declamaciones vanas; examínense nuestros programas de estudio: apenas hay en ellos un recuerdo para la historia, geografía y empresas militares de nuestras provincias ultramarinas. En la Geografía que hoy sirve de texto en la Academia general, de 350 páginas, sólo ocho se consagran á la isla de Cuba, á esa reina del golfo Mexicano, emporio de todo el comercio y navegación de la América Central, llave estratégica de cualquier empresa que allí se intente, recuerdo glorioso del suceso más titánico que conocieron los siglos pasados y conocerán los venideros. En Historia, baste decir que, no ya en cuanto se refiere á Cuba, sino que la conquista más colosal y admirable del mundo, la del Imperio Azteca, englobada con todo lo que se refiere al descubrimiento del continente americano, ocupa sólo un capítulo de cuatro páginas, en un tomo que consta de 420.

Desarrollo histórico de Cuba, Puerto Rico ó Filipinas ni se tiene noticia de él en nuestras Academias. ¡Igualmente que si se tratase de peñascos inhabitados! Si esto sucede en Geografía é Historia, calcúlese lo que pasará tratándose de detalles de menor cuantía. El oficial que empieza su carrera, y conoce perfectamente la figura y los hechos de Turena y Gustavo Adolfo, apenas sabe que existieron Hernán Cortés y Vasco Núñez de Balboa; y al mismo tiempo que le son familiares los difíciles nombres de las llanuras rusas y las cuencas balkánicas, se halla tan ignorante en todo cuanto se refiere á la geografía cubana, que marcha destinado á la Isla en las mismas condiciones en que iría al Japón, y á no ser por la comunidad de idioma, costumbres y religión, tan extraño se encontraría en las capitales antillanas ó filipinas como en la ciudad de Yedo ó de Kioto. No se piense que, una vez en la Isla, se ha tendido á modificar ó remediar ese estado. Si en tiempos de guerra el espíritu belicoso es–

(1) Complázcome en rendir tributo á la verdad, tratándose de un asunto que fué objeto, hace poco tiempo, de la impía censura de una escritora eminente. En un libro, que para mayor ignominia está destinado á leerse y traducirse en el extranjero, hace una pintura triste de *todos los oficiales del ejército español*. No es este el lugar ni el momento más adecuado para la réplica; pero sí quiero decirle que está absolutamente engañada. El oficial español, en general, y sobre todo el oficial joven, es instruído, lleno de espíritu y de entusiasmo, y muévese á impulsos de ideales levantados, que no al del *maldito garbanzo*, como asegura. Podrá ser que esa señora haya visto algún tipo como el que describe, y si pintase un personaje particular, nada diría; pero dándonos el dibujo como expresión del tipo general, con todo el respeto que se merece tan ínclita autora, me veo en la precisión de decirla que será muy competente para hablar de «la novela en Rusia», pero lo que es á la oficialidad del ejército español no la conoce..... ni de vista.

pañol hace que apenas exista oficial que no tome alguna parte activa en la contienda, apreciando, en su consecuencia, el campo, la topografía y las condiciones naturales del país, en época de paz ha habido muchos oficiales que han pasado ocho ó nueve años en la Habana, en Santiago, en Matanzas, haciendo una vida europea ficticia, sin haber adquirido las precisas nociones de esas comarcas, y casi tan ignorantes de ellas como cuando llegaron. Respecto á las tropas, nada tengo que añadir: las primeras que salieron al campo en 1868, iban en el mismo estado de pristina ignorancia, que las enviadas después desde la Península, que comenzaron sus operaciones acabadas de desembarcar.

Semejante estado de cosas nos acarreó, y nos acarreará siempre que se reproduzca, detestables resultados. Es preciso fomentar en el oficial la instrucción militar especial adecuada á aquellos países, y en el mismo oficial, como en el soldado, lo que llamé en capítulos anteriores *práctica antillana*.

No puedo detenerme en puntualizar los medios conducentes á estos fines; pero bien se deja ver que la empresa dista mucho de ser imposible. Se ha censurado, con harta frecuencia al cuerpo de Estado Mayor, porque al estallar la guerra no poseíamos una carta militar del territorio. No pretendo disculpar esa deficiencia, por más que no se haya acertado con el verdadero reo; pero de todas maneras, ¿créese que con eso quedaban solventados todos los inconvenientes, hijos de un desconocimiento supino en asuntos del país? Desde luego que, en época de paz, los oficiales de Estado Mayor deben acopiar, reunir los datos topográficos, lo mismo que cualquiera otra clase de datos, porque no reside la preparación de la guerra, que debe estarles encomendada, sólo en la topografía. Pero aparte de eso, ni constituyen los conocimientos topográficos especialidad suya, porque hoy deben ser patrimonio de todos los oficiales, ni bastan por sí solos para deducir toda la serie de modificaciones, tácticas y logísticas, que hemos ido examinando, y que demuestran de consuno la exigencia de una razonable práctica anterior.

Resumamos: *Dese importancia en nuestras Academias al estudio de nuestros países ultramarinos, que bien lo merecen, por mil razones, fáciles de enumerar. Estimúlese el estudio y conocimiento de esos países para los oficiales allí destinados, y tanto á ellos como á las tropas, hágaseles adquirir la práctica correspondiente en tiempo de paz, con marchas, maniobras, simulacros,* etc, etc.; cosa tanto más fácil, cuanto que el clima exige pocos preparativos, y la riqueza del suelo, y quizás, quizás la natural generosidad que allí impera, aminore el temible espectro de los gastos, que tal espanto causa en la Península. Repito, que no puedo extenderme más en el asunto; pero si á alguien le cupiere duda, dispuesto estoy á demostrar con la experiencia y los números, que pueden practicarse marchas, vivaques, convoyes, simulacros en bosques y en sábanas, etc., etc., sin causar gastos al Erario, ó causándolo tan pequeño, que no vale la pena de considerarl-

Casi enlazado con este asunto de instrucción, por lo que se refiere á oficiale viene el pase de éstos á Ultramar, ó lo que en términos generales y amplic designaré con el término de *reclutamiento de oficiales*.

Me es preciso detenerme un poco en semejante cuestión, razonando y justi ficando mis opiniones; porque, hasta cierto punto, voy á separarme mucho d las corrientes de actualidad. En la mayor parte de los problemas que á la Isl

atañen, viene reinando, desde hace mucho tiempo, un exceso de criterio asimilista, ó por mejor decir, identista. No quiero referirme ahora á la faz del problema político. Es más, aunque mucho me cuesta creerlo, acaso llegaría á persuadirme de que las condiciones económicas, sociales é históricas de Cuba no alcanzan á imprimirle modalidad característica y puede vaciarse su legislación y estado constituyente en la misma turquesa de la Península; pero aun con eso y con todo, no podré convencerme nunca, de que los ejes coordenados del organismo militar que usamos en Europa, puedan servirnos para referir á ellos el ejército de la Grande Antilla. Desde luego hemos visto que la guerra de Cuba es una guerra eminentemente irregular. Estas presentan una variedad grande de tipos, y así como de las campañas regulares puede deducirse un patrón general, que sirve para informar las condiciones normales de organización de los ejércitos, en las campañas irregulares es difícil reducirlas á un común denominador, y hay que aceptarlas, cada una de ellas, como una especie distinta, bien que no dejen de presentar entre sí muchos puntos de contacto. No debe, por ejemplo, buscarse identidad entre la guerra de montaña de la Península y la guerra de Cuba, como no debe asimilarse ninguna de éstas á las campañas de Egipto, ó á las de los ingleses en la India, ó á la del Transvaal. Son tipos diferentes, en los cuales entra, como factor esencial, la topografía y el clima del país y después, las condiciones históricas, sociales y hasta económicas. Los ejércitos, que probablemente deben reñirlas, si ha de ser con éxito, han de responder en su constitución íntima y superficial á las exigencias de las susodichas comarcas. Y he aquí por qué, las principales naciones colonizadoras, Inglaterra y Holanda, por ejemplo, que poseen territorios muy extensos y dignos de una atención exclusiva, organizan ejércitos coloniales, propios é idóneos para los servicios que han de prestar probablemente. Nosotros mismos, en nuestras antiguas leyes de Indias, tendíamos á eso, y si las modernas corrientes siguen otros rumbos, no me arredra tal circunstancia para declarar paladinamente que las juzgo equivocadas por completo, y quizás los acontecimientos futuros vengan á darme la razón. Declaro, pues, y ya me parece haberlo dado á entender otras veces, que soy partidario de los ejércitos coloniales, con todas sus naturales consecuencias, aunque sin llevarlas á exageraciones desmedidas, como las de Holanda, por ejemplo, donde sabemos que el ejército colonial se encuentra tan separado del de la Metrópoli, que desde el momento en que el alumno ingresa en la Academia, se le hace elegir uno de los dos ejércitos, sin consentirle después cambios. Paréceme, como vengo diciendo, que esto es exagerar algo las cosas y atar demasiado las manos á los poderes ejecutivos; pero sin llegar á ese extremo, las diferencias deducidas de la clase de guerra, del clima y del factor distancia, sobre el cual no tardaré en insistir, justifican y razonan la existencia de un ejército colonial antillano, no enteramente cerrado á la transfusión y mezcla con el de la Península, pero sí con órbita distinta, preparación é instrucción consiguientes, escalas separadas (1) y porvenir asegurado en los oficiales y clases de tropa.

(1) Bien se nos alcanza que defender la separación de escalas, precisamente cuando acaban de unificarse, parecerá absurdo y desatentado; pero es tal la fuerza de mis convicciones, que debo hacerlo constar así, persuadido de que el transcurso del tiempo habrá de darme la razón.

He dicho que aun dejando aparte la diferenciación en la índole de la guerra, existe otro factor, la distancia, que debe influir mucho en todas estas cuestiones. Tengo para mí que si fuese posible reducir no más que á 160 leguas las 1.600 que nos separan de nuestras Antillas, encontraríamos resueltos de golpe y porrazo la mayoría de los problemas que hoy nos presentan espantable catadura. Dícese ahora sin cesar que con los medios rápidos de comunicación no existe el efecto de esa colosal distancia. ¡Qué error! El telégrafo, que es el medio más rápido, resultará siempre imperfecto é insuficiente, á menos de que cada autoridad, ó cada persona, dispusiese de un hilo para su uso particular. En cuanto al correo, sólo diré que entre una carta y su respuesta, aun utilizando los trasatlánticos más veloces, y suponiéndolas escritas en momentos de oportunidad verdaderamente excepcionales, no pueden mediar menos de veinticinco á treinta días. El viaje de una persona, en condiciones regulares ejecutado, no exige menos de un par de semanas de preparativos, lo cual, unido á los otros quince días de travesía, ofrecen una suma parecida á la anterior. Dígaseme ahora si no se deja sentir la distancia, y si podemos estimar pequeñas esas cifras de tiempo, los hijos de un siglo, en el cual se tardan apenas tres días en atravesar la Península de un extremo á otro, deteniéndose doce horas en la capital. Este efecto desolador de la distancia lo vemos reproducido en cada una de las cuestiones que toquemos, y por eso no debo insistir más en él; pero es tan notable por sí solo, que acaso bastaría á razonar muchas de las modificaciones necesarias.

He reputado extremidad perjudicial la separación absoluta que establecen los holandeses entre el ejército colonial y el metropolitano. En último resultado, ambos pertenecen á una misma nación, y resulta injusticia notoria impedir el tránsito de uno á otro, cuando existan razones suficientemente justificadas, como salud, conveniencias particulares, compatibles con el servicio, etc., etc. Pero si estimo que semejante extremo sería contraproducente, en cambio paréceme una insensatez enorme considerar aquel distrito como uno cualquiera de la Península é Islas adyacentes, y destinar los oficiales á aquel ejército, en indiferente alternativa con estos últimos. Pienso, por el contrario, que las leyes, decretos y disposiciones deben tender á conservar un núcleo de oficiales que hayan prestado la mayor parte, si no todos, sus servicios en aquel país y en aquella guerra, que la conozcan prácticamente, si es posible, y cuando esto último no pueda conseguirse, que estén familiarizados al menos con la topografía, con el clima, con las costumbres y hasta con los alimentos. Los plazos de máxima permanencia en el país, y el constante trasiego de oficiales, no pueden ser provechosos más que á las Compañías trasatlánticas, y aunque éstas representan intereses muy dignos de atención, no deben estar por encima del interés general de la Patria. Además, aun cuando se juzgase conveniente esa transfusión constante del personal de los dos ejércitos, hay que convenir en que resulta ilusoria. Terminada la primera campaña, el exceso de personal, la precaria situación del Tesoro de la Isla, y otras varias razones igualmente poderosas, obligaron á enviar precipitadamente á la Península muchos oficiales que llevaban allí largo tiempo. Como no pudo negárseles en absoluto el derecho de volver, y era natural que lo deseasen, al mismo tiempo que los que no habían estado en aquel país no lo solicitaban, ni parecía justo obligarles á ir forzosos, cuando había tantos que voluntariamen-

te lo deseaban, sólo se les impuso como cortapisa la permanencia de tres años en la Península. Establecióse un turno pacífico, y vino á resultar que los oficiales que marcharon el 79 y 80 volvieron hacia el 82 y el 83; á su vez, los que marcharon estos años estaban de regreso hacia el 85 y 86, y en suma, como antes he dicho, salvo un número relativamente escaso, no ha habido ni podía haber verdadera renovación en el personal de la Isla. Dejando aparte las condiciones excepcionales que pudieron motivar aquella medida, ¿puede decírseme las ventajas que deduciremos al admitirla como costumbre? Si las distintas combinaciones de ascensos y destinos obligan á mantener un movimiento de tanto relieve como el que se nota en lo destinos de la Península, ¿será difícil patentizar que sólo iríamos á recoger desventajas desde el punto de vista del servicio? Y desde el punto de vista particular, ¿acaso puede equipararse un viaje de esa entidad, los trastornos y gastos que ocasiona, con los producidos por una traslación dentro de la Península ó sin salir de la Isla? No: al Estado le conviene mantener el cuadro de oficiales habituados á la idiosincrasia militar de aquel ejército, capaces de prestar verdaderos servicios y economizarse traslaciones inútiles, que le irrogan gastos considerables y disgustan al cuerpo de oficiales, aminorando ó extinguiendo su buen espíritu (1). No hay que forjarse ilusiones: el tránsito de uno á otro ejército no es cosa tan baladí como se pretende hacer creer. Si hoy, porque tenemos un crecido excedente de las dos campañas, aparecen siempre voluntarios en número bastante para satisfacer las necesidades, sería un delirio creer que tal estado de cosas va á continuarse indefinidamente. Pasarán quince ó veinte años, el espacio de una generación, y volverá á hallarse la misma resistencia que antes en el pase á Cuba de los empleos superiores. Digo de los empleos superiores, porque en los albores de la vida y en las categorías de subalternos, el espíritu aventurero propio de nuestro carácter suministrará siempre un contingente de voluntarios que será bastante, ú obligará muy raras veces á forzar las voluntades, sea por medio del sorteo, sea por otra cualquier clase de turno. Pero repárese ahora lo que debe acontecer con ciertas categorías superiores, desde jefe, por ejemplo. Ordinariamente llégase á ella al mediar la edad viril; aun suponiendolos en ventajosas condiciones, en el lustro que media entre los treinta y cinco y cuarenta años; ya se ha constituído familia, y la ecuación de la vida se va desarrollando de una manera normal; no puede, lo repito, compararse el trastorno que impone un viaje en la Península ó en Cuba con el de un cambio tan completo de comarca, que lleva consigo las variaciones consiguientes de costumbres y clima, y por ende la exposición natural á la enfermedad endémica. Compréndese, por lo tanto, que en las dichas condiciones y categorías se muestre resistencia y contrariedad para ir á aquel ejército por primera vez, así como para regresar á esta cuando se cuentan allí algunos años de residencia.

En resolución: el reclutamiento de los oficiales del ejército de Cuba, si hemos de aceptar las lecciones de la experiencia, deberá obedecer á estos principios:

---

(1) No se me oculta que la ley actual tiende algo á evitar el trasiego y cambio constante de destinos á que me estoy refiriendo; pero los medios que emplea son deficientes, no podrán subsistir, y el tiempo me dará la razón. En cambio, puedo asegurar que mientras las escalas estén unificadas, se producirán irremediablemente los efectos indicados.

1.° *Existencia de un ejército colonial, con órbita distinta y exclusiva, pues que la índole de su misión es también diferente.*

2.° *Necesidad de reclutar los oficiales, ya que no en la misma Academia, como se practica en Holanda, al menos cuando se sale de ella ó durante su permanencia en los empleos subalternos.*

3.° *Una vez reclutados los oficiales en esas condiciones, si no imposibilitar en absoluto el tránsito de uno á otro ejército, al menos dificultarlo y procurar retenerlos, en aquél sobre todo, creando alicientes y evitándoles desde luego esas continuas traslaciones que ningún buen efecto producen.*

Como se comprenderá, estas condiciones llevan envueltas la separación completa de escalas, no sólo en las armas generales, sino en los cuerpos especiales, ascendiéndose por ellos y prestando sus servicios en uno ú otro país, sin esa alternativa constante que hoy sufre el personal de oficiales. No estoy desarrollando un proyecto de ley, y no debo entrometerme en detalles ociosos; pero como existen objeciones que pueden semejar obstáculos suficientes, voy á tocar algunos pormenores que alcanzan á completar mi pensamiento, demostrando su índole esencialmente práctica.

La recluta de oficiales á que se refiere la condición 2.ª, se haría prefiriendo siempre el voluntario y esquivando el sorteo, procedimiento odioso, al cual sólo debe recurrirse en último extremo. Los oficiales reclutados, fueren voluntarios ó no, quedarían comprometidos á servir un plazo de tres ó cuatro años en aquel ejército y en su propio empleo. Al cabo de ese plazo, se les exploraría su voluntad, é ingresarían en él definitivamente ó no. En el primer supuesto, regresarían á la Península, colocándose en el puesto correspondiente de su escalafón respectivo, donde habrían estado figurando como supernumerarios; en el segundo, ingresarían en el escalafón correspondiente del Ejército de la Isla, al cual aun no pertenecían, y allí continuarían su carrera, salvo casos excepcionales. Estos serían, principalmente motivos de salud, acaso acaso altas razones políticas, y hasta conveniencias de intereses particulares razonablemente justificadas. Para dar cabida á estos regresados, se dispondría de $^1/_{10}$ ó $^1/_{15}$ de las vacantes de ascensos, entendiéndose por todos cuantos solicitasen estos pases, que una vez concedido y regresando, entraban á formar parte del ejército de la Península, colocándose en el puesto de su empleo que por antigüedad les correspondiese, y perdiendo los derechos pasivos y todos aquellos que iban anejos á aquel ejército. No podrían tampoco volver á él, sino sujetándose á la siguiente regla. Con objeto de establecer cierta equidad, así como los oficiales de aquel ejército tendrían posibilidad, siquiera fuese muy restringida, de venir á este, los del ejército peninsular conservarían también un derecho análogo, reservándose al efecto allí $^1/_{10}$ ó $^1/_5$ de las vacantes de ascensos, que se darían á los oficiales y jefes que lo solicitasen, entendiéndose que al otorgárseles el pase, cambiaban definitivamente de ejército, con todas sus consecuencias adherentes. Respecto á los *alicientes* á que me he referido, no se piense que aludo á la concesión de e pleos superiores, medida que considero inmoral y anómala. Bastaría, supon con el goce de los derechos pasivos, los cuales sólo se disfrutarían al respe del ejército en que se estuviera sirviendo al obtenerse el retiro, y con la segu dad de no verse trasladado frecuentemente de uno á otro hemisferio, pudie seguir la carrera militar hasta sus límites naturales en la comarca que mejo aviniera con sus simpatías y aficiones.

He dejado para lo último una condición, que considero de capital importancia:

4.° *Restablecimiento en Cuba, para esta Isla y Puerto Rico, de una Academia general, mas cursos especiales de Infantería, Caballería, Artillería, Ingeniería y Administración militar.*

Semejante medida responde á la necesidad de facilitar á los naturales el ingreso en el ejército, disipando la repugnancia que hoy sienten hacia esa carrera. Existen en su abono otras varias razones; pero, además, establecido el ejército colonial, no cabe duda de su conveniencia, pues adoptando los mismos programas de la Península, ligerísimamente modificados en aquellos puntos que atañen á la índole del país, y refrendándolos con inteligentes prácticas, tendríamos un encontingente de oficiales en inmejorables condiciones para prestar sus servicios en el ejército colonial. Si se quiere establecer una medida equitativa para ellos, puede otorgárseles ciertas facilidades de paso al ejército de la Península, donde permanecerían tres ó cuatro años, al cabo de los cuales optarían definitivamente por uno ó por otro ejército, entrando ya á ocupar su puesto correspondiente en el escalafón y sujetándose á las mismas reglas y determinaciones que sus compañeros respectivos. El único argumento serio que pudiera hacerse contra la oficialidad procedente de la Academia colonial, sería la desconfianza que podrían inspirar; mas en este punto nada ha dado que sentir el personal que tomó parte en las pasadas campañas. No recuerdo ningún caso que contradiga esto; pero si alguno hubiera, siendo una excepción aislada, nada prueba en contra de la reconocida lealtad que siempre demostraron los que salieron de las antiguas Academias de Infantería y Caballería de la Habana. Por lo demás, suministraron oficiales tan inteligentes, activos y valerosos como los que iban de la Península.

Voy á terminar este asunto. Planteado así el problema del reclutamiento de la oficialidad, se obtendría un cuadro suficiente á las necesidades de la Isla, y que respondiese cumplidamente al intento de un *ejército colonial*, sin necesidad de recurrir á forzar voluntades; que al fin y al cabo, el que á despecho de su albedrío hace las cosas, encuentra en ellas tedio y disgusto, en lugar del consiguiente estímulo y buen deseo.

No habré necesitado decir que todo lo anterior refiérese principalmente á las categorías de jefes y oficiales particulares; pues desde que alcanzaran el empleo de general, aun cuando los procedentes del ejército colonial preferirían, como es natural, proseguir en él sus servicios, no se puede limitar la libre elección de los gobiernos para estos cargos superiores.

Tratemos ahora de las tropas de primera línea. Habiendo partido del supuesto de un ejército colonial, infiérese que la tropa ha de componerse exclusivamente de voluntarios. Los soldados llamados al servicio en cumplimiento del deber general, no pueden verse compelidos á un cambio tan completo de vida, como representa esa traslación á un país totalmente distinto en clima, costumbres, diversidad de razas y, sobre todo, con la existencia de una enfermedad endémica que hace presa en más de un 30 por 100 de los europeos. No creo difícil nutrir aquel ejército exclusivamente de voluntarios, si se les ofrecen aceptables ventajas y si tenemos en cuenta que su cifra total ha de mantenerse en un promedio de 20.000 hombres; porque afortunadamente la Isla no necesita más,

estando asegurada la paz como hoy se halla. En caso de precisa urgencia, podrían enviarse por cualquier sistema de elección los alistados voluntariamente para servir en el ejército de la Península (1), que ya sabían al alistarse que estaban expuestos á semejante riesgo. Sólo en caso de guerra, y agotado el contingente de voluntarios, podría forzarse á ir al soldado que cumple su compromiso obligatorio, pues en los días de prueba tiene derecho la patria á reclamar la asistencia de todos sus hijos, sea cualquiera el lugar donde los necesite. No me detendré á demostrar como podría fomentarse la recluta voluntaria para Ultramar, hasta cubrir sólo con ella todas las bajas. Ya he dicho que no estoy desarrollando proyectos de ley, y por consecuencia no puedo détenerme en pormenorizar asuntos; pero es palpable que no debemos hallarnos muy alejados de ese extremo, cuando se observa el retraso y parsimonia con que se están enviando los contingentes, en términos tales, que á fines de 1889 se empezaron á enviar los del 1888, y contando con los de reemplazos anteriores que habían dejado de marchar, apenas excedían de 6.000 reclutas. De manera que todo el completo del reemplazo de 1888 habrá terminado de ir allá para el 91.

En tiempos normales, la citada cifra de 20.000 hombres es suficiente para el ejército de primera línea. En época de guerra, puede contarse con todo el contingente de las reservas (cuya organización no tardaré en estudiar), si tratamos de una lucha con el Extranjero. Refiriéndonos á otra guerra civil, con tendencias separatistas, hipótesis que hoy vemos muy alejada, es patente que no podríamos menos de desconfiar de alguna parte de aquellas tropas de segunda línea; pero siempre nos quedan los recursos extremos á que antes me he referido.

Voy á tocar un asunto asaz peligroso; pero declaro, en conciencia, que no puedo sortearlo y que, además, estimaría como una cobardía moral el hacerlo.

Debo comenzar recordando el actual concepto sociológico del servicio militar general y obligatorio. Una obra reciente, debida á un conocido escritor (2), nos da la siguiente fórmula: «La defensa del Estado con las armas en la mano, así como la instrucción y el servicio militares, son deberes inherentes á la condición de ciudadanía.» Este es indudablemente el planteamiento actual de la cuestión. Y así presentada, surge en seguida una pregunta: dada una nación que en progreso civilizador y político marcha con las de primera línea, habiendo aceptado en principio el servicio militar obligatorio, con más ó menos justificadas excepciones, ¿cabe admitir que existan comarcas, provincias, partes de ese todo, en las cuales, á pesar de disfrutar los ciudadanos el completo de sus derechos políticos, padezca notable excepción uno de los deberes, quizás el más sacrosanto y el más fundamental de todos. No; resueltamente no. En una forma ó en otra, con mayores ó menores modificaciones, hay que hacer sensible ese deber, así como se practican los derechos. Cualesquiera que sean las razones que pretendan esgrimirse para cohonestar esa anomalía, nunca alcanzarán á justificarla. Solamente la carencia total ó parcial de derechos puede justificar la

(1) Así se practica en Holanda, y esto es lo más que consiente la Constitución, sin tocar nunca al soldado forzoso.

(2) *El ejército en el Estado*, por D. Modesto Navarro.



ausencia de sus correlativos deberes, y por eso comprendo la excepción en las islas Carolinas ó en las del Golfo de Guinea; pero en tratándose de los habitantes de las provincias Vascas ó de nuestras Antillas, me ha parecido siempre una completa logomaquía. La escasez de brazos y las razones económicas, políticas y sociales de actualidad, puramente de actualidad, que puedan aducirse, servirán, cuando más, para justificar reglas abundantes de exención individual ó la llamada de contingentes escasos; pero nunca para saltar por encima de ese concepto patriótico y elevado del servicio militar. Publicada y vigente en Cuba la Constitución de la nación española, garantidos todos los derechos y estando los cubanos en plena posesión de su ciudadanía, no acertaremos á comprender el por qué han de hallarse exentos de la prestación del servicio personal con las armas en la mano. Nada de eso se estipuló, ni podía estipularse, en el convenio del Zanjón. El artículo 4.° de éste, solamente dice: «Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del Gobierno español, podrá ser compelido á prestar ningún servicio de guerra *mientras no se restablezca la paz en todo el territorio.*» Esta cláusula refiérese principalmente á los que estaban en armas en el campo enemigo; pero ni refiriéndose á esos mismos, ni á los que no tomaron parte en la lucha, ni á las generaciones sucesivas encuentro nada más que pueda interpretarse como pretexto para la anomalía que estoy examinando. Pero hay más; nuestra misión educadora en Cuba, aun cuando esté para terminar, no podemos declararla conclusa, nó porque los cubanos tengan ya nada que aprender, social y políticamente hablando, sino porque estando la Isla muy poco poblada, debiéndose fomentar la emigración y componiéndose ésta en su mayoría de una masa ignorante y con escasos elementos de cultura, hay que preparar el medio ambiente, á fin de que en él adquieran la alteza de miras que corresponde al ciudadano de un pueblo liberal, con tanto más motivo, cuanto que, rodeada la Isla de repúblicas, nuestra política debe tender á que en la comparación con los habitantes de cualquiera de ellas, resulte siempre con ventajas, ó por lo menos con igualdad de condiciones, el ciudadano de las Antillas. Es preciso, pues, sentar el verdadero concepto del servicio militar tal y como lo hemos expresado antes. El ejército no es un servidor que se toma á sueldo, á la manera que un criado de más ó de menos. No; el ejército es mejor que eso: es el ciudadano mismo, es la *nación en armas*, como dice Von-der Goltz, y la prestación personal del servicio no puede igualarse á un puñado de monedas. Es claro que cuando una comarca no posee contingente suficiente para suministrarse el ejército de primera línea, que por circunstancias especiales necesita, la nación está obligada á dárselo, sacándalo tal vez de otras provincias, donde acaso no urgen tanto sus servicios. Y digo todo esto, porque he oído repetir la especie de equivalencia del servicio militar con el importe del presupuesto de Guerra que Cuba satisface. No y mil veces no. Ni ése es el concepto del servicio militar en las modernas naciones, ni debemos consentir que los antillanos lo traigan en su advenimiento á la mayor edad política. No sé cuáles serán las miras futuras de nuestros hombres de Gobierno; pero de todas maneras voy á mostrar cuán indefendible es el actual estado de la cuestión. Mi anhelo, mi particular opinión es que Cuba debe continuar siendo española en un espacio de tiempo tan dilatado, que se pierda de vista en el horizonte del futuro, sea con un régimen más ó menos descentralizador ó autonómico, séase

con una identidad completa, que considero difícil; pero ya he dicho que voy á exagerar, voy á suponer que nos dispusiéramos á abandonarla en un plazo más ó menos largo, bien fuera dejándola encomendada á sus propias fuerzas, bien colocada en cualquiera otra clase de circunstancias. Y aun estas hipotesis exageradas, ¿no es obligación nuestra dignificar el servicio militar, inculcándoles á los cubanos la verdadera noción de él, acostumbrándoles á su ejercicio, que luego no podrían evitar, y sustrayéndoles de la esclavitud y el enervamiento que supone un ejército mercenario, cualquiera que fuese el procedimiento que emplearan para procurárselo? Es evidente que sí, y muy culpables apareceríamos ante ellos si otra cosa hubiéramos hecho. En el supuesto primero, conservando á Cuba como nuestra más preciada hija, es menos admisible que pueda excusarse la prestacion personal del servicio obligatorio.

Cuéntese desde luego que lo importante, á mi ver, no es obtener un contingente de soldados más ó menos crecido; es, como llevo dicho, sentar la noción del servicio y establecer los fundamentos precedentes. No se me oculta que en el estado actual de despoblación de la Isla, y no disipadas completamente las des confianzas que pudo engendrar la guerra separatista, debería llamarse al ejército activo un contingente reducidísimo: tal vez la tercera ó la cuarta parte del cupo que hoy se saca de los sorteados de la Península. He aquí otra nueva reducción que sufre ese contingente y otra facilidad más para sólo tener que convertir en voluntarios las dos terceras partes. Generalmente, el cupo anual de sorteados para Cuba es de unos 6.000 á 7.000 hombres; pues bien, bastaría pedir al país un contingente activo de 2.000, y para los restantes promover el enganche voluntario, empresa fácil, aun suponiendo que no admitiese reducción esa cifra.

Tendríamos así un contingente cubano que prestaría sus servicios en activo con las armas en la mano y durante un tiempo que no llegaría á tres años; de modo que no supone gran perjuicio para la agricultura. Habiéndome manifestado opuesto á que los soldados peninsulares obligatorios pasen á Cuba, no necesito mostrarme partidario de que los soldados cubanos no abandonen el territorio de las Antillas. El resto del contingente que no tiene las armas en la mano, quedaría alistado para cumplir su compromiso en las *Reservas*, de que no tardaremos en hablar.

Antes de terminar este asunto, y para acumular nuevas pruebas en favor de una idea que no dejará de encontrar impugnadores, voy á recurrir á un género de argumentos que no quise exponer al comienzo, por considerar la cuestión sin prejuicios y solamente á la luz de las modernas teorías. Refiérome á los precedentes históricos. Ya he dicho en otro lugar de este trabajo que el desenvolvimiento de nuestra política ultramarina, aunque no exenta de defectos, fué mucho mejor de lo que se pretende. Es preciso llegar á principios de este siglo para encontrar en las alternativas de los diferentes sistemas políticos la causa única de la deficiencia de un principio fijo que informase nuestra legislación americana y nuestros procederes de Gobierno. Antes de la indicada fecha, ya lo han reconocido autorizados publicistas, nuestra política colonial fué siempre y constantemente lo más levantada y libre que los moldes políticos consentían. Anticipándonos en mucho al tiempo, se consagró la constitución de tropas con elementos del país, y aun cuando existieran fracciones ó destacamentos del

ejército permanente, no es menos cierto que esas tropas improvisadas compartieron con aquéllos las glorias y peligros de las guerras.

La primera existencia de aquellas tropas en la Isla, remóntase nada menos que al mediar el siglo XVI, es decir, unos cincuenta años después de su conquista. Hacia 1553, y según citamos en el capítulo III, sufrió Cuba la primera embestida de los piratas forbantes ó filibusteros que empezaban á pulular por los mares americanos. Como el destacamento de una veintena de arcabuceros era á todas luces insuficiente para resistir nuevas invasiones, se organizaron las compañías de vecinos de la Habana, que constituyeron una especie de milicia ó voluntarios. Estas milicias fueron creciendo con la población, y prestóselas tanto apoyo, que en 1631 fueron reorganizadas normalmente, constituyendo seis compañías en la Habana, dos en Santiago de Cuba y una en cada ciudad de las que entonces eran principales de la Isla. Nuevo aumento sufrieron las milicias con el recrudecimiento de la piratería hacia mediados del siglo, y continuaron creciendo hasta convertirse en poder formidable que llegó á imponerse al capitán general D. Vicente Raja en 1617. Su sucesor, Guazo Calderón fué acompañado de suficientes tropas del ejército permanente para poner coto á semejantes imposiciones, y la importancia de las milicias locales comenzó á decaer hasta la invasión inglesa de 1762. En aquel entonces, falto de fuerzas y de toda clase de elementos, el capitán general D. Pedro Prado y Portocarrero fomentó la reorganización y creación de nuevas compañías milicianas, que produjeron excelentes resultados, sobre todo las que se organizaron en los puntos del interior de la Isla, las cuales sirvieron para mantener esa guerra de guerrillas tan bien avenida con nuestro carácter, impidiendo á los ingleses extender su dominación más allá de los muros de la capital conquistada. Al sernos devuelta la Habana, las milicias conquistaron una existencia más regular y fueron aumentadas con dos regimientos de caballería. Sin embargo, como los enemigos del exterior disminuían y en tiempo de paz apenas tenían aquellas una existencia nominal, fué decayendo su importancia hasta tal punto, que en 1808, queriendo el marqués de Somesuelos aumentar las fuerzas armadas, en vez de poner en pie de guerra las antiguas milicias, creó las compañías de urbanos voluntarios de Fernando VII. Vienen después las novedades constitucionales, y las creaciones y disoluciones sucesivas de la Milicia Nacional, y pasando por alto la *Milicia voluntaria de nobles vecinos*, creada y disuelta por el general Roncali, llegaremos á la última resurrección de las milicias que llevó á cabo el capitán general D. José de la Concha en 1855. Estas milicias subsistían en 1868, en la siguiente forma: un regimiento de milicia blanca de la Habana, dos secciones de color y cuatro regimientos de caballería. Se reclutaban por sorteo entre los habitantes de la Isla; pero calcadas en los antiguos moldes, venía á resultar que sólo los desheredados de la fortuna servían en clase de tropa, pues los que disfrutaban de alguna comodidad eran oficiales ó jefes; de manera que estos empleos no suponían aptitud militar, sino holgura de posición. Unos y otros no tenían haber alguno mientras permanecían en situación de provincia, esto es, en sus casas sin tomar las armas; mas como necesitaban á pesar de todo la constitución de un cuadro para cuando se movilizasen, se formaba ése con jefes y oficiales del ejército permanente; así es, que los oficiales del cuerpo, eran unos de milicias, y los otros del ejército, que se llamaban veteranos. Después de estallar el

movimiento insurreccional del 68, ó bien porque no inspirasen bastante confianza ó porque no se creyese suficiente su número, el resultado es que el general Lersundi prefirió desde luego fomentar la organización de voluntarios peninsulares, y por lo pronto, aceptando los ofrecimientos que se le hicieron, logró movilizar en los primeros momentos, como antes dijimos, unos 2.000 hombres. A partir de este instante, las milicias y los voluntarios son dos instituciones distintas; las primeras, formadas de gente del país, podían inspirar recelos, aun cuando sólo fuese en parte, y por eso sólo parcial y momentáneamente se movilizaron; los segundos, compuestos exclusivamente de elementos peninsulares, comerciantes en su mayor parte, tampoco fué posible movilizarlos en grandes masas, aunque prestaron muy buenos servicios, cubriendo la guarnición de las poblaciones. Ya volveremos más tarde á tratar de ellos; por ahora bástanos consignar que antes de la guerra los naturales y los peninsulares residentes en el país, no estaban exentos en principio del servicio militar, por más que su desempeño fuera muy suave y llevadero. ¿Por qué, pues, hoy lo están de hecho y de derecho sin que exista tampoco una ley que expresamente lo consigne? Ignoro qué respuesta pueda dárseme, y aun sospecho que nunca sería completa y satisfactoria.

Antes de hacer el resumen de los principios sentados anteriormente, debemos completar aquél, ocupándonos en su necesario complemento: la constitución de reservas ó ejército de segunda y tercera línea. Hoy es principio inconcuso de organización militar el escalonamiento de esos contingentes cuya existencia resulta imprescindible. Veamos qué elementos constituyen en la actualidad las reservas del ejército de la Isla, sin tomar para nada en cuenta los refuerzos que empezarían á enviársele caso de una nueva conflagración, bien consistiesen en reemplazos aislados, bien en cuerpos enteros, porque unos y otros no deben ser comprendidos en la denominación y concepto de *reservas*. Estas constan de los soldados rebajados que en gran número tienen allí todos los batallones, y deben incorporarse á ellos en caso de guerra, elevando así su efectivo; de las milicias blancas y de color, que apenas conservan una existencia imaginaria, y de los cuerpos de voluntarios peninsulares. Hablemos algo de estos últimos.

Ya dijimos que al comenzar la contienda iniciada en Yara se promovió la organización de cuerpos voluntarios peninsulares. Se organizaron generalmente en las grandes poblaciones, y sus individuos pertenecían casi sin excepción al comercio y á destinos y empleos completamente sedentarios. No se avenía bien su espíritu con el abandono de ese género de vida, y por eso, aun cuando su número creció rápidamente hasta contar 40 ó 50.000 hombres, nunca pudieron movilizarse en unidades de alguna entidad, y sólo se emplearon en guarnecer poblaciones considerables. Ciertamente que con esto prestaron gran servicio, pues permitieron disponer de las fracciones del ejército que estaban entretenidas en semejante cometido; pero es igualmente exacto que no puede pretenderse de ellos otro servicio, por lo cual no representan verdaderamente otro papel que el de unas reservas territoriales ó sedentarias.

Concluyamos, pues; no existen hoy por hoy en la Isla verdaderas reservas ó ejército de segunda línea, y sí únicamente refuerzos destinados á poner en pie de guerra el ejército activo (soldados rebajados de los cuerpos) y un contin-



gente de tercera línea, territorial ó sedentario (cuerpos de voluntarios peninsulares).

Con el sistema que propongo para nutrir el ejército permanente, puede escogitarse un sistema de reservas, que si no resuelven por completo el problema, al menos lo satisfacen en gran parte. Pero antes de explicarlo haré observar, que en todos estos problemas no debemos referirnos exclusivamente á la hipótesis de una insurrección muy generalizada y simpática como la anterior. Sería una obcecación fijarnos sólo en esa contingencia, y tanto valdría declararnos dueños del porvenir. Aparte de que yo creo, que la paz está hoy cimentada en la profunda convicción y buena fe de los cubanos, no es dudoso presumir que ante una lucha con el extranjero olvidaríamos nuestras diferencias fratricidas y daríamos un espectáculo de solidaridad y unión idéntico al que dimos en 1762. Tal es la genialidad del carácter español, y los cubanos son españoles. Pero hay más, pueden estallar colisiones que no tengan tanta popularidad como la pasada, y en las cuales contemos con una gran masa del país á nuestro lado; por ejemplo, un alzamiento de la raza de color ó de los asiáticos, que existen en suficiente número para darnos quehacer (1).

Bajo tales supuestos, las reservas, constituídas en verdaderas unidades con sus cuadros correspondientes, se nutrirían, en primer lugar, con todos los insulares á quienes, correspondiéndoles el servicio de las armas, no las tuviesen en activo; en segundo, con los peninsulares que sirven en los cuerpos de voluntarios y á los que les ha correspondido en la Península la suerte de las armas. Estos tales, gozan hoy la ventaja de poder extinguir su compromiso sirviendo en los expresados cuerpos de voluntarios, y así podrían continuar; pero figurando en uno de los cuadros de reserva que se constituyeran, con la prevención de incorporarse á él, al correspondiente llamamiento. Representa dicho contingente un número harto crecido y todavía es susceptible de sufrir aumento con otros individuos peninsulares como ahora voy á decir.

Mucho se ha hablado de prolongar la estancia en Cuba de los soldados licenciados, mediante la organización de colonias militares, pretendiendo así resolver á la vez dos problemas, el de la corriente emigratoria y la creación de reservas. No voy á ocuparme en hacer el examen crítico de las *colonias militares*. Sospéchome, sí, que son bellas teorías poco traducibles al terreno de la práctica; pero si por dicha me equivoco, tanto mejor; eso no empece á lo que voy á indicar y proponer; antes al contrario, lo facilita y mejora. Surtiéndose el ejército que está sobre las armas de voluntarios, es claro que los rebajados de los cuerpos habían de quedar casi suprimidos; porque no se concibe bien que un individuo se aliste en el servicio para rebajarse inmediatamente y trabajar por su cuenta, ni menos que por parte del Estado se pidan 1.000 voluntarios para rebajar al siguiente día 300 ó 500. Lo que si puede ocurrir, es que en los dos, tres ó cuatro años que dura el compromiso de un alistado, se aficione éste al país y desee continuar en él, hallándose trabajado su ánimo por contrapuestas

(1) Bien sé que estos últimos son hoy una raza degenerada y falta de virilidad; pero sólo pretendo presentar ejemplos de contingencias que pudieran ocurrir, más ó menos probablemente.

reflexiones, ante el temor de perder el pasaje de regreso y el amparo que puede proporcionarle el servicio, en el caso de perder su acomodo. Estos tales podrían prolongar su alistamiento en un cuadro de reserva, conservando el derecho de pasaje y un pequeño premio anual. Tendríamos así un nuevo contingente peninsular para las reservas, que estaría en nuestra mano el fomentar ó disminuir, fomentando ó reduciendo los estímulos.

Como ejército de tercera línea, reserva territorial ó sedentaria, tendríamos, por ahora, los actuales voluntarios, que si bien están llamados á desaparecer en lo futuro, quizás no ha llegado aún el momento oportuno. Y he dicho por ahora, porque á medida que los contingentes de primera reserva, cubanos y peninsulares, en cualquiera de las formas y condiciones indicadas, cumplieran el tiempo determinado (tres años, cuatro, seis ú ocho, según los casos y las circunstancias) pasarían á constituir una segunda reserva ó *landsturn*, dentro de la cual podría establecerse el debido escalonamiento en sus plazos. Resultaría así desenvuelto y coronado el problema del reclutamiento de la tropa, que hoy, en cuanto se refiere á aquellos ejércitos, carece de bases fijas, y lo que es peor, falsea completamente en el ánimo de los naturales, el concepto moderno de la milicia, retrotrayéndolo á los tiempos en que, soldados mercenarios formando cuerpos poco menos que contratados, iban á presidiar nuestras plazas de América, de Africa y de Oceanía.

Expresemos, pues, el problema en sucintas reglas:

1.ª *Establecimiento en las Antillas del servicio militar obligatorio, siquiera se llamasen á las armas contingentes muy reducidos, por razones políticas ó económicas de producción.*

2.ª *Como no es posible llenar con tales elementos la cifra de soldados que exige la Isla, completarlos con enganchados voluntarios, sin forzar el pase mas que á los soldados que se alistasen voluntarios en la Península (que ya contarían con esa eventualidad), y sólo en circunstancias críticas se habría de obligar al peninsular que presta su servicio obligatorio.*

3.ª *Organización de un sistema escalonado de reservas, compuesto de todos aquellos insulares y peninsulares á quienes, habiéndoles correspondido en la Isla el servicio de las armas, no hubiesen sido llamados á las filas ó hubiesen cubierto en ellas su correspondiente plazo. Mientras el transcurso de estas diferentes reservas no fuera suficiente, se mantendría organizado el cuerpo de voluntarios, como reserva territorial ó de última línea.*

Tomando como base las anteriores consideraciones, fácil sería entrar á discurrir sobre la división territorial de la Isla, y deducir lo más adecuado á las condiciones que sirvieron de premisas en el problema. No obstante, bien se comprende que perderíamos el tiempo que así empleásemos, supuesto que partimos de una base enteramente hipotética. Desde luego, la división actual, que sólo obedece á la exigencia de adaptarse á la civil, presenta, aun cuando se la considere bajo ese aspecto, algunos inconvenientes muy notables. Por ejemplo: pertenecen á la provincia de Puerto Príncipe los términos municipales de Ciego de Avila y Morón. Estos hállanse incomunicados con la capital, y voy á explicarlo. La vía férrea que los une tiene salida, no al N., por donde termina en Laguna Grande, sino al S., en el puertecillo de Júcaro ó Portal; pero como el otro puerto sur de la provincia, Santa Cruz, no se halla ligado á Puerto Príncipe por



vía férrea ni siquiera por carretera, resulta que una carta, un viajero, un objeto cualquiera que se expida en Puerto Príncipe, comienza por salir mediante la vía férrea de Nuevitas, alcanza allí uno de los vapores que van á la Habana ó á Santiago de Cuba, y dando una vuelta enorme por uno ó por otro extremo de la Isla, llega al puertecillo de Júcaro, y despues al fin á Ciego de Avila ó Morón. Esto acontece, porque dichos términos, deben pertenecer y estar en comunicación constante por los correspondientes puertos de la costa sur, á la jurisdicción ó provincia de la cual forma parte Sancti Spiritus. En cambio, por razones análogas, y comunicándose fácilmente por la costa norte, podrían habérsele asignado á Puerto Príncipe los términos de las Tunas y Holguín, y todavía podrían presentarse en apoyo de esto razones estratégicas, si no tuviese en cuenta que, como llevo dicho, la principal exigencia de la división fué adaptarla á la civil. No continuaremos, pues, este asunto; pero sí he de hacer constar que, no debiendo elevarse la cifra total de las fuerzas de la Isla más allá de 20.000 hombres, considero pueril el conceder á todos los mandos de provincia la categoría de oficial general, puesto que así resultan á lo menos seis brigadas, número excesivo, aunque computáramos las unidades de reserva que hoy no existen.

Nuestras deducciones disfrutan todavía de campos suficientes donde podrían dilatarse á placer. Los ascensos, recompensas, matrimonios, retiros, etc., etc., podrían ser objeto de nuestro examen; pero no me place ser exagerado, y confieso que en estos asuntos habría de parecer violento y anómalo el establecer diferencias entre el ejército colonial y el peninsular. Ambos pertenecen á una misma nación, y ambos deben estar regidos por las mismas leyes en esas cuestiones de orden moral, en las cuales ha de ejercer escasa ó ninguna influencia el clima, la topografía y los demás factores; por lo tanto, no existe razón para establecer radicales diferencias en la legislación que á esos asuntos se refiera.

Debo, sin embargo, tocar, para concluir, una cuestión: la de retiros. Mientras la proporcionalidad de sueldos entre la Península y Ultramar no varíe (y será muy difícil que esto suceda), la proporcionalidad del retiro y pensiones tiene que mantenerse en idéntica ó análoga relación. Mas ahora observamos, que es harto frecuente el caso de disfrutar en la Península la subida pensión de retiro de nuestras provincias ultramarinas; y aun hay más: que los que tal hacen, son generalmente los que adquirieron ese derecho, no permaneciendo allí veinte años, sino enlazándose con hijas del país. De ese modo resulta burlada la ley, cuyo espíritu fué sin duda alguna atraer al peninsular á fijarse en aquellas comarcas, propendiendo á su colonización; pero en manera alguna ofrecer en la Península el contraste inmoral de coroneles que cobran retiro de oficiales generales, ó capitanes que cobran el de coroneles, quizás quizás sin haber pisado aquellas playas, y por lo tanto sin tener merecimiento alguno sobre sus colegas en categoría. Tal y como yo supongo la existencia de los ejércitos colonial y peninsular, eso desaparecería; pues no es creíble que el que ha permanecido treinta ó treinta y cinco años en un país, sea América, Oceanía ó Europa, se decida en su vejez á cambiar radicalmente de clima, costumbres, etc., etc.; mas si aun se temía esa contingencia, podría declararse que el retiro de Ultramar sólo se disfrutaría residiendo en las Colonias, y otro tanto sucedería con las pensiones. Puede afirmarse que con esta medida, al par que se satisface una equi-

dad moral, se retiene allí al elemento europeo, pues me atrevo á apostar desde ahora que poquísimos ó ninguno volverían.

Ya es tiempo de concluir este trabajo, que á pesar mío ha resultado más extenso de lo que conviniera. Los juicios y deducciones han de ser breves, para no agotar la paciencia del lector antes de llegar al fin de la obra. No obstante, aun cuando he hecho grandes esfuerzos por reducirme y compendiar, aun cuando he omitido todo aquello que no tiene un gran relieve, era tanto lo que debía hacer observar, que me he visto irresistiblemente empujado hasta contar la presente página.

Ahora réstame sólo repetir lo que al comienzo indicaba. La historia de la guerra de Cuba no debe ser desdeñada. Como recuerdo glorioso, es una epopeya digna de los tiempos modernos, y en ambos bandos brilla el valor, la constancia, la abnegación y el sufrimiento. No creo que pueda presentarse nada más hermoso ni nada que demuestre mejor que la época que alcanzamos no está tan materializada como algunos pesimistas intentan suponer. Sólo la raza española es capaz de presentar ejemplos semejantes, y repito que el mérito es tan grande en las filas insurrectas como en las nuestras; pues si nosotros teníamos el clima enemigo y la enfermedad endémica que centuplicaba las bajas, en cambio éramos relativamente ricos, opulentos en hombres y en recursos, mientras que para ellos cada hombre que caía, cada fusil que perdieran, cada cartucho que gastaran, representaba una reposición muy aventurada, quizás imposible. ¡Diez años duró la titánica lucha! y no es fácil predecir cuánto hubiera durado sin el claro juicio del general que tuvo el acierto de acabarla con un fraternal abrazo.

Si todo eso y mucho más pudiéramos decir de la guerra de Cuba como gloria, como epopeya, como enseñanza ya hemos visto cuánto y cuánto tiene que aprender. Y esto es de tal importancia, cuanto que en lo futuro las guerras irregulares han de ser todavía más frecuentes que las regulares. Las últimas podrán esquivarse por medio de las convenciones diplomáticas; las otras no. En prueba de lo que digo, obsérvese que en estos últimos años, mientras no pueden contarse arriba de media docena de guerras regulares europeas, las irregulares han menudeado de tal modo, que Inglaterra ha sostenido: la gran insurrección de la India, la guerra de los cafres, la de los maories de la Nueva Zelanda, las expediciones á China y á Méjico, la guerra de Abisinia, la de los Ashantis, la del Afghanistan, la de Zululandia, la del Transvaal y la de Egipto. Francia mientras tanto ha reñido en Argel; también fué á China y á Méjico, y sostuvo la campaña de Túnez y la del Tonkin. En cuanto á España, que es la que más nos interesa, ha mantenido las dos guerras civiles carlistas (que aun cuando llegaron á regularizarse al final, tuvieron períodos y territorios con todo el carácter irregular), la de Africa, la de Santo Domingo, la de Cochinchina, la de Joló y la de Cuba. Puede argüírseme con mis propias palabras, demostrándome que las campañas irregulares «son difíciles de reducir á un común denominador, y hay que aceptarlas cada una de ellas como una especie distinta». Sin duda han sido ésas mis frases, y no me arrepiento; pero tuve buen cuidado de añadir: «por más que no dejan de presentar entre sí muchos puntos de contacto». Múltiples son los tipos de las guerras irregulares; pero es claro que el estudio de cada una de ellas es documento nuevo que puede aportar materiales para las sucesivas. Un escritor



moderno, Ardant du Pid, ha dicho muy acertadamente: «El estudio del pasado puede sólo darnos el sentimiento de lo practicable y hacernos ver cómo peleará el soldado mañana forzosa é inevitablemente.»

Por lo demás, si fuéramos á investigar las probabilidades de reproducirse una guerra idéntica á las pasadas en Cuba, mi sinceridad me obliga á confesar que son escasas ó nulas. Si quisiera demostrarlo, me vería obligado á entrar en el campo de la política, del cual siempre procuré apartarme cuidadosamente; sin embargo, he de hacer constar que el conocimiento que tengo de los hombres y las cosas de aquel país me hace presumir que la idea separatista ha muerto, y fuera de media docena de aventureros políticos, que viven de eso en Nueva York, y de otra media docena de incautos que lo creen, no hay hoy separatistas en Cuba. La mejor comprobación de esto, la he hallado en un folleto que llegó no há mucho á mi poder, y que es debido á la pluma del escritor cubano Juan Gualberto Gómez. En él, después de pintar la situación de Cuba con colores algo recargados (y no pretendo yo decir que sea lisonjera), llégase á hablar de las soluciones, y las primeras que salen á plaza son la independencia y la anexión. Veamos cómo se expresa tratando de la primera.

«La primera tiene en su contra el fracaso de la Revolución de Yara y el del »movimiento insurreccional de 1879; los antagonismos que entre sus partidarios »se produjeron; la disgregación que sufrió cuando después del Zanjón muchos »de sus partidarios se acogieron á la legalidad española; el cansancio de los »elementos más vigorosos con que contaba, y, sobre todo, la circunstancia de »que no ha logrado ó querido constituirse seriamente como un partido con so»luciones prácticas é inmediatas de Gobierno, sino que ha permanecido conser»vando la forma y los procedimientos meramente revolucionarios. Esto, que en »ciertos casos es una ventaja, aleja de los independientes á cuantos temen á lo »desconocido, de tal suerte, *que la independencia no puede racionalmente consi»derarse hoy más que como la solución de la desesperación.*»

En cuanto á la anexión, nunca tuvo verdaderos partidarios entre los cubanos, ni aun en los momentos álgidos de la guerra, cuanto más en la normalidad de la paz. El mismo escritor citado, que tomó parte en la insurrección y no se distingue ciertamente por su españolismo, confiesa que el anexionismo lucha con los sentimientos de la mayoría de los cubanos. «Algunos de éstos»—añade —«verían en la independencia un hecho más ó menos prematuro; pero nunca »encontrarían en ésta nada que chocase con su educación, sus instintos y sus há»bitos. Al fin y al cabo, siempre serían la lengua y la religión de sus padres las »que seguirían imperando, y la comunión moral con la madre patria no se rom»pe ni aun con la independencia, como lo prueba el estado presente de las rela»ciones de España y las Repúblicas de la América Meridional. El anexionismo »no ofrece esa ventaja. Es la ruptura completa con lo tradicional. Es la nega»ción del *cubanismo*, que después de todo sería continuación del *españolismo*. Es »el sacrificio completo, en porvenir no lejano, de cuanto es característico á la »sociedad cubana. *Es la muerte del sentimiento patrio y la reducción á la impo»tencia de los naturales.*».... Pero para qué he de seguir copiando; bien se comprende que así como llamó á la independencia solución de la desesperación, por el camino que marcha, llegue á llamar á la anexión *solución de la vergüenza.*

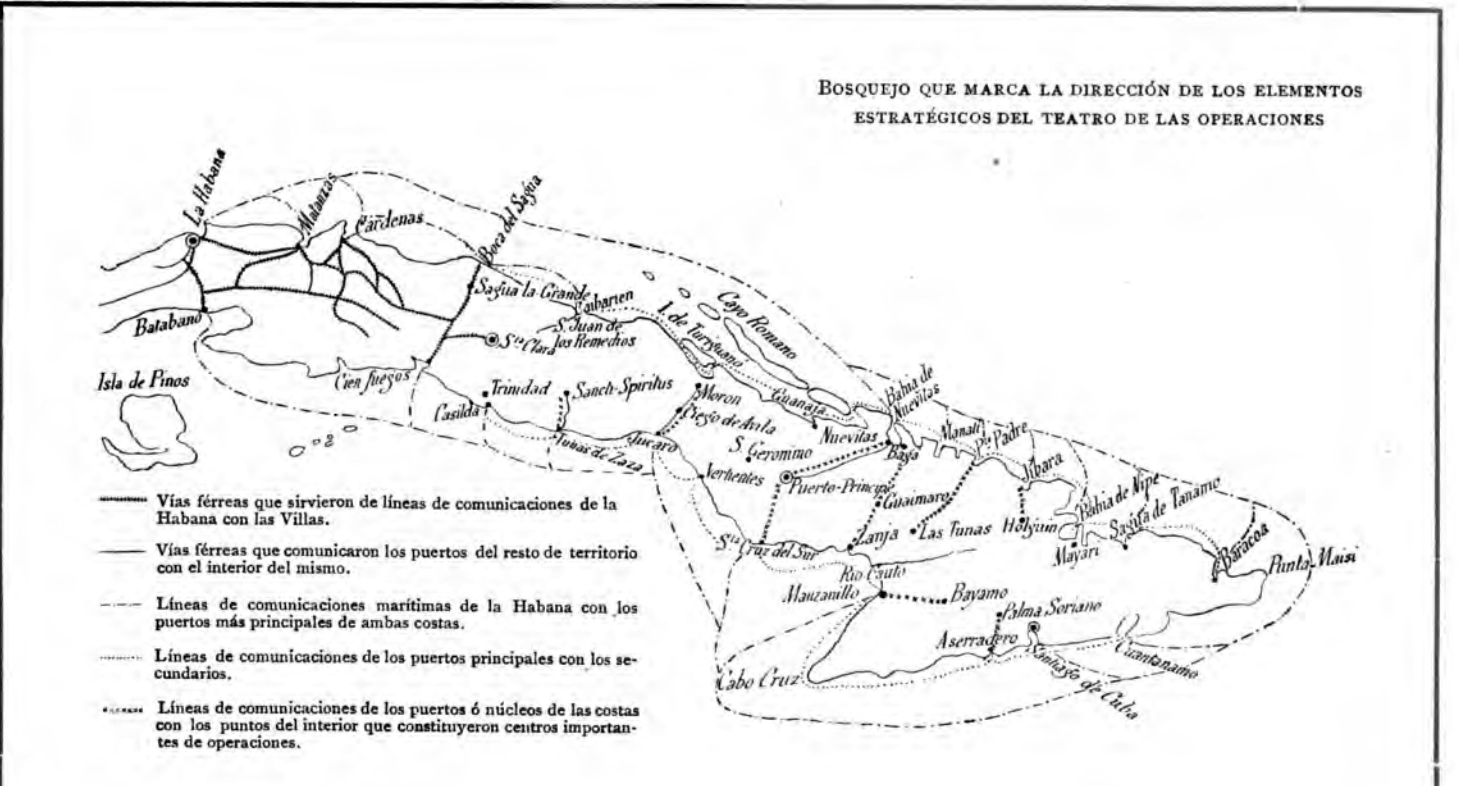
El autor del folleto tiende á demostrar que la solución del problema antillano

es la autonomía, y forzoso será que nuestros hombres de Gobierno se acostumbren á afrontar ese problema, por si acaso algún día es factible dentro de la realidad nacional; pues es indudable también, que la situación de Cuba, así en lo político como en lo económico, necesita órbitas amplias y nuevas en que desenvolverse.

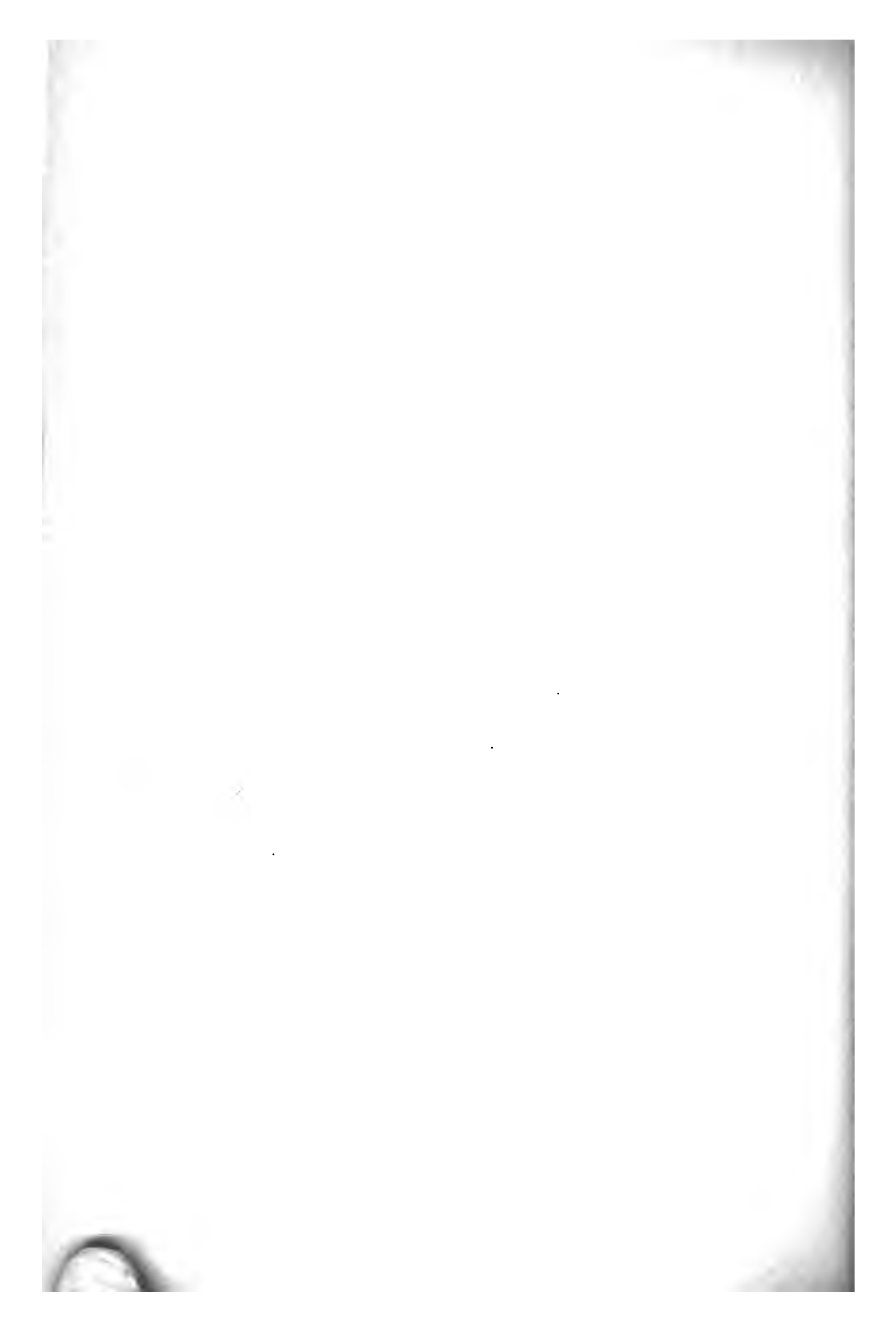
De todos modos, sólo he pretendido con las anteriores citas demostrar que hoy por hoy no estamos amagados de una guerra inminente; mas al mismo tiempo no vemos el porvenir lo suficientemente despejado. Aprovechemos, sí, el largo período de paz que hoy se nos ofrece; estudiemos, examinemos aquella guerra; deduzcamos de ella todo cuanto pueda investigarse; adiestremos y preparemos convenientemente nuestros elementos, y cuando en los azares del futuro estalle otra, si no en las propias circunstancias, en análogas ó parecidas condiciones por lo que atañe al clima, topografía y medios de combatir, que nos coja bien apercibidos. Así, ya que no podamos evitar en absoluto esa gran calamidad que se llama «guerra» procuraremos que no sea larga y relativamente poco mortífera, sin que alcance á costarnos, como las pasadas campañas, 200.000 hombres y 700 millones de pesos.

Toledo y diciembre de 1889.

Guerra de Cuba.—L. Barrios.

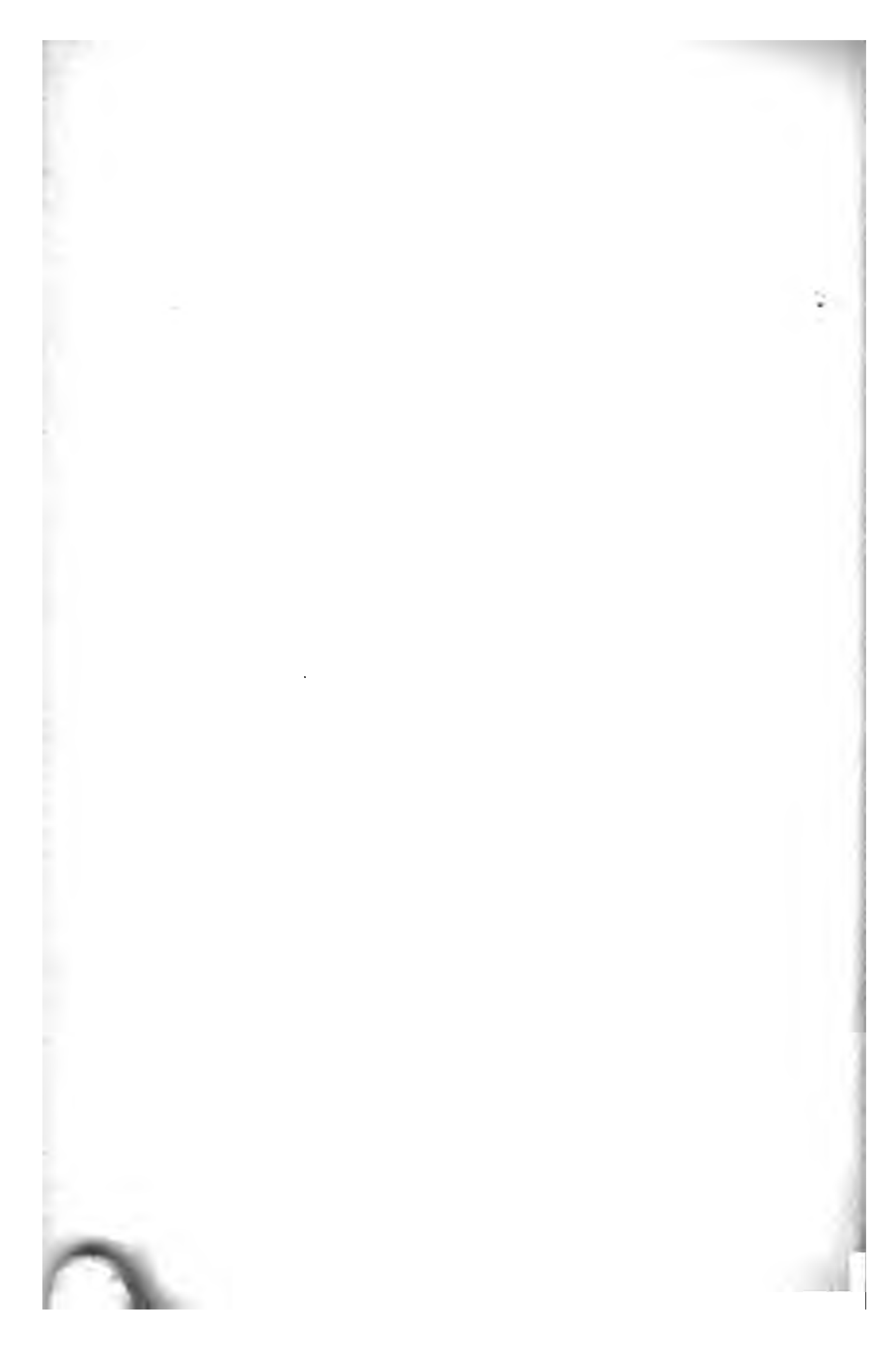


BOSQUEJO QUE MARCA LA DIRECCIÓN DE LOS ELEMENTOS ESTRATÉGICOS DEL TEATRO DE LAS OPERACIONES



FE DE ERRATAS MÁS IMPORTANTES

Página.	Linea.	Dice.	Debe decir.
16	39	Somemelos	Someruelos
17	38	hay las	las hay
18	31	Bolives	Bolívar
18	32	Virrey	Vives
36	18	Nasara	Najasa
62	18	el número de 300 arrastrados	el número de 300. Arrastrados
69	32	deferencia	diferencia
71	1	Yara	Zaza
71	23	estiración	utilización
74	17	Limborio	Limbano
76	25	comienzo	caso
77	23	de unas	de luchas
79	13	resistencia en el interior; pero	resistencia; pero
105	13	tullos	trillos
122	38	connaturalizarlas	connaturalizarnos
146	21	científicos invariables tomados	científicos invariables. Tomados
147	8	erecido	reducido
147	24	de que no es tan difícil	de que es tan difícil
156	35	toma	torna
158	3	durando	durante
167	27	destintivo	distintivo
195	7	auxiliados. Algunos sanitarios	auxiliados por algunos sanitarios



ÍNDICE

